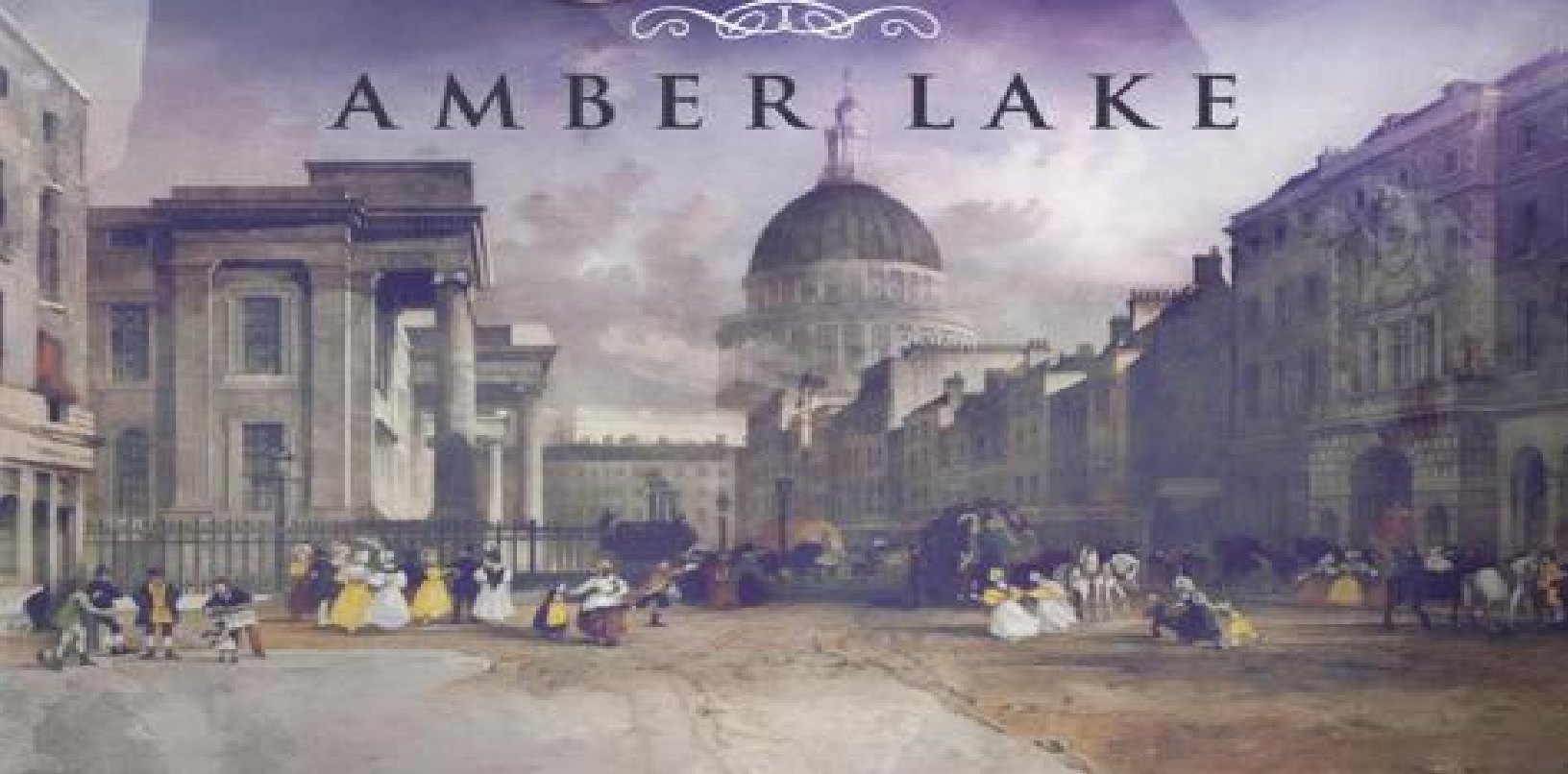


HQN™

Una alianza
PELIGROSA

AMBER LAKE



Una alianza
PELIGROSA

AMBER LAKE

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Avenida de Burgos, 8B - Planta 18
28036 Madrid

© 2024 Josefa Fuensanta Vidal
© 2024 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S. A.
Una alianza peligrosa, n.º 385 - abril 2024

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.

Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S. A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Shutterstock
The Post Office, St. Paul's Cathedral, and Bull & Mouth Inn, London in 1829; G. J. Emblem adaptando a Thomas Allom © Crown Copyright, UK.

I.S.B.N.: 9788410627802

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[éditos](#)

[a](#)

[ílogo](#)

[pítulo 1](#)

[pítulo 2](#)

[pítulo 3](#)

[pítulo 4](#)

[pítulo 5](#)

[pítulo 6](#)

[pítulo 7](#)

[pítulo 8](#)

[pítulo 9](#)

[pítulo 10](#)

[pítulo 11](#)

[pítulo 12](#)

[pítulo 13](#)

[pítulo 15](#)

[pítulo 16](#)

[pítulo 17](#)

[pítulo 18](#)

[pítulo 19](#)

[pítulo 20](#)

[pítulo 21](#)

[pítulo 22](#)

[pítulo 23](#)

[pítulo 24](#)

[pítulo 25](#)

[pítulo 26](#)

[pítulo 27](#)

[pítulo 28](#)

[pítulo 29](#)

[pítulo 30](#)

[pítulo 31](#)

[pítulo 32](#)

[pítulo 33](#)

[pítulo 34](#)

[pítulo 35](#)

[pítulo 36](#)

[pítulo 37](#)

[pítulo 38](#)

[pítulo 39](#)

[pítulo 40](#)

[pítulo 41](#)

[ta de la autora](#)

[te ha gustado este libro...](#)

El amor es la más noble flaqueza del espíritu.
John Dryden

Prólogo

Oxford Street, Londres.

Marzo de 1862.

El caballero de elegante presencia y rostro agraciado caminaba a paso rápido por la atestada acera recién pavimentada. Sorteaba con agilidad los tenderetes de los vendedores ambulantes, a las prostitutas que ofrecían sus servicios sin recato y a los numerosos clientes de aquella calle comercial del centro de la ciudad, afanados en realizar las compras antes del mediodía.

Las gotas de lluvia comenzaron a caer con regularidad y aumentaron la destemplanza de aquella mañana gris, más propia del invierno que de la primavera recién estrenada. El caballero concluyó que nunca se acostumbraría a aquel clima, tan diferente de la soleada y luminosa Florencia donde tenía su hogar.

Se levantó el cuello del abrigo de grueso paño inglés confeccionado dos semanas antes en Henry Poole & Co, la mejor sastrería de Londres, y se caló un poco más el sombrero de copa que apenas le protegía de la lluvia. Maldijo otra vez por haber olvidado el paraguas, un elemento indispensable del atuendo en aquella ciudad, y aceleró el paso; no quería llegar tarde a la cita que tenía concertada.

A la altura del cruce con Duke Street se acercó a la calzada con la intención de cruzarla. El tráfico de carruajes, tanto ligeros como pesados, era muy intenso y aguardó unos segundos. El ruido de los cascos se mezclaba con las voces de los cocheros arreando los caballos, de los vendedores que pregonaban con estridencia sus mercancías y las conversaciones de los transeúntes; aun así, escuchó con claridad una voz que, a su espalda, pronunciaba su nombre.

Se giró con prontitud para ver quién le había nombrado y se encontró con una persona casi pegada a él que se resguardaba de la lluvia bajo un gabán encapuchado. El gesto de fastidio que se formó en el rostro del caballero, pronto cambió por uno de estupor cuando sintió un fuerte golpe en el estómago que le hizo tambalearse y doblarse de dolor. Intentó incorporarse para responder y la misma mano que le había golpeado le empujó con fuerza en el momento que un pesado carromato, cargado con sacos de carbón y tirado por un caballo percherón, llegaba a su altura.

El impacto sobre el sucio adoquinado de la calzada dejó aturdido al caballero y le impidió reaccionar. El primer golpe de las patas delanteras del caballo le fracturó varias costillas. Sintió que le faltaba la respiración e intentó girarse para esquivar las patas traseras. No lo consiguió. Una de ellas impactó sobre el rostro y le hundió el tabique nasal. Aún sin perder el conocimiento, vio aproximarse una de las ruedas de la carreta y encomendó su alma a Dios.

Cuando el pesado vehículo pasó por encima de su pecho, aplastándole la caja torácica y triturando todos los órganos que encontró a su paso, él ya había dejado de sentir; un bendito alivio, debió pensar el cochero y el resto del público que, con gestos de horror y algún gimoteo por parte de las mujeres presentes, habían presenciado tan cruento suceso.

Todos menos uno. La expresión exultante del hombre encapuchado revelaba malévolamente complacencia cuando, con rapidez, se alejó del tumulto y se perdió en las intrincadas callejuelas del centro de la ciudad.

Capítulo 1

Dos meses después.

Ulysses McRae bajó del ómnibus en Charing Cross y caminó con rapidez hasta la cercana Whitehall Place. No utilizaba ese medio de transporte para desplazarse por la ciudad pese a que había experimentado una gran popularidad debido a lo económico y rápido que resultaba. Él prefería llegar caminando a su lugar de trabajo y, cuando la lluvia dificultaba ese sano ejercicio, cogía un coche de alquiler.

El hecho de que hubiese alterado sus hábitos se debía a las numerosas denuncias interpuestas a la London General Omnibus Company. Desde tres semanas antes, coincidiendo con la inauguración de la Exposición Universal en los jardines de la Real Sociedad de Horticultura, habían aumentado los robos y atropellos a los usuarios de esa línea, la más popular de la ciudad. Las condiciones eran propicias, según había observado Ulysses. El ómnibus solía ir repleto de personas y los traqueteos que se producían durante el trayecto facilitaban el trabajo de los rateros.

Ulysses veía difícil la solución al problema. Ni colocando un vigilante en cada vehículo, algo que la compañía no aprobaría por lo costoso que resultaba, acabarían con los hurtos. Esperaba que muchos de los malhechores que habían acudido a Londres atraídos por las oportunidades que ofrecía la Exposición Universal, regresaran a su lugar de origen y los delitos menguasen; así lo reflejaría en el informe de la investigación que le había encargado su superior.

Antes de llegar a Whitehall Place, Ulysses tomó la calle a su izquierda, por Great Scotland Yard, y traspasó las grandes puertas que cerraban el patio posterior del edificio de ladrillo rojo y piedra de Portland en el que se ubicaba la sede de la Policía Metropolitana. Saludó al agente que montaba guardia en la estrecha garita y entró en el inmueble. Para evitar interrupciones, subió con rapidez a la primera planta donde tenía su despacho.

Fergus Graham, el agente ayudante a su cargo, estaba sentado frente a una de las dos mesas de aquel diminuto cuarto que Ulysses ocupaba desde tres años antes, cuando lo ascendieron a detective inspector. Él era uno de los cuatro con los que contaba aquella división, la A-Westminster, del Departamento de Detectives de la Policía Metropolitana; un número insuficiente para el enorme crecimiento de población que había registrado la ciudad y que ocasionaba un incremento de los delitos. Ulysses confiaba en que contratasen a más inspectores o aumentasen los efectivos de agentes ayudantes que aliviaran aquella situación.

—Buenos días, señor. Parece que el tiempo ha mejorado —dijo Fergus, y esbozó una de sus espontáneas sonrisas que le ensanchaban aún más su mofletudo rostro.

Fergus Graham no podía ocultar sus raíces escocesas, aunque su familia llevaba afincada en Londres desde antes de que él naciera. El abundante y rizado cabello pelirrojo, los vivos ojos color avellana, su alta y robusta complexión, similar a la de Ulysses, así lo declaraban. A su aspecto de niño grande se unía un carácter alegre y servicial que le había granjeado las simpatías de sus compañeros.

Solo llevaba tres meses en ese puesto y ya había demostrado su valía. Cuando ingresó en la policía un año antes fue destinado al servicio en los astilleros, una zona peligrosa y con turnos de noche. El que le hubiesen trasladado allí lo consideraba un regalo y sabía que Ulysses había sido el artífice de ese cambio. A raíz de un caso que llevó al inspector McRae a los muelles, este reparó en la buena disposición del agente Graham y lo recomendó a su superior para que lo

asignaran como su ayudante.

Fergus no ocultaba la admiración que sentía por su jefe directo que, con solo treinta y dos años, era el inspector más joven de aquella división. La sagacidad con la que resolvía los casos más intrincados, el esfuerzo que dedicaba a todos ellos, ya estuvieran relacionados con gentes pudientes o con pobres diablos que no tenían ni un techo que los cobijase, y la honradez que guiaba sus actos, eran un constante ejemplo a seguir; por ello no resultaba extraño que se hubiese ganado la inquina de muchos de sus compañeros, que ponían la mano y volvían el rostro ante los delitos cometidos por los delincuentes que debían detener.

—Confiemos en que se mantengan las agradables temperaturas, Graham.

Ulysses colgó el abrigo en el perchero y se sentó a la mesa cubierta de papeles. Observó que un ejemplar de *The Times* y otro de *The Morning Chronicle* descansaban en una esquina de la mesa de su ayudante.

—¿Algo interesante en la prensa? —preguntó mientras revisaba las varias notas que había pinchadas en el soporte puntiagudo.

Fergus comenzó a hacer el habitual resumen.

—Ambos diarios hablan de la inauguración mañana del nuevo puente de Westminster, con lo que se aliviarán los problemas de circulación que existen desde hace meses en esa zona. Y en ambos también se sigue el descontento general por el aumento de los atracos con violencia, la mayoría con la técnica del garrote. *The Morning Chronicle* describe la ciudad como «una guarida de bandoleros y asesinos nocturnos» y *The Times* hace hincapié en que «se deben aumentar los efectivos policiales para que las personas respetables puedan caminar por las calles a cualquier hora sin el peligro de perder la vida» —leyó textualmente—. Todas las publicaciones califican al sistema penal de blando y exigen que se tomen medidas. Desde el caso de lord Fulton, que usted resolvió con prontitud y diligencia, no han dejado de crecer este tipo de delitos.

Ulysses recordaba aquel trabajo, en el que asaltaron a garrote a un aristócrata a la salida de su club. Este método resultaba en ocasiones mortal y consistía en sorprender a la víctima por la espalda y estrangularla con una cuerda o el brazo para incapacitarla mientras un cómplice la despojaba de los objetos de valor, de ahí que muchos recurrieran a utilizar collares de grueso cuero, algunos con púas, o corbatas con hojas de afeitar cosidas para evitar el ataque.

El asunto de lord Fulton le fue encargado por sir Richard Mayne, uno de los dos comisionados existentes. La víctima era un amigo personal y sir Richard movilizó a sus mejores hombres para encontrar a los autores del asalto y recuperar los objetos sustraídos, entre ellos un anillo con un valioso diamante que pertenecía a la familia desde siglos antes, cuando les fue obsequiado por la misma reina Isabel.

Desde el principio, Ulysses intuyó que no se trataba de un robo sino de una simulación. Algunas acertadas preguntas entre la servidumbre y las pesquisas que realizó por otros medios le llevaron a averiguar que el aristócrata se encontraba en graves apuros económicos y la venta de aquella joya le reportaría unos ingresos con los que hacer frente a los numerosos acreedores, aparte de la suma con la que la entidad aseguradora le recompensaría. Nada de eso salió a la luz y acabaron pagando un par de rateros de poca monta que, si bien se lo merecían, recibieron un castigo ejemplar por un delito que no habían cometido y el aristócrata continuó con su imagen impoluta.

A Ulysses le costaba silenciar esa injusticia y llegó a presentar la dimisión. El superintendente Cushing no la aceptó y le convenció para que siguiera en su puesto. Como servidor de la ley desde hacía tres décadas, Cushing sabía que no era práctico ir contra corriente o se crearía demasiados enemigos que le arruinarían la vida. Ulysses acabó accediendo a cambió de una

recompensa, que no iba destinada a él.

Unos meses antes, un compañero había fallecido mientras perseguía a un delincuente y a la viuda se le negaba la pensión que por derecho le correspondía. Los altos mandos alegaban que se había expuesto de forma innecesaria y no lo consideraron una muerte en acto de servicio. Ulysses accedió a no revelar a la prensa la implicación de lord Fulton en el robo si se aceptaba la reivindicación de la viuda. Así se hacían las cosas en aquella sociedad injusta, en la que los poderosos seguían mandando y las clases inferiores no tenían otra opción que transigir.

—Lo mismo de todos los días —terció Ulysses, cansado de las frecuentes críticas a la policía por parte de los medios de comunicación, que les servían para alentar a los descontentos e incrementar la venta de los diarios.

—Más o menos, señor. También hablan del éxito que está teniendo la Exposición Universal, con gran afluencia de público. Se espera que la reina realice una visita antes de la clausura, ya que no acudió a la inauguración y delegó esa tarea en su primo, el duque de Cambridge.

Ulysses lo dudaba. Desde el fallecimiento de su esposo a finales de diciembre pasado, la reina se había acogido a un luto riguroso y no parecía tener intención de abandonarlo en muchos meses. Comentaban que estaba enclaustrada en sus habitaciones y no salía de ellas ni para el encuentro semanal con lord Palmerston, el primer ministro, lo que a este le daba la oportunidad de hacer y deshacer a su antojo, como otros antes que él.

En los últimos años, y debido a los sucesivos embarazos, la reina había adoptado un papel secundario y era su consorte quien se ocupaba de los asuntos del Estado. Las malas lenguas, que las había, achacaban al príncipe Alberto la pretensión de mantener a su esposa permanentemente encinta para conseguir ejercer de rey, como había sido su intención cuando accedió a casarse con su prima. Ahora, con la muerte de su amado esposo, Victoria había delegado todo tipo de asuntos y parecía que no le importase lo que ocurriera en el país que regía.

Habituado a los prolongados mutismos de su superior, Fergus continuó con el monólogo mientras Ulysses cogía un par de carpetas con los casos aún sin resolver.

—Y aparte de algunas caricaturas en la revista *Punch* sobre la amplitud de las faldas de las damas, que no deja de crecer, no he leído nada que fuera de interés. ¿Quiere verlas, señor? Son muy divertidas —ofreció.

—En otro momento. Tenemos trabajo —declinó Ulysses.

Fergus se apresuró a doblar los diarios y prestar atención a su jefe. Los casos se acumulaban y no era cuestión de perder demasiado tiempo.

—Hay que interrogar al dueño de El León Rojo, la taberna en Parliament Street donde se vio a Benjamin Jones por última vez. Que le informe sobre la hora en la que salió de allí y las personas que estaban en el local. Con los nombres que le proporcione, localícelos e indague; a ver qué nos pueden decir para contrastarlo con las declaraciones del socio del finado. —Ulysses estaba convencido de que él había sido el autor de la agresión a Jones que acabó con su vida y que quiso hacer pasar por un atraco para quedarse con su mitad del negocio.

—Iré esta misma mañana, señor —indicó Fergus sin levantar la vista de la libreta donde anotaba las indicaciones que estaba recibiendo.

Ulysses cogió otra carpeta de las que descansaban en el escritorio. La pila no era demasiado alta, si se comparaba con las de otros compañeros, y eso le enorgullecía. Que dedicase mayor número de horas a su trabajo y menos a beber en las tabernas de la zona influía, aparte de su reconocida perspicacia y amor por el detalle. Todo ello contribuía a que fuese el detective con mayor porcentaje de resolución de casos en aquella división; algo que molestaba a muchos de sus compañeros, que se dedicaban a difundir habladurías sobre él y a menospreciar su trabajo. A

Ulysses no le molestaba esa actitud. Tenía el reconocimiento de sus superiores y de la mayoría de los agentes con los que solía trabajar.

—Cuando acabe, pase por el laboratorio para ver si tienen el informe del análisis de la botella que encontramos en la cocina de los Pierce. —Si había contenido arsénico, como imaginaba, la esposa apuntaba como responsable de la muerte de su marido. La arrestaría y acabaría confesando, aunque él se encargaría de informar al juez de los malos tratos que venía recibiendo desde hacía años por parte de su esposo para que, si era posible, le conmutase la pena de muerte por la de prisión.

—Muy bien, señor. Si no tiene nada más que encargarme...

—Eso es todo de momento. Pediré al sargento Morris que designe un agente para que le acompañe y ahorrar tiempo en el caso de Jones.

Ulysses salió de su despacho y se acercó a la mesa de Morris.

—Sargento, necesito que me preste un agente por unas horas, si hay alguno que no esté muy ocupado en otros asuntos. Quiero que acompañe a Graham en unas pesquisas.

—Todos tienen trabajo, señor McRae, pero podré prescindir de alguno —aseguró. Miró a su alrededor de forma evaluativa y gruñó por lo bajo, su manera de expresar que estaba satisfecho —. Taylor, venga aquí —dijo alzando la voz.

El aludido, un jovencito que acababa de ingresar en el cuerpo y que, gracias a las influencias de su familia, había conseguido aquel destino tan cómodo, se apresuró a acercarse.

—Póngase a las órdenes del inspector McRae para lo que él le mande, ¿entendido? —dijo Morris con el típico gesto adusto con el que pretendía infundir respeto a sus subordinados.

El joven se giró hacia Ulysses y se cuadró ante él.

—Usted dirá, señor.

—Acompañe al agente Graham. Él le dirá lo que tiene que hacer.

Al chico se le iluminaron los ojos; intuía algo de actividad. Estaba cansado de hacer recados y llevar notas de una planta a otra del edificio.

—A sus órdenes, señor.

Ulysses sonrió con disimulo y regresó a su oficina para continuar con el trabajo. El número de casos crecía y urgía resolverlos. Comenzó a redactar el informe sobre los robos en la London General Omnibus Company que su superior le había encargado investigar.

Estaba acabando cuando el sargento Morris apareció en la puerta con su gran corpachón embutido en el ajustado uniforme azul oscuro.

—Señor, el superintendente requiere su presencia —le comunicó. En la mano llevaba una nota manuscrita que le entregó a Ulysses.

—Gracias, sargento.

Ulysses la cogió con disgusto. Cada vez que Cushing lo llamaba a su despacho era para algún encargo enrevesado y que incumbía a alguna persona importante, lo que le desagradaba. No le gustaba moverse entre la alta sociedad, cuyos miembros tenían tanto poder que solían librarse de pagar por sus delitos.

Capítulo 2

Ulysses subió al piso superior y enfiló el pasillo hasta la puerta acristalada donde se encontraba el despacho de su jefe directo. Tocó con los nudillos y esperó hasta escuchar un apagado «pase». Abrió la puerta y entró.

El hombre, sentado a la gran mesa de madera de roble envejecido por los años y repleta de papeles, levantó el rostro y miró al recién llegado por encima de los lentes con marco de plata que descansaban sobre la aguileña nariz. Con un gesto de la mano izquierda indicó a su visitante que se sentara en la butaca situada delante del escritorio y él volvió a lo que estaba haciendo.

Ulysses esperó con paciencia a que terminara. Sabía que no le gustaba que le interrumpieran cuando estaba en mitad de un trabajo.

Robert Cushing era un veterano que llevaba más de treinta años en el cuerpo, desde que ingresó con dieciocho. En todo aquel tiempo había ido ascendiendo y conocía casi todas las comisarías de la ciudad. Cuatro años antes, al morir su antecesor, había accedido por méritos al puesto de superintendente de la división A-Westminster.

De mediana estatura, delgado y fibroso, Cushing se encontraba en plena forma, tanto física como mental. Ulysses valoraba su gran talento y tesón, que le habían llevado a ser uno de los primeros detectives y de los más renombrados. También le estaba agradecido por ser el artífice de su promoción a detective inspector.

Se conocieron seis años antes, cuando Ulysses prestaba servicio en la policía de los muelles y Cushing lo reclutó como su ayudante. Pronto lo recomendó para un ascenso a sargento y después a inspector detective. Le debía tanto que era incapaz de negarle nada de lo que le pidiera. Cushing lo sabía y se aprovechaba de ello.

El superintendente acabó el escrito y lo dejó en una de las bandejas que había sobre la mesa. Se quitó las gafas y miró al hombre que tenía delante con genuino aprecio.

—¿Cómo está, McRae? —dijo a modo de saludo.

—Muy ocupado, señor; como es habitual. —Ulysses confiaba en que la indirecta surtiera efecto.

Cushing frunció la frente e hizo un amago de sonrisa ante la hábil maniobra de su interlocutor, que el bigote no consiguió ocultar. Reconocía y valoraba las muchas virtudes que poseía el mejor detective que había tenido bajo su mando. No todos valían para un trabajo como aquel, en el que se requería inteligencia, intuición, disciplina, paciencia y grades dosis de diplomacia. McRae poseía todas esas virtudes que, unidas a su experiencia en la investigación de delitos, le convertían en el idóneo para apreciar la responsabilidad que toda investigación conllevaba. A él recurría cuando tenía un caso complicado que precisaba de discreción.

—Sé que está saturado de trabajo, pero la investigación que quiero encargarle tiene prioridad.

Ulysses se temía algo así e intentó evitarlo.

—¿No podría ocuparse otro inspector? Los casos se me amontonan y todos son urgentes. Al haber tenido que prescindir de algunos agentes para dedicarlos a la vigilancia de la Exposición Universal, me las tengo que apañar con Graham y poco más —presionó sin perder la esperanza.

—Lo siento, McRae; este precisa de su agudeza y tacto —indicó Cushing sin falsa adulación. Esas eran dos de las mejores características del hombre que tenía ante él, algo de lo que carecían los inspectores a su cargo.

Pese a no proceder de una familia pudiente, Ulysses poseía una esmerada educación, amplia

cultura y una innata elegancia que le hacían idóneo para tratar con las clases altas, tan susceptibles a los malos modales con los que se conducían la mayoría de los miembros de las fuerzas policiales.

De madre escocesa y padre no reconocido —aunque se comentaba que era un militar de alta graduación—, Ulysses se había criado entre libros ya que su abuelo poseía una importante librería en Edimburgo. Su espíritu aventurero le había llevado a enrolarse en el ejército a los diecisiete años. Lo abandonó seis después, tras haber sido herido en combate, e ingresó en el cuerpo de Policía. Cushing se alegraba de esa decisión.

Ulysses suspiró resignado. Era consciente de que no iba a librarse de aquel encargo.

—¿De qué se trata?

Cushing cogió una carpeta que tenía cerca y se la alargó. Ulysses leyó el resumen que aparecía detallado en la primera página: Giulio Palmieri, conde Di Pontia, ciudadano del Reino de Italia, comisionado especial por su país en la Exposición Universal, había sido atropellado por un carruaje la mañana del 23 de marzo en Oxford Street a la altura del cruce con Duke Street. Falleció en el mismo lugar de resultas del atropello.

Ulysses levantó la vista y lo miró con confusión.

—No veo caso, señor. Fue un accidente, según indica el informe. Además, se produjo en el área de otra división. ¿No debería ocuparse la D de Marylebone o la C de Mayfair?

—Lo ha hecho la división D. Ese es el informe y los familiares no están de acuerdo con él. Afirman, en especial su esposa, que fue asesinado. El comisionado Mayne me ha encargado que se investigue.

—¿Y qué les lleva a esa hipótesis? Los accidentes son frecuentes en las calles de cualquier ciudad populosa como esta —cuestionó Ulysses.

Accidentes de ese tipo ocurrían a diario en Londres. El tráfico era cada vez mayor, parejo al gran aumento de población que la ciudad estaba sufriendo en los últimos veinte años. Los carruajes solían circular a mucha velocidad y no se alarmaban ante los incautos transeúntes que decidían cruzar las calles. Muchas mujeres, con amplias crinolinas que aumentaban de forma excesiva el volumen de las faldas, ocupaban demasiado espacio en las aceras y resultaba difícil circular por ellas, de ahí que se invadieran las calzadas. Algunas de esas mujeres perecían entre las ruedas de los carruajes o pisoteadas por los cascos de los caballos cuando las faldas les impedían caminar con soltura y rapidez, sin descartar a los locos que se arrojaban al paso de un carruaje o les ayudaba a hacerlo una mano ajena; ¿había sido esa la causa en esta ocasión?

—Piensan que alguien le empujó. Opinión que se basa en que, al parecer, el conde sufrió unos días antes otro accidente. Cabalgaba por Rotten Row cuando fue embestido y derribado del caballo por un carruaje que circulaba a gran velocidad. La fortuna quiso que no sufriese ningún percance en esa ocasión, solo alguna magulladura y el consiguiente sobresalto —argumentó Cushing.

—Pudo tratarse de una lamentable casualidad y no de algo intencionado. Hay muchos conductores irresponsables que se dedican a hacer carreras con apuestas en esa zona.

—La viuda no está conforme con esas conjeturas, y más después de descubrir una nota dirigida a su marido que ella califica de amenazante. Ha apelado a instancias mayores, a través de la embajada de su país, para que se investigue y se descarte cualquier otra posibilidad que no sea un accidente fortuito.

—¿Dónde está la nota? —preguntó Ulysses al no encontrarla en el expediente.

—No ha aparecido.

—¿Y qué decía?

—Algo como «Ahora tú», y lo más incongruente, añadía estas palabras. —Cushing escribió *VI Oxford* en un papel que tenía sobre la mesa y se lo mostró.

Ulysses lo miró de forma interrogativa.

—¿Es un nombre, una dirección, una fecha...?

—Cualquier cosa. La viuda afirma que eso es lo que leyó, pero puede estar equivocada. Aparte de que es extranjera, dice que solo la vio unos segundos y no le concedió mayor importancia hasta que ocurrió el accidente y se acordó de ella. Cuando fue a buscarla, no la encontró. El conde debió destruirla.

—Tal vez se trate de algo inocente. Una cita, de ahí que estuviese en Oxford Street. ¿Han comprobado el número 6 de esa calle por si aludiese a esa dirección?

—No se ha investigado nada hasta el momento. Le he llamado por esa razón. El comisionado ha pedido que se realice una investigación a fondo y eso haremos. Al tratarse de un diplomático de alto rango, con una familia influyente y de un Estado recién creado con el que la Corona desea mantener las mejores relaciones, el primer ministro no quiere que la menor sombra de duda recaiga sobre esa muerte.

—No creo que se trate de un crimen político. Si el autor fuese algún enemigo o disidente descontento con la unión de los estados habría reivindicado la muerte del diplomático. Los atentados se realizan con un fin, y de este hace dos meses y nada se ha sabido.

—Caben todas las posibilidades, de ahí que necesite una mente despierta como la suya para que las clarifique y llegue al meollo de la cuestión, si es que lo hay. Tiene que averiguar lo que ocurrió, McRae. Mientras no se esclarezca este suceso, ni la familia del difunto ni el comisionado quedarán contentos.

Ulysses emitió un leve bufido que llegó a los oídos del superintendente.

—Ya sé que no le va a resultar fácil. Piense que lo hace por su país, para evitar una crisis diplomática, y más en estos momentos. Con la Exposición Universal en marcha somos el escaparate en el que el mundo se mira y no podemos permitirnos sembrar polémicas.

Cushing sabía que, si alguien era capaz de resolver ese caso era el hombre que tenía delante. Ulysses McRae era como un sabueso, y no dejaba de seguir la pista cuando su olfato detectaba algún indicio por pequeño que fuese.

—Infórmeme de cualquier dato relevante que encuentre. El comisionado Mayne está impaciente, no le gustan las presiones. Y no creo necesario advertirle que se conduzca con la mayor discreción y diplomacia. Es un caso delicado que prefiero que lleve usted solo; ¿comprende? —Miró a su subordinado con fijeza y continuó al verle asentir—. Bien, eso es todo. Puede retirarse. —Se colocó los lentes y volvió a fijar la vista en los papeles que tenía sobre la mesa.

Un gesto de desagrado se formó en el rostro de Ulysses. A él tampoco le gustaban las presiones. Se levantó y se marchó más contrariado que cuando había llegado. Regresó a su oficina y, antes de abordar el atropello del diplomático, revisó los asuntos más urgentes para que su ayudante continuara con las indagaciones. Tendría que pedirle al sargento Morris que le asignara a Taylor como refuerzo para que ayudase a Graham; entre los dos continuarían con el trabajo y le informarían de los avances.

Después de haber dejado por escrito instrucciones a los agentes sobre lo que debían hacer, se metió de lleno con el expediente del conde italiano.

El informe del doctor Hogarth, el médico de la morgue, era tan concienzudo como tenía por costumbre y describía con todo detalle las lesiones que le habían provocado la muerte: aplastamiento de la caja torácica con colapso de corazón y pulmones, así como múltiples

traumatismos causados durante el atropello. No se observaba ninguna herida sospechosa ocasionada por arma blanca o de fuego. Si fue empujado, los hematomas de esa agresión estaban camuflados por el resto, y no se podía determinar si el atropello había sido fortuito o voluntario.

El cadáver había sido identificado por su esposa, Allegra Maroni, condesa viuda Di Pontia. El fallecido tenía veintiséis años en el momento de su fallecimiento. Era de estatura mediana, constitución atlética, y no padecía ninguna enfermedad reconocible. En el retrato aportado por la viuda se apreciaba un hombre moreno, de tez bronceada, pobladas cejas, nariz recta y grandes ojos almendrados de color castaño. El atractivo de su aspecto se veía acentuado por el elegante atuendo que vestía.

Poco más decía el informe, lo que le sugería a Ulysses que se había tachado de accidente desde el principio y no se investigó. Solo se recabó el testimonio de un par de testigos, entre ellos el cochero del carromato que lo atropelló y una persona que pasaba por allí en ese momento y se mostró propicia a relatar lo que había visto.

El carbonero solo pudo decir que sintió el crujido bajo las ruedas. No se había fijado en nada que no fuese la atestada calle y aseguraba que no vio a ninguna persona tendida en la calzada.

George Thornton, el testigo al que se tomó declaración, no aportó mucho. Estaba de visita en la ciudad y se marchaba en un par de días a Sheffield, lugar en el que residía. Escuchó el relincho del caballo ante el brusco tirón de las riendas para que se detuviera y miró. Fue cuando vio el cuerpo casi partido en dos debajo del carromato. No observó el momento del impacto porque estaba frente a una sombrerería, donde su esposa había entrado momentos antes. Al agente que le tomó declaración nada hizo sospechar que tuviese algo que ver.

El informe incluía que se preguntó a varias personas más, sin detallar nombres, y ninguna aportó datos aclaratorios. A esa hora, poco antes de las doce del mediodía, todos iban con prisas por terminar las compras y regresar a casa.

Le extrañaba que los investigadores no hubiesen obtenido más información. ¿Había alguien cerca de él?, ¿llevaba algún objeto en las manos?... Oxford Street era una calle eminentemente comercial y a esa hora del día siempre había mucha gente pululando por allí, lo que era beneficioso y contraproducente. El número de transeúntes hacía que una persona pasara desapercibida y, a la vez, había más ojos para observar. Recordaba que solía haber vendedores ambulantes que exponían sus mercancías en tenderetes, limpiabotas, prostitutas y rateros. Intentarían robarle y, al forcejear con el ladrón, este le empujó en el fatídico momento que cruzaba el pesado vehículo.

Si fue así, el robo se frustró. En la relación de objetos que figuraban entre sus pertenencias había un reloj de oro con su correspondiente y gruesa leontina, un par de anillos, un valioso alfiler de corbata y un total de diez libras en la cartera, más varias monedas en uno de los bolsillos; un buen botín para cualquier ladrón.

Aunque había transcurrido demasiado tiempo, seguiría el proceso normal en toda investigación: visitaría el lugar de los hechos, preguntaría a los potenciales testigos que pudiera encontrar e investigaría posibles motivos para asesinarle, lo que incluía interrogar a los familiares, socios en los negocios si los había, amigos...; una ardua tarea por delante si tenía que realizarla solo y con rapidez.

Para acabar con aquel farragoso asunto lo antes posible, Ulysses se puso de inmediato a investigar. Decidió que, en este caso, sería una pérdida de tiempo preguntar al doctor Hogarth, que se había encargado de certificar la muerte del conde, por si tenía algo que añadir al informe presentado. Era muy preciso y no había encontrado nada que le hiciese sospechar que no era una muerte por atropello.

Obviado ese paso, fue al siguiente. Como el trayecto hasta el lugar donde se produjo el atropello era largo, cogió un cabriolé de pago en Charing Cross. Pese al tiempo transcurrido tenía la esperanza de encontrar a alguien que recordase el suceso y pudiera darle algún dato que le ayudara a avanzar.

Capítulo 3

Veinte minutos después, el *cab* —cómodo cabriolé de dos plazas que se estaba imponiendo como coche de alquiler— dejó a Ulysses frente al número 6 de Oxford Street, un inmueble estrecho de dos plantas. En la baja se encontraba una zapatería y taller de reparaciones, como anunciaba el tosco y desgastado rótulo sobre la puerta. Junto a esta había una ventana escaparate en la que se exhibían algunas muestras de los artículos que se vendían.

La fachada era modesta y debía de atraer a una clientela de bajo poder adquisitivo, como la mayoría de los comercios de aquella parte de la larga calle, que distaba de las zonas más boyantes del otro extremo, donde Palmieri fue atropellado; un lugar al que un aristócrata como él no tendría ninguna razón para acudir.

Entró en el pequeño y oscuro comercio. Tras un corto mostrador se encontraba una mujer corpulenta de unos cincuenta años que se apresuró a levantarse.

—¿En qué puedo servirle, señor?

—Soy el inspector McRae de la Policía Metropolitana. —Ulysses le mostró la cédula que le identificaba como perteneciente al cuerpo. La prefería al brazalete que hacía la misma función y que era más fácil de falsificar—. Llevo a cabo una investigación y me gustaría hacerle unas preguntas.

Ulysses observó preocupación en el rostro de la mujer. La desconfianza en la policía era común entre la mayoría de los ciudadanos, aunque no tuviesen nada que esconder.

—Permítame que avise a mi marido. ¡Edgar! —llamó la mujer con voz apurada.

Casi de inmediato, la cortina que había detrás de ella se corrió y apareció un hombre con un gran delantal de cuero cubriendo su vestimenta.

—Disculpen que les moleste. Solo quiero que me digan si conocen a esta persona. —Ulysses sacó el retrato del conde fallecido del bolsillo interior de su chaqueta y se lo mostró.

Ambos lo estudiaron con detenimiento. Sus rostros no expresaron ninguna señal de reconocimiento. El hombre miró a la mujer y ella hizo una señal de negación.

—No lo hemos visto, inspector —afirmó Edgar.

—¿Quién vive en la planta superior?

—Desde que nuestra hija se casó y se trasladó a vivir a Bristol, solo mi esposa y yo. —Indicó con un gesto a la mujer.

—¿Cuánto tiempo hace que se casó su hija?

—Diez años, señor —contestó la mujer en esta ocasión. Su voz denotaba la tristeza que ese hecho le causaba.

—¿Y llevan mucho tiempo viviendo en este mismo inmueble?

—Yo llevo toda la vida. El taller era de mi padre y continué viviendo aquí cuando nos casamos —comentó Edgar con orgullo en la voz.

Ulysses comprendió que allí no iba a obtener ninguna información. No imaginaba ninguna razón por la que a un aristócrata extranjero se le hubiese citado en ese lugar. Si las palabras de la nota indicaban una dirección, cosa que dudaba, no era esa. Apostaba por que se trataba de las iniciales de un nombre o de un título. Tendría que indagar si existía algún título nobiliario relacionado con Oxford.

—Gracias por su colaboración.

Ulysses salió y caminó en dirección oeste, hacia el lugar en el que había sucedido el atropello.

Oxford Street era una calle muy concurrida incluso a primeras horas de la mañana. La mayoría de los edificios albergaban tiendas de todo tipo en su planta baja. Había panaderías, pañerías, joyerías... y varias tabernas cerca del Princess's Theatre. Lo que le otorgaba un elemento pintoresco que la diferenciaba de otras calles comerciales cercanas como Bond Street o Park Lane era el gran número de vendedores ambulantes que ocupaban sus aceras con todo tipo de mercancías y, en especial, las prostitutas que ofrecían sus servicios a las puertas de pensiones baratas en las calles aledañas.

Las aceras, muy estrechas en algunos tramos, soportaban un incesante trasiego de gentes que entraban y salían de los numerosos comercios, charlaban con conocidos o esperaban para coger algún coche de alquiler. En varias ocasiones había tenido que caminar por la calzada, en la que la circulación de carruajes era muy intensa, para continuar avanzando. Una vía muy peligrosa en la que los accidentes no resultaban extraños.

Cuando llegó al cruce con Duke Street observó el lugar con detenimiento. En aquella zona el tráfico de personas y carruajes era más intenso por la proximidad a Cumberland Gate, una de las puertas de entrada a Hyde Park; si bien la cantidad de comercios era menor y de mayor rango y abundaban las mansiones señoriales. En la esquina había una joyería y junto a ella una sombrerería en cuyo escaparate se exhibían primorosos modelos femeninos adornados con coloridas flores y plumas exóticas junto a sombreros de copa forrados de brillantes sedas negras. En la acera de enfrente había una botica y un restaurante.

Entró en los comercios más cercanos y preguntó a los dueños. Recordaban el suceso, aunque no lo presenciaron y no pudieron darle datos. Se enteraron de lo sucedido al ver el revuelo que se creó. También le comentaron que no era inusual ese tipo de incidentes en una calle tan transitada.

Ulysses no se desanimó. Indagaría entre los vendedores ambulantes, que estaban más en contacto con los transeúntes pese a que, por experiencia, sabía que los que trabajaban en las calles desconfiaban de la policía y eran reacios a hablar. Se acercó al tenderete ubicado a pocos metros del cruce, que exhibía sobre una mesa con un paño verde recuerdos para turistas y golosinas para los niños.

—¿Es usted habitual en este lugar, señora? —le preguntó a la mujer sentada junto a la mesa. A su lado había dos niños que no contarían más de tres años, muy parecidos, y otro más, este un bebé de meses, que dormía en un cestillo en el suelo.

—Sí, este es mi puesto asignado.

—¿Suele estar aquí todos los días?

—Solo por las mañanas. Por las tardes me puede encontrar en la puerta de entrada al parque —contestó, y señaló en dirección a Cumberland Gate.

La vendedora pensó que era un comerciante interesado en establecerse en las proximidades y quería informarse sobre la zona. Descartó desde el primer momento a un recaudador del ayuntamiento; esos solo entraban en los comercios.

Ulysses volvió a mostrar su cédula identificativa.

—Soy inspector de la policía y estoy recabando información.

La mujer mostró sorpresa. No conocía a ningún inspector, pero los policías que había visto no mostraban tanta amabilidad en el trato ni tenían ese aspecto cuidado.

—¿Estuvo aquí durante la mañana del día 23 de marzo en la que atropellaron a un caballero en este cruce?

—No, señor. Solo llevo ocupando este lugar desde primeros del mes de abril; antes me ponía más arriba de la calle, cerca del cruce con St. James Street.

Ulysses sabía que los puestos no se ocupaban al azar. Había un estricto código entre los

vendedores ambulantes que, por lo general, era respetado y se adjudicaba por antigüedad. Mientras no se dejaba voluntariamente o por fallecimiento, no era ocupado por otra persona a la que se lo había cedido de forma oral y ante testigos o mediante un escrito.

—¿Sabe quién tenía asignado este lugar por esas fechas?

—Desde luego. Era la vieja Bette, la florista. Cuando falleció, yo lo ocupé. Me lo habían adjudicado hacía tiempo. Tengo testigos —dijo a la defensiva.

Ulysses recibió la noticia como un jarro de agua fría. Abrigaba la esperanza de obtener información de un testimonio más cercano. En la acera de enfrente había otro par de puestos callejeros, pero la distancia y el ajetreo de la calle les debió impedir presenciar lo ocurrido.

—No lo pongo en duda. ¿Sabe si alguien solía acompañar a la florista? Me gustaría preguntarle si recuerda ese día.

La mujer se tranquilizó al ver que no amenazaba su negocio.

—Bette iba sola. No tenía a nadie que le ayudara. A veces se paraba a hablar con ella alguna de las rameritas que merodean por aquí, sobre todo Sally «la pelirroja». Le compraban las colonias que elaboraba.

—¿Dónde puedo encontrar a Sally «la pelirroja»?

—Las de su oficio suelen estar por Duke Street y calles cercanas. Es probable que no la encuentre a estas horas. Aparecen después de mediodía —dijo en tono bajo, avergonzada de que sus hijos la escucharan. El tono reprobatorio que añadía a sus palabras daba a entender lo que pensaba de esas mujeres.

—Gracias, señora. —Ulysses fue a marcharse cuando un pensamiento le asaltó—. ¿Cuándo falleció la florista?

—No sabría decirle el día, señor. La encontraron muerta en su casa a finales de marzo. Debía de estar enferma. Recuerdo que el día que ha mencionado se marchó mucho antes de su hora. Pasó por mi lado y le noté mala cara. Le pregunté qué le ocurría y me dijo que tenía que marcharse. No se detuvo y continuó empujando su carrito con prisas. Pensé que el accidente la había alterado.

—¿No la vio por aquí después de ese día?

—No señor. Al ver que llevaba días sin aparecer, fui a su casa y me dijeron que había fallecido. Por eso ocupé su lugar.

—¿Sabe cómo se llamaba la florista y dónde vivía?

—No conozco su nombre completo, siempre la he llamado Bette. Vivía en Whitechapel, cerca del hospital. Pregunte por allí. Todos la conocían.

—Gracias por su tiempo. —Ulysses se marchó con una idea en la cabeza. ¿Y si el asesino se había dado cuenta de que la florista lo había visto empujar a su víctima y quiso silenciarla? No se sabría a menos que la mujer lo hubiese confesado a alguien. Tendría que investigarlo.

Dio una vuelta por la zona con la intención de encontrar a Sally o alguna otra prostituta a la que interrogar. Solo halló a un par de ellas que hacían su turno a la puerta de una pensión. Le comentaron que Sally aparecía por la tarde, luego dedujo que no había estado allí en el momento del suceso y poco podía aportar.

Como estaba próxima la hora del almuerzo, decidió comer algo en una de las tabernas de esa calle para trasladarse después a Whitechapel, donde vivía la vieja Bette, por si podía sacar alguna información allí.

Casi dos horas más tarde, y con el apetito saciado, Ulysses llegó a la callejuela donde la florista había tenido su hogar. En esta ocasión se colocó el brazalete en el brazo izquierdo para desalentar a posibles carteristas. Después de preguntar a varias personas, dio con la casa. La

pequeña y destartalada vivienda estaba ocupada por otra familia que se había mudado en cuanto las autoridades concluyeron con los trámites. Ellos no le aportaron ningún dato, pero le informaron de que la mujer que vivía enfrente fue quien la encontró.

Cuando llamó a la casa, una niña de unos seis años, vestida con un raído camisón, abrió la puerta.

—Hola, pequeña, ¿están tus padres en casa?

La niña se alejó hacia el interior sin contestar, dejando la puerta abierta y a Ulysses en ella. Al poco apareció una mujer con gesto huraño que se secaba las manos en un vestido de algodón azul desteñido.

—¿Qué desea, agente? —preguntó con recelo al distinguir la insignia que Ulysses llevaba en el brazo.

—Inspector McRae. ¿Puede concederme unos minutos, señora...?

—Simons, Martha Simons; y si viene por la muerte de Bette, ya me preguntaron en su día. Poco más le puedo decir.

—Si no le molesta, señora Simons, me gustaría hablar con usted.

La mujer cedió con un suspiro cansado. No tenía mucho tiempo que perder, ni podía negarse a colaborar con la policía. Se adentró por el estrecho pasillo e invitó a Ulysses con un gesto a que la siguiera hasta una pequeña estancia que hacía las veces de cocina y comedor. Una escueta ventana y una puerta que daba a un ralo patio trasero proporcionaban algo de luz. La mujer permaneció de pie apoyada en el fregadero.

—¿Qué desea preguntar?

—Conocía a la florista, según me han comentado. ¿Puede hablarme de ella, cómo se llamaba y si estaba enferma?

—Bette Meade. Era viuda y vivía sola. No estaba enferma, que supiera; al menos, no más que muchos de aquí. Para su edad, estaba fuerte.

—¿Cómo fue que la encontró?

—Llevaba dos días sin aparecer. Envié a la cría a su casa y regresó diciendo que no contestaba. Fui a comprobarlo y, al ver que no me abría la puerta, llamé a mi marido y él la derribó. La encontramos en la cama, ya fría. Se lo dije al alguacil y ellos llamaron a un médico. Dijo que había muerto mientras dormía.

—¿No vio nada raro en la casa cuando entró, algo fuera de lugar que le llamara la atención?

Martha frunció el ceño en un gesto de concentración, lo que añadió arrugas a su ya marchito rostro.

—Me extrañó que estuviera la ventana abierta. Ella nunca la dejaba en esos días; helaba por la noche. Además, el último día que la vi me pareció intranquila. Se encontraría mal y regresó antes, ya que ella solía quedarse hasta que anochecía. Tenía buena clientela entre la gente que iba a las funciones del teatro y las mujeres de la calle.

—¿Le comentó si había sucedido algo que la alterara?

—Le pregunté qué le ocurría y solo me dijo que la maldad se podía encontrar en las personas que menos esperabas o algo parecido, no recuerdo las palabras exactas. Parecía muy triste. Quise seguir preguntándole, pero mi marido llegó y entré a ponerle la comida. Puede que su mente desvariara debido a la edad.

—¿Sabe lo que hicieron con su cuerpo y sus pertenencias?

—La enterraron en el cementerio de Highgate, en la parte oeste, que es donde dan sepultura a los pobres —dijo con una mueca de desagrado—. En cuanto a sus cosas, como no se le conocía familia, nos las quedamos los vecinos, ropa y cosas así; todo lo demás era del casero.

Ulysses imaginó que, si tenía algo de valor, ya habrían dado buena cuenta de ello.

—Gracias por su tiempo, señora Simons. Si recuerda algo más, le agradecería que se lo comunicara al agente de ronda con el encargo de que me lo haga llegar. —Le dejó una tarjeta con su nombre, número y unidad en la que servía para que se la entregara al agente que acudiera, ya que imaginaba que ella no sabía leer.

Martha asintió y se guardó la tarjeta en el bolsillo de su vestido.

Cuando Ulysses se marchó de allí estaba más predispuesto a creer las sospechas de la familia del conde, que insistía en que fue empujado bajo las ruedas del carromato. Si la vieja florista lo presenció, ¿por qué no lo comunicó a la policía? ¿No le vio el rostro al asesino o no quiso buscarse problemas? El hecho es que, al callar, firmó su sentencia.

Agotados los testigos que pudieran aportar datos sobre el suceso, a Ulysses le quedaba el siguiente paso: descubrir quién y qué motivos tenían para asesinar a Palmieri, y eso incluía investigar en el entorno del finado.

Había postergado la visita a la condesa viuda para hacerla coincidir con una hora más acorde y, para qué negarlo, porque era una de las tareas que menos le gustaban. No le agradaba recordarles a los familiares un suceso tan luctuoso, ni relacionarse con aristócratas o personas pudientes que, en su mayoría, menospreciaban a los que no eran de su clase social; como a los policías, a los que consideraban sirvientes de baja condición que se entrometían en sus vidas de forma insolente. Esperaba que, al tratarse de una extranjera, su conducta fuera diferente.

Capítulo 4

La vivienda que el conde difunto había alquilado en Londres, una mansión de tres pisos con jardín delantero cerrado por una verja de hierro y con entrada lateral que llevaba a las caballerizas, se encontraba en St. James Square, una de las mejores zonas de la ciudad. La renta debía de ser altísima, calculó Ulysses; aunque, si el conde había acudido a Londres en misión oficial, los gastos debían de correr a cargo de su país.

Pasaban unos minutos de las dos de la tarde cuando traspasó la reja de entrada y caminó por el sendero adoquinado hacia la puerta principal; no iba a caer en el servilismo de dirigirse a la de servicio. Debido al luto reciente, esperaba que la viuda no hubiese abandonado la mansión ni, por lo temprano de la hora, tuviese visitas.

El lacayo que abrió la puerta, ataviado con un sobrio atuendo, lo examinó con desconcierto. El aspecto que presentaba Ulysses, le indicaba que no era un recadero. El traje oscuro era de buen corte y el paño resistente y de calidad, propio de personas con ingresos moderados que desean que las ropas les duren más de unos pocos usos. Un corbatín cerraba el cuello de la blanca camisa, parcialmente cubierta por un chaleco del mismo color en el que se vislumbraba una fina cadena de oro que se perdía en uno de los bolsillos. Cubría la cabeza con un sombrero hongo de fieltro.

Lo que más le hizo dudar al lacayo fueron los botines, de resistente cuero y sin lustre, propios de una persona que no era muy dada a utilizar carruajes para desplazarse; algo que un caballero de buena posición social nunca haría. Concluyó que debía ser el dueño de algún comercio que venía a cobrar una factura o de un funcionario de rango medio de la embajada.

—Si tiene alguna entrega que hacer, vaya a la parte posterior de la casa y utilice la puerta de servicio —indicó.

Ulysses no se molestó por el manifiesto desdén del sirviente. Se irguió aún más y lo miró de forma retadora al tiempo que mostraba su identificación.

—Soy el detective inspector Ulysses McRae y he venido a hablar con la condesa viuda.

El lacayo reconsideró su postura y se mostró más accesible. Desconocía los rangos en la policía y no sabía bien cómo debía tratarle. Cuando vinieron a comunicarle a la condesa el fatal desenlace de su esposo, lo hizo un policía uniformado y lo envió a la puerta trasera. El señor Perkins le recibió en su salita y se hizo cargo de comunicárselo a la señora. Lo mejor era hacerle pasar y avisar al señor Perkins.

Abrió la puerta y se hizo a un lado para que Ulysses entrase. Señaló una silla junto a la pared y dijo:

—Si hace el favor de esperar aquí...

Ulysses permaneció de pie y el lacayo desapareció por una puerta al fondo. Mientras aguardaba, se dedicó a observar su entorno. El amplio vestíbulo estaba adornado con sobria elegancia y las normales señales de luto: cortinas corridas, ausencia de flores en los jarrones, espejos y cuadros cubiertos con telas negras...

Tras una corta espera apareció un individuo vestido con frac negro y blanca pechera. De estatura mediana y adusto semblante, se acercó a él. Ulysses dedujo que era el mayordomo.

—Inspector McRae, la señora le recibirá en unos minutos. Haga el favor de acompañarme.

Ulysses siguió al mayordomo por un pasillo a la izquierda hasta llegar a una habitación muy luminosa y calentada por los rayos del sol. Daba a la parte lateral del edificio, velada de la

curiosidad de la calle, de ahí que no hubiese los signos del luto reciente que había observado al entrar a la mansión. Estaba decorada con telas florales de tonos pastel en tapicerías y cortinas y un hermoso jarrón con flores frescas ocupaba una mesa baja junto al gran ventanal.

Debía de ser la estancia que la dama utilizaba con frecuencia y, debido a la categoría social de su visitante y a la misión que le había traído allí, no consideró necesario recibirle en otra más formal.

—El inspector McRae, condesa —anunció Perkins. Salió y cerró la puerta con sumo cuidado.

Sentada en un sillón junto al ventanal que daba a un jardín, se hallaba una figura femenina muy menuda, por la impresión que le dio a Ulysses, y vestida de negro, hecho que contrastaba con la palidez de su rostro y el dorado de sus cabellos. Los rasgos eran delicados y armoniosos sin llegar a ser bellos, tal vez por la larga nariz y los finos labios.

Los claros ojos de Allegra Maroni lo miraron con desolación, un sentimiento que se había apoderado de ella desde la trágica tarde en que le dieron la nefasta noticia. Con un lánguido gesto de la mano izquierda, en la que portaba un pañuelo de lino teñido de negro y adornado con delicadas puntillas del mismo color, le indicó a Ulysses que se sentara en un butacón frente a ella.

—Siento molestarla en hora tan intempestiva, señora. Necesito información sobre su difunto esposo —se excusó Ulysses, y tomó asiento como le había indicado.

—No es ninguna molestia, inspector, siempre que su cometido sea esclarecer la muerte de mi marido —dijo con voz lenta, en la que se apreciaba un fuerte acento extranjero. Incluyó la cabeza y acercó el pañuelo a sus ojos para eliminar unas lágrimas que habían acudido a ellos.

—Mis superiores me han encargado que investigue.

—Agradezco que atiendan mi petición al fin. Llevo semanas insistiendo en que, de ningún modo, la muerte de Giulio fue fortuita, como determinaron desde el primer momento.

La energía que imprimió a esas palabras contrastaba con su enclenque aspecto y las hacía menos comprensibles al articularlas de forma descuidada. Ulysses no tuvo problema para entender lo que decía y dedujo que había estudiado el idioma con buenos profesores en su país o había vivido con anterioridad en el Reino Unido, algo que no aparecía en el informe. En él constaba que llevaba solo un par de meses en la ciudad.

—¿Qué le hace sospechar que no fue un desgraciado accidente, señora?

Allegra inspiró hondo y lo miró a los ojos. Los suyos presentaban los iris enrojecidos por el llanto, cosa que no le importó mostrar.

—En primer lugar, mi esposo no cruzaría una concurrida calle de forma temeraria poniendo en peligro su vida, luego descarto el accidente; tampoco se le habría pasado por la cabeza la intención de suicidarse, como se ha llegado a decir. Él amaba mucho la vida. —Las palabras de la condesa encerraban un matiz de resentimiento que no le pasó desapercibido a Ulysses.

Allegra era consciente de que su marido no la había amado como ella le quería a él. Giulio se amaba a sí mismo y en su corazón no quedaba hueco para albergar amor por alguien más. La apreciaba y era delicado, aunque nunca fue el amante apasionado que ella imaginaba y deseaba. Con todo, en esos tres años de matrimonio había sido un buen esposo y ella estaba agradecida. No se sentía amargada por no haber alcanzado los sueños de juventud, cuando se enamoró de su joven primo el día que se lo presentaron durante la celebración de su dieciséis cumpleaños.

Giulio era tan apuesto y alegre. Bailaron varias veces y se sintió maravillosa. Les insistió a sus padres para que lo invitaran ese verano a la villa en la Toscana, pero él se había marchado a Inglaterra a continuar sus estudios y tuvo que esperar un largo año para volver a verlo. En ese tiempo convenció a sus padres para que gestionaran el matrimonio entre ellos. A ambas familias

les interesaba la alianza para unir fuerzas en la revuelta situación política que se desarrollaba entre los diferentes estados, que habían acabado por unirse para formar un país. Consiguieron casarse con Giulio, no que la amase.

Y lo había intentado, le había dejado libertad para que continuara con sus placeres, no le criticaba algunos vicios que ella consideraba nocivos, le ayudaba en su carrera política ejerciendo influencia a través de su padre... Todo había sido inútil porque el corazón de su esposo no se abrió para ella. Aun así, no descansaría hasta saber la verdad. Alguien le había arrebatado al hombre que amaba y debía pagar por ello.

—Y por último está la nota amenazante que recibí y que yo descubrí unos días antes de su muerte. No, inspector, a mi marido le empujaron deliberadamente bajo las ruedas de ese carronato —concluyó Allegra con impertérrita convicción.

—¿Tenía su esposo algún enemigo que supiese?

—Debía de tenerlos. Era una figura pública importante en nuestro país, aparte de su rango social y su cuantiosa fortuna. No podría indicarle nadie en concreto. De apostar, diría que algún rival político.

—¿Sabe qué ocurrió con la nota amenazante? Me sería de mucha utilidad conocer su contenido exacto.

—La descubrí en uno de los cajones de su escritorio cuando fui a buscar papel para redactar una carta. Fue una semana antes del suceso que acabó con su vida. La he buscado sin éxito. Debí destruirla.

Por el rubor que había cubierto sus mejillas mientras confesaba cómo descubrió la nota, Ulysses imaginó que la viuda no confiaba mucho en su esposo y solía registrar sus pertenencias. ¿Existía algún asunto escabroso que el conde ocultaba? ¿Tenía una amante de la que la condesa estaba al tanto, y esa era la causa del tono de rencor que impregnaba sus palabras y que no lograba ocultar pese a los intentos por parecer desconsolada?

—Dígame qué decía con la mayor exactitud y todo lo que recuerde sobre ella, por favor.

La dama entrecerró los ojos para centrarse en lo que Ulysses le pedía.

—Estaba escrita en una hoja de papel de tamaño más pequeño que el de una carta. Le habían cortado un trozo de la parte superior, quizá el membrete. —Hizo una pausa y miró al exterior por las cristalerías durante unos segundos. Después giró otra vez la cabeza—. Solo tenía dos líneas, escritas con tinta negra y una letra grande y desigual. Pensé que la había escrito una persona poco culta. En la línea superior aparecía la frase «Es tu turno», o eso entendí. En la línea inferior solo ponía «VI Oxford». Esto último lo recuerdo con exactitud porque era muy fácil. En un principio pensé que se trataba de una dirección, o la hora y el lugar de una cita. Fue después del atropello cuando lo relacioné con una amenaza.

Ulysses anotó en el cuaderno que siempre llevaba consigo lo que la dama le describía. Sus palabras confirmaban las del superintendente. Ya había descartado que fuese una dirección, quedaban el resto de las posibilidades. Concluyó que de esa simple nota no se podía desprender ninguna amenaza. Al contrario, sugería que había acudido ese día, o cualquier otro a partir de que la hubiese recibido, a una dirección o una hora determinada, para verse con alguien; ¿una amante, un contacto político, un conocido...?

No creía que se tratase de una hora al no especificar si era de la mañana o de la tarde, a no ser que el conde estuviese al tanto de ello y conociese con anterioridad la hora y el lugar de esa cita.

Fuese las seis de la mañana o de la tarde, cabía preguntarse qué hacía allí al mediodía. ¿Había ido intencionadamente o solo estaba de paso? ¿Cómo era que no iba en su carruaje? Preguntaría al cochero. Resultaba sospechoso que hubiese prescindido de él. ¿Quería que su esposa no se

enterase? Debía investigar de dónde venía o hacia dónde iba. No parecía un lugar que frecuentara un aristócrata lo que, unido a la hora, le inclinaba a pensar que regresaba a su casa, situada un par de manzanas en dirección sur.

Según constaba en el informe, el conde llevaba en Londres desde primeros de febrero, menos de dos meses antes del atropello, pero había vivido tres años en Inglaterra, de 1856 a 1859. Estudió en la universidad de Oxford, donde residía la mayor parte del tiempo y el resto en Londres. En ese tiempo se relacionaría con muchas personas y debió hacer amigos a los que habría aprovechado para visitar a su regreso a la ciudad.

—¿Sabe la razón de que su esposo se encontrase en el lugar del accidente?

—Lo desconozco. No me hacía partícipe de sus actividades a no ser que estas debieran incluirme, como la asistencia a algún evento.

—Puede que fuese a visitar a alguien que viviese o trabajase en Oxford Street, de ahí la nota. Debía tener conocidos, ya que hace años pasó una larga temporada en este país —insinuó. Parecía que la condesa era reacia a hablar de ese tema.

Ella encogió los hombros de forma elegante antes de responder.

—Lo ignoro. Mi marido no hablaba de ese periodo; le era muy lejano. Que yo sepa, se relacionaba con el personal de su embajada y con algún miembro afín a ella y por temas relativos al cometido que le había traído a Londres. Solía pasar el día fuera, en la misma embajada, en la Exposición Universal o resolviendo algún trámite en instancias gubernamentales. Fuimos en alguna ocasión a veladas organizadas en nuestra embajada o en las de otros países. Las noches que no teníamos compromisos juntos, acudía en solitario a eventos en residencias privadas o las pasaba en su club, del que no recuerdo el nombre. Pregunte al mayordomo; él sabrá indicarle mejor que yo —dijo con notoria acidez.

A Ulysses le dio la impresión de que a la dama le desagradaba la excesiva vida social que el conde realizaba y que se había resignado a aceptar. Debía de haberse sentido muy sola, con su marido siempre fuera de casa y sin parientes o conocidos cercanos con los que tratar.

Ulysses comprendió que, para encontrar a la persona que pudo acabar con la vida de Palmieri, si ese era el caso, debía indagar entre los miembros de la embajada, el personal de servicio de la casa y las posibles visitas que realizó desde que llegó a Londres. Arduo trabajo que no podía hacer solo. Por mucho que el superintendente le hubiese indicado que tratase el asunto sin intermediarios, tenía que delegar en su ayudante y los casos pendientes los pasaría a otro inspector. Conocía la discreción de Graham y su sentido práctico; no iba a irse de la lengua si con ello podía perder su empleo.

Como no se le ocurría nada más que preguntarle, Ulysses decidió interrogar a los criados para ver si conseguía algo más de información. Si alguien sabía si el conde tenía algún asunto con otra mujer sería su ayuda de cámara o el lacayo que lo atendía y el cochero, que le llevaba a todos lados.

—¿Me permite que interrogué a los sirvientes, señora? Puede que obtenga información de utilidad.

—Haga todo lo que crea conveniente.

Allegra se levantó del asiento y se acercó al tirador. A Ulysses le sorprendió la pequeña estatura de la condesa, que ya había intuido. No mediría más de metro y medio de altura. Parecía una delicada muñeca de porcelana, triste y sola.

La puerta se abrió y el mayordomo apareció en ella.

—Perkins, el inspector desea hacerle unas preguntas al personal de la casa. Acompáñele y proporciónale toda la ayuda que le requiera.

—Por supuesto, señora.

—Gracias, condesa. Espero no tener que volver a importunarla —se despidió Ulysses.

La dama se limitó a asentir y se desentendió de él. Se sentó en la butaca que había ocupado y volvió a sumergirse en la tristeza y la melancolía, que serían sus compañeras durante mucho tiempo.

Ulysses se compadeció de ella. Debió querer mucho a su esposo, pero ¿era correspondida? ¿Se cansó la condesa de las infidelidades y decidió poner fin a su vida? No lo creía. Su pesar no parecía fingido, aunque había descubierto en sus largos años de experiencia que las apariencias conducían a error con demasiada frecuencia. De lo que no cabía duda era de que, de ser la responsable de la muerte de su esposo, no lo había hecho personalmente. Esa mujer tan menuda no tenía fuerza suficiente para derribar a un hombre, ni siquiera al conde, que no destacaba por su corpulencia.

Capítulo 5

Ulysses siguió al mayordomo hasta un cuarto austero, que debía de ser su salita privada, en la zona de la servidumbre. Una pequeña ventana proporcionaba luz natural y junto a ella había una mesa y dos butacas tapizadas con terciopelo granate. Un escritorio con varios libros y papeles estaba pegado a una de las paredes y una silla junto a él. Allí llevaría las cuentas de la casa; labor tradicional del mayordomo a no ser que la dueña decidiese hacerlo en persona. Una vitrina en la que se veían algunos libros y otros objetos ocupaba otra de las paredes.

—¿A quién desea interrogar, inspector? —demandó Perkins mientras le indicaba una de las butacas.

—Podría comenzar con usted, si no tiene inconveniente.

—Estoy a su disposición.

El mayordomo se sentó en la silla junto al escritorio, una forma de marcar distancia, se dijo Ulysses.

—¿Recibió el conde alguna carta o nota el día de su fallecimiento?

—La entrada de correo era diaria. Muchos comunicados de la embajada se tramitaban de esa forma, invitaciones a eventos, cartas de cortesía... Si recibió alguna de otro tipo no podría confirmarlo.

—¿Recuerda si alguna carta venía sin remitente o sin sello que la identificara?

—No. Solo recuerdo una así, unos días antes del atropello del señor. No llevaba nada escrito excepto el nombre del conde.

—Luego debieron entregarla en mano.

—Sin duda.

—¿Quién la trajo?

—Yo no la recibí, o habría preguntado su procedencia. La vi al revisar el correo antes de llevarlo al despacho del conde, como solía hacer. Debió de ser alguno de los lacayos.

Ulysses sabía que, en las casas pudientes, los lacayos eran dos o un número par.

—¿Me haría el favor de preguntarles si alguno lo recuerda y el aspecto que tenía? Y mientras, preguntaré al ayuda de cámara del conde.

Perkins curvó la boca en una cínica sonrisa, cosa que parecía anormal en aquella cara tan seria, lo que intrigó a Ulysses.

—Le enviaré —accedió con una nota de diversión en la voz.

Salió del cuarto y a los pocos minutos entró un hombre de corta estatura que el pronunciado encorvamiento de su espalda ponía más de manifiesto. Debía de estar cercano a los sesenta años. Su rostro era peculiar, ya que presentaba una cabeza calva que contrastaba con unas espesas cejas blancas y los gruesos párpados superiores que apenas le dejaban abrir los ojos.

—¿Puedo saber su nombre?

El hombre se encogió de hombros y mostró un gesto de incompreensión.

—¿No tiene nombre o no quiere decirlo?

—*Non parlo la sua lingua, signore* —dijo con voz clara y tono azorado.

Ulysses torció el gesto y le indicó con la mano que se marchara. Ahora entendía la diversión del mayordomo. Tendría que prescindir de la información que pudiera proporcionarle hasta encontrar a alguien que le tradujese sus palabras. Imaginaba que el resto de los sirvientes no entendía la lengua en la que se expresaba el ayuda de cámara y, acaso, alguno más que hubiese

de su país. La condesa podría hacer de intérprete, aunque dudaba de que el hombre revelase ninguna indiscreción sobre el conde delante de su esposa.

Salió de la salita y fue en busca de Perkins. Lo encontró en el comedor de la servidumbre tomando una taza de té.

—¿Ya ha acabado de interrogar a Bruno, inspector? —preguntó con malicia.

—He pensado dejarlo para más tarde, cuando encuentre a alguien que sepa su idioma y pueda traducir lo que dice. ¿La doncella de la señora se expresa en nuestra lengua?

La sonrisa que había bailado en la boca del mayordomo se ensancho y los ojos le brillaron con regocijo.

—Ni una palabra. Son los únicos sirvientes que trajeron consigo. El resto fuimos contratados con la casa.

—Ya veo —dijo Ulysses con fastidio. Tendría que prescindir del testimonio del ayuda de cámara a no ser que encontrara a alguien en la división que pudiera hacerle de intérprete.

—¿Va a continuar con los interrogatorios, inspector?

—Si tengo su permiso... —La marcada ironía no hizo la menor mella en la actitud del mayordomo, que mantenía la sonrisa.

—La señora lo ha ordenado y yo siempre cumplo las órdenes de mis señores —recalcó, dejando claro que no era de su gusto y solo lo hacía como imposición.

—Envíe al cochero a la salita. Deseo hablar con él. —Ulysses se giró para regresar a la improvisada sala de interrogatorios cuando recordó que le había hecho un encargo—. ¿Ha preguntado a los lacayos si vieron a la persona que trajo la carta anónima?

—No lo recuerdan. Piense que han pasado más de dos meses. Tampoco le dieron importancia al asunto.

—Avisé al cochero, por favor —pidió Ulysses con sequedad.

No le gustaba la actitud poco colaboradora del mayordomo. Lo achacaba a un falso sentido de superioridad, que le impedía recibir órdenes de alguien que consideraba inferior, y no a que tuviese algo que ocultar. Con todo, anotó que tenía que recabar información de quién había proporcionado los sirvientes para ver si conseguía enterarse de su pasado. No creía que alguno tuviese nada que ver con la muerte del conde, y menos si llevaban tan poco tiempo a su servicio, pero no solía dejar ningún cabo suelto y esa era una de las razones del éxito en la resolución de los casos.

Ulysses olvidó sus cavilaciones cuando el cochero entró en la salita. El hombre tendría unos cuarenta años, llevaba el rostro rasurado, como era costumbre entre la servidumbre, y poseía unos vivaces ojos. Era de estatura mediana y complexión robusta. Por su forma de permanecer de pie, como esperando una orden, intuyó un pasado militar.

—¿Cómo se llama?

—Linus, inspector.

—Dígame, Linus, ¿dio usted algún servicio a su señor el día que falleció?

—Le dejé en la embajada, como la mayoría de los días. Sobre las diez de la mañana. Me dijo que no me necesitaría y regresé aquí.

—¿Era algo que hacía con frecuencia?

—Sí. Cuando le dejaba por las mañanas, me indicaba que regresara por si la condesa precisaba de mis servicios, y solo volvía a necesitarme si realizaban alguna salida juntos por la tarde o la noche.

—¿Qué hacía el conde en esas ocasiones? ¿Regresaba a casa caminando o cogía un coche de alquiler?

—Solía coger un coche de alquiler. En alguna ocasión regresó en el carruaje de algún conocido.

El hombre era parco en palabras. Ulysses no se desanimó.

—¿Suele la condesa ir de visita o de compras?

—No, señor. Nunca la he llevado. Solo cuando iban juntos a algún evento. La señora no salía de casa sin su esposo.

—¿Llevó en alguna ocasión al conde a algún lugar de Oxford Street?

—Nunca le llevé a esa calle, ni creo que pasáramos por allí.

—¿Y a otro lugar que no fuese la embajada y sin la compañía de su esposa?

—En alguna ocasión le llevé al recinto de la Exposición Universal, al Palacio de Westminster, al Almirantazgo... Un par de veces al Banco Morgan y a algunas residencias privadas.

Parecía que el conde llevaba una vida muy regular.

—Necesito una relación de los lugares a los que lo llevó y que recuerde. Mañana enviaré a un agente a recogerla —indicó. Esperaba que la lista no fuera muy larga—. Y, dígame, ¿notó algún cambio en el comportamiento de su señor durante la semana anterior a su muerte?

El hombre se concentró en recordar. Cambió el pie en el que se apoyaba y dio una vuelta al sombrero que llevaba en la mano.

—Lo noté alterado después de llevarlo a aquella residencia a las afueras de la ciudad.

Ulysses se puso alerta.

—¿Cuándo y dónde ocurrió?

—Tres días antes de que falleciera. Esa mañana fuimos a una residencia en Belgrave Square, la de lord Willmott, según entendí. Allí estuvo una media hora. Cuando salió me dijo que tomara el camino de Fulham, que ya me indicaría el lugar exacto. Tras unas dos millas tomamos por Parsons Green Lane hasta un edificio a las afueras de la población, a la orilla del río. Una casa grande, muy descuidada, con el cercado derruido en varios tramos y el jardín lleno de maleza.

—¿Sabe qué ocurrió allí para que se alterara?

—No. Solo estuvo unos minutos y, cuando salió, parecía angustiado. Regresamos a la ciudad y el señor conde me pidió que lo llevara a la embajada. Allí lo dejé.

—¿Realizó alguna otra visita a ese lugar?

—No podría confirmarlo; al menos, yo no lo llevé. En esa última semana me limité a dejarlo en la embajada a la hora de siempre y regresaba aquí de inmediato.

—Gracias, Linus. Le necesitare para que me lleve hasta la residencia de Parsons Green; antes debo pedirle permiso a su señora.

El cochero inclinó la cabeza y se marchó. Ulysses tiró de la cadena de oro que colgaba de su chaleco y extrajo el reloj del bolsillo; aún no eran las cuatro de la tarde y tenían tiempo para realizar el viaje. El lugar no quedaba lejos y podría hacer el trayecto de ida y vuelta antes de que comenzara a oscurecer, siempre que la condesa le permitiera utilizar su carruaje y a su cochero. Dejaría para el día siguiente la visita a lord Willmott para que le explicara qué había hablado con el difunto.

Iba a abandonar la salita para buscar a Perkins cuando este se presentó en ella.

—¿Ha acabado ya con las preguntas, inspector, o desea interrogar a alguien más? ¿A la cocinera o la lavandera? —El tono irónico saturado de diversión era evidente. Ulysses no le daría importancia. Estaba acostumbrado a la arrogancia de ese tipo de personajes, que se creían grandes hombres por ocupar un puesto superior entre la servidumbre de una casa importante; circunstancia que le confería un estatus muy por encima de un simple policía, al que consideraba mano de obra barata.

—He acabado con los interrogatorios por el momento. Deseo que le pregunte a su señora si puedo disponer de su cochero por unas horas.

—¿Y cuál es la razón? ¿No puede desplazarse a pie o pagar un coche de alquiler?

—Puedo hacer ambas cosas. Lo que necesito es que me indique un lugar fuera de la ciudad donde llevó al conde.

Perkins lo miró con un brillo retador, valorando la conveniencia de transmitir o no la petición.

—Lo consultaré con la señora. Aguarde aquí —decidió al fin.

El mayordomo se marchó con gesto serio y regresó en pocos minutos.

—La señora condesa le autoriza a utilizar su carruaje y a su cochero si es necesario.

—Bien. Quisiera partir de inmediato. Indíquele al cochero que prepare el carruaje.

Perkins se envaró. Le molestaba recibir órdenes de un asalariado de menor categoría que él, pero era mejor mostrarse colaborador con la policía, no fuera que decidiese investigar y salieran a relucir cosas que deseaba mantener ocultas.

—Puede esperarle en la acera, frente a la puerta principal.

Ulysses no quiso discutir con el soberbio mayordomo y salió a la calle. Solo tuvo que esperar unos minutos y el carruaje con Linus en el pescante apareció por la entrada lateral.

—Necesito pasar por la comisaría. Haga el favor de dirigirse a Whitehall Place —le indicó. Tenía que darle instrucciones a su ayudante.

Capítulo 6

Cuando llegó a su oficina, Fergus estaba acabando de redactar el informe de las pesquisas que había realizado y a la espera de nuevas órdenes.

—Graham, deje que Taylor se encargue de continuar con las indagaciones sobre la muerte de Benjamin Jones. El superintendente me ha encargado un caso más urgente y necesito su ayuda. —Ulysses le hizo un somero resumen de lo que sabía—. Se encargará de investigar a los sirvientes de la casa del conde Di Pontia por si existiese algún motivo para asesinarle. Pregunte a los sirvientes de los vecinos; siempre aportan valiosa información. Y busque algún intérprete de italiano o de la lengua que se hable en Florencia por si decido interrogar al ayuda de cámara del conde. Todo ello ha de hacerlo solo y la información que recopile, me la pasa a mí. No quiero que otra persona meta sus narices —le advirtió.

—De acuerdo, señor. ¿Qué hago con los otros casos que estamos investigando?

—Los más urgentes se los pasaré a Fleming, el resto podrá esperar. No creo que este encargo nos lleve mucho tiempo —auguró optimista.

Ulysses salió y subió al carruaje. Linus se puso en marcha hacia el lugar a las afueras de la ciudad al que había llevado a su amo pocos días antes de su muerte.

Tardaron menos de una hora en llegar a su destino, una antigua mansión de dos plantas en la orilla norte del Támesis y alejada de la población. Tras recorrer un corto camino polvoriento flanqueado de altos olmos centenarios y traspasar la casi derruida valla de hierro, Ulysses observó con detenimiento el edificio. Como ya le había indicado el cochero, presentaba un aspecto ruinoso que le llevó a pensar que estaba deshabitado. No se apreciaban señales de vida, como luces encendidas, humo por las chimeneas, ropa tendida...

Bajó del carruaje y se acercó a la robusta puerta. Advirtió que estaba abierta e, intrigado, la empujó y entró. El vestíbulo estaba oscuro y destemplado, contenía pocos muebles y los que había presentaban una capa de polvo, que también cubría el suelo de baldosas de mármol negro. Agudizó el oído y no escuchó ningún sonido. Buscó algún tirador para llamar a los sirvientes y no lo halló.

Demasiado silencio para una casa tan grande, se dijo Ulysses; algo inusual ocurría. ¿Los sirvientes se habían ausentado o la casa carecía de ellos? Las dos posibilidades justificarían el abandono que presentaba todo lo que había visto hasta el momento.

Decidió recorrer los alrededores. Allí debía de vivir alguien o no estaría la puerta abierta. Iba a salir cuando lo alertó un sonido procedente de la planta superior, como si algo pesado hubiese caído al suelo. Temiendo que fuese un ladrón, se encaminó a las escaleras.

Con lentitud para evitar que los desnudos peldaños de madera crujieran bajo su peso y alertaran al intruso, Ulysses accedió a la primera planta. Estaba silenciosa y en semipenumbra, solo iluminada por una ventana por la que se filtraban los últimos rayos de luz de la tarde. Había varias puertas cerradas y, al final de un corto pasillo, una abierta; hacia ella se dirigió.

Desde el umbral reparó de inmediato en el gran caos que reinaba en la habitación: libros y papeles esparcidos por el suelo, muebles volcados, cajones abiertos y vacíos... No cabía duda de que había sido revuelta de forma intencionada. Apartó una silla que le impedía el paso y se adentró en ella. Lo siguiente que sus ojos vieron fue un cuerpo tendido en el suelo sobre una alfombra raída y cubierta de objetos. Se trataba de un hombre joven. Una gran mancha negra rodeaba su cabeza. Parecía sangre y debía proceder de la brecha que se apreciaba en la parte

superior del cráneo, que le empapaba el oscuro cabello.

Instintivamente, se agachó y presionó con dos dedos en el cuello para comprobar si seguía vivo; algo improbable por la cantidad de sangre que había vertido y la lividez que presentaba el rostro, que aparecía sereno. Debió quedar inconsciente por el golpe y no sufrió mientras moría.

Centrado en observar el cadáver, no advirtió el leve movimiento a su espalda y no tuvo tiempo de reaccionar antes de que un rotundo golpe en la cabeza, que amortiguó en parte la rígida copa de su sombrero hongo, le hiciera tambalearse y caer de rodillas al suelo. El instinto de protección actuó rápido y rodó sobre sí para protegerse de otro ataque, pero solo vio salir a una figura con un largo capote oscuro y la cabeza cubierta con la capucha.

Mareado, se levantó con menos ligereza de la que hubiera deseado y se lanzó en su persecución. Su atacante se dirigió a las escaleras y Ulysses intentó alcanzarlo. Era rápido y a él, la vieja herida en la pierna que le había causado la lanza de un nativo, le jugaba malas pasadas en los momentos menos adecuados.

Renqueando, logró bajar las escaleras con la mayor celeridad que pudo. El agresor era de estatura mediana y con cada zancada igualaba dos de las suyas; con todo, si lograba llegar a la puerta y salir al exterior, podía perderlo. Con un último y titánico esfuerzo, Ulysses se arrojó sobre él. Un agudo quejido se escapó de la boca del fugitivo cuando lo derribó y lo bloqueó con su peso.

—¡No te resistas! —le ordenó Ulysses entre jadeos, cuando logró recuperar el aliento. Pese a que era de menor tamaño, el cuerpo bajo el suyo forcejeaba para escabullirse con una fiereza que le sorprendió.

El individuo obedeció y dejó de luchar. Ulysses se incorporó y, aún de rodillas, sacó una fina cuerda de uno de los bolsillos de su chaqueta, le dobló los brazos hacia atrás y procedió a inmovilizarle las finas muñecas. La prefería a los voluminosos grilletes y era igual de efectiva.

Cuando giró el cuerpo para verle el rostro no le sorprendió encontrarse con unos rasgos femeninos no exentos de atractivo en los que destacaban unos ojos rasgados, de un azul violáceo, que lo miraban con indignación. La capucha que le había cubierto la cabeza se ladeó y descubrió un cabello oscuro y brillante con numerosos rizos que se escapaban del prieto recogido.

Ulysses no se dejó ablandar por el rictus de malestar que formaba la boca de la mujer, grande y de labios generosos. Era probable que hubiese matado al hombre que yacía en el piso superior y le había atacado a él con el mismo propósito. No era la primera asesina que detenía; incluso niños con caritas más inocentes que aquella podían matar. Se incorporó y tiró del brazo para que se pusiera en pie.

—¿Quién es usted y por qué me ha maniatado? —preguntó ella con fiereza. Había descartado que se tratase del asesino y apostaba por un policía o investigador privado, de ahí que hubiese desaparecido el inicial temor que sintió y que la llevó a golpearle e intentar escapar. Ahora estaba irritada por el trato que estaba recibiendo.

La correcta dicción que mostraba aquella voz bien modulada, unida a la suavidad de las manos y la calidad de la ropa que llevaba, le indicó a Ulysses que no era una simple ratera.

—Soy el detective inspector Ulysses McRae y yo hago las preguntas. Responda: ¿quién es y qué hace aquí?

—Me llamo Beatrice Leighton. He venido a ver a Oliver —respondió ella en tono irritado, que se reflejaba en el fuego de su mirada.

—¿Oliver es el individuo que está muerto en el piso superior?

—Así es. Y, como me lo va a preguntar, le diré que yo no le he matado.

Los iris atigrados de Ulysses lanzaron un destello de secreta admiración ante el temple de la

mujer que tenía delante.

—No esperaba otra respuesta, señora.

—Señorita Leighton, si no le importa —corrigió, y levantó la barbilla en un gesto de dignidad ofendida.

Ulysses sonrió para sí. La dama tenía agallas o era demasiado inocente para no advertir la difícil situación en la que se encontraba.

—Señorita Leighton, ¿qué relación le une con el tal Oliver? Por cierto, ¿sabe cómo se apellida?

—Oliver Furlong, un amigo de la familia. Estoy aquí porque me envió una nota en la que me pedía que viniera a verle. Cuando he llegado lo he encontrado muerto, y creo que lo está desde hace días.

—¿Por qué me ha golpeado y ha intentado huir? —preguntó con velado rencor. Le enfurecía más el haberse dejado sorprender que el dolor que le había provocado. Si en vez de una delicada fémina hubiese sido un hombre, puede que ahora mostrara algún moretón en el rostro.

—¿Usted qué cree? No podía arriesgarme a que fuese el asesino y acabara con mi vida.

Su explicación tenía lógica y el comportamiento confiado que mostraba le hacían suponer a Ulysses que era sincera; aun así, no volvería a relajar la guardia. En sus años como policía se había enfrentado a asesinos fríos y despiadados, capaces de engañar a cualquiera.

La observó con detenimiento. Debía rebasar la veintena, era bonita sin llegar a ser una belleza y tenía un ligero tono tostado en la piel que le sugería una afición por pasar horas al aire libre, algo poco usual en una dama. No llevaba anillos de casada y vestía de forma extraña. Debajo del largo gabán llevaba una especie de pantalones muy anchos sujetos a la cintura con una correa que podían confundirse con una falda sin enaguas ni crinolina. Las botas de montar eran de grueso cuero y tacón bajo. Una camisa blanca que cerraba en el cuello con un broche completaban su atuendo.

—¿Cuánto tiempo llevaba aquí cuando yo he llegado?

—Apenas unos minutos. El cuerpo está frío y la sangre se ha secado. He deducido que la muerte se produjo hace horas, puede que días. —Beatrice estaba acostumbrada a ver animales muertos en la finca de sus tíos y, por los síntomas que presentaba el cadáver de Oliver, sabía que no era reciente.

Esa respuesta coincidía con lo que él había observado, mas no la descartaba como sospechosa. Podía haberlo matado en otro momento y regresar por algún motivo que desconocía; razón que también se podía aplicar al verdadero asesino, en caso de que ella estuviese diciendo la verdad. Ese pensamiento le llevó a sospechar que aún podía estar en la casa, aguardando para escapar. Necesitaba inspeccionarla a fondo para descartar esa posibilidad.

Maldijo al recordar que no llevaba el revólver que conservaba de su paso por el ejército y que siempre le acompañaba cuando, en el desempeño de su trabajo, se adentraba en zonas peligrosas. Sí llevaba el *sgian dubh*, el pequeño puñal que su abuelo le regaló cuando se marchó de Edimburgo para enrolarse en el ejército, en un sentimental intento de seguir los pasos de un padre al que admiraba; por desgracia, el destino se encargó de mostrarle la verdad de forma cruel.

Sin dejar de sujetar a Beatrice, sacó el puñal de la funda que llevaba en la correa y lo empuñó.

—Voy a registrar la casa para asegurarme de que no hay nadie más y usted vendrá conmigo. Manténgase en silencio y no dé problemas o la amordazaré y la encerraré en la primera habitación que vea, ¿entendido? —le advirtió con el ceño fruncido y la voz amenazante.

Lo más prudente era dejarla allí, inmovilizada, pero si ella no había matado al hombre del

piso superior y el asesino continuaba en la casa, corría el riesgo de que la atacara. Mejor llevarla con él.

—Descuide. Tengo más interés que usted en encontrar a la persona que ha matado a Oliver.

Beatrice no se dejó impresionar por la dureza que mostraban aquellos singulares ojos. Con hombres más rudos que él se las había visto y no lograron amedrentarla. Ese, pese a su gran tamaño y el gesto fiero, no parecía violento; al menos con las personas que no se lo merecían.

Ulysses echó el cerrojo a la puerta de entrada y, con Beatriz cogida del brazo, comenzó a inspeccionar las estancias que daban al vestíbulo. En una de ellas había una salita. Parecía en desuso, con las cortinas echadas y los muebles cubiertos con telas para protegerlos del polvo. La puerta de enfrente daba a un comedor que estaba en las mismas condiciones que la habitación anterior: cortinas corridas, muebles cubiertos, frío y olor a humedad.

Se dirigieron a la puerta del fondo, junto a la escalera. Esta daba a la parte de servicio, con dos habitaciones de dos camas cada una, una despensa vacía y la cocina. En esta se apreciaban signos de haber sido utilizada, pese a que los fogones estaban fríos. En el fregadero había vajilla sin lavar y sobre la mesa restos de alimentos de los que las hormigas estaban dando buena cuenta. Al fondo de la cocina había una puerta que daba al patio trasero. Estaba cerrada, así como la ventana.

Subieron la escalera hasta el piso superior y fueron abriendo puertas, tres en total. Dos de ellas eran dormitorios y solo uno estaba en uso, el que debió ocupar Furlong. La otra habitación era muy luminosa, gracias a los dos grandes ventanales desprovistos de cortinajes que ocupaban toda una pared. Estaba llena de cuadros esparcidos por toda la estancia: en el suelo, colgados en las paredes, expuestos en caballetes... En la mayoría de los que estaban a la vista aparecía la misma modelo, una joven de belleza angelical, en diferentes poses e immortalizada con maestría.

—Son obra de Oliver. Era un pintor excelente —dijo Beatrice con tono pesaroso.

Ulysses la miró. El aprecio que sentía por el fallecido parecía sincero, lo que no descartaba que le hubiese asesinado.

Ulysses se dirigió a uno de los caballetes cerca de la ventana que sostenía un cuadro tapado con un lienzo. Al retirarlo observó que estaba inacabado y con la pintura seca, signo de que no había trabajado en él en bastante tiempo. La modelo era la misma con una temática diferente. Ya no la mostraba como una joven alegre y llena de vida. En este aparecía tendida en el suelo sobre una gran mancha de sangre.

Miró a Beatrice con un gesto interrogativo. Ella se encogió de hombros.

—No conozco a la modelo.

Se dirigieron a la última habitación, la que debía ser el despacho de Furlong y donde encontró la muerte. Ulysses recogió algunas hojas de papel esparcidas por el suelo. Eran bocetos inacabados, con escenas dantescas, fruto de un juicio perturbado. Había también hojas de papel manuscritas, con frases inconexas.

—Hace tiempo que su mente estaba trastornada —comentó Beatrice al ver aquellas muestras de la profunda demencia en la que su amigo había caído en los últimos años.

Convencido de que no había nadie más en la casa, Ulysses volvió a inspeccionar el cadáver que aparecía en medio de la amplia estancia. Como había observado con anterioridad, la muerte debió producirse a causa del golpe en la cabeza que le fracturó el cráneo y le provocó la masiva pérdida de sangre. El cuerpo estaba frío y en la piel del rostro y las manos, las únicas visibles, comenzaba a aparecer el típico tono pardo.

No observó otras heridas y lo giró para comprobar si había alguna en la espalda. Estaba limpia. Volvió a colocarlo en la posición inicial y le abrió el chaleco y la camisa para mirarle el

tórax. Ulysses no era un experto, pero le interesaba todo lo relacionado con la investigación y acudía con frecuencia a la morgue para observar al doctor Hogarth, seguidor de las novedosas técnicas en medicina legal que estaba implantando en el país el médico y toxicólogo Alfred Swayne Taylor. Así sabía que, a partir del segundo día y en condiciones ambientales no extremas, solían aparecer los primeros signos de putrefacción en el cadáver, en forma de una mancha verde a la altura del abdomen, y hacia el quinto día comenzaba a hincharse y perder su forma habitual debido a los gases acumulados por acción de las diferentes bacterias.

El abdomen de Oliver Furlong presentaba la mancha, sin aparecer hinchado. Dedujo que llevaba muerto entre dos y cuatro días. Si la señorita Leighton era la asesina, debió hacerlo antes; entonces ¿por qué había regresado?

—Está bien. Cuénteme todo lo que sepa y no se deje nada —le indicó a Beatrice, que observaba el cuerpo con un gesto de tristeza.

Capítulo 7

—¿Por dónde quiere que empiece, inspector? La historia es muy larga —preguntó Beatrice ante la orden recibida. Estaba molesta por la desconfianza que Ulysses le demostraba, si bien entendía su postura.

Había estado observándole y le agradó su competencia. No iba a negar que tuvo miedo cuando descubrió el cadáver de Oliver y pensó que el asesino podía encontrarse allí; miedo que se incrementó con su llegada. Ahora se sentía segura a su lado.

—Por el principio, en especial la relación que le une con el difunto y qué la trajo aquí. Ya le iré preguntando sobre la marcha las dudas que tenga —indicó Ulysses. Sacó del bolsillo interior de su chaqueta el cuaderno y el lapicero y se dispuso a tomar nota.

—Permítame que me siente cerca de la ventana. Desde allí no le veré. —Apreciaba a Oliver y sentía su muerte en tan trágicas circunstancias.

Las ataduras de las manos debían incomodarla, pero Ulysses no se decidió a quitárselas. Mejor escuchar su historia antes. Colocó una de las sillas junto al ventanal y Beatrice se sentó en ella. Él lo hizo en el sillón del escritorio.

—Conocí a Oliver hace unos seis años, cuando Sidney, mi prometido, comenzó sus estudios en Oxford. Sidney pasaba las vacaciones en Willmott Park, la propiedad que su familia posee cerca de Merton, en el condado de Oxford, y Oliver le acompañó en varias ocasiones. Como en aquella época yo vivía en Greenwell Farm, la finca de unos tíos que está situada cerca de la de los padres de Sidney, ellos iban a visitarme con frecuencia. Oliver me hizo varios retratos con carboncillo y prometió hacerme uno al óleo; no lo cumplió.

Beatrice calló durante unos segundos mientras miraba por la ventana y rememoró aquellos felices tiempos en los que el futuro se presentaba maravilloso y las dudas no la acosaban, como ahora. Giró la cabeza y miró a Ulysses, que la observaba con expresión concentrada.

—Llevaba más de cuatro años sin noticias de él, hasta que se puso en contacto conmigo hace unas tres semanas; no obstante, estaba al tanto de los problemas mentales que padecía y que llevaron a su familia a ingresarle en un sanatorio por largos periodos.

—¿Conoce a su familia? —la interrumpió Ulysses.

—Su padre es sir Henry Furlong, un reputado médico. Su madre procedía de una familia noble. Falleció cuando Oliver era un niño. Esta casa la heredó ella. Era donde se alojaba cuando no estaba ingresado, según me comentaron. Imagino que el padre prefería tenerlo lejos para que no le avergonzara. Le causó muchos problemas al poco de abandonar los estudios en Oxford y antes de que decidiera recluirle.

A Beatrice le dolía el estado en el que había estado viviendo durante los periodos de tiempo que no estaba ingresado. Con Sidney en sus viajes por tierras lejanas e inhóspitas, era Harriet, una de las hermanas de su prometido, quien la tenía al tanto de lo concerniente a su amigo.

Harriet siempre se sintió atraída por Oliver; un sentimiento que nunca fue correspondido y que la obligó, presionada por su padre, a aceptar la propuesta de matrimonio de su actual esposo.

—Prosiga. ¿Dice que contactó con usted hace casi un mes?

—En efecto. Recibí un sobre lacrado que contenía una carta y una nota. La nota constaba de pocas líneas. En ella me pedía que le hiciera llegar la carta a Sidney e insistía en que era muy importante que la recibiera. Decía algunas incongruencias como que el pasado había regresado para vengarse, que todos estaban en peligro...

—¿Conserva esa nota?

—Lo siento, la destruí —admitió con pesar. No se le ocurrió conservarla y ahora se arrepentía. En su momento no le dio importancia por considerarla el desvarío de un desequilibrado.

—¿A qué se refería con el pasado? ¿Nombraba a alguien?

—No tengo idea. En la nota no daba nombres, y desconozco el contenido de la carta. La envié tal y como me pedía. Le remití una nota a esta dirección, en la que supuse que estaría. Le confirmaba que cumpliría con su encargo, y le advertía que no estaba segura de que la carta llegara a manos de Sidney.

—¿Puede decirme el nombre completo de su prometido? ¿Dónde está y a qué se dedica?

—Se trata de Sidney Willmott, hijo de lord Francis Willmott, barón Willmott. Se embarcó hace un año en una expedición científica que recorre el territorio de la Amazonia. Su paradero actual nos es desconocido. La última carta que nos llegó de él fue remitida hace cinco meses desde la ciudad de Manaus.

—¿Es marino?

—No, inspector. Sidney es un entusiasta de la botánica y la geología. No llegó a terminar los estudios de Ciencias Naturales en Oxford, lo que no le impide dedicar su vida a esa pasión. Esta es la segunda expedición que emprende. La anterior le llevó a explorar las islas del Pacífico Sur.

Ulysses no detectó en las palabras de Beatrice ningún signo de decepción o animosidad, algo extraño en una mujer cuyo prometido parecía llevar años fuera.

—Le envió la nota a Furlong, ¿él le respondió? —preguntó Ulysses.

—Se la hice llegar con uno de nuestros lacayos, y no me remitió nada de vuelta hasta hace tres días. Yo estaba fuera de la ciudad y me han entregado su nota esta misma tarde, al regresar.

—¿Qué decía?

—Puede leerla usted mismo. La llevo en el bolsillo derecho —dijo Beatrice.

Ulysses se levantó y se acercó a ella. Metió la mano en el bolsillo derecho del gabán y extrajo un trozo de papel doblado.

Necesito verte. Debo comunicarte algo de vital importancia. Te espero mañana en Huntington House de diez a doce de la mañana. Ven sola.

Oliver

—La citaba para el miércoles, hace dos días —puntualizó Ulysses. La nota estaba fechada tres días antes. Calculó que la muerte se produjo poco después de escribirla, ya que no llevaría más de ese tiempo muerto.

Beatrice asintió con gesto apesadumbrado. Si hubiese acudido a la cita, podría haber evitado la muerte de Oliver.

—Como le he dicho, me encontraba fuera de la ciudad.

—¿Sabe quién entregó la nota?

—Un chico, al parecer. Nadie preguntó. La dejaron en la bandeja de la correspondencia.

—¿No le pareció extraña la petición de venir sola?

—No tratándose de él. Siempre fue extravagante, algo propio de su naturaleza creativa, imagino, y que se acentuó de forma alarmante en los últimos años, a raíz de abandonar Oxford. No le gustaban las visitas y no solía relacionarse con nadie en los periodos que no estaba ingresado en el sanatorio mental, que fue la mayor parte del tiempo. No me sorprendió la petición y por eso he venido, aunque con dos días de retraso.

Beatrice no quiso expresar su verdadera impresión. El carácter excéntrico y bohemio de Oliver, que siempre le había parecido divertido y valiente al desafiar a su familia para crearse un

futuro como pintor, había ido degenerando en una locura que pasaba por periodos de cierta calma, tal vez heredada de su madre.

La última vez que le vio fue unos cuatro años antes. Se presentó en Greenwell Farm buscando a Sidney; él acababa de emprender su primera expedición. No acudió a la familia de su prometido porque nunca aprobaron esa amistad con su hijo, pese a la buena posición social de los Furlong. Tampoco aprobaban el compromiso entre Sidney y ella, que habían consentido apremiados por las crecientes deudas que su padre cubría con adelantos de la dote. Sabía que su futura familia política despreciaba sus raíces burguesas y la consideraban una advenediza que quería trepar hasta un estatus social que no le correspondía; algo que a ella le tenía sin cuidado, como les demostraba cada vez que tenía ocasión.

—¿A qué hora ha llegado aquí y cómo?

—He venido cabalgando. La montura está en la parte de atrás, donde se encuentran las caballerizas. Pensaba que habría un mozo de cuadra o algún criado que se hiciese cargo. No he encontrado a nadie. En cuanto a la hora, no sabría decirle con exactitud. Debió de ser pocos minutos antes de que usted llegara. La puerta principal estaba abierta y entré. Llamé y nadie contestó. Decidí esperar por si había salido. Después de unos minutos, se me ocurrió que podía estar dormido en algún lugar de la casa. Miré en las habitaciones de la planta baja y luego subí a este piso, donde lo encontré. Fue cuando oí pasos en la escalera y pensé que era el asesino. Me escondí tras la puerta y le golpeé cuando se agachó.

Ulysses evaluó con calma sus palabras. Se inclinaba a creer lo que decía. La versión era coherente y la nota que le había mostrado parecía auténtica, al compararla con la de algunos escritos que había sobre la mesa, aunque eso debería determinarlo un experto. No tenía pruebas contra ella que justificaran su detención y recelaba que se levantaría un buen revuelo si la llevaba a comisaría y la dejaba en el calabozo hasta que investigara a fondo aquel asunto.

Por su aspecto, modales y la confianza en sí misma con las que se desenvolvía se adivinaba que pertenecía a la alta sociedad. Si su prometido era el hijo de un aristócrata, más le valía andarse con cuidado o podía crearse un buen problema; como persona práctica que era, quería conservar su empleo.

—Está bien, señorita Leighton. Dejaré que se marche y, si necesito recabar más información, le haré una visita.

—No se prive de ello, inspector. Puede encontrarme en la residencia Leighton, en el 19 de Cavendish Square o en Greenwell Farm, una finca cerca de Wendlebury, en Oxfordshire, a donde viajo con frecuencia.

—En unos días, y si le es posible, evite ausentarse de Londres —le advirtió. Guardó la nota en el bolsillo de su chaqueta y se acercó a ella. Con habilidad, le desató las ataduras que le trababan las manos.

Beatrice se frotó las muñecas en las que las cuerdas le habían dejado unas marcas visibles.

Ulysses lo advirtió y sintió un atisbo de remordimiento. Desvió la mirada para evitar la censura que advertía en la de ella. Cerró la puerta y se encaminaron hacia las escaleras. Tenía que informar en comisaría del hallazgo del cadáver para que las autoridades se hicieran cargo de él y avisaran a la familia.

—Debo dar parte de este suceso. Usted puede marcharse —le indicó Ulysses.

Beatrice asintió. Mientras se dirigían a la parte trasera de la casa, donde ella había dejado su caballo, le preguntó a Ulysses:

—¿Puede decirme qué le ha traído aquí, inspector?

—Es un tema relacionado con otra investigación —contestó de forma vaga. Rectificó al

recordar que el difunto había ido a visitar a los Willmott, la familia de su prometido, pensó que podía proporcionarle información valiosa al estar emparentada con ellos—. Se trata de la muerte de un individuo extranjero, Giulio Palmieri, conde Di Pontia. ¿Le conoce?

Ulysses observó con atención la reacción de ella, que no tardó.

—No, que recuerde; ¿qué relación le unía a Oliver?

Ulysses dudó en ponerla al tanto de los pormenores de la investigación que le había llevado allí, y que podía estar relacionada con la muerte de Furlong. Su intuición, que le había llevado por el camino correcto en tantas ocasiones, le decía que ella no era responsable de esta última y que podía ayudarle en sus pesquisas al moverse en los mismos círculos que los implicados.

—El conde vino a esta casa unos días antes de fallecer, según su cochero. Previamente a esa visita, acudió a la residencia Willmott, la de la familia de su prometido.

Beatrice reflexionó. Que ella supiera, lo único que relacionaba a Sidney con Oliver era el tiempo que estuvieron estudiando en Oxford.

—¿Qué edad tenía el conde? ¿Sabe si estudió en Oxford?

—Veintiséis a fecha de su muerte; y sí, cursó estudios en Oxford durante un periodo de tres años, de 1855 a 1858. Después se marchó a su país y regresó a mediados de febrero de este año.

—Ahí tiene la probable relación. Sidney y Oliver estudiaron allí durante ese periodo, y puede que en el mismo *college*. Debieron conocerse. El que viniera por aquí no resulta extraño. Al regresar a Inglaterra quiso visitar a su antiguo compañero de estudios.

Beatrice subió al caballo. La silla era masculina y ella montó a horcajadas, de ahí el atuendo que llevaba, muy útil para ese tipo de montura. Una mujer a la que no le importaban los convencionalismos sociales, pensó Ulysses; algo difícil de encontrar entre las damas de su clase y que él apreciaba. Aparte de unos bonitos ojos felinos, tenía un arrojo meritorio.

—Voy a necesitar su colaboración, señorita Leighton —dijo él antes de que Beatrice partiera.

Fue un impulso que justificó por el interés de tenerla vigilada por si estaba equivocado y resultaba ser la responsable de la muerte de Furlong. Pasó por alto el hecho de que su compañía le resultaba estimulante hasta el punto de alterarle su natural temple; algo que se sentía capaz de controlar.

—Usted dirá, inspector.

—Necesito hacerle algunas preguntas a la familia de su prometido y me gustaría que usted me acompañase. Puede que nos aporte información valiosa que aclare ambas muertes.

—No tengo inconveniente. Le ayudaré en la medida de mis posibilidades para que descubra al asesino de Oliver; a cambio le pido que me mantenga al tanto de la investigación y, si es posible, me deje colaborar con usted. Comprenderá que tengo gran interés en este asunto ya que la vida de mi prometido puede correr peligro.

—De acuerdo, siempre que no interfiera en el trascurso de la investigación —decidió. Esperaba no arrepentirse de esa alianza que podía acabar siendo peligrosa para ella—. ¿Puedo recogerla mañana a las diez para ir a la residencia Willmott, o es muy pronto para usted?

—Aguardaré su llegada. —La sonrisa de satisfacción era sincera.

Beatrice se marchó al galope, demostrando que era una buena amazona, y Ulysses se acercó al coche donde Linus aguardaba. Escribió unas líneas en su libreta, arrancó la hoja y se la entregó al cochero.

—Un último favor, Linus. Lleve esta nota a la comisaría de policía en la que hemos estado antes de venir, la de Whitehall Place, y entréguela al primer agente que encuentre allí de parte del inspector McRae. Después, puede marcharse. Gracias por su colaboración.

Cuando el cochero se marchó, Ulysses comenzó a inspeccionar los alrededores de la casa en

busca de pistas que le llevaran a entender cómo había entrado el asesino. La puerta de entrada no estaba forzada. Si entró por allí, el difundo lo dejó pasar, lo que indicaba que le conocía y confiaba en él; o la había dejado abierta y el asesino se coló por ella, si aceptaba la opinión de la señorita Leighton de que Furlong no estaba cuerdo.

Recorrió el contorno de la casa y descubrió que una de las ventanas de la parte posterior, que daba a las habitaciones de los sirvientes, estaba forzada y debajo había huellas de pisadas. Por la largura y anchura que mostraban dedujo que eran de calzado masculino. Ese descubrimiento le llenó de una singular alegría. Si la pisada hubiese sido de mujer, se recriminaría por haber descartado tan pronto a la señorita Leighton y por haberse dejado embaucar por sus vivaces ojos y su arrolladora personalidad.

La muesca en la madera del marco le indicaba que había utilizado una herramienta para forzarla, un puñal resistente o una pequeña palanca. Volvió a entrar en la casa y fue a esa habitación. Tanto en el alféizar como en el suelo junto a la ventana había restos de tierra, lo que confirmaba que esa había sido la vía de entrada a la casa del asesino.

El doctor Hogarth llegó casi una hora después, cuando ya oscurecía, acompañado de dos agentes. Al ver el cadáver, corroboró la hipótesis de Ulysses de que llevaba muerto, al menos, tres días, y se llevó el cuerpo a la morgue para diseccionarlo y averiguar la causa de la muerte, que parecía evidente.

Ulysses dejó a un agente custodiando la casa y se marchó con el doctor. La tarde estaba dando paso a la noche, que comenzaba a extender su manto oscuro en el cielo, y la falta de luz impedía seguir inspeccionándola. Al día siguiente, antes de la visita a los Willmott y a los familiares del difunto Furlong, regresaría para continuar el trabajo.

Capítulo 8

Beatrice se levantó con las primeras luces del alba. Estaba cansada y frustrada después de una noche en la que las pesadillas habían copado su sueño, impidiéndole descansar. La imagen de Oliver se repetía de forma amenazante y la llenaba de negros presagios. Ulysses también aparecía en ellas, lo único que le aportó algo de sosiego.

La muerte de Oliver la había sobrecogido pese a que no se tenía por una sensiblera. El ver el cuerpo tendido sobre su propia sangre le causó una enorme impresión, a lo que había que añadir el miedo que sintió al temer por su vida. ¿Cómo imaginar que el hombre que apareció era un policía?

El inspector McRae le había causado una grata impresión pese a su rudeza, justificada al creer que se encontraba ante una asesina. No podía negar que su vigorosa figura llamaba la atención, así como su atractivo rostro que la ausencia de vello facial dejaba apreciar. Le gustaba que llevase la abundante y oscura cabellera peinada hacia atrás, sin sucumbir a la moda imperante de cabellos rizados cubriendo la frente. La nariz perdía su clasicismo por un pequeño abultamiento en el puente a causa de una rotura mal curada, supuso, y la cuadrada mandíbula, junto a una boca de labios perfilados, aportaban interés a ese rostro de rasgos muy masculinos.

Pero no era solo su atractivo físico lo que le agradaba de él. Había sentido su fuerza de carácter y su determinación, rasgos que le gustaban en una persona. Hasta ese momento, la opinión que tenía de los policías era muy diferente. Solo había observado desinterés por su parte, cuando no clara grosería, en las ocasiones que requirió su ayuda.

Beatrice colaboraba en la Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras, fundada unos años antes por iniciativa de algunos políticos e intelectuales, que pretendían cambiar la vida de los más desfavorecidos en barrios marginales de la ciudad con una labor que iba más allá de la simple caridad que aplicaban las instituciones religiosas.

Por mediación de una amiga había entrado en contacto con dicha asociación y, desde hacía más de un año, les ayudaba tanto económicamente como con su trabajo, que se centraba en enseñar a leer y escribir a las mujeres que lo necesitaban y a sus hijos. Para ello acudía casi a diario a un local en el Soho que servía de acogida temporal para las desamparadas y donde se recogían donaciones de ropa y otros objetos. Esas mismas mujeres, y otras a las que se les recompensaba con ayuda de todo tipo, colaboraban en el centro y entre todas ejercían una labor social y educativa que era muy valorada y bien recibida por los habitantes de aquellos barrios desprotegidos, en los que la pobreza y el maltrato hincaban sus dientes en los más indefensos: las mujeres y los niños.

En ocasiones, había acompañado a algunas de esas mujeres a la comisaría más cercana para presentar una denuncia o había pedido ayuda a algunos de los pocos agentes que patrullaban por aquellos barrios. En la mayoría de las ocasiones la habían ignorado, de ahí que se hubiera creado una negativa opinión sobre esa institución, que ejercía más como represiva que como salvaguarda de la población. Con el inspector McRae no había tenido esa sensación. Sin abandonar una actitud precavida, la había tratado con respeto y había escuchado sus explicaciones.

La entrada de una persona en la habitación apartó a Beatrice de sus pensamientos.

—Buenos días, Maud —saludó con la voz despejada de sueño. Retiró la florida colcha y se sentó en el borde de la cama.

—Hoy has madrugado, niña. ¿Te sientes mal? —dijo la mujer de piel oscura y exóticos rasgos mientras se dirigía al amplio ventanal para descorrer las cortinas que lo velaban.

—Estoy bien. Es que no me gusta haraganear en la cama.

Una risa cantarina surgió de la garganta de Maud.

—¿Cuándo has haraganeado tú, si eres de las primeras en abrir los ojos cada mañana?

—Después de ti, en todo caso. Eres nuestro gallo mañanero, según la señora Everest —replicó Beatrice en tono guasón, y le dirigió una mirada en la que no ocultaba todo el cariño que sentía por ella.

—¿Eso dice la cocinera?

—Se lo he oído en más de una ocasión. Y Rhys te llama lechuza, porque eres de las últimas en acostarte.

Maud sonrió, lo que consiguió que sus altos pómulos destacaran más en el enjuto rostro. No le molestaban esos apelativos por parte del resto del servicio. Tanto a ella como a su marido los habían aceptado sin reparos, si bien su aspecto y las costumbres diferentes les causaron un gran impacto al principio. Se acercó a la cama y ayudó a Beatrice a ponerse la bata de gruesa seda sobre el delicado camisón de batista.

—Ya sabes que duermo poco. Es mi naturaleza antillana—. Sus ojos, tan oscuros como una noche sin luna, brillaron como si miles de estrellas habitasen en ellos al recordar la querida tierra que había dejado atrás—. Y dime, ¿qué es eso tan importante que tienes que hacer y que te ha quitado el sueño, mi niña? ¿Tienes algún problema con el que pueda ayudarte?

Beatrice pensaba con frecuencia que Maud podía leer su mente y hasta su alma. Debía de ser una cualidad heredada de sus antepasados. Recordaba que, cuando era niña, le contaba que sus padres habían sido arrancados de las pequeñas aldeas en África donde vivían por hombres malos que los llevaron al otro lado del ancho mar. Cuando tuvo edad para entender lo que quería decir, comprendió que habían sido esclavos y el pesar que eso le suponía. Por suerte, la esclavitud se había abolido y, de no ser así, su padre no lo habría consentido en sus posesiones.

A veces echaba de menos su casa en Jamaica, con los extensos campos de caña de azúcar, el clima cálido, los días luminosos, las noches junto a las hogueras y bajo las estrellas, cantando con el resto de los trabajadores de los campos. Era una vida sencilla y muy gratificante para una niña. Pero sus padres querían que, tanto ella como su hermano, tuvieran el tipo de educación que en aquellas tierras paradisíacas no podían ofrecerle y los enviaron a casa de Georgia, la tía de su padre. Ella tenía doce años y su hermano Rupert solo ocho cuando cruzaron el Atlántico rumbo a un país que solo conocían de oídas y que les resultó muy extraño, frío y gris. En la soleada isla quedaron sus padres y Evangeline, su hermana, que era una recién nacida.

Georgia y su esposo los acogieron con cariño y los cuidaron como si hubiesen sido sus propios nietos en un entorno similar al que habían dejado y donde gozaban de libertad. Esa actitud ayudó a los dos niños que se habían criado en unas condiciones naturales muy diferentes a que el cambio no resultase tan traumático. También influyó que con ellos viajaron Maud, su fiel niñera, que la había cuidado desde que nació, y Joseph Pickard, su esposo.

—No te preocupes, Maud. Solo es trabajo en la asociación. Está creciendo tanto que, a veces, nos desborda. —Beatrice no quiso hablarle sobre la tarea que tenía para esa mañana a primera hora.

Se aseó y se vistió en pocos minutos. Sabía que a esa hora no encontraría a nadie de la familia desayunando. Su padre partía pronto para las oficinas del banco en el que era socio, y su madre y su hermana se levantaban más avanzada la mañana. Prefirió tomar algo ligero en la habitación mientras revisaba el libro de cuentas de Greenwell Farm, tarea de la que venía encargándose

desde que Clement, el marido de su tía Georgia, comenzó a tornarse olvidadizo. Lo había traído el día anterior, a su regreso de la finca, donde había pasado una corta temporada.

Cuando sus padres abandonaron Jamaica y se instalaron en Londres, Beatrice y su hermano fueron a vivir con ellos. No obstante, ella viajaba con frecuencia a Greenwell Farm para ver a Georgia y Clement y ayudarles en la administración de la propiedad, como venía haciendo desde que era una jovencita. En el último año, y debido a su trabajo en la asociación, las visitas eran más cortas y menos frecuentes. Greenwell Farm era su otro hogar, donde había conocido a Sidney, el hijo de sus vecinos, su amigo y después su prometido. Le gustaba la tranquilidad del campo, donde experimentaba una libertad similar a la que había vivido en la isla caribeña y, mientras pudiera, no dejaría de repartir su tiempo entre ambos lugares.

Estuvo entretenida durante un par de horas en la tarea y, a las diez menos unos minutos, bajó al vestíbulo para esperar al inspector McRae. Confiaba en que su madre y su hermana continuasen en las habitaciones para evitar darles explicaciones de lo que iba a hacer. Sus padres eran tolerantes y no la agobiaban con excesivas imposiciones o prohibiciones. Respetaban sus decisiones, como la de continuar comprometida con un hombre que llevaba ausente del país cuatro años, o que se hubiese involucrado con aquel grupo de mujeres que abogaban por defender los derechos de su género y por corregir las grandes injusticias que se cometían con los más débiles. Eran más condescendientes al haber vivido durante tantos años en una sociedad más abierta e igualitaria, en la que las rancias normas que regían la sociedad londinense se relajaban acorde con la distancia que les separaba de su país de origen.

A las diez en punto, un coche de alquiler paró en la puerta del 19 de Cavendish Square. Ulysses bajó y se dispuso a recorrer el corto trayecto hasta la casa cuando la puerta se abrió. Beatrice apareció y se acercó a él con paso ligero.

A Ulysses le agradó el primaveral atuendo que llevaba, con un bonito y poco voluminoso vestido en tonos violetas que armonizaba con sus ojos. El sencillo *bonnet*, del mismo color que el vestido, enmarcaba el rostro sin ocultarlo.

Como parte de la investigación que llevaba a cabo, se había informado sobre ella y su familia a través de Robert Bentinck, uno de los editores de *The Daily News*, que se encargó de cubrir el caso de lord Fulton. Gracias a la colaboración que Ulysses le prestó, el periódico aumentó las ventas y el reportero se granjeó el beneplácito de sus superiores. Bentinck le estaba muy agradecido y se lo recompensaba con información siempre que se lo pedía. Era un gran conocedor de todo lo que ocurría en las altas esferas, en las que tenía oídos indiscretos entre los sirvientes y proveedores, que le informaban de lo que ocurría dentro de las suntuosas mansiones a cambio de unas monedas. De los Leighton, poco pudo aportar. Se trataba de una familia discreta que no despertaba el interés de la prensa.

Arthur Leighton, el padre, era uno de los socios del West Indies Bank y poseía una extensa plantación en Jamaica de donde procedía el grueso de su fortuna y en la que estuvieron viviendo hasta unos cinco años antes, cuando abandonaron la isla y se instalaron en Londres. A Beatrice y a uno de sus dos hermanos menores los habían enviado a Inglaterra años atrás, y estuvieron viviendo en una finca en Oxfordshire con unos parientes.

A ella solo se le conocía que estaba prometida a Sidney Willmott, hijo y heredero del barón Willmott, joven aventurero que llevaba varios años fuera del país encadenando una expedición con otra. En su tiempo libre, la señorita Leighton se dedicaba a actividades sociales. Colaboraba en una institución de caridad que tenía un local en el Soho y que abogaba por mejorar las condiciones de las mujeres trabajadoras y de sus familias.

—Buenos días, inspector —saludó Beatrice con una sonrisa que iluminó su agraciado rostro.

—Señorita Leighton... —Ulysses se quitó el sombrero y correspondió al saludo con una inclinación de cabeza—. ¿Prefiere que utilicemos su carruaje o este le parece adecuado? —Ulysses había prescindido en esta ocasión del cabriolé, más rápido y económico, y prefirió alquilar una berlina. Sabía que no estaba bien visto que una dama circulara en un vehículo tan expuesto si no era con algún familiar.

—Este es perfecto, gracias.

La ayudó a subir al vehículo e indicó al cochero la dirección de la residencia Willmott, en Belgrave Square.

—¿Ha averiguado algo más sobre la muerte de Oliver? —preguntó Beatrice en cuanto se pusieron en marcha. Estaba ansiosa por conocer noticias.

Ulysses había ido a primera hora a la casa del difunto para, con buena luz diurna, revisar todas las estancias en busca de alguna pista que hubiese omitido en la inspección anterior y, excepto lo que ya había descubierto, no observó nada que le facilitara la identificación del asesino. Después acudió a la morgue. El doctor Hogarth había acabado el estudio del cadáver y le presentó sus conclusiones.

Furlong llevaba más de tres días muerto, entre cuatro y cinco. El hecho de que se hubiese retrasado la descomposición fue debido a las condiciones climáticas. Esos días habían sido fríos para la época y la ventana debió estar abierta la mayor parte del tiempo. El golpe en la cabeza que le causó la hemorragia mortal fue preciso y con mucha fuerza. Le fracturó el hueso parietal en su parte superior. El agresor había utilizado un arma puntiaguda, como un pico o martillo picudo, que se había introducido tres centímetros dañando la masa encefálica y provocando una hemorragia. Por el ángulo de la herida, se inclinaba a pensar que la persona que propinó el golpe era de igual o superior estatura que el fallecido, que medía un metro y ochenta centímetros, ya que Furlong estaba de pie cuando le atacaron; a no ser que el asesino se hubiese subido a un taburete o algo similar.

Esa conclusión no descartaba a Beatrice. Ulysses le calculó más de un metro y setenta centímetros. Con botines de tacón podía alcanzar esa altura, aunque la fuerza que se empleó para infligir la herida era más propia de un hombre, según el doctor.

Ante esas evidencias, las preguntas comenzaron a surgir. Si Furlong llevaba muerto más de tres días, ¿cómo envió la nota? Pudo cambiar la fecha, pero no enviarla después de muerto, a no ser que a la persona encargada de entregarla se le olvidara hacerlo. Y si no había sido el muerto quien la escribió, ¿lo hizo su asesino para atraer a la señorita Leighton a la casa y matarla? Si esa hipótesis era cierta, ¿qué razones podía tener para hacerlo y qué le había ocultado Beatrice? Tuvo suerte de que el plan del asesino se hiciera añicos al no prever que estaría fuera de la ciudad y regresaría más tarde de lo esperado.

Para confirmar sus sospechas lo primero que tenía que hacer era comprobar si Furlong era el autor de la nota enviada a Beatrice. Pediría la opinión del profesor Rice, eminente paleógrafo que había colaborado con él en algunos casos, para que contrastara la letra con la de un escrito del fallecido y le sacara de dudas.

Si era cierto, ella podía estar en peligro. Esa certeza le provocó una extraña sensación de malestar que no quiso analizar por temor a sorprenderse con la respuesta. Había decidido tiempo atrás que iba a mantener a raya sus sentimientos para que no volvieran a herirle, y pensaba cumplirlo.

—Nada que nos proporcione mucha ayuda. El informe del médico de la morgue determinará cómo y cuándo murió.

Ulysses no quiso admitir ante ella que ya conocía dicho informe. No quería facilitarle

demasiada información hasta que verificase que ella no tenía nada que ver con la muerte de Furlong, y para ello debía comprobar si había estado fuera de Londres en las fechas en las que se produjo el homicidio. Había solicitado información a la policía de Bicester, la localidad más cercana a Wendlebury, lugar donde se hallaba la finca de sus tíos. Tampoco quería alarmarla con sus sospechas, a las que acabaría llegando si le explicaba todo lo que había descubierto.

—Es obvio que murió por el traumatismo y la pérdida de sangre que le provocó la herida en el cráneo —adelantó ella. No le era extraña la muerte. Había pasado la mayor parte de su vida en una finca, tanto en Inglaterra como en Jamaica, y había visto muchos animales muertos por ese tipo de golpes.

—Un estudio pormenorizado del cadáver puede descubrir otros indicios que pasan inadvertidos a simple vista y que a los investigadores nos son de utilidad. El doctor Hogarth, que se encarga de esas tareas, es muy concienzudo y utiliza técnicas avanzadas en este campo. Sus conclusiones me han ayudado a resolver algunos casos.

—Le agradecería que me mantuviera al tanto de sus avances, si no tiene inconveniente. Como ya le comenté, apreciaba a Oliver y he sentido su muerte.

—Hasta donde me sea permitido, la tendré al tanto —le aseguró Ulysses.

Capítulo 9

El trayecto hasta Belgrave Square a aquellas horas de la mañana los retrasó casi una hora. Poco antes de que dieran las once, Beatrice y Ulysses se presentaban en la regia residencia.

Roper, el mayordomo de los Willmott, los hizo pasar a la sala contigua al vestíbulo y allí esperaron hasta que, quince minutos después, el barón se personó.

Francis Willmott, cuarto barón Willmott, trataba de compensar su baja estatura y el aspecto anodino que presentaba con un gesto altanero de su calva cabeza. El poblado bigote no lograba ocultar el gesto despectivo de su boca cuando les dirigió la primera mirada. Lo intentó disimular con una falsa alegría cuando se dirigió a saludar a la prometida de su hijo.

—¡Querida, niña! ¿Qué te trae por aquí? Hace varios meses que no nos visitas. —La implícita reprimenda subyacente en sus palabras no pasó desapercibida a Beatrice ni a Ulysses.

—Siento no haber dispuesto de tiempo, milord. Los viajes a Greenwell Farm y mis labores benéficas me tienen muy ocupada —respondió con sequedad. Sabía que no aprobaba que dedicara tiempo a tareas tan poco refinadas, según su punto de vista. No le importaba. Estaba muy orgullosa de la labor que realizaba y la opinión del barón no hacía la menor mella en su ánimo.

Su futuro suegro no le agradaba y cada día le costaba más disimular esa aversión, que hacía extensiva a Matilda, la hermana menor de su prometido. No soportaba la fatuidad que los rodeaba y la desconsideración con la que trataban a todo el que no tuviera un título nobiliario.

Sabía que el sentimiento era mutuo y que solo la toleraban por razones estrictamente económicas. Si no fuera por el dinero que su padre le había adelantado a cuenta de la dote, que financiaba la vida de ostentación que no se podía permitir por sí solo, nunca hubiera consentido el compromiso con Sidney. Tanto el barón como Matilda la consideraban poco más que una sirvienta venida a más. A ella solo le molestaba esa opinión cuando se hacía extensiva al resto de su familia. Rara vez invitaban a sus padres a alguno de los magnos eventos que organizaban, aun siendo su dinero el que los pagaba.

—Disculpe, milord, no le he presentado a mi acompañante. Se trata del detective inspector Ulysses McRae. Lleva una investigación en curso y tiene unas preguntas que hacerle —dijo con solapado retintín.

Lord Willmott no se había dignado saludar a su acompañante al advertir su práctica indumentaria y tomarlo por uno de esos artistas bohemios con los que le gustaba relacionarse a la prometida de su hijo.

—Lord Willmott... —Ulysses inclinó la cabeza, gesto que no fue correspondido. No le importó la descortesía del barón. No le afectaba la prepotencia de las personas que se sentían superiores por el simple hecho de haber nacido con padres ricos o poderosos.

Con renuencia, el barón le indicó que se sentase; él lo hizo en un sillón apartado. Se preguntó qué relación tenía Beatrice con el inspector para haberle acompañado. Conociendo su naturaleza entrometida en asuntos inapropiados para una dama decente, era probable que se hubiese visto implicada en algún delito.

—¿Qué tipo de investigación? —demandó con acritud. ¿Cómo osaba presentarse en su casa un policía con la intención de interrogarle?

—Investigo la muerte de Giulio Palmieri, conde Di Pontia, un diplomático del Reino de Italia. Falleció hace dos meses. Tengo entendido que unos días antes de que ocurriera el deceso vino a

visitarle.

A lord Willmott no le agradaba recordar el hecho ni dar explicaciones a un sirviente público, pero reconsideró su postura para evitar problemas.

—En efecto. El conde estuvo aquí.

—¿Le conocía?

—En absoluto. Era la primera vez que le veía. Consentí en recibirle porque sus credenciales diplomáticas le avalaban —comentó con presunción. Quería dejar bien claro que él no recibía a todo el que se presentase en su puerta.

La entrada en la sala de una persona hizo que ambos hombres se levantaran. Se trataba de una joven de singular belleza. Rizos dorados enmarcaban un rostro de facciones perfectas, con grandes ojos de un luminoso azul, boca pequeña de labios sonrosados y pómulos notables. Iba vestida con un suntuoso atuendo en color crema bordado con diminutas flores de colores y profusión de volantes en la falda lo que, unido a la amplia crinolina que llevaba, hacía que ocupase un gran espacio.

—Matilda, querida, Beatriz ha venido a visitarnos —anunció el barón.

La joven dirigió una mirada a su futura cuñada e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Me han informado de ello. Espero que te encuentres bien.

—Perfectamente. Gracias.

La tirantez entre ellas era patente, hecho del que Ulysses se percató.

Matilda dirigió una especulativa mirada al hombre que estaba junto a Beatrice. Le agradó su atractivo y la seguridad que desprendía su gallardo cuerpo, aunque la sencillez de su indumentaria le hizo suponer que no era una persona adinerada y lo descartó de inmediato como merecedor de su interés.

—Hemos quedado para almorzar en la residencia de los marqueses de Dankworth. No sería correcto retrasarse —le recordó a su padre.

—Desde luego, querida. Creo que el tema que ha traído a Beatrice y a su acompañante ya está zanjado; ¿no es así, inspector?

—Aún no, barón, tengo más preguntas que hacerle. Si desea acudir a comisaría, por mi parte no hay inconveniente.

El rostro de lord Willmott se tiñó de un leve rubor ante aquellas palabras. ¿Cómo se atrevía a hablarle de esa forma? Era un miembro de la nobleza y él un insignificante policía que merecía menos consideración que algunos de sus sirvientes. Con todo, la prudencia se impuso a la indignación. Su reputación se resentiría si acudía a la comisaría como si fuese un malhechor.

—Le puedo dedicar algunos minutos más, pero le ruego que no se demore. Tengo compromisos que cumplir.

Beatrice sonrió para sí. McRae no se dejaba amedrentar con facilidad y eso le gustó. Era reconfortante ver al arrogante barón tragarse su orgullo y acatar las órdenes del que consideraba un sirviente.

Matilda miró a su padre con enfado. No podían permitirse llegar tarde a aquel almuerzo. Había tenido que utilizar todas sus armas de seducción para conseguir que Charles, el heredero del título, la invitara. Era un gran honor que los marqueses de Dankworth, los hubiesen invitado y presentía que aquel encuentro era el preludio de un futuro compromiso matrimonial.

—Esperaré en mis aposentos, padre. Que tengas un buen día, Beatrice —se despidió cuando ya se marchaba.

—Y que el tuyo sea productivo, Matilda —replicó con mordacidad.

Beatrice presumía a qué se debía aquel interés. Esta era su tercera temporada y aún no había

conseguido una propuesta de matrimonio que estuviese a la altura de sus grandes expectativas y fuese digna de aceptar por ella y por su padre. No descartaba que se debiera en parte a la fama de casquivana que la acompañaba. Las grandes familias aristocráticas, con las que ella aspiraba a emparentar, no aceptaban material usado en su árbol genealógico.

Cuando la joven salió, ambos hombres volvieron a sentarse.

—Y bien, ¿qué desea preguntar? —animó Willmott a Ulysses con un gesto de fastidio.

—¿Puede decirme en qué consistió la naturaleza de la visita del conde Di Pontia?

—Venía buscando a mi hijo. Según me comentó, fue compañero suyo en Oxford. Había regresado a Inglaterra después de más de tres años y deseaba verlo. Al explicarle que estaba de viaje, me preguntó por Oliver Furlong, del que Sidney era compañero de estudios. Le indiqué dónde podría encontrarle y se marchó.

La visita del conde le había causado una desagradable impresión. El hombre estaba muy nervioso y ese interés exacerbado en hablar con su hijo de un asunto de vital importancia le preocupó. Esperaba que Sidney no se hubiese involucrado en algún turbio asunto, como ocurrió años atrás, que acabase repercutiendo en problemas familiares.

Le costó un gran esfuerzo acallar los comentarios que surgieron después de que abandonara los estudios de forma tan intempestiva, por no hablar del desembolso económico que le supuso y para lo que tuvo que recurrir a amistades; no deseaba volver a pasar por ello. En esta ocasión podía tener menos suerte y acabar salpicado por el escándalo, lo que perjudicaría las expectativas de Matilda de conseguir una adecuada oferta matrimonial.

—¿Cómo conocía el paradero del señor Furlong? —preguntó Ulysses.

El barón no ocultó su incomodidad ante esa pregunta. No le agradaba que le relacionaran con esa persona, y no solo por el deterioro mental que padecía. Nunca había aprobado la amistad entre Sidney y el hijo bohemio de un médico, que tan fatales consecuencias les trajo, y menos que Harriet se sintiese tan interesada por él. Por suerte, el joven nunca le prestó la menor atención a su hija, lo que no la hizo desistir ni después de casada.

Harriet estaba al tanto de sus problemas de salud, sus continuas entradas y salidas de sanatorios mentales y hasta lo visitó en alguna ocasión en Huntington House. Cuando lo descubrió, avisó a su esposo para que la controlara. A nadie le interesaba que circularan murmuraciones porque su hija no supiese guardar el debido decoro.

—Cuando Sidney regresó de su primer viaje exploratorio hace más de un año, quiso visitarle y averiguó dónde vivía. Le di la dirección al conde y le advertí que era poco probable que lo encontrara allí. Su precario estado de salud le obligaba a ingresar en centros de forma periódica, según tenía entendido, y así se lo comuniqué.

—¿Ha venido Oliver a visitarles en los últimos meses o ha enviado alguna carta para hacérsela llegar a Sidney? —se interesó Beatrice. Cabía la posibilidad de que hubiera intentado comunicar sus sospechas a Sidney o a su familia al igual que había hecho con ella.

A Ulysses no le molestó esa iniciativa por considerarla acertada, aunque la mirada que le dirigió daba a entender que no debía desvelar el hecho de que Oliver hubiese muerto hasta que no fuera oficial.

—Desde que Sidney partió a su nueva expedición, no hemos tenido noticias de ese individuo —repuso lord Willmott con precaución. Prefería silenciar la conducta de Harriet para evitar complicaciones.

Beatrice detectó la vacilación y dedujo que el barón no podía estar seguro de ese hecho y, si estaba al tanto, no deseaba confesarlo. Conocía el interés que su hija mayor siempre mostró por Oliver y temía confesarlo.

Lord Willmott se levantó, indicando con ello que la conversación había terminado.

—Si no tiene más preguntas, inspector...

—Ninguna de momento, milord. Gracias por dedicarme estos minutos.

Ulysses y Beatrice se levantaron y se dispusieron a marcharse.

—Me gustaría comentarte un asunto, Beatrice; si el inspector nos disculpa.

Ulysses captó la indirecta.

—La esperaré en el coche, señorita Leighton —dijo, y salió.

—Usted dirá.

—Me intriga la naturaleza de tu relación con ese policía como para acompañarle en una visita oficial. Si quisieras explicármelo, te lo agradecería. No es propio de una señorita de tu posición el trato de tanta confianza con un empleado.

Beatrice sintió la tentación de responder de forma airada a su grosero comportamiento, que era lo que se merecía. Él no era su padre ni su esposo para considerarse con derecho a recriminarla. No obstante, prefirió ahorrarse una discusión.

—El inspector McRae se puso en contacto conmigo a raíz de la investigación. Parece ser que el difunto conde Di Pontia tenía intención de visitarme, al saber que era la prometida de Sidney, y contactó conmigo para indagar. Yo me he ofrecido a acompañarle a esta casa cuando me comentó que iba a venir. Como comprenderá, todo lo que tenga que ver con mi prometido es de mi interés, ¿no le ocurre a usted lo mismo? —Beatrice alteró un tanto su explicación. No iba a ponerle al tanto de lo que sabía hasta que McRae le diera permiso para hacerlo.

—Por supuesto. Y ayudaré a la policía en todo lo que esté en mi mano.

—Como debe ser. No le entretengo más, barón.

Beatrice abandonó la casa y subió al coche de alquiler junto al que Ulysses aguardaba.

—¿Desea regresar a su residencia o la llevo a algún otro lugar? —le preguntó Ulysses antes de indicar al cochero que partiera.

—Le agradecería que me dejase en Grosvenor Square. Tengo un recado que hacer.

Beatrice creyó conveniente hablar con Harriet, sin informar al inspector de su intención. Si Oliver se había puesto en contacto con alguien de la familia Willmott en ausencia de Sidney sería con ella; el resto no le merecía confianza. Si se presentaba en casa de ella en misión oficial la alteraría y se negaría a revelar lo que sabía. Era mejor tratar el tema como amigas. Se mostraría más colaboradora. Y estaba la cuestión de su esposo. Era probable que no conociera el interés que había tenido en el pasado por otro hombre y no quería causarle problemas. Si no tenía nada que ver, nadie se enteraría. Si Oliver le había entregado algún mensaje, lo pondría en conocimiento de McRae.

Ulysses indicó al cochero la dirección y se acomodó en el asiento frente a ella.

—¿Qué pasos piensa seguir, inspector, si no le importa compartirlos conmigo? —pidió Beatrice.

Ulysses no quería mostrar sus estrategias hasta que no la hubiera descartado como sospechosa, y para ello debía conocer el informe del experto calígrafo y de la policía de Bicester. Tampoco quería mostrarse grosero con ella y prescindir de su colaboración, no solo porque se había prestado a ayudar y le había facilitado la entrevista con el orgulloso barón. Algo en esa mujer le decía que podía confiar en ella y su instinto rara vez le fallaba. Lo que resultaba poco profesional era admitir que su compañía le resultaba muy estimulante.

—Tengo que continuar recopilando pruebas y decidir el camino a tomar. No le niego que, por ahora, no está claro —se sinceró.

No veía la relación entre ambos asesinatos, en caso de que el primero lo fuera. Podía tratarse

de una coincidencia. Investigaría las relaciones de ambos por separado, visitaría a la familia de Furlong, a los contactos del conde en la embajada, a los compañeros de estudios en Oxford, el único punto de unión... Un arduo trabajo que iba a requerir tiempo y esfuerzo.

Capítulo 10

Tras un corto trayecto, Beatrice bajó en Grosvenor Square y Ulysses continuó camino hacia la residencia del profesor Rice, al que ya conocía de investigaciones anteriores; confiaba en su pericia y profesionalidad.

Beatrice caminó unos metros hasta la esquina con Brook Street, donde se encontraba la residencia Buckland. Como esperaba, Harriet se encontraba en casa.

El mayordomo la acompañó hasta el extenso jardín trasero y Beatrice distinguió, junto a un parterre con rosas blancas, la regordeta figura de su amiga.

Al verla, Harriet se acercó a ella. En el brazo llevaba una cesta con flores recién cortadas. La depositó en el césped y extendió los brazos en un efusivo saludo.

—¡Qué alegría verte, Beatrice! —exclamó abrazándola, y su redondo rostro se ensanchó más por la enorme sonrisa que curvó su boca. Rara vez tenía la oportunidad de encontrarse con ella, que siempre estaba ocupada en sus actividades caritativas.

—Siento no haber venido antes, Harriet. Espero que te encuentres bien, al igual que tu esposo.

—Lo estoy, gracias; y menos ocupada que tú. Thomas trabaja mucho y no tiene tiempo para estar en casa o acudir a los muchos eventos que nos invitan.

Beatrice detectó en los claros ojos de su amiga la misma tristeza que venía advirtiéndola desde que tres años antes accedió a casarse en un matrimonio acordado entre las familias de ambos y sin apenas conocer al novio. No le gustaba aventurar, pero temía que Harriet no era feliz y se culpó por no visitarla con mayor frecuencia. No detectaba alegría al hablar de su marido ni de la vida que llevaba en Londres, donde pasaba la mayor parte del año. Ella siempre prefirió vivir en el campo, en contacto con la naturaleza, y no en las frías y brumosas calles de aquella ciudad.

Conociendo su carácter generoso, Beatrice intentó involucrarla en las actividades de la Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras con el fin de animarla y proporcionarle un aliciente a la insípida vida que llevaba; no lo consiguió. Tanto su esposo como su padre se lo prohibieron y, desde entonces, las visitas se habían espaciado muy a su pesar.

—Y dime, ¿tu familia bien? ¿Cómo están lady Georgia y sir Clement? Las últimas Navidades pasé una semana en Willmott Park y no tuve ocasión de visitarles —dijo, al tiempo que se dirigían a una zona protegida del sol donde había varias butacas y una mesa. Sabía que ese era el lugar favorito de su amiga, que tanto le recordaba a los días en Willmott Park.

—Todos bien, gracias. Espero que este verano puedas pasarlo allí y retomemos nuestros habituales paseos.

El rostro de Harriet volvió a ensombrecerse.

—No lo creo. Mi esposo debe permanecer en Londres. Su partido está tramitando varias leyes importantes y estará muy ocupado.

—En otra ocasión.

Thomas Buckland era miembro de la Cámara de los Comunes y una figura política en ascenso, hasta el punto de que se hablaba de él como futuro miembro del Gobierno. Procedía de una familia de comerciantes enriquecidos por años de trabajo y sin rastro de nobleza en su linaje. De no ser por la buena situación financiera de los Buckland, el padre de Harriet no se habría planteado acceder al matrimonio.

Como el barón siempre andaba con problemas económicos y su hija mayor no era una belleza como Matilda, las posibilidades de casarla con un pretendiente de superior categoría eran escasas

y debieron aceptar la propuesta como último recurso. Los Willmott se ahorraban la dote y los Buckland emparentaban con la nobleza. Todo perfecto menos para Harriet, que no tuvo más opción que transigir.

—¿Te apetece tomar un refrigerio? —ofreció Harriet.

—No, gracias. No me puedo quedar mucho tiempo. He venido, aparte de por el placer de saludarte, por información. —Por muy desagradable que le resultase el tema que le había llevado a visitarla, Beatrice no lo demoró más.

—Tú dirás —dijo Harriet intrigada.

Beatrice no se anduvo con rodeos.

—Quería saber si has visto a Oliver Furlong en los últimos meses o si se ha puesto en comunicación contigo de alguna manera.

A Harriet le sorprendió la pregunta. Ese nombre significaba mucho para ella y Beatrice lo sabía. No debería continuar albergando sentimientos tan intensos por una persona que nunca le había correspondido, pero ¿quién podía mandar en su propio corazón? Consciente de que podía confiar en Beatrice y que no la delataría ante su familia, se decidió a hablar.

—No lo ha hecho, y no he vuelto a saber de él desde que le visité en febrero, al poco de salir del sanatorio donde estuvo ingresado la última vez —dijo sin mirarla y con el rostro arrojado.

Le avergonzaba reconocer que había seguido interesándose por Oliver de forma clandestina. Después de la última visita que le hizo, cuando aún se encontraba en la institución mental, su marido se lo había prohibido y ella no quiso tener problemas. Solo había acudido una vez a Huntington House, cuando se enteró por el padre de Oliver de que se había refugiado en aquella casa tras abandonar el sanatorio.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Lo han vuelto a ingresar? —preguntó alarmada.

Beatrice debía guardar silencio sobre el triste final de su amigo en común hasta que la muerte de Oliver fuese de dominio público o el inspector McRae la autorizase a comentarlo, por lo que se vio obligada a mentirle. Tenía preparada una excusa que no se apartaba demasiado de la verdad.

—No estoy al tanto de ello. Recibí hace unas semanas una nota de él en la que me pedía que le enviase a Sidney la carta que me adjuntaba, cosa que hice. En la nota insistía sobre un peligro que se cernía sobre el grupo y la urgencia de avisarle; sin duda, fruto de su mente enferma. Quería saber si tú tienes información sobre ello, si sabes a qué se refería o qué temía. Estoy convencida de que Sidney no corre ningún peligro, al menos, no mayor de los que encuentre en la propia expedición, pero no deja de preocuparme.

—La última vez que fui a verle advertí que estaba más perturbado, tal vez porque no tomaba la medicación que le habían prescrito. Vivía en condiciones deplorables, con un solo sirviente que no me causó buena impresión. La casa, que llevaba cerrada muchos años, presentaba una ruina preocupante, aunque lo peor era él y sus desvaríos. Le costaba mantener una conversación coherente y estuve poco tiempo. No dejaba de repetir que la sangre manchaba sus manos, que serían castigados por ello, que tenían que hacer lo correcto y confesar sus delitos, que debía avisar al resto del grupo... —Esa conducta atemorizó a Harriet. Nunca lo había visto tan alterado y, ni el amor que sentía por él logró superar ese sentimiento—. Me marché de allí con una gran preocupación y fui a ver a su padre. El doctor Furlong se mostró frío y me aconsejó que no volviera a visitar a Oliver, como él pensaba hacer.

—¡Se desentendió de él! —exclamó Beatrice incrédula. Sir Henry era la única familia que Oliver tenía.

—Así me lo comunicó. Le rogué que volviera a ingresarlo. Presagiaba que, en el estado en el

que se encontraba, podía atentar contra su vida. Fue inútil. Sir Henry me explicó que, desoyendo sus consejos, Oliver había decidido abandonar el sanatorio después de agredir a un cuidador y se había refugiado en aquella casa ruinoso y apartada. Comprendí que no iba a hacer nada, que prefería dejar a su hijo a su suerte. —Una gran tristeza impregnaba sus palabras. Se sintió impotente. No podía ayudar al hombre que aún le despertaba fuertes sentimientos sin poner en peligro su matrimonio, y decidió desentenderse de él como había hecho su padre, lo que no evitaba que se sintiera despreciable por haberle abandonado.

Beatrice reflexionó. Entre los delirios de Oliver había algo de verdad a tenor del resultado. Se sentía en peligro y quería transmitir esa inquietud al resto del grupo, pero ¿a quiénes?

—¿Sabes a qué grupo se refería? Cuando Sidney estudiaba en Oxford me comentó que se reunían varios compañeros en el estudio de Oliver sin nombrar a ninguno.

—Yo les oí referirse al grupo de estudiantes con frecuencia. Eran seis, se hacían llamar *Los libertarios* y cursaban estudios diferentes en el Corpus Christi College. Eran una pandilla variopinta con intereses centrados en las artes. En una ocasión, Sidney y Oliver se presentaron con un compañero llamado William Saunders. Un chico fornido, con el cabello rojizo. Dijo que era de ascendencia escocesa. Su padre era juez en Glasgow y le había obligado a estudiar leyes, aunque él quería ser escritor como su admirado Walter Scott.

—No lo recuerdo. Puede que no tenga tan buena memoria como tú o que no me hablara de los miembros de ese grupo —reconoció con desánimo. Sidney no quiso mantenerla al tanto de sus nuevas amistades.

—O no escuchabas con atención —le reprochó Harriet. En su fuero interno la hacía responsable en parte de la deriva que había tomado la vida de su hermano.

Beatrice no respondió, consciente de que Harriet podía tener razón. Estaba demasiado preocupada con los cambios que iban a producirse en su vida que no prestó la suficiente atención a los que Sidney estaba experimentando. Sus padres anunciaron que abandonaban Jamaica y se instalarían en Londres, y ella se preparó para trasladarse con su hermano a la gran ciudad y llevar otro tipo de vida que, por desconocida, la intimidaba.

Lo que no dejó de advertir fue el cambio de carácter de Sidney tras el primer año de estudios. Ya no era el joven alegre y despreocupado con el que deseaba casarse y disfrutar de una apacible vida en el campo. El contacto se redujo y con él la confianza que siempre habían tenido. Él pasaba más tiempo en Oxford y solo iba a Willmott Park en Navidad, durante el verano y en algunos periodos más, casi siempre acompañado por Oliver. Llevada por ese distanciamiento, comenzó a replantearse los planes que habían trazado en plena euforia juvenil.

—También formaba parte de ese grupo un joven irlandés llamado O’Kelly —continuó Harriet ante el silencio de Beatrice—. Siempre le nombraban así, no recuerdo su nombre o nunca lo dijeron. Su padre era sacerdote de la Iglesia anglicana en una localidad de Irlanda próxima a Belfast. Estudiaba Teología y era un buen organista y compositor. Se pagaba los estudios con diversos trabajos dentro del campus. Oliver le ayudaba con encargos y alguna vez le pagó para que posara. Y un extranjero, de Florencia creo. Recuerdo que Sidney me dijo que le había invitado a pasar una temporada en su *palazzo*. Se llamaba Palmieri, estudiaba leyes y era un noble importante en su país. A estos dos no los conocí, al igual que al sexto miembro, del que desconozco el nombre.

Beatrice no dudó de que ese estudiante era el conde Di Pontia, cuya muerte investigaba el inspector McRae. Alguien amenazaba al grupo de estudiantes y dos de ellos ya habían muerto; la inquietud de Oliver no era infundada.

—¿Estás segura de que eran seis?

—Sí. En ocasiones se referían a ellos mismos como «los seis», así que deduje que ese era el número de integrantes; nunca les oí referirse a ese sexto miembro.

—¿Crees que Oliver llegó a ponerse en contacto con ellos, como hizo con Sidney? —Beatrice intentó ocultar su desasosiego. Mejor mantenerla al margen de sus sospechas.

—Si estaba tan obsesionado, imagino que lo intentaría.

Beatrice se despidió de Harriet con la promesa de visitarla con mayor frecuencia. Le urgía comentarle a Ulysses lo que había descubierto por si podía ayudar en la investigación y, si había un asesino que los acechaba, salvar las vidas del resto de los integrantes del grupo.

Ulysses revisó el informe que el doctor Hogarth había realizado de la autopsia de Oliver Furlong por si encontraba algún dato que le fuera útil. Solo contenía lo que le había explicado esa mañana y eso le contrariaba; suponía más tiempo y recursos para resolverlo. Debió haber pasado el caso a algún compañero y él dedicarse a resolver el atropello de Palmieri, que ya resultaba complicado. No lo había hecho por dos razones. La primera porque presentía que ambos estaban relacionados, y la segunda porque no podría ocultar la presencia en el lugar del crimen de la señorita Leighton, a la que aún no había descartado como autora o cómplice de la muerte de Furlong. Sus compañeros la interrogarían y ella se vería envuelta en un escándalo que afectaría a su reputación pese a que el informe del calígrafo parecía exculparla.

En opinión del doctor Rice la grafía era parecida en las dos notas que le había mostrado, aunque se apreciaban grandes diferencias. En una de ellas, la que Beatrice le facilitó, habían imitado con destreza la letra de uno de los escritos de Furlong que había cogido del lugar del crimen. El dictamen del experto planteaba una cuestión que le inquietaba y le movía a redoblar esfuerzos para hallar al asesino lo antes posible. Descartado Furlong como autor de la nota, todo apuntaba a que la había escrito el asesino para atraerla a la casa.

Sintió un vacío en el estómago que le indicó que era la hora de comer. De camino a la comisaría había comprado un bocadillo de carne en un puesto callejero, como solía hacer cuando permanecía en la oficina, y lo atacó con apetito.

La entrada del sargento Morris le interrumpió.

—Una dama desea verle, inspector —anunció con una leve sonrisilla.

A Ulysses le extrañó. ¿Quién sería y qué le habría traído a la comisaría?

—¿Ha dicho su nombre?

—No. ¿La hago pasar?

—No se moleste. Veré qué desea —indicó. Guardó el bocadillo a medio comer en un cajón de la mesa, se puso la chaqueta y salió.

Cuando llegó al vestíbulo de la comisaría le sorprendió ver a Beatrice, a la que hacía unas dos horas que había dejado, sentada en uno de los bancos y en amena charla con una vagabunda, a tenor de la vestimenta y la falta de aseo que la mujer mostraba.

—Un momento, inspector —dijo Beatrice cuando lo vio acercarse. Sacó una pequeña libreta que llevaba en el bolso de mano y un lápiz, escribió algo en ella, arrancó la hoja y se la entregó a la mujer—. Vaya a esta dirección y le facilitarán comida, algo de ropa y cobijo para esta noche.

—Muchas gracias, señora. ¡Que Dios la bendiga! —exclamó la mujer emocionada.

Beatrice le sonrió, la acompañó hasta la puerta y, cuando se hubo marchado, se acercó a Ulysses.

—Necesito hablar con usted.

Ulysses no detectó incomodidad por hallarse entre maleantes y por la expectación que había levantado entre sus compañeros, que los miraban con curiosidad no exenta de malicia. Para

evitar las habladurías, prefirió marcharse.

—Salgamos. ¿Ha comido ya?

—Aún no he tenido tiempo.

—La invito. Hay una taberna cerca donde estará cómoda.

—Gracias, inspector. Y no se preocupe tanto por mi comodidad. He acudido a lugares como este en varias ocasiones. Colaboro con una asociación filantrópica que proporciona ayuda a mujeres necesitadas en barrios marginales. En más de una ocasión las he acompañado a poner denuncias o a realizar algunos trámites.

Ulysses sabía que colaboraba con una asociación de caridad, pero no imaginó que en ella se dedicase a actividades tan ajenas de su condición social. No cabía duda de que no era una timorata. La sociedad estaba cambiando y la mayoría de ese progreso era gracias a las mujeres decididas como ella.

Capítulo 11

Sentados en una discreta mesa del pequeño restaurante en Trafalgar Square, Beatrice puso a Ulysses al tanto de sus últimas averiguaciones.

—El grupo se hacía llamar *Los libertarios* y estaba compuesto por seis miembros; ¿está segura su amiga de que había un sexto integrante? —puntualizó Ulysses. Quería corroborar una sospecha que no dejaba de crecer.

—Eso afirma, aunque nunca lo nombraron; de haberlo hecho, lo recordaría. Su memoria es asombrosa. Nunca olvida nada.

—Su amiga de la que no quiere decirme el nombre —apuntó con una velada reconvención.

—Entenderá que no quiera revelar su identidad, inspector. No creo que pueda aportar nada más de lo que me ha contado y, por el contrario, podría tener problemas con su familia si decide interrogarla.

—¿Le mencionó que Furlong y Palmieri habían fallecido y en qué circunstancias?

—No lo hice, tal y como usted me pidió; además, quise evitarle ese mal trago porque ella apreciaba a Oliver.

Ulysses comprendía los reparos de Beatrice y el interés en proteger a su amiga. Debía de ser una persona de su círculo social, probablemente casada, que tuvo una historia sentimental con el fallecido y no deseaba que viera la luz.

—Está bien. Lo dejaré de momento. Si no obtengo resultados, insistiré en hablar con ella.

—Gracias, inspector.

Ulysses miró la libreta en la que había estado tomando notas.

—Si no he entendido mal, cinco de los integrantes del grupo son Sidney Willmott, su prometido, Oliver Furlong, Giulio Palmieri, William Saunders, escocés y cuyo padre es, o era, juez en Glasgow y O’Kelly, del que no sabe el nombre. Estudiaba Teología y su padre era párroco en una parroquia cercana a Belfast. ¿Del sexto componente no saben nada, solo que existía? —preguntó mirándola con suspicacia.

—Correcto. Dos de ellos ya han fallecido, luego las sospechas de Oliver de que alguien los amenazaba no debían de ser injustificadas.

—Es necesario demostrarlo con pruebas o testimonios, señorita Leighton.

—Lo entiendo. ¿Cómo halló Palmieri la muerte?

Ulysses no vaciló en proporcionarle la información. A estas alturas, no revelaba ningún dato confidencial y su colaboración le estaba resultando de mucha ayuda. Al fin veía una vía de investigación complementaria que podía dar buenos resultados y evitar otras muertes.

—Fue atropellado en Oxford Street el pasado 23 de marzo. La investigación no desveló nada extraño. Fue la insistencia de su familia lo que ha movido a los mandos a que se reabra. Al hacerlo, ha planteado algunas dudas que se ven reforzadas por las revelaciones sobre el grupo de estudiantes de Oxford.

—¿A qué se refiere? —pidió Beatrice con anhelo.

—La viuda afirma que su marido había sufrido días antes un incidente sospechoso del cual salió ileso y que recibió una nota amenazante. El lugar y la hora del atropello suscitan de igual forma su recelo. Al investigarlo, he encontrado ciertos hechos que me llevan a sospechar que no fue fortuito y sí provocado por alguien que le empujó bajo las ruedas de un vehículo. A la vista de lo que me acaba de contar, doy crédito a las sospechas de la viuda. —Ulysses se guardó la

muerte de Bette Meade. No tenía suficientes indicios para calificarla como homicidio y, menos aún, que estuviese relacionada con la de Palmieri.

—¿Qué decía la nota y quién la enviaba?

—No iba firmada, al menos con ningún nombre convencional. Según entendió la viuda, decía «Es tu turno», seguido por las palabras «VI Oxford». Esto último fue lo que más me intrigó, sobre todo por la calle en la que fue atropellado. Pensé que se trataba de una cita e investigué la dirección, el 6 de Oxford Street; ahora pienso que se relaciona con ese grupo de estudiantes.

—Tiene mucho sentido. Oxford es el lugar en el que el grupo se formó y VI, el número seis en la numeración romana, podría referirse al sexto componente del que nada se sabía. Por alguna razón, quiere vengarse de los demás.

—Eso es aventurar mucho, señorita Leighton —comentó Ulysses, pese a considerarla una buena línea de investigación.

—Quizá. El hecho es que Sidney abandonó Oxford y sus estudios de forma repentina a principios de 1858, sin dar explicaciones de ello. Como Oliver, que ingresó pocos después en un sanatorio mental y nunca regresó a Oxford.

Tras la visita a Harriet, Beatrice estuvo evaluando la información que le había dado y todo le hacía sospechar que algo debió ocurrir para que ambos amigos se comportaran de dicha forma. En su momento no llegó a comprender el repentino cambio de Sidney. Las últimas Navidades que pasó en Willmott Park nada le hizo suponer que iba a tomar esa decisión. Oliver pasó allí unos días y se mostró tan amable y jovial como siempre. Unas semanas después, Sidney regresó y ya no era el mismo. Estaba afligido y alterado, como si un gran pesar le abrumara.

Le sorprendió, al igual que a su familia, la repentina decisión de embarcarse en aquella expedición a tierras remotas, que le había mantenido lejos durante casi tres años. La única explicación que le dio fue que necesitaba alejarse de allí para reflexionar sobre su vida futura. Ella no lo cuestionó. Comprendió que estaba pasando por una difícil etapa y lo apoyó frente a su padre, que no aceptaba con agrado aquel despropósito.

—¿Podría preguntar a su amiga, que parece poseer amplios conocimientos de ese grupo, si conoce o sospecha la razón que les llevó a tomar esa súbita decisión? Sería interesante conocerla. Ayudaría mucho a avanzar en la investigación. Y viendo las buenas relaciones que tiene con la familia de su prometido, le agradecería que reuniera toda la información que tengan sobre ese grupo y si le pueden facilitar el nombre del sexto individuo —pidió con cautela. Le había dado la impresión de que existía cierta tirantez entre Beatrice y los Willmott.

Los esfuerzos del barón por mostrarse encantado con la visita de su futura nuera no pasaron desapercibidos al observador ojo de Ulysses, que apreció en él un encubierto menosprecio. Con lady Matilda, la descortesía había sido manifiesta. Era obvio que no aprobaban ese compromiso. Sería interesante saber por qué lo toleraban. ¿Era empeño del hijo o había algún interés por medio?

—No creo que lo sepa. Ambas lo comentamos en la época que sucedió y no llegamos a ninguna conclusión. Y los Willmott no estaban al tanto de esas cuestiones —reconoció Beatrice.

En la familia de Sidney, excepto Harriet, nadie se había interesado por los deseos e inquietudes de su prometido. Su padre nunca estuvo de acuerdo con que cursara estudios de Botánica y Geología y pensara dedicar su vida a la gestión de la finca. Según él barón, un aristócrata no se ensuciaba las manos en ningún tipo de trabajo y vivía de las rentas, lo que les había llevado a la precaria situación económica que sufrían. Su heredero debía dedicarse a gestionar un buen matrimonio y vivir del dinero de su esposa.

—Investigaré los nombres que me ha dado. Intentaré dar con ellos por si pueden aportar luz

sobre el asunto y para informarles de lo que les ha ocurrido a sus compañeros.

—Espero que logre evitar nuevas muertes.

El camarero llegó con los platos que habían pedido y comieron en silencio antes de que se enfriaran. Ulysses observaba con disimulo a Beatrice. Le gustaba que se sintiera cómoda en aquel lugar, que distaba de los que ella estaría acostumbrada, y que comiera con apetito aquellos platos sencillos que Meg, la cocinera, elaboraba. No apreciaba en ella la actitud remilgada y de superioridad que había observado en muchas damas con las que había tenido tratos a raíz de alguna investigación. Era una *rara avis* en una sociedad en la que las apariencias mandaban. Le recordaba a su madre, una mujer fuerte y decidida, que se enfrentaba a cualquier situación con entusiasmo y valentía.

—Es probable que tenga que trasladarme a Oxford para indagar. Si tiene alguna información que comunicarme, puede enviar una nota a comisaría y me pondré en contacto con usted —dijo Ulysses cuando se despedía de ella antes de que subiera al coche de alquiler que había parado a la salida del restaurante.

—Así lo haré, inspector.

Beatrice alargó la mano para estrechar la de Ulysses. Una agradable tibieza se extendió por su interior al sentir el calor y la fuerza que él le transmitía.

Cuando ella se marchó, Ulysses regresó a comisaría. Tenía muchas ideas en la cabeza y debía plasmarlas sobre el papel para organizarlas.

Fergus se encontraba en el despacho cuando él llegó.

—¿Qué ha averiguado? —le preguntó Ulysses mientras se sentaba ante su mesa y sacaba la libreta del bolsillo.

—He investigado a los sirvientes del conde. Aparte de algún asuntillo sin importancia, todos están limpios. Habían servido en casas de menor importancia antes de que los contrataran desde la embajada, cuando alquilaron la casa. En la agencia de colocación me han dicho que les hicieron hincapié en que fueran gente honrada, ya que el inquilino era un diplomático y la seguridad y discreción eran esenciales. Los sirvientes de las casas vecinas no han aportado nada valioso. Que al mayordomo le gusta intimar con las doncellas y que se da unos aires que no le corresponden, o que a uno de los lacayos le gusta ausentarse de noche para ir a algún tugurio a jugar.

—Bien. Vamos a dejar esa investigación de momento y centrarnos en otra que creo que será más productiva. Me ha llegado información de que ambos fallecidos se conocían y pertenecían a una pandilla de estudiantes en la universidad de Oxford, integrada por seis componentes. De los otros cuatro solo tengo el nombre de tres. Hay que averiguar todo lo que podamos sobre ellos, en especial si continúan vivos y su dirección actual para ponernos en contacto.

Ulysses escribió los nombres que Beatrice le había facilitado en un papel y se lo entregó a Fergus. Estaba convencido de que la raíz de aquellas muertes se encontraba en algún suceso del pasado.

—Uno de ellos, Sidney Willmott, se encuentra fuera del país al parecer. Debemos confirmarlo. Es hijo del barón Willmott —continuó con la explicación mientras Fergus repasaba los nombres que le había dado—. William Saunders es hijo de un juez de Glasgow y de O’Kelly solo se sabe que su padre es clérigo y ejerce en Belfast o alrededores. Con esos datos comenzaremos la investigación, aunque confío en conseguir alguno más. Si es necesario, viajaré a Oxford para obtener información.

El joven anotó lo que le iba diciendo.

—Yo me encargaré de investigar a Willmott, usted comience por los otros dos nombres. Pida

ayuda a la policía de Glasgow y de Belfast. —Ulysses tenía clara la razón que le había llevado a tomar esa decisión: la oportunidad de volver a ver a la señorita Leighton. Le había agradado su buena disposición a colaborar y, para qué mentirse, su estimulante compañía. Aquella ancha y espontánea sonrisa que le formaba unos graciosos hoyuelos en las mejillas era difícil de olvidar; de hecho, había estado rondando sus sueños desde el primer encuentro.

Beatrice sabía que no iba a conseguir más información de Harriet, la única que estaba al tanto de las actividades de su hermano en Oxford, así que pensó obtenerla en el lugar de los hechos.

Le habría gustado partir hacia allí a primera hora del día siguiente, pero su madre le recordó que por la noche tenían un compromiso social que no podía eludir. Habían invitado a sus padres a un baile en la residencia de un importante cliente del banco, el vizconde de Clayworth, un aristócrata engréido que podía atraer a otros de su clase social, y eso era lo que a su padre le interesaba.

Se vistió con sus mejores galas y acudió al evento con la esperanza de abandonarlo lo antes posible. Al día siguiente partiría para Greenwell Farm en el primer tren que saliera y quería estar descansada. No confesó a sus padres el verdadero motivo de aquel repentino viaje al campo y adujo que le preocupaba la delicada salud de Clement, lo que no era falso. Ellos no pusieron objeción.

La velada no resultó tan corta como esperaba. Tuvo que aguantar durante más de tres horas conversaciones aburridas de damas ociosas y a caballeros de manos inquietas y pies pesados hasta que su madre, que tampoco disfrutaba con aquellos eventos tan multitudinarios y frecuentados por gentes que los miraban con superioridad, le dijo a su marido que se marchaban y que él podía acompañarlas o quedarse allí; no obstante, le advirtió que, si escogía la última solución, tendría que pasar la noche en un hotel porque las puertas de la mansión Leighton permanecerían cerradas una vez que ellas hubieran llegado. Su padre, hombre prudente y conocedor del fuerte temperamento de su esposa, se despidió de los anfitriones y abandonó el baile con su familia.

Capítulo 12

El lunes a primera hora, Beatrice se dirigió a la estación de Euston y allí cogió el primer tren de la London & North Western Railway que partía hacia el norte. Era la forma más rápida de llegar a Greenwell Farm y el medio que utilizaba cuando pensaba estar poco tiempo, como en esta ocasión. Incluso con el necesario trasbordo en Bletchley, llegaba en menos de cinco horas a la finca, algo inimaginable unos años antes. En periodos más largos, o cuando iba la familia para pasar el verano, se desplazaban en el carruaje, más incómodo y tardaba todo el día en llegar a su destino.

A su madre no le gustaba que utilizase el ferrocarril, y menos que viajase sola, y le insistía en que fuese acompañada de Maud. A Beatrice no le importaba llevarla consigo, pero eso la obligaba a separarse de su esposo durante días. Su padre, en cambio, era un firme defensor de ese medio de desplazamiento, hasta el punto de haber invertido parte de su fortuna en algunas compañías ferroviarias que le repercutían buenos dividendos.

Beatrice se apeó en la estación de Bicester y desde allí se trasladó a la finca en la calesa de Rob Cotton, el dueño de los establos, como solía hacer. Cuando llegó a Greenwell Farm, se entretuvo para tomar un almuerzo tardío y, de inmediato, montó uno de los caballos de la bien abastecida cuadra y partió para Oxford, de la que distaba unas seis millas. A Georgia y Clement les sorprendió su visita, aunque no hicieron comentario alguno, felices de tenerla allí.

Llegó a la ciudad en poco menos de una hora y se dirigió al Exeter College, en el que Rupert había comenzado ese año a estudiar Leyes y Economía, pese a que no contaba con encontrarlo en la residencia. Oxford, de población mayoritariamente estudiantil, albergaba muchos entretenimientos para jóvenes alegres, vigorosos y, en su mayoría, con una bolsa repleta. Conociendo el temperamento efusivo de su hermano, imaginó que estaría persiguiendo a alguna camarera de las numerosas tabernas que se distribuían por la ciudad. No se equivocó y, tras comprobar que no estaba en el campus, se dirigió a los locales donde algunos compañeros le indicaron que podría hallarlo.

Beatrice solo había estado en Oxford en dos ocasiones, ambas durante el primer año de estudios de Sidney. No le resultó difícil dar con las cervecerías más frecuentadas por los estudiantes. Tras recorrer las dos primeras de la lista, lo encontró en la siguiente, un tugurio ruidoso y maloliente en una estrecha callejuela. Su entrada despertó la curiosidad de los numerosos parroquianos, la gran mayoría jóvenes estudiantes que gastaban su tiempo y el dinero de sus padres en cerveza aguada y mozas complacientes. Rupert se encontraba en una mesa en compañía de tres jóvenes. La torpeza de movimientos al levantarse y los ojos vidriosos que mostraba le indicaron a Beatrice que su hermano había sido generoso con la bebida. Llevaba el castaño cabello despeinado y mostraba un desaliño impropio de él.

—Hola, Bee. ¿Qué... qué haces aquí? —preguntó, utilizando el diminutivo con el que solía nombrarla.

El fuerte sonrojo que mostró el rostro de su hermano, de rasgos muy parecidos a los suyos, lo atribuyó Beatrice al consumo de cerveza y no a que estuviese avergonzado por haberle sorprendido en esa situación.

—Necesito hablar contigo, Rupert, si no estás demasiado borracho. —Sus palabras, acompañadas por un gesto reprobatorio, revelaban que no estaba contenta.

—Sí, claro. Solo me he tomado una... un par de pintas con los colegas —se excusó. Los otros

tres, que habían enmudecido al verla, corroboraron esa afirmación, que quedaba desmentida por las varias jarras vacías que había sobre la mesa.

Beatrice refunfuñó de forma audible.

—Vamos fuera que te dé un poco el aire. —Lo agarró del brazo y lo llevó hacia la puerta.

—Puedo caminar solo, Bee. No soy el niño pequeño que llevabas de la mano a todos lados —se rebeló una vez alejado de oídos indiscretos.

—Pues no te comportes como tal. ¿Crees que es una actitud adulta emborracharse en vez de estar estudiando? A la familia no le gustaría enterarse de cómo empleas el tiempo.

Rupert se irguió ante la solapada amenaza, con lo que su espigada figura pareció crecer unos centímetros. El viento le había despejado de la nebulosa que el alcohol había instalado en su cerebro. Carraspeó para aclararse la garganta antes de hablar.

—No es necesario que les hables sobre ello. Solo estábamos celebrando que hemos aprobado un examen importante. No creas que paso el tiempo de juerga. Estudio mucho y acabaré el curso con notas excelentes —dijo con seriedad mientras caminaban hacia un parque cercano a orillas del río.

Beatrice le creyó. Siempre había sido un niño obediente y un adolescente responsable que no le había creado problemas durante los años que se hizo cargo de él. Decidió dejar pasar esa falta. Tenía derecho a divertirse siempre que cumpliera con su obligación y sacara adelante los estudios.

—Está bien. No diré nada si me prometes no repetir con frecuencia estas celebraciones. Padre no está dispuesto a que malgastes su dinero como la mayoría de los jóvenes consentidos y ociosos.

Rupert la miró. Los ojos, de una tonalidad azul más clara que la de Beatrice, reflejaban todo el cariño y admiración que sentía por su hermana mayor, que ejerció de madre durante los turbulentos años de su paso de la niñez a la juventud. Ella y Georgia le habían proporcionado todos los cuidados y el cariño que no recibía de sus padres, que se habían quedado en la lejana Jamaica.

—Gracias, Bee. ¿De qué querías hablarme?

Beatrice consideró que se había despejado lo suficiente para asimilar lo que quería explicarle. Se sentaron en un banco del parque y, antes de comenzar, evaluó lo que iba a decir. Desde que había iniciado sus estudios, Rupert colaboraba con una publicación semanal de su *college* en la que aparecían noticias y artículos de interés, y no quería revelarle más de lo necesario para evitar que una indiscreción por su parte le ocasionara dificultades al inspector McRae.

—Necesito que indagues sobre unos sucesos de hace cuatro años, en concreto sobre un grupo de estudiantes que se creó en este lugar y al que Sidney pertenecía.

—¿Le ha ocurrido algo? —preguntó con alarma. Las últimas veces que había visto a su futuro cuñado apreció un gran cambio en él, hasta el punto de que le costó reconocer a la figura que había sido su referente durante años, el que le había enseñado tantas cosas importantes para un niño y con el que había pasado divertidos ratos jugando y explorando los alrededores de la finca; tiempos felices que añoraba.

—Espero que no. Desde hace meses no ha llegado ningún mensaje suyo, lo que no quiere decir que tenga dificultades —lo tranquilizó. Sabía que apreciaba mucho a Sidney y se preocupaba por lo que pudiera sucederle en aquella peligrosa expedición que había emprendido —. Lo que quiero que averigües es todo lo que puedas sobre los componentes y las actividades de ese grupo, que se hacían llamar *Los libertarios*. Al ser algo de ámbito privado, no relacionado con los estudios, no me puedo dirigir a las autoridades académicas. Tendrás que indagar entre los

estudiantes, los profesores o el personal que trabaja en el Corpus Christi College, al que pertenecían; puede que recuerden algo de esa época.

Beatrice sacó un papel de su bolsito y se lo entregó a Rupert. En él iban escritos los nombres de los tres estudiantes que Harriet le había mencionado, más los de Sidney y Oliver, y los datos que conocía de ellos.

—Aquí tienes la información que poseo sobre esa pandilla; del sexto componente no sabemos nada. Lo que puedas descubrir será de agradecer, y hazlo de forma discreta. Puedes decir que has oído hablar de ellos y quieres escribir un artículo para el semanario, lo que acallará a los susceptibles. Según comentaba Sidney, defendían un pensamiento común basado en la libertad para expresar las propias ideas sin censura; algo revolucionario, según él, y que pensaban llevar a la práctica cada uno en su ámbito de actividad futura. —Beatrice no quería que su hermano corriera ningún riesgo. Si había alguien que quería eliminar a los miembros de ese grupo, no le interesaría que fueran preguntando.

—¿Sidney está metido en algún lío?

Rupert, con la mente aligerada de los efluvios étlicos, quería conocer los detalles y Beatrice comprendió que tenía derecho a saber lo que ocurría en realidad. Confiaba en su discreción.

—No se trata de eso. No creo que él tenga problemas, lo que ocurre es que han muerto de forma trágica dos de los que componían ese grupo, Oliver Furlong, al que puede que recuerdes de las ocasiones que visitó Greenwell Farm acompañando a Sidney, y Giulio Palmieri. La policía piensa que el resto puede estar en peligro y quiere conocer su paradero para avisarles.

Esa información alertó al joven, que vislumbraba un estimulante misterio. Su sonrisa se ensanchó y los ojos le brillaron de expectación.

—No te preocupes, Bee. Realizaré las pesquisas con sumo cuidado y te informaré en cuanto tenga algo.

—Gracias, Rupert. Me quedaré el resto de la semana en la finca y el domingo regresaré a Londres. Si consigues alguna información, comunícamelo de inmediato; Georgia y Clement estarán encantados de saludarte. Si no consigues nada antes de que me marche, envíame una nota con lo que averigües.

—¿Y si descubro algo que no te gustaría saber? —Después de lo que su hermana le había contado, intuía que allí había algo turbio. Recordaba cómo Sidney había abandonado Oxford sin dar explicaciones y, casi de inmediato, se marchó lo más lejos que pudo, como si estuviera huyendo.

—Me interesa conocer la verdad, sea la que sea. Sabes que no me asusto con facilidad ni voy a juzgar a nadie sin conocer antes sus motivos, por eso quiero tener todos los datos. Lo que te pido es discreción. No quiero que te veas envuelto en problemas —volvió a recomendarle con acento preocupado. Confiaba en la inteligencia de Rupert y en su madurez para no meterse en dificultades.

Beatrice regresó a la finca antes de que la tarde cayera. Le gustaba cabalgar por los campos, con el calor del sol dando color a su rostro y el viento alborotando sus cabellos. En aquellas tierras se sentía libre, como en su niñez, cuando vivía en Jamaica.

Georgia y Clement se disponían a cenar cuando ella llegó a Greenwell Farm. Se aseó y se cambió de ropas para bajar al comedor.

—¿Cómo se encuentra Rupert? Nos visitó hace dos semanas, en una escapada rápida —se interesó Georgia una vez que Beatrice se hubo sentado a la mesa.

Su tía, a la que los años habían tratado bien, aún conservaba parte de la belleza de su juventud. Era la hermana menor de su abuela paterna y, tras un desgraciado matrimonio

impuesto por sus padres y de quedar viuda, se casó con sir Clement Greenwell, veterano de guerra al que la Corona otorgó el título de caballero por sus gestas durante la lucha contra Napoleón. Formaban una pareja feliz y compenetrada, habían encontrado la felicidad tras sendos fallidos matrimonios, y disfrutaban de su retiro en el campo.

Clement, unos años mayor que su esposa, acusaba la dura vida militar que había llevado y su salud no era todo lo buena que deseaba, pero aún tenía energías para ocuparse de la finca; labor en la que Beatrice le había ayudado durante los años que vivió allí, y seguía haciéndolo durante las visitas periódicas que les hacía. Georgia no había tenido hijos de su matrimonio anterior y Clement perdió a los dos suyos cuando eran niños, así que habían acogido a Beatrice y a Rupert con ilusión y los habían cuidado y querido como si hubiesen sido sus propios hijos.

—Bien, según he comprobado. No creo que tenga problemas para acabar el curso.

—Siempre ha sido un chico sensato y trabajador —apostilló Clement con una orgullosa sonrisa que formó grandes pliegues en sus enjutas mejillas.

Georgia, muy perceptiva, detectó preocupación en Beatrice. La conocía muy bien y sabía que esa repentina visita a su hermano era inusual. Algo pasaba y ella lo averiguaría.

Cuando la cena terminó, Clement, como era su costumbre, se refugió en la biblioteca para fumar un cigarro y beber una copa de brandy y ellas dos fueron al acogedor saloncito privado de Georgia, donde pasaba gran parte del día entre lecturas y labores de costura.

—¿Cuál es la principal razón de esta nueva visita, Beatrice?, que agradezco, como bien sabes.

Beatrice esperaba que Georgia no se percatase de su inquietud, aunque no le extrañó. Era muy inteligente y la conocía bien, casi mejor que su propia madre. Como había sido la depositaria de sus confidencias durante años, no quiso ocultarle sus temores. Le explicó lo que ocurría, a lo que había venido y la preocupación que sentía por Sidney a causa de la amenaza que, tanto el inspector McRae como ella, sospechaban que se cernía sobre él.

Georgia la escuchó con atención y se decidió a hablarle con claridad, como hasta ahora no había hecho porque comprendía que era labor de sus padres. La quería tanto que era incapaz de callar durante más tiempo.

—No me sorprende lo que me has contado, querida. No voy a mentirte. El comportamiento de tu prometido me resultó muy extraño, así como el abatimiento que le noté la última vez que le vi, poco antes de emprender ese viaje inesperado. —A Georgia le parecía más una deserción que el deseo irrefrenable de explorar nuevos mundos y se planteó qué había hecho para desear poner tanta distancia por medio.

—Las personas cambian con la edad, tía Georgia —quiso defenderlo pese a que le pareció muy extraño su comportamiento.

—Es por ello que deberías plantearte continuar con el compromiso. Sé que quieres mucho a Sidney, pero ¿crees que es el esposo adecuado para ti? ¿Estás dispuesta a pasar el resto de tu vida, o de la suya, con un hombre que prefiere satisfacer sus gustos a permanecer junto a la persona que ama? Ya no es el joven alegre y divertido del que te enamoraste cuando eras una adolescente. El tiempo le ha cambiado y el tipo de vida que lleva le cambiará aún más. No es tarde para romper la promesa de matrimonio y encontrar a un hombre que te haga feliz. No quiero que lleves una vida desgraciada, como la que yo tuve antes de conocer a Clement. — Georgia la miró con el cariño que esa joven dulce y generosa se merecía.

Beatrice no supo qué contestarle. Se había prometido a Sidney y ella siempre había sido fiel a sus promesas. Sin embargo, la prolongada ausencia de su prometido le pesaba demasiado y se cuestionaba sus sentimientos. ¿Era amor lo que sentía por él o solo un gran cariño derivado de la amistad de tantos años? Si le hubiesen preguntado cuatro años antes, no habría vacilado en

responder que le amaba y era feliz a su lado. Tenían gustos parecidos, perseguían los mismos objetivos y le agradaban sus tiernas caricias y la delicadeza con la que la trataba en la intimidad.

Tras su regreso de la primera expedición, Sidney estaba tan cambiado que apenas reconocía al joven con cuya compañía tanto disfrutaba. En los escasos momentos de intimidad que compartieron se mostró demasiado efusivo. Sus caricias parecían desesperadas, como si quisiera demostrarse algo. Accedió a hacer el amor por primera vez y se sintió decepcionada. Tal vez había idealizado ese momento, del que su madre le había hablado como algo maravilloso, una unión de cuerpos y almas. A ella le resultó triste, doloroso y quedó desilusionada. Él debió notarlo y no volvió a buscar esa intimidad.

Incluso antes de embarcarse en la nueva expedición de la que tardaría años en regresar, dejó en sus manos la opción de romper el compromiso. Le explicó que esa era la vida que deseaba llevar, donde una esposa no tenía demasiado sentido ya que pasaría ausente la mayor parte del tiempo.

Beatrice se planteó aceptar la opción que Sidney le estaba ofreciendo. Comprendió que él no volvería a ser el mismo del que se enamoró siendo una jovencita ni sus sentimientos eran los mismos. Percibía que se había esfumado el amor que sintió años antes siendo reemplazado por un cariño fraternal; aun así, decidió continuar con el compromiso. Pensaba que se lo debía. Era su amigo, el primero que tuvo cuando llegó a aquel país siendo una adolescente timorata. Él le dio fuerzas para creer en sí misma, la animó y la apoyó; ahora era el momento de devolverle el favor, de ayudarle a superar ese enorme pesar que llevaba dentro.

Su decisión era egoísta en parte. Sabía que si continuaba prometida a Sidney evitaba que su madre le insistiera en encontrar un marido y la metiera en el mercado matrimonial con asistencia a bailes, reuniones y toda esa farándula que tanto odiaba. El estatus de prometida le concedía una libertad que de otra forma le resultaría difícil alcanzar y podía continuar dedicándose a sus actividades en la asociación, que tantas satisfacciones le proporcionaba.

Capítulo 13

La paciencia y la meticulosidad eran dos de las mejores virtudes de Ulysses y solían darle buenos resultados, por ello no desesperaba ante la lentitud con la que se desarrollaba la investigación de la nueva vía que Beatrice le había facilitado.

Poco había avanzado en la semana transcurrida desde la última vez que se encontró con ella y el deseo de verla aumentaba. La excusa para visitarla era interesarse por la información que hubiese obtenido de su amiga misteriosa. Intuía que era un familiar de Sidney Willmott, probablemente Harriet, la hermana que vivía en Grosvenor Square, esquina con Brook Street, la calle donde había dejado a Beatrice tras abandonar la residencia del barón. Le pediría que confirmara sus suposiciones y le aseguraría que no desvelaría el nombre si la afectada no deseaba airearlo.

Había enviado a Fergus a preguntar en la Exposición Universal por si allí podían proporcionarle algo de interés sobre Palmieri; sin embargo, estaba convencido de que su muerte no tenía nada que ver con su trabajo o sus relaciones actuales. El resultado fue pobre. Según le comentaron a su ayudante, el conde fue un par de veces para comprobar cómo iba el montaje del pabellón de su país, ya que falleció unos días antes de que se inaugurara el evento. Por su cuenta, indagó en la embajada del Reino de Italia. Allí no obtuvo nada que le hiciera sospechar; y, de ser así, se cuidarían de airearlo y él no podía obligarles. Estaban protegidos por las leyes diplomáticas.

Fergus, que se encargaba de investigar a Saunders y O'Kelly, había conseguido algunos resultados, tanto de la policía de Glasgow como de la de Oxford, aunque no eran todo lo buenos que esperaban.

Dos días antes, había llegado un informe procedente del inspector Buchanan de la policía de Glasgow con noticias sobre William Saunders. El padre le había comunicado que su hijo falleció hacía más de un año antes en acto de servicio; era teniente en el 16.º regimiento de Dragones Ligeros, que estaba acuartelado en Doncaster. No había facilitado ningún dato aclaratorio sobre su muerte ni sobre las relaciones que tuvo durante su periodo de estudios en Oxford, ya fuera por desconocimiento o por salvaguardar la memoria de su hijo.

Se había puesto en contacto con la policía de Belfast para que visitaran al reverendo y le preguntaran por el paradero de su hijo. A la vista del destino que habían tenido dos de sus compañeros de hermandad, temía no llegar a tiempo de avisarle del posible peligro que corría.

Ulysses presumía que algo debió ocurrir en aquella época y que sus consecuencias se estaban reflejando en la actualidad. Según la información recabada por la policía de Oxford de las autoridades académicas, y que había recibido el día anterior, Saunders no concluyó sus estudios de leyes en esa institución; la abandonó por las mismas fechas en que lo hicieron Sidney Willmott y Oliver Furlong. Los que sí acabaron sus estudios allí fueron Giulio Palmieri y Cillian O'Kelly, nombre completo del estudiante de Teología cuyo padre era el reverendo Calum O'Kelly, párroco de la localidad de Lisburn, en Irlanda, al suroeste de Belfast. Ulysses se alegraba de no haber tenido que pedir información a las autoridades eclesiásticas sobre este último. Siempre se mostraban poco colaboradoras y se tomaban su tiempo para responder.

El inspector Wilding, que le había remitido los informes, indicaba que la dirección del Corpus Christi College, donde estudiaron los miembros del grupo, se había mostrado reacia a dar información sobre sus alumnos y que no tenía conocimiento sobre ninguna fraternidad que se

hiciese llamar *Los libertarios*. Al parecer, nadie había oído hablar de ellos.

Por su parte se había encargado de investigar a Sidney Willmott, en especial si se encontraba lejos de Londres en las fechas en las que se habían producido los asesinatos de Palmieri y Furlong, como Beatrice afirmaba. Para agilizar la investigación, le había pedido a Jack Ramsay, uno de sus compañeros, que le echara una mano; al igual que en otras ocasiones, no se negó. Eran viejos conocidos y se habían hecho favores uno al otro durante la época que patrullaban juntos. Un desgraciado accidente en el que resultó herido, apartó a Ramsay de las calles y ahora estaba destinado en el archivo, en labores de oficina. Agradecía que le aliviaran la rutina con alguna investigación sencilla que le permitiera salir a la calle y, de paso, ponía a Ulysses al tanto de los chismes que circulaban por la comisaría.

En cuanto a la familia Willmott, Ulysses había obtenido información a través de Robert Bentinck. El reportero le comentó que el barón Willmott vivía por encima de sus posibilidades. Los únicos ingresos que tenía procedían de Willmott Park, la finca familiar, que no llegaban a cubrir los cuantiosos gastos. De no contar con el apoyo económico de Arthur Leighton, el padre de su futura nuera, no podría llevar la vida opulenta que le gustaba ni mantener la casa en Londres, ubicada en una de las zonas más aristocráticas. Se rumoreaba que el banquero cubría gran parte de los gastos del barón, y hasta había sufragado la última expedición de su hijo, con adelantos de la dote.

Leighton estaba deseoso de emparentar con la nobleza, según Bentinck, y el matrimonio de su hija mayor con el heredero del título se lo permitiría. El problema era que el joven aventurero no parecía muy dispuesto a casarse con ella. Llevaban comprometidos cinco años y no se había fijado aún la fecha de la boda; ni parecía que se fuese a producir en breve. El futuro barón llevaba fuera del país cuatro años y no se esperaba su regreso hasta dentro de uno o dos años más, en caso de que sobreviviese a los peligros que le acechaban en las tierras amazónicas.

Ramsay averiguó que el Sapphire, navío en el que Sidney Willmott se embarcó un año antes con rumbo al delta del río Amazonas, no había recalado en ningún puerto británico desde que partió de Southampton. Ese dato no le descartaba como posible asesino ya que pudo regresar a Londres por otros medios; no obstante, Ulysses apostaba por el misterioso sexto componente del grupo.

Ulysses fue a visitar al padre de Oliver Furlong, de cuyo fallecimiento había sido informado. Le explicó las circunstancias en las que se produjo y le interrogó sobre posibles enemigos que pudiera tener. La respuesta de sir Henry coincidía con lo que Beatrice le había explicado.

Desde que su hijo abandonó el sanatorio en el que estuvo ingresado durante varios periodos en los últimos cuatro años, se había mantenido aislado en la casa de Parsons Green. La relación entre padre e hijo era turbulenta. Oliver no le permitía entrar en ella en las contadas ocasiones que fue a visitarlo. Le hacía responsable de muchas cosas, admitió el eminente médico, entre ellas el haberle obligado a estudiar Medicina cuando él sentía pasión por la pintura.

Sir Henry auguraba para su hijo un triste final, aunque imaginó que acabaría quitándose la vida, como había hecho su madre. La débil cordura era algo heredado de la familia materna, en la que había casos constatados desde generaciones anteriores, algo que se olvidaron mencionarle cuando pidió la mano de la bella debutante.

Como era una persona escrupulosa en su trabajo y no dejaba ninguna pista por investigar, Ulysses se trasladó al Asilo de lunáticos del condado de Middlesex, en Hanwell, el sanatorio donde Oliver había pasado gran parte de los últimos cuatro años. Después de haber visitado el Bethlem Royal Hospital de Londres, a Ulysses le sorprendió encontrarse con aquel ambiente tan diferente, en el que se aplicaban métodos revolucionarios en el tratamiento de los enfermos

mentales.

El doctor Sadler, director del establecimiento, le explicó que la demencia de Oliver Furlong se había recrudecido de forma repentina y les obligó a tomar medidas restrictivas que solo empleaban con los pacientes que mostraban comportamientos violentos. El doctor no supo concretar la causa de ese empeoramiento de la enfermedad.

El personal que se ocupaba de vigilar a los internos no le aportó ningún dato significativo. Le comentaron que el paciente siempre se había mostrado pacífico y colaboraba en las actividades al aire libre que la mayoría de los internos desarrollaban como medio de terapia, hasta unos dos meses antes de su huida. Comenzó a tener desvaríos importantes. No dejaba de afirmar que el ángel blanco quería vengarse y que allí no estaba seguro. Era tal su locura que tuvieron que aislarle en su habitación y maniatarle por miedo a que atentase contra su vida.

El día que huyó, aprovechó un descuido de la persona que lo cuidaba, a la que agredió. Su padre intercedió ante la junta que regía la institución para que el hecho no trascendiera. Ulysses imaginó que sir Henry debió acallar con una fuerte indemnización a la persona agredida y al sanatorio para que evitaran llevar a su hijo a prisión; después consideró que estaba mejor encerrado en aquella aislada casa, donde solo podía hacerse daño a sí mismo.

El viernes a primera hora de la tarde, después de una semana sin tener noticias de Beatrice, Ulysses se personó en la residencia de los Leighton. Cuando se anunció y pidió verla, el mayordomo le indicó que no se hallaba en casa, sin dar más explicaciones. Iba a marcharse cuando una de las puertas al fondo del vestíbulo se abrió y por ella apareció un hombre vestido de manera informal, sin chaqueta y con las mangas de la camisa subidas hasta los codos. Por la autoridad que desprendía su persona y la mirada inquisitiva que le dirigió, Ulysses dedujo que se trataba de Arthur Leighton.

Lo primero que le llamó la atención fue su elevada estatura y la robusta constitución. En la parte del rostro que la poblada barba dejaba ver, aparecían manchas y estaba surcado de arrugas, así como en las manos y zonas de los brazos que llevaba al descubierto; signos de personas que han pasado mucho tiempo al sol sin la protección de sombreros o guantes. Sabía que hasta unos años antes habían vivido en Jamaica, donde poseían una plantación de azúcar, y no le extrañó ese aspecto, tan distinto al de los caballeros londinenses que no se exponían a los rayos solares. El abundante cabello estaba parcialmente encanecido y los brillantes ojos claros destacaban en el rostro y lo miraban con curiosidad no exenta de recelo.

—¿Para qué busca a mi hija, inspector? —preguntó Arthur con voz destemplada. Temía que se hubiese metido en algún problema derivado de aquel grupo de mujeres reivindicativas con el que colaboraba.

Ulysses no se dejó amedrentar por la poca cordialidad del caballero.

—La señorita Leighton es testigo en una investigación que estoy realizando y necesito hablar con ella. Ya me han comunicado que no se encuentra en casa.

—¿Y qué tipo de investigación es esa? —insistió.

—Se trata de la muerte del señor Oliver Furlong. —No pensaba mentir sobre la relación o las circunstancias en las que había conocido a Beatrice. Si ella no les había explicado nada de lo ocurrido, era el momento de que lo supieran, solo esperaba no causarle problemas con esa revelación. Intentaría que no se viese involucrada en el proceso legal, aunque eso estaba fuera de su competencia. No podría ocultar su presencia en el escenario del crimen si el juez le requería la verdad.

Arthur reconoció el nombre y no mostró ninguna emoción. Ulysses pensó que lo conocía

poco o no le importaba el destino de esa persona.

—Haga el favor de pasar y me explica con detalle todo ese asunto, si no tiene inconveniente —le conminó el banquero.

Ambos entraron en la biblioteca de la que Arthur había salido momentos antes, una amplia y luminosa estancia con estanterías repletas de libros y una gran mesa cubierta de papeles en el rincón, cerca del gran ventanal que daba acceso al jardín lateral de la mansión.

Arthur le señaló una butaca frente a la mesa escritorio y él se sentó detrás, en un sillón acolchado. No le ofreció a Ulysses nada de beber. Era consciente de que aquella no era una visita social. El inspector estaba realizando un trabajo.

—Hábleme de esa muerte y de cómo mi hija ha sido testigo de ella —pidió con el tono de voz autoritario que solía emplear con todos, menos con su familia.

La fama de hombre áspero era conocida, así como su integridad y la sagacidad en los negocios, que le habían procurado grandes éxitos tanto en Jamaica como en Londres. Cuando se trasladó desde la isla había traído con él la sede de la entidad financiera en aquellas tierras, creada junto a varios hacendados como él. En ese tiempo había prosperado gracias al buen ojo en las inversiones que el banco había realizado y que daba excelentes beneficios a los accionistas, la mayoría pequeños comerciantes y trabajadores que depositaban sus pocos ahorros en él y recibían buenos dividendos. Esa fama había procurado que creciera de forma vertiginosa hasta convertirse en la quinta entidad bancaria del Reino Unido, con sucursales en Liverpool, Glasgow y Bristol.

Ulysses le hizo un resumen de lo ocurrido, en el que omitió datos significativos, y le habló de la ayuda que Beatrice le había prestado al acompañarle a hablar con el barón. El rostro de Leighton se fue alterando conforme le explicaba dónde y en qué circunstancias había encontrado a su hija.

—¿Conoció usted a Oliver Furlong o a Giulio Palmieri, conde Di Pontia? —le preguntó.

A Arthur no le gustaba que le interrogaran, y menos sobre algo en lo que no tenía parte; aun así, no se negó a contestar.

—Oí hablar de Furlong en alguna ocasión. Era amigo del prometido de mi hija e iba de visita con frecuencia a la finca que los Willmott poseen cerca de Oxford cuando ambos estudiaban allí. Beatrice me habló en una ocasión de que era un pintor muy dotado y de que se había ofrecido a hacernos unos retratos. No ocurrió tal cosa y no llegué a verlo. El otro individuo no tengo ni idea de quién es.

—Gracias por su tiempo, señor Leighton. —No tenía sentido permanecer allí. Ese hombre no podía aportarle información y él tenía cosas que hacer.

—Antes de que se marche le pediría que el nombre de mi hija no saliera a relucir en la investigación y que prescindiera de su colaboración. Beatrice, como habrá advertido, es una persona a la que le gusta ayudar a la gente, lo que le suele traer problemas con frecuencia.

Ulysses mostró un gesto de contrariedad. La había descartado como sospechosa del asesinato de Furlong tras recibir el informe de la policía de Bicester, mas no podía garantizarle que la mantendría al margen.

—De momento, su nombre no ha aparecido en ningún informe, pero comprenda que no puedo falsear la verdad. Si me veo obligado, tendré que revelar las circunstancias en las que su hija se vio implicada en dicha investigación.

Arthur esperaba esa respuesta, que le satisfizo porque denotaba que era una persona que cumplía con su deber. Si era necesario, recurriría a instancias superiores.

—Entiendo su postura y le agradezco la consideración. La reputación de una mujer es muy

valiosa, al tiempo que muy frágil, y cualquier escándalo por pequeño que sea le puede afectar. Beatrice no parece ser consciente de ello, y soy yo el que debo velar por su buen nombre; confío en que usted lo entienda. —Su tono de voz había perdido el autoritarismo de momentos antes y se mostraba como un padre preocupado por su hija.

—Lo entiendo, señor. Si es posible, evitaré involucrarla.

Ulysses se marchó de la residencia Leighton con el ánimo decaído. Por mucho que le pesara, tendría que apartar a Beatrice de la colaboración. Compartía la preocupación de su padre por su reputación, y más siendo la prometida de un aristócrata. Leighton ansiaba esa boda para encumbrar su negocio y atraer a la nobleza; una clase social que continuaba prefiriendo las entidades bancarias de largo renombre y antigüedad antes que a un banco recién creado por burgueses enriquecidos.

Capítulo 15

Beatrice comenzaba a desesperar tras cinco días sin saber nada de su hermano, hasta el punto de que estaba dispuesta a ir a Oxford para preguntarle. Por suerte, Rupert apareció en Greenwell Farm esa mañana del sábado.

Tras saludar a Georgia y Clement, Beatrice le propuso dar una vuelta por la finca, excusa para hablar con tranquilidad. El gesto serio de su hermano no auguraba nada bueno y no quería preocupar a sus tíos hasta que comprobase lo serio que era el problema.

—Cuéntame, por favor; ¿qué has averiguado? —le urgió ella cuando se alejaban caminando.

Rupert hizo una mueca de disgusto, lo que le confirmó a Beatrice que no iba a agradarle lo que tenía que decir.

—¿De verdad, quieres saberlo? —preguntó el joven, y su mirada de pesar era más elocuente que sus palabras.

—Claro que quiero; y si es algo malo, más aún. No seas igual de condescendiente que padre. Ya me conoces y sabes que puedo asumir las malas noticias sin desmayarme.

—No digas que no te he avisado —le advirtió para cubrirse las espaldas. Conocía bien a su hermana. Era una de las mujeres más fuertes que había conocido y sabía que, por mucho que le doliera lo que iba a contarle, lo aceptaría y actuaría de forma correcta.

Beatrice gruñó por lo bajo y Rupert no se demoró más. Conocía su carácter, que tenía poco de paciente.

—Me ha costado encontrar información sobre los nombres que me diste y el grupo que formaban. Cuando comencé a preguntar a algunos profesores del Corpus Christi sobre Sidney y el resto de los integrantes de *Los libertarios*, solo conseguí que me dijeran que eran buenos estudiantes y que no tenían conocimiento de esa fraternidad, ni supieron dar una razón para que se hubiesen marchado de Oxford sin acabar los estudios. Lo que sí advertí en algunas personas a las que pregunté fue recelo por estar tocando ese tema. Debí imaginarlo porque es bien sabido que son muy herméticos con sus asuntos, y más con los que pueden causar algún perjuicio a las instituciones. Así que no perdí más el tiempo con los profesores y el resto del personal de los diferentes *college* y cambié de estrategia. —Rupert sonrió, orgulloso de sus dotes detectivescas. Durante esa semana había disfrutado las pesquisas.

—¿Y...? —le urgió Beatrice.

—Pues decidí centrarme en los alumnos de último curso del Corpus Christi y de otros *college* cercanos. Algunos habían oído hablar de ese grupo de estudiantes de ideas revolucionarias e inconformistas que se había extinguido cuatro años antes, poco más. Solo encontré un par de ellos que habían coincidido con Sidney y con alguno de los otros en 1857 y, con la excusa de que Sidney estaba interesado en una de mis hermanas y mis padres querían conocer todo sobre su pasado, conseguí que me contaran lo que sabían sobre *Los libertarios*. —Rupert hizo una pausa y miró con detenimiento a su hermana. En sus ojos se apreciaba cierta compasión que a ella no le pasó desapercibida.

—Continúa —pidió con gesto serio y voz contenida.

—Recordaban a Oliver Furlong. Era un estudiante de Medicina muy popular por su carácter bohemio y la generosidad con la que gastaba su dinero. Más que estudiar se dedicaba a pintar. Siempre llevaba un cuaderno en el que dibujaba todo lo que veía. Con él solían ir tres compañeros del Corpus Christi: Sidney, Saunders y Palmieri, según los nombres y descripciones

que me dieron. Oliver tenía alquilado un apartamento fuera del campus, en un inmueble junto a una taberna, donde pasaba más tiempo que en su cuarto de la residencia de estudiantes. También iba mucho por allí un chico irlandés, algo más joven, estudiante de Teología, un virtuoso del órgano, según comentaron, que tocaba en las celebraciones eclesiásticas. Era un *servitor*, que es como se les llama a los estudiantes que carecen de medios económicos para pagar los estudios y se emplean como lacayos de otros estudiantes. Sidney, Furlong y los otros eran quienes le pagaban.

—¿En ese apartamento se reunían?

—Así parece. Allí montaban buenas juergas. Fumaban opio y no faltaba el alcohol y alguna muchacha del lugar. Bertie Johnson, uno de los estudiantes que me informó, estuvo en un par de ocasiones; no le gustó ese ambiente y no volvió a ir. Fue a comienzos de curso. Él acababa de llegar a Oxford y los otros iniciaban el último curso, que abandonaron casi todos poco después de las Navidades.

Rupert no quiso ser más explícito con su hermana. Bertie le había contado que Oliver lo invitó. Quería pintarlo y algo más, a lo que él no estaba dispuesto. Sospechaba que ese tipo de relaciones se daban entre algunos miembros, sin concretar cuáles. Tras enterarse de esos desenfrenos, Rupert se sintió decepcionado con su futuro cuñado, que había sido un ejemplo a seguir.

—¿Y el sexto miembro?

—Le pregunté por ello y no supo decirme. No recordaba que hubiera ningún estudiante más que fuera miembro de ese grupo. Invitaban a algunos, que no formaban parte de él, que supiera. La única persona que siempre estaba allí era una chica, la hija del dueño de El Cisne Negro, la taberna cercana a la que acudían muchos estudiantes. Era la modelo de Oliver y Bertie asegura que no parecía poner reparos en... confraternizar con todos los miembros del grupo.

Rupert miró a su hermana con atención para calibrar el efecto de esas revelaciones. El rostro de Beatrice adquirió una intensa lividez al comprender las implicaciones de todo lo que le había contado. Él sintió la pena que le había causado, aunque consideró que era mejor que se enterara cuando aún estaba a tiempo de romper el compromiso.

—Lo que no significa que Sidney tuviera nada que ver con esa chica —intentó suavizar la impresión de sus palabras.

—Gracias por contármelo, Rupert. No tenía conocimiento de esos hechos. Tanto él como Oliver se referían a ese grupo como una asociación artística, y resulta que solo era una excusa para dar rienda suelta al libertinaje. —Beatrice inspiró con fuerza. Le dolía la probable infidelidad de su futuro esposo y, sobre todo, descubrir que la había engañado durante esos años —. ¿Dijo algo más que justificara el abandono del curso por parte de Sidney y de Oliver? Algo debió de ocurrir. Cuando regresó, Sidney estaba muy cambiado, como si cargara con una gran culpa.

—Bertie no supo decirme la causa. Él no quiso saber nada de ellos, ni el resto de los alumnos a los que he preguntado. Solo sabe que no volvió a ver a Sidney, Oliver ni Saunders. Palmieri continuó hasta final de curso, y el irlandés durante un par de años más. Fui a El Cisne Negro por si conseguía información y la taberna había cambiado de dueño. El nuevo, que era un familiar de los Burton, los antiguos propietarios, me comentó que se habían marchado a otra ciudad cuando su hija, Grace, falleció.

Beatrice lo miró con gesto de sorpresa.

—¿Te dijo cómo murió? —preguntó con expectación. No quería dejarse dominar por un mal presentimiento.

—Dijeron que de unas fiebres. Algo repentino debió ser. El tabernero me comentó que era una chica muy guapa y que gozaba de buena salud. Bertie la describió como angelical. Parece que Furlong la immortalizó en muchos de sus cuadros.

Beatrice recordó los cuadros que había visto en casa de Oliver, cuando descubrió el cadáver. En la mayoría aparecía una joven de gran belleza, con el cabello muy claro y la tez pálida; parecía un ángel. ¿Sería ella el sexto miembro del grupo?

La mente de Beatrice comenzó a elucubrar. ¿Y si la muerte de la joven fue el detonante de la desaparición del grupo y de la huida de Oxford de la mayoría de sus miembros? ¿Hubo rencillas entre sus miembros por esa causa? ¿Se trató de una muerte natural, como se dijo, o fue por otras causas? ¿Tuvo algo que ver en esa muerte alguno de los estudiantes? ¿Por qué se marchó la familia de forma repentina? ¿Qué ocultaban?

—¿Preguntaste cuándo murió Grace Burton?

—Sí. El tabernero me dijo que fue a finales de enero de 1858.

—Por esas fechas fue cuando Sidney abandonó Oxford, y poco después se embarcó en su primera expedición —dijo Beatrice casi en un susurro. Estaba asustada por el derrotero que estaban tomando sus pensamientos porque, si había algo de cierto en ellos, Sidney podía estar implicado en un espinoso asunto. Pero no podía ignorar lo que acababa de descubrir por mucho que le pesara. Tenía que informar a McRae y que él se encargara de dar respuestas a esas inquietantes preguntas; y tenía que hacerlo a la menor brevedad posible.

—Gracias. Has hecho un gran trabajo, como esperaba. Te ruego que no lo comentes con nadie hasta que se aclare todo.

—Descuida. Mantendré la boca cerrada. —Rupert se tapó la boca con la mano en un gesto que utilizaba desde niño, cuando su hermana le pedía que guardara silencio—. Me alegra haberte ayudado.

Le extrañó no ver a su hermana más afectada por lo que acababa de contarle sobre Sidney. El descubrir que tu prometido es un libertino con vicios nada edificantes debía hundir a toda mujer. O era muy tolerante o no le importaba tanto. En todo caso, le apenaba haberle abierto los ojos a la verdadera personalidad de su futuro esposo.

—Creo que las muertes de Oliver y de Palmieri tienen que ver con la de Grace Burton. Lo pondré en conocimiento del inspector que lleva el caso y que él llegue al fondo de la verdad.

—Puedo seguir indagando, si lo deseas —ofreció.

Beatrice lo miró con cariño. Su hermano era una persona generosa y responsable, siempre dispuesto a ayudar a los demás.

—Prefiero que no lo hagas. Hay un asesino suelto por ahí y no quiero que te veas implicado de ninguna forma.

—Lo mismo te digo. Debes dejarlo en manos de la policía. En cuanto a Sidney, espero que no te afecte demasiado lo que te he dicho. Ya sabes lo que pasa en los ambientes estudiantiles. Se cometen excesos de todo tipo, de los que después nos arrepentimos.

—No te preocupes. Cuando se descubra toda la verdad, decidiré qué hacer. Sidney tendrá que dar muchas explicaciones cuando regrese. —Beatrice no estaba tan segura de mantener el compromiso como hasta hacía una semana. Lo que sentía por él no era tan profundo como creyó ni lograría mantenerlos unidos durante años. Y no todo se debía a lo que había descubierto de su prometido. El trabajo que realizaba en la asociación la llenaba demasiado y sabía que era probable que no pudiera continuarla una vez casada.

Esa misma tarde, después de comer con Rupert y sus tíos, y de que su hermano regresara a Oxford, Beatrice emprendió viaje a Londres. Como llegaría a última hora de la noche, tendría

que aguardar hasta el día siguiente para ver a Ulysses y contarle todas las novedades que tenía.

Pese a lo tardío de la hora, encontró a sus padres levantados cuando llegó a casa.

—Siéntate. Tenemos que hablar contigo —le ordenó su madre cuando entró en su saloncito privado. Su padre, sentado en una butaca frente a la chimenea, corroboró con un gesto de asentimiento.

Clarisse dejó el libro que estaba leyendo sobre su regazo y frunció el ceño para mirar a su hija con desaprobación. Por el rostro serio de ambos, Beatrice no auguró nada bueno y, aunque estaba muy cansada por el largo viaje en los incómodos asientos de madera de los vagones de segunda clase, los únicos libres que pudo encontrar, no tuvo otra opción que obedecer.

—Ayer vino a casa un inspector de la policía, un tal Ulysses McRae, preguntando por ti. Afirmó que estás colaborando con la policía en la investigación de la muerte de Oliver Furlong.

Clarisse observó la reacción de su hija con sus expresivos ojos color avellana. El leve sonrojo y la alteración en la respiración le indicó su incomodidad. Ese hombre debía importarle... o lo que se llevaban entre manos.

—El fallecido era amigo de Sidney y el inspector me pidió ayuda.

—Comentó que te encontró en casa de Furlong; ¿qué hacías allí? —intervino Arthur.

Beatrice comprendió que no podía mentir sobre ello. No lo deseaba ni le daría resultado. Siempre se le había dado mal disimular sus emociones y pronto descubrían cuándo no estaba diciendo la verdad. Tampoco había esperado que McRae lo silenciara. Si omitía pruebas, podía costarle una buena sanción y hasta el empleo; sin embargo, no le agradaba que sus padres se hubiesen enterado. Era obvio que estaban disgustados por haberse visto envuelta en un asunto policial.

—Había recibido una nota suya en la que me pedía que fuera a verle, y así lo hice. Cuando llegué comprobé que estaba muerto y al poco llegó el inspector.

Clarisse se levantó y se acercó a ella con rapidez. El carácter vehemente que poseía, y que Beatrice había heredado, era uno de sus rasgos distintivos y que conocían bien las personas de su entorno.

—Te pedimos que no te relacionaras con Furlong. Ese hombre estaba trastornado y no se podía esperar nada bueno de él —le recriminó con voz sofocada.

—No podía ignorar su petición, madre. Parecía preocupado por Sidney —se defendió ella.

—Debiste decírnoslo y alguno de nosotros te habría acompañado. ¿No comprendes que no puedes ir y venir a tu antojo, Beatrice? Acabarás con la reputación mancillada y arruinarás la posibilidad de un buen matrimonio —insistió Clarisse, que había comenzado a caminar por la estancia para serenar su alterado ánimo. ¿No se daba cuenta de que tenía que guardar un mínimo de decoro? ¿De qué había servido que la enviara años antes a Inglaterra si no había aprendido a comportarse como una dama?, se preguntó.

—¿Es eso todo lo que os preocupa? ¿Que el barón decida romper el compromiso?

—No, Beatrice. Este matrimonio nos agrada porque tú lo deseas y creemos que es beneficioso para ti, pero lo que nos preocupa es tu seguridad. La sociedad londinense no es como la colonial. Allí se vive más relajado y se pasan por alto algunas conductas que aquí te llevan al ostracismo. Eso es lo que te ocurrirá si sigues empeñada en vivir al margen de la sociedad —argumentó Clarisse, y miró a su esposo para que corroborara sus palabras. Quería lo mejor para su hija y opinaba que el futuro barón Willmott lo era. Se conocían desde muy jóvenes y se querían, aparte de que tendría una buena posición social; ¿qué podía pedir más?

—Tu madre tiene razón. Aunque estés prometida, tienes una reputación que mantener. Nos parece bien que ayudes en esa asociación de mujeres, que cada vez tiene más pinta de

subversiva; en cambio, lo de hacer de sabueso es algo que no vamos a tolerar. Le he comunicado al inspector que no vuelva a ponerse en contacto contigo o presentaré una queja a sus superiores. En cuanto a ti, confío en que te mantengas fuera de ese ambiente al que no perteneces —terció Arthur haciendo gala de su determinación, que tan buenos resultados le daba en los negocios.

Beatrice aceptó la reprimenda sin protestar. Entendía los temores de sus padres y les agradecía la preocupación, lo que no le impediría seguir con el propósito que se había trazado. Tenía que llegar al origen de aquel embrollo que le afectaba de forma directa al estar involucrado el hombre con el que había prometido casarse. Que esa decisión ya no fuese tan firme y estuviese replanteándose los planes de boda era otra cuestión.

Hasta hace unos días creía que de esa unión dependía su futura felicidad; ahora dudaba de que casarse con Sidney, en caso de que regresase, fuera una decisión acertada. Que la imagen de un rostro atractivo y unos ojos leonados se proyectara en su mente con demasiada frecuencia no resultaba tranquilizador.

—Si no tenéis nada más que decir, me retiro. Ha sido un viaje largo y estoy cansada —dijo Beatrice, y abandonó la salita antes de que sus padres continuaran reprochándole su conducta.

Subió a su habitación con la misma determinación que la había hecho regresar a Londres: tenía que ver a McRae y contarle todo lo que sabía para que averiguara si Sidney era responsable de algún acto reprobable.

Capítulo 16

A primera hora de la mañana del día siguiente, tras tomar el desayuno en su habitación para evitar enfrentarse a sus padres y dar explicaciones de dónde pensaba ir, Beatrice se dirigió a Whitehall Place.

La comisaría estaba tan atestada como siempre. Se acercó a la mesa donde se hallaba el sargento de guardia, uno diferente al hombretón de ojos amables que se encontraba en aquel lugar una semana antes, y preguntó por McRae.

—El inspector no se encuentra aquí, señorita.

Beatrice lo esperaba y no se desanimó. Necesitaba hablar con él y no quería demorarlo hasta el día siguiente.

—¿Sabe dónde puedo localizarle?

Si al hombre, de rostro serio y enjuto, le sorprendió esa petición, no lo demostró. La joven iba bien vestida y se expresaba con corrección, lo que le hizo suponer que era de familia acomodada y no debía desairarla. Sería alguna amistad del inspector, que según se rumoreaba por la comisaría, tenía buenos contactos entre la gente pudiente.

—No sabría decirle. Los domingos no suele acudir por aquí, excepto que tenga algún caso urgente que resolver —le indicó.

—¿Sería tan amable de darme la dirección de su domicilio? Me urge comunicarme con el inspector.

El hombre se alegró de no saberlo o se vería en un buen aprieto. No podía darle esa información y, por otra parte, no quería desairar a una dama tan amable como ella.

—Lo siento, señorita, la desconozco. Con seguridad, lo podrá encontrar mañana a primera hora. O puede dejarle una nota y él la verá cuando llegue.

La desilusión afloró al rostro de Beatrice. Había albergado la esperanza de hablar con él y no le agradaba esperar al día siguiente. La impaciencia era uno de sus defectos, le recordaba siempre su padre, y era cierto que la frustraba no conseguir lo que quería con la rapidez que deseaba.

—Le dejaré una nota, si no le importa —decidió.

Beatrice sacó el cuadernillo que siempre llevaba con ella y escribió unas líneas. En ellas le decía que había conseguido información importante sobre *Los libertarios* y que estaría toda la mañana del día siguiente en el local de la asociación, en el 38 de Dean Street, en el Soho.

—Procure que le llegue, por favor; es muy urgente —pidió al sargento.

—Descuide, señorita. La tendrá sobre su mesa cuando llegue.

Beatrice salió del edificio y comenzó a caminar de vuelta a su residencia. Había avanzado unos metros cuando escuchó una voz a su lado que preguntaba:

—Disculpe, ¿es usted la señorita Leighton?

Beatrice se giró. El joven alto y fornido, de edad similar a la de Rupert y cabello bermejo, parecía sofocado.

—Lo soy.

—Permítame que me presente. Soy Fergus Graham, ayudante del detective inspector McRae. Me encontraba en la oficina y la he visto hablar con el sargento Brigh; después he leído la nota que ha dejado. —Calló y observó la reacción de Beatrice. Le avergonzaba admitir que se había fijado en ella cuando la vio entrar y había prestado atención a la conversación. Al ver que se limitaba a mirarlo con atención y sin rastro de censura, continuó—. Si lo desea, le indicaré la

dirección del inspector. Lo que no puedo asegurarle es que lo encuentre allí.

El rostro de Beatrice se iluminó.

—Se lo agradecería mucho, inspector Graham.

—No, señorita, solo soy agente, aunque confío en llegar a inspector algún día —admitió Fergus con una risita.

—Seguro que lo conseguirá. —Beatrice le dedicó una luminosa sonrisa que tuvo el poder de ruborizar aún más el sonrojado rostro de Fergus—. Y bien...

—Sí, claro. El inspector vive en el 41 de Fitzroy Street, cerca de Regent's Park. Sé que está muy interesado en cualquier información que se relacione con ese caso.

—Gracias, agente Graham.

Beatrice se despidió del joven pelirrojo y cogió un coche de alquiler de los que aguardaban en Charing Cross. Tardó algo más de media hora en llegar a su destino. El trayecto era largo y algunas de las calles se encontraban en obras. El nuevo alcantarillado estaba llevando más tiempo del que calcularon cuando se proyectó y las quejas eran muchas. Ella lo soportaba con estoicismo. Representaba un gran avance que la ciudad agradecería en el futuro.

El número 41 de Fitzroy Street era un edificio de fachada estrecha y estilo georgiano, con planta baja y tres pisos. Beatrice bajó del coche y pagó al cochero. No le costaría encontrar uno en aquella calle, tan cercana a Fitzroy Square y a pocos metros de Regent's Park, una zona muy concurrida por los londinenses.

Llamó a la puerta, pintada con un alegre tono verde hierba, y esta se abrió casi de inmediato. La mujer menuda de mediana edad que apareció en ella le sonrió con amabilidad no exenta de curiosidad. La había visto bajar del coche de alquiler y reparó en su elegante atuendo. ¿Qué desearía una dama como ella? Dedujo que había venido a ver al señor Meynell, el abogado que ocupaba el segundo piso.

El señor McRae solo venía para dormir, y no todas las noches, y el señor Lehzen, el joven escritor que ocupaba la habitación del ático, se había marchado la semana anterior a Brighton, donde pasaría el verano. Esperaba que el aire del mar le inspirara para sus relatos, le comentó; en cambio, ella imaginaba que, como en años anteriores, acudía a la ciudad costera para estar cerca de su generosa amante, la esposa de un rico industrial, que era quien lo mantenía. Le había dado una buena propina para que cuidara a su gato durante su ausencia, algo que ella habría hecho de igual modo. Puzzy era un animalito encantador que le hacía mucha compañía y le aliviaba de la ausencia de su querido Mathias, fallecido tres años antes.

Desde la muerte de su esposo, todo había cambiado. No se quejaba. La paga que le había quedado como viuda de un sargento del cuerpo de Policía no le cubría para los gastos y para pagar el alquiler del piso en el que habían vivido, por ello tuvo que buscar un empleo. El señor McRae, que era compañero de su marido, le procuró el puesto de ama de llaves que ocupaba, en el mismo edificio en el que él vivía. La habían dejado ocupar el apartamento de la planta baja a cambio de que se encargara de cuidar y limpiar el inmueble.

—He venido a ver al inspector Ulysses McRae. Me han indicado que vive en esta dirección —dijo Beatrice.

A Rhoda le extrañó. El señor McRae no solía recibir visitas, y menos de una dama adinerada como aquella. Solo había acudido en varias ocasiones el joven agente que era su ayudante.

—Ocupa la primera planta. ¿Quiere que la anuncie? —se ofreció.

—No se moleste. Gracias.

Beatrice se encaminó a la estrecha escalera al fondo del recibidor y subió el tramo hasta el primer piso. Llamó a la puerta que daba a ese rellano y aguardó con el corazón acelerado.

Comenzaba a lamentar ese impulso que la había llevado allí. ¿Y si se encontraba con algo que no le agradaba ver? Le había dicho que no estaba casado ni prometido, pero ignoraba si tenía una amiga especial que hubiese ido a visitarle en su único día libre.

La puerta se abrió antes de que Beatrice se arrepintiera de haber tomado esa decisión y se marchara. Ulysses, con la camisa arremangada y sin corbatín, apareció en ella. El gesto de sorpresa fue tal que, si Beatrice no hubiese estado tan nerviosa, se habría reído de la situación.

—¡Señorita Leighton, ¿qué hace aquí?! —exclamó con asombro y notorio desconcierto, lo que no evitó que su pulso se acelerara al verla después de tantos días de añorar su presencia. Con la mano se retiró un mechón de cabello que le caía sobre la frente y que le aportaba una apariencia desenfadada.

Miró hacia la escalera y vio que la señora Cooke los observaba con atención, más por curiosidad que por afán de cotilleo. Sabía que no era dada a airear la vida de los inquilinos del inmueble, sobre todo porque su puesto dependía de las buenas relaciones con ellos.

—Pase, por favor —le indicó, y se hizo a un lado para facilitarle la entrada.

—Gracias, inspector.

—Siento no estar presentable. No esperaba visitas —se disculpó con nerviosismo una vez que Beatrice entró y cerró la puerta tras ellos.

—Debí esperar a mañana y no importunarle en su día de descanso, pero me parecía importante comunicarle lo que he averiguado. —No era la única razón que la había movido a actuar de forma tan precipitada. La alegría y satisfacción que le provocaba el verle de nuevo resultaban muy reveladoras.

—Tome asiento, por favor. —Le señaló uno de los dos sillones que había frente a la chimenea —. Si me disculpa...

Ulysses se dirigió hacia una habitación que tenía la puerta abierta. En ella se podía ver una cama cubierta con una manta de cuadros de tartán escoceses, junto a ella había una mesilla en la que descansaban un par de libros y una lámpara de aceite. Beatrice no quiso mostrarse indiscreta y desvió la mirada hacia la estancia en la que se encontraba, iluminada por dos grandes ventanas y a la que daban un par de puertas, una de ellas por la que Ulysses había entrado.

La sala, de regulares proporciones, tenía pocos muebles y resultaba acogedora. Una chimenea presidía una de las paredes, delante de ella había dos sillones tapizados con telas coloridas, al igual que el sofá que ocupaba el centro de la sala junto a una mesita baja. Un escritorio se situaba en el hueco entre las ventanas con una silla frente a él y varias estanterías con libros y algunos recuerdos ocupaban dos de las cuatro paredes. A la cocina se accedía a través de un hueco sin puerta. Era de pequeñas dimensiones, con unos fogones, una alacena en la que se veía la vajilla ordenada y una mesa en el centro con dos sillas. Un apartamento sencillo, propio de una persona que vivía sola y de ingresos modestos, pero muy limpio y ordenado, lo que le agradó.

Ulysses regresó a los pocos minutos. Se había puesto una chaqueta y un corbatín y llevaba el cabello oscuro peinado con pulcritud. Lucía tan correcto como siempre, aunque a ella le había agradado el aspecto que presentaba, más natural y enérgico, mostrando parte de sus fuertes brazos cubiertos por un leve vello oscuro, el mismo que divisó en la parte del torso que mostraba la abierta camisa.

—¿Le apetece tomar un té, señorita Leighton? —ofreció él.

—No se moleste, gracias. —Beatrice, que había permanecido de pie, fue hacia uno de los sillones y se sentó. Ulysses lo hizo en el otro.

—Y bien, ¿qué nuevas tiene?

—Creo que son importantes, de ahí que no haya querido demorarme en transmitirselas ni

enviarle una nota. —Se inclinó hacia delante y su voz sonó excitada—. Esta semana he estado fuera de la ciudad, en Greenwell Farm, y he aprovechado para visitar a mi hermano que estudia en el Exeter College de Oxford. Le comenté la existencia del grupo al que Sidney pertenecía y le pedí que averiguara algo sobre él. Pensé que, al ser un miembro de la comunidad universitaria, tendría facilidad para indagar entre profesores y compañeros. —Había falseado un tanto la explicación para no levantar las suspicacias de Ulysses y que la tachase de imprudente al entrometerse en una investigación.

—¿Y ha conseguido alguna información? —preguntó él con prudencia. No le agradaba que se comprometiera de esa forma. Su padre le había advertido y él no quería tener problemas con los Leighton ni que ella los tuviera con su familia.

—No le ha resultado fácil debido a la reserva que impera entre los miembros de la comunidad educativa, en especial en los profesores, pero sí ha conseguido algunos datos que, a mi entender, son interesantes.

Beatrice le hizo un detallado resumen de lo que Rupert le había contado, las reuniones en el estudio de Oliver fuera del campus, los excesos con la bebida y el opio, la muerte de Grace y la repentina marcha de sus familiares. Omitió la posible relación de Sidney y el resto los de integrantes con la joven modelo, aunque él estaría sacando sus propias conclusiones a tenor del ambiente de excesos que parecía rodear al grupo de estudiantes.

Capítulo 17

—¿El sexto miembro al que se referían era Grace Burton, la modelo del pintor? —preguntó Ulysses en tono dudoso tras escuchar con atención la explicación de Beatrice sobre las pesquisas de su hermano entre la comunidad educativa de Oxford.

—Eso parece. La joven era la modelo de Oliver y su amante. Según le comentaron a Rupert, pasaba la mayor parte del tiempo en el estudio. Debían considerarla como un miembro más del grupo, de ahí que se refirieran a los seis, y no a los cinco integrantes masculinos que eran los habituales.

—¿Su prometido nunca le habló de esa joven?

Beatrice esperaba esa pregunta y sintió una punzada de dolor al comprender las razones por las que Sidney lo había ocultado.

—No lo hizo, inspector, ni del resto de los nombres.

Ulysses advirtió un rastro de congoja en su voz y pensó que no le estaba contando todo lo que sabía. Esperaba que no fuera determinante para la investigación.

—Indagaré sobre la familia Burton. Si la muerte de la joven se produjo en circunstancias sospechosas, justificaría esa especie de deserción por parte de algunos de los miembros del grupo, ya fuese por temor a la justicia, si estaban implicados, como a las represalias de los familiares. —Ulysses observó a Beatrice, que mantenía la mirada fija en la negra pared de la chimenea—. ¿Entiende que su prometido pueda encontrarse en un aprieto, y no me refiero al peligro de muerte que parece cernirse sobre ellos?

—Entiendo que pudo tener algo que ver en esa muerte; por ello le pido que llegue al fondo de la verdad y no me la oculte, sea cual sea.

—Así lo haré —afirmó Ulysses. A la vista de las nuevas revelaciones, no creía que fuese de su agrado lo que acabara descubriendo.

—Y usted, ¿ha averiguado algo importante durante estos días? —preguntó esperanzada.

—Sí, y no son buenas noticias.

El rostro de Beatrice acusó ese nuevo golpe, que a él no le pasó desapercibido. Le agradaba que no intentase ocultar sus emociones.

—Dígame.

—Se trata de William Saunders. Su padre nos comunicó que había fallecido hace más de un año.

—¿Cómo? —preguntó con alarma.

—Al abandonar sus estudios en Oxford se alistó en el ejército. Parece que sufrió algún tipo de accidente y murió de resultas de esas heridas.

—¿Está seguro de que no fue asesinado?

—He pedido su expediente, por si aparece algo extraño.

—Y de O’Kelly, ¿ha sabido algo?

—Que su nombre es Cillian y su padre es párroco anglicano en Lisburn, una población irlandesa. Estamos a la espera de que la policía de Belfast nos envíe la información que le hemos solicitado. Cuando sepamos dónde podemos encontrar a O’Kelly, le interrogaremos y le advertiremos sobre el peligro que corre.

—Me gustaría acompañarle cuando vaya a verle, si es que se encuentra cerca de Londres. Deseo hacerle algunas preguntas —propuso. Las mejillas se le enrojecieron y bajó la mirada a

sus manos.

Ulysses comprendía el interés por hablar con el compañero de su prometido y tuvo que hacer un esfuerzo para no ceder. Tenía que mostrarse firme en su decisión.

—No puedo permitir que continúe involucrándose en la investigación, señorita Leighton. Le agradezco la ayuda que me ha prestado; sin embargo, a partir de ahora debe mantenerse al margen.

—No puedo quedarme al margen, inspector; es algo que me atañe —protestó con disgusto.

—La tendré informada por las vías usuales, como le he prometido.

Beatrice comprendió a qué se debía esa actitud.

—Estoy al tanto de que mi padre ha hablado con usted. ¿Le ha amenazado de alguna manera?

—Su padre tenía el poder de influir en sus superiores para que lo despidieran y él dependía de ese trabajo para vivir. Estaba siendo egoísta.

—No lo ha hecho, solo me ha pedido que no la implique más en la investigación.

—En ese caso, me decepciona. No le tenía por un cobarde.

Ulysses inspiró con fuerza. No iba a tener en cuenta esas palabras, fruto de la desilusión que sentía.

—Lamento que tenga tan pobre opinión de mí, señorita Leighton. He accedido a la petición de su padre porque estoy de acuerdo con él, y no solo porque me lo haya pedido. La investigación se está tornando peligrosa y no puedo permitir que corra ningún riesgo, entre los que se incluye el mancillar su reputación; algo que debería preocuparla. No la beneficia que la vean en compañía de una persona que no es de su clase social, y menos con la profesión que tengo. Debería entenderlo.

Beatrice se puso de pie con rapidez y se encaró con Ulysses.

—No decida por mí lo que me conviene, inspector. Tanto mis padres como usted piensan que soy una irresponsable y no es así —protestó con calor. Tenía el rostro arrojado por la indignación, y no solo porque se veía apartada. Si ya no continuaban colaborando, no tendría la oportunidad de verle con frecuencia, y esa era una idea que le costaba aceptar.

Ulysses, que se había levantado cuando ella lo hizo, se mantuvo sereno.

—No creo ni por un momento que sea una irresponsable, señorita Leighton, ni tengo derecho a imponerle mi criterio. Lo que debe entender es que está en riesgo su reputación, cuando no su vida. Su padre actúa de forma sensata y lo único que desea es protegerla, al igual que yo —dijo con sinceridad. Si Beatrice no hubiese estado tan ofuscada, habría descubierto en su voz y en su mirada la sinceridad que esas palabras albergaban y los sentimientos que le movían a expresarlas, porque él no era capaz de ocultarlos.

—Tengo edad suficiente para tomar mis propias decisiones y para cuidar de mí misma. Me subleva que mis padres lo sigan poniendo en duda —se lamentó con pesar.

Beatrice se acercó a la chimenea. Estaba avergonzada de su reacción y necesitaba recomponerse antes de enfrentarse a la mirada de él, que imaginaba censuradora.

—No lo pongo en duda. La considero una mujer inteligente y audaz, pero mientras esté bajo la tutoría de su padre, debe obedecerle. —Ulysses se mantuvo firme por mucho que le afligiera no continuar disfrutando de su compañía.

A Beatrice le pareció advertir una entonación desolada en aquella voz que sonó a su espalda. Lo descartó. Él debía de estar deseando librarse de su presencia y su continua intromisión.

—Disculpe mi desafortunada reacción, por favor —dijo avergonzada, e intentó recuperar la compostura una vez superado el arrebato de frustración. No era una niña para coger una rabieta cuando le negaban un capricho—. Me sublevan ciertas actitudes, como el excesivo afán protector

hacia las mujeres, que deriva en falta de libertad, tanto física como intelectual. Somos marionetas en las manos de los hombres. Hasta que nos casamos dependemos del padre o de los hermanos para todo tipo de decisiones, y del marido una vez casadas. Solo las viudas se pueden permitir algún tipo de libertad; ¿no le parece triste, inspector? —Su voz rebosaba impotencia mezclada con amargura.

Ulysses se acercó a ella. Sus palabras le habían afectado, así como la tristeza que las envolvía. La rigidez de las normas sociales era un lastre para las mujeres, algo con lo que no estaba de acuerdo. Le habría gustado abrazarla y reconfortarla, pero se limitó a quedarse a su lado.

Beatrice lo sintió cerca y cerró los ojos. Por unos instantes imaginó que se abandonaba en sus brazos y él la acogía en ellos con gusto. Sabía que era una tonta ensoñación, algo irrealizable porque él no sentía ningún tipo de apego hacia ella.

Para superar el momento de debilidad, posó la mirada en dos fotografías expuestas en sendos marcos de madera sobre la repisa de la chimenea. En una aparecía un anciano de pelo plateado y barba canosa. Su mirada detrás de unas lentes de marco dorado no había perdido la viveza.

La otra fotografía era de una mujer madura. Estaba coloreada y se apreciaba el tono cobrizo de su cabello, peinado en un favorecedor recogido que dejaba rizos sueltos. En su rostro, de bellos rasgos, destacaban los ojos, grandes y de tono claro. Unos altos pómulos y una boca de labios generosos y dibujados completaban el conjunto. Intuyó que era un familiar del inspector, su madre o hermana mayor. Llevaba un elegante vestido en todo dorado, que destacaba la blancura de su piel. Estaba sentada y sobre su regazo descansaba un ejemplar de la *Odisea* de Homero.

—Son mi madre y mi abuelo —dijo Ulysses.

—Su madre es muy bella.

—Era. Murió hace ocho años. Mi abuelo hace dos.

—¿Y su padre?

Ulysses tardó unos segundos en contestar, los suficientes para que ella pensara que no lo iba a hacer.

—Lo siento. Pensaré que soy una fisgona. Olvide lo que le he preguntado —se apresuró a decir.

—No importa, señorita Leighton, no guardo ningún secreto. —Sonrió con cinismo. Muchas personas estaban al tanto de la sórdida historia de su nacimiento y no le importaba, ni que algunos lo aprovecharan para menospreciarle.

Cogió el retrato de su madre con suma delicadeza, como si lo acariciara, y lo miró con reverencia.

—Mi madre tuvo una relación con mi padre y me tuvo a mí. Nunca se casó y, entre ella y mi abuelo, me criaron —se sinceró. No se arrepentía de haberse sincerado. Ella le transmitía confianza. Sabía que no iba a juzgar a su madre.

Beatrice se abstuvo de preguntar quién era el padre. Advertía en él el esfuerzo que hacía al hablar sobre sus orígenes y le apreció más por ello.

—Una mujer valiente.

—Sí que lo fue. —Ulysses dejó el retrato en la repisa y cogió el otro—. Mi abuelo era dueño de una librería en Edimburgo. Un gran bibliófilo. —El brillo admirativo que desprendían sus pupilas mientras miraba la fotografía delataban el orgullo que sentía por el anciano librero.

—No conozco Edimburgo. Me han contado que es una ciudad preciosa. ¿Suele ir con frecuencia por allí?

—Desde que ambos fallecieron voy una o dos veces al año. Aún conservo amistades allí.

—¿Lleva el nombre de Ulysses por la obra que tiene su madre en las manos? —preguntó Beatrice. Desde que lo escuchó, le había llamado la atención aquel nombre tan poco común.

—Era una de sus favoritas. —La razón era más compleja y albergaba un trasfondo sentimental que le avergonzaba reconocer ante ella.

—Creo que es un nombre muy adecuado para usted —comentó ella con una sonrisa. Y no mentía. Le veía como un héroe en continua búsqueda de la verdad, valeroso e inteligente.

Beatrice lo miró y contuvo la respiración. Sus ojos se habían convertido en una hoguera brillante mientras la contemplaban, dejando entrever poderosos sentimientos. Como atraída por un gran imán, inició un leve movimiento de acercamiento, prendida de aquellas pupilas de fuego.

Ulysses se mantuvo firme. No podía dejarse llevar por el hechizo del momento por mucho que deseara sentir el calor del cuerpo de ella y degustar el sabor de su boca. Apartó la mirada y depositó sobre la repisa de la chimenea el retrato de su abuelo.

Beatrice reaccionó. Confusa y avergonzada, bajó la cabeza y se encaminó hacia la puerta de salida de forma apresurada.

—Creo... que debería marcharme.

Ulysses la siguió.

—¿Cómo puedo ponerme en contacto con usted para enviarle la información que vaya recabando? —preguntó él con la voz alterada. Le había dado su palabra de que la tendría al tanto de lo que descubriera y pensaba cumplirla.

Beatrice supuso que no quería enviarle una nota a su casa para evitar conflictos con su padre.

—Cuando no estoy fuera de Londres, suelo pasar las mañanas en el Soho, en el 38 de Dean Street; allí tiene su hogar la asociación filantrópica con la que colaboro. Puede enviarme una nota a esa dirección o hacerme una visita.

—El 38 de Dean Street —repitió Ulysses—. Así lo haré, señorita Leighton.

Antes de abandonar el apartamento, Beatrice se giró hacia él.

—¿Puedo pedirle un favor?

—Desde luego.

—Me agradecería que se dejase de tanto formalismo y me llamase por mi nombre. Al fin y al cabo, hemos sido compañeros de pesquisas por unos días.

—Será un placer hacerlo, Beatrice —dijo con un esbozo de sonrisa.

Ella sintió un inusitado calor interno al escuchar su nombre con aquella voz grave y pausada. Le gustaba cómo sonaba.

—Gracias, Ulysses.

Ulysses continuó sonriendo aun después de que la puerta se cerrase tras ella. Hasta que se recriminó con rudeza. ¿Qué estaba haciendo? Esa mujer no era para él, y no solo porque estuviese comprometida. Ni siendo libre podría aspirar a ella. Mejor que se la fuese sacando de la cabeza y atendiera a su trabajo.

Cogió una bolsa de viaje, la llenó con lo indispensable para un par de días y se marchó. Quería coger el primer tren que partiera para Oxford e investigar todo lo que Beatrice le había contado.

Capítulo 18

Ulysses llegó a Oxford pasadas las cinco de la tarde. No estaba del mejor humor después de cuatro horas en un vagón de segunda clase, incómodo y ruidoso, y de un par de trasbordos en estaciones de tránsito. Se arrepintió de haber cogido esa línea, la Oxford, Worcester and Wolverhampton Railway, y no la London and North Western Railway, que ya conocía de cuando iba a Edimburgo. Sus vagones tenían una altura en la que podía estar sentado sin agachar la cabeza.

Baqueteado por el largo e incómodo viaje y decidido a terminar con la investigación lo antes posible, lo primero que hizo fue dirigirse a El Cisne Negro, la taberna que Beatrice le había indicado. Como solo había comido un par de empanadas desde el ligero desayuno, aprovechó para tomar una cena temprana.

—¿No está John Burton? Me gustaría saludarle. Hace más de cuatro años que no le veo —dijo Ulysses cuando el tabernero le trajo el plato de estofado de cordero que había pedido.

—Él ya no es el propietario de la taberna, señor. Yo soy su primo, Sam Burton. Me la traspasó cuando se mudaron a Manchester. Ahora la llevamos mi mujer y yo —le explicó el hombretón de sonrisa franca.

—Siento oír eso. ¿Y su hija Grace? ¿Sabe si está por aquí o se marchó con su familia? Me gustaría volver a verla.

El tabernero hizo un gesto de pesar.

—La joven murió hace tiempo, señor, poco antes de que su familia decidiera marcharse. Pienso que esa fue la causa de que decidieran abandonar la ciudad. Imagino que les traía malos recuerdos este lugar.

—Vaya. No sabe cuánto me apena saberlo. ¿Y de qué murió? ¿Estaba enferma? Recuerdo que era una joven muy saludable.

—Parece que cogió unas fiebres.

Ulysses observó cierta contención en el hombre. Era prudente y no quería divulgar habladurías, que nunca beneficiaban a negocios como aquel.

—¿Qué triste! ¿Sabría dónde puedo encontrar a la familia Burton?

—No tengo su dirección. Solo sé que John me dijo que iban a Manchester y que buscaría trabajo en alguna fábrica.

—¿Conoce a alguien que pueda darme su paradero? Suelo ir a esa ciudad con frecuencia y me gustaría ofrecerles mis condolencias. Grace era una chica encantadora, que hacía vibrar el corazón de cualquier hombre.

El tabernero imaginó que ese viajero debió de estudiar allí y, al igual que otros muchos, quedó prendado de la hermosa joven.

—Sí que lo era. Muchos lloraron su pérdida, aparte de su familia. Timothy Jones quizá pueda darle más información. Trabajó aquí hasta que mi primo dejó la taberna.

—Eso sería estupendo. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—La última vez que supe de él trabaja en la panadería del señor Flench, al otro lado de la ciudad; de eso hace más de un año.

—Muchas gracias por la información.

Ulysses degustó con placer el sabroso estofado y se marchó. Esperaba tener más suerte con Jones. De camino a la panadería que le había indicado el tabernero, alquiló una habitación en una

posada que le pareció decente, dejó la bolsa y continuó su camino.

Pronto dio con la panadería. El dueño le indicó la dirección de Jones. Vivía en una casita a las afueras con su mujer y dos niños. Lo encontró en casa, descansando tras una jornada cuidando del pequeño huerto, que ayudaba a mantener la economía familiar con la venta en el mercado de buena parte de lo que producía.

Ulysses se presentó como un pariente lejano de los Burton que, al enterarse de la marcha de la familia y de la muerte de la hija, estaba interesado en encontrarles. Al principio, Timothy estuvo reacio a hablar, pero él sabía cómo interrogar a la gente y que le contasen lo que quería sin que se dieran cuenta.

—No estoy al tanto de lo que ocurrió, señor. Solo sé que Grace se puso enferma de repente y murió en pocas horas. El señor Burton traspasó la taberna y se marcharon menos de un mes después. —El rostro oscurecido por el sol reflejaba la pena que le causaba recordar aquellos tiempos. A sus oscuros ojos acudieron unas lágrimas, que ahuyentó con un rápido movimiento de cabeza.

—¿Sabe dónde están ahora?

—No tengo sus señas, señor, y no le puedo asegurar que estén en Manchester como dijeron.

—¿Y cómo es eso?

—Porque cuando Freddy, el hijo del sepulturero, regresó de Londres, me dijo que se había encontrado allí con Adam, el hijo de los Burton.

—¿Cuánto hace de eso?

—No sabría decirle. Freddy se marchó el año pasado después del verano. Fue a servir en un club de caballeros porque no quería trabajar de sepulturero. No debió de gustarle aquel empleo y regresó unos meses después.

—¿Dónde puedo encontrar a Freddy? Tal vez tenga alguna dirección para darme.

A Timothy le extrañó tanto interés por parte de aquel caballero en encontrar a los Burton y el parentesco al que había aducido. Debía de tener otras razones que a él no le incumbían. Tampoco le debía lealtad a John Burton, que lo había despedido sin previo aviso y sin una compensación.

—No tiene pérdida, vive en una casa junto al cementerio.

—Gracias por la información.

Ulysses se marchó pensativo. Allí nadie parecía saber nada o no querían hablar. Al menos, tenía otro hilo del que tirar.

Cuando había avanzado un buen trecho escuchó que le llamaban. Se giró y vio que caminaba en su dirección una mujer. En cuanto estuvo más cerca reconoció la figura rolliza de la esposa de Timothy Jones.

—Disculpe, señor, no quería hablar delante de mi marido para evitar disgustos. Él era muy amigo de Adam Burton desde pequeños. Además, estaba embelesado con Grace y no quiere creer lo que se dice de ella; yo sí lo creo —se justificó la mujer.

—¿Y qué me puede contar, señora Jones?

—Nada bueno. No digo que se mereciera lo que le ocurrió, pero lo estaba buscando desde que comenzó a frecuentar el estudio del pintor y reunirse con sus amigos. Muchos conocían lo que pasaba en aquel lugar, incluso sus padres, y no hicieron nada. Hasta creo que la alentaron. Esperarían que alguno de esos estudiantes ricos acabara encaprichándose de ella y la hiciera su esposa. Eran unos ilusos; eso nunca iba a ocurrir. También sacaban un buen dinero vendiendo a la hija.

—¿Qué ocurría en ese lugar? —la alentó. Intuía que iba a enterarse de más detalles de los que Beatrice le había contado y que, probablemente, se había callado. La cuestión era si lo había

hecho por vergüenza o por proteger a su prometido.

—Fiestas con vicios poco sanos. Hasta se comentó que practicaban ritos oscuros —dijo bajando la voz—. No lo creí, claro. Lo que sí había era mucho libertinaje. Por eso no debía de estar segura de quién era el padre cuando se quedó preñada y no pudo exigirle que la mantuviera. Ninguno quiso cargar con aquel problema y ella se tuvo que deshacer del bebé.

—¿Se quedó en cinta y abortó?

—Así es. Yo la vi un par de semanas antes de que muriera, una mañana que fui a buscar a Timothy. Estaba vomitando y su madre la regañaba diciéndole que debió tener más cuidado y evitar el embarazo. Y Jane, la herborista, me comentó que le había vendido hojas de ruda. Es lo que se suele tomar para desprenderse del problema y suele dar buenos resultados. No sé si funcionó o recurrió a otros métodos, ya me entiende. Su familia dijo que la causa de la muerte habían sido unas fiebres repentinas, pero se comentó que estaba muy blanca cuando murió, como si hubiese perdido toda la sangre del cuerpo, y eso no lo provocan unas fiebres, ¿no cree? —reveló en tono conspirativo.

Ulysses no contestó. Tenía la impresión de que la señora Jones le guardaba gran inquina a la joven Grace y no perdía la ocasión de vilipendiarla; aun así, no creía que estuviera mintiendo. Tendría que comprobarlo.

—Pocos días después del entierro, los Burton dijeron que se marchaban —continuó la mujer con entusiasmo ante el interés que su interlocutor mostraba—. No sé de dónde sacaron el dinero para pagar las deudas que tenían, que eran muchas, y comprar los billetes de tren. Yo creo que alguien les pagó para que callaran; los mismos con los que se juntaba Grace o sus familias ricas. Ellos no volvieron a juntarse en el estudio y las fiestas se acabaron.

—¿Sabe dónde fue la familia?

—Dijeron que iban a Manchester, a trabajar en las fábricas de algodón. No lo creo. Deben de estar dándose a la buena vida con el dinero que obtuvieron para acallar el escándalo. Pregunte a Freddy, como mi marido le ha dicho. Él y el hijo de los Burton eran amigos y puede que le contara algo cuando lo encontró en Londres.

—Eso haré. Muchas gracias por la información, señora Jones.

Ulysses siguió su camino hacia el cementerio con una nueva idea rondando su cabeza. ¿Y si Grace Burton había muerto de resultas de un aborto mal practicado y su familia responsabilizó a los estudiantes con los que confraternizaba? Tenía un hermano que podía encontrarse en Londres en las fechas que murieron Palmieri y Furlong, o el padre de la chica. Si estaban cobrando dinero a los implicados y ellos se negaron a seguir pagando, querían vengarse.

Llegó al cementerio cuando las sombras de la noche habían sustituido a la claridad del día y el ambiente le resultó sobrecogedor. La casita del sepulturero se encontraba pegada a los muros de piedra que cerraban el fúnebre recinto. Había una luz encendida, la única que brillaba en los alrededores, y Ulysses llamó a la puerta. Abrió un hombre encorvado de cabello canoso y barba descuidada.

—No se permite la entrada al camposanto a estas horas, señor —dijo y fue a cerrar.

Ulysses sujetó la puerta con fuerza.

—Soy el detective inspector Ulysses McRae y quiero hablar con su hijo Freddy; ¿está aquí?

El hombre mostró una visible agitación. «¿En qué lío se habrá metido este zoquete?», dijo para sí. Se retiró un tanto y le dio paso a Ulysses.

—Espere, voy a avisarle.

Ulysses entró en una pequeña sala que hacía las veces de comedor. Estaba desordenada y le faltaba una buena limpieza. Al poco escuchó pasos y un joven de aspecto desaliñado apareció en

ella. En la expresión temerosa de su rostro, Ulysses intuyó que no era trigo limpio y pensaba que había venido a detenerle. El padre entró detrás de él.

—Aquí lo tiene. ¿Qué quiere de él? —demandó el sepulturero en tono beligerante. Aunque le daba muchos quebraderos de cabeza, intentaría sacarlo del atolladero como en las anteriores ocasiones. No iba a permitir que lo metieran en la cárcel. Tras la muerte de su esposa y de su hijo mayor, era lo único que le quedaba.

—Solo hacerle algunas preguntas. Si quedo satisfecho, no volveré a molestarles —les tranquilizó.

—Usted dirá, inspector —ofreció Freddy, cuyo rostro había perdido parte de la alarma que antes mostraba.

—Me han comentado que estuviste en Londres hace unos meses y que allí viste a Adam Burton.

—Me lo encontré por casualidad. No sabía que estaba en la ciudad. Lo hacía en Manchester, donde dijo que iba cuando se marchó.

—¿Vivía allí con su familia?

—No, solo él. Acababa de trasladarse, después de que su madre muriera. Su padre se embarcó hacia América poco después de abandonar Oxford.

—¿Dónde estuvo antes de llegar a Londres?

—Cuando abandonaron esta ciudad, se trasladaron a Manchester donde su madre y él encontraron trabajo en una fábrica. Como a Adam no le gustaba, se alistó en el ejército y lo destinaron a algún lugar de Irlanda. Estuvo varios años hasta que lo dejó el otoño pasado. Según me comentó, destinaban a su regimiento a la India y él no quería dejar a su madre sola. Ella seguía viviendo en Manchester y estaba enferma. Al morir, decidió probar suerte en Londres.

—¿Te indicó donde vivía y a qué se dedicaba?

—Me dijo que había alquilado una habitación en Bermondsey y sobrevivía haciendo trabajos varios. No especificó y yo no quise preguntar. Le propuse quedar al día siguiente para charlar con tranquilidad y tomar unas cervezas y no mostró interés. Sacó la excusa de que estaba muy ocupado. No volví a verlo.

—¿Cuándo fue ese encuentro?

—No recuerdo la fecha exacta, inspector. A mediados de diciembre, calculo. Le comenté que en una semana regresaba a casa y para Navidad ya estaba aquí. Siento no ser más preciso. —Temía que no hubiese quedado satisfecho.

—Gracias por la información. Me será de ayuda.

Ulysses se marchó hacia la posada en la que había dejado su bolsa y donde pasaría la noche. Estaba convencido de que había descubierto al asesino, ahora tenía que dar con él. Al día siguiente acudiría a la comisaría y pediría ver el expediente de la muerte de Grace Burton, si lo había, o intentaría conseguir información sobre las causas de su fallecimiento del médico que la atendió para confirmar que se había tratado de un aborto y, si era posible, quién se lo había practicado. Consideró que era una pérdida de tiempo interrogar a alumnos y profesores sobre *Los libertarios*. Ya lo había hecho el hermano de Beatrice y con buenos resultados.

Se preguntaba si ella estaba al tanto del ambiente de desenfreno que imperaba entre el grupo de alumnos y en el que Willmott debía participar. Si lo ignoraba, no le agradaría enterarse de las andanzas del hombre con el que iba a casarse, aunque apostaba que ya lo sabía. Cuando había venido a verlo esa mañana le pareció que ocultaba algo que la preocupaba o la afligía. ¿Por qué lo había hecho? Debió de imaginar que él lo averiguaría. ¿Le avergonzaba admitirlo o intentaba protegerlo?

Capítulo 19

A primera hora de la mañana siguiente, Ulysses acudió a la comisaría de Oxford y se presentó al sargento de guardia, que le remitió al único inspector con el que contaba aquella pequeña oficina policial.

El detective inspector James Wilding era un hombre de edad similar a la de Ulysses, delgado y de mediana estatura. Su cabeza estaba casi desprovista de cabello, carencia que intentaba suplir con una poblada barba y bigote. Sus pequeños ojos oscuros brillaban inteligentes y le miraron con respeto. Hasta allí habían llegado las noticias del caso Cobbett, que Ulysses había resuelto de forma brillante al atrapar al responsable de la muerte de la dama en pocas semanas, con lo que libró a la ciudad de un sanguinario asesino.

Después de diez años como agente patrullando las calles de Oxford, lo habían ascendido a inspector al jubilarse su antecesor dos años antes. Él aspiraba a trabajar en Londres e involucrarse en casos tan interesantes como los que resolvía el hombre que tenía delante. En aquella tranquila ciudad no había nada digno de mencionar y los mayores problemas que se presentaban eran robos de poca envergadura, algunas peleas entre los estudiantes cuando se encontraban fuera de los recintos de sus *colleges* y habían tomado unas cervezas de más o rencillas entre vecinos por los lindes de las tierras; nada de importancia que estimulara su ingenio.

—Lo siento, inspector McRae. No puedo facilitarle el informe porque no se llegó a hacer ninguno —dijo con pesar cuando Ulysses le solicitó el expediente de Grace Burton—. Según el doctor Davis, que atendió a la difunta, su muerte se debió a unas fiebres que la consumieron.

Lo recordaba bien porque por esas fechas era el ayudante del inspector Burnaby, y no se realizaron ningún tipo de diligencias pese al repentino fallecimiento. Todos lamentaron la muerte de Grace y se compadecieron del pesar de la familia, muy conocida y apreciada porque regentaba una taberna muy popular en la ciudad. Después se escucharon algunos comentarios, que él decidió ignorar para no mancillar el nombre de la bella joven.

—De todas formas, le acompañaré a su consulta por si desea interrogarle; ya sabe que aquí no tiene jurisdicción —añadió.

—Se lo agradecería. Tengo sospechas de que la muerte tuvo que ver con un nefasto aborto que la familia intentó ocultar.

Wilding no ocultó su extrañeza.

—¿Ha llegado a esa conclusión por los informes que pidió sobre la fraternidad de estudiantes del Corpus Christi College? —El instinto del inspector se puso alerta, si bien no le había enviado nada que hiciera sospecharlo.

—Ha sido una información confidencial que me llegó después, de un estudiante que indagó entre alumnos que estudiaron con los miembros de ese grupo, con el que Grace Burton tenía una estrecha relación.

—Suerte tuvo. Como le indiqué en el informe, en la institución educativa son reacios a facilitar información y muy herméticos en cuanto a sus tratos sucios. Suelen ocultarlos y solo en casos extremos piden ayuda a la policía. Si algo extraño ocurría con esos u otros estudiantes, debieron de silenciarlo. Los alumnos no facilitan información a la policía, presionados por profesores y un mal entendido corporativismo; entre ellos hablan con mayor libertad —se justificó.

La visita al doctor Davis fue productiva. Después de una contundente presión por parte de Ulysses, respaldado por Wilding, el médico, ya un anciano a punto de jubilarse, relató con todo lujo de detalles lo que había ocurrido cuando atendió la llamada de John Burton aquel 28 de enero de cuatro años antes.

—Grace Burton estaba tendida en el lecho. Al examinarla aprecié que le habían practicado un aborto con tan mal acierto que debió de seccionar algún vaso importante y provocarle una hemorragia interna. La madre había intentado detenerla sin éxito y la joven estaba moribunda. No pude hacer nada, había perdido demasiada sangre y el desgarro interno no se podía reparar. Solo pude certificar su muerte, que ocurrió en menos de una hora —se lamentó.

—¿Sabe quién le practicó la intervención? —preguntó Ulysses.

Davis negó con un gesto. Ulysses pensó que, de saberlo, no iba a decirlo después de tanto tiempo, y cambió de táctica.

—¿Recuerda quién estaba en casa de los Burton ese día?

—Aparte de la familia, había tres jóvenes cuando yo llegué. Parecían muy afectados. No supe sus nombres. Por el aspecto, debían de ser estudiantes en alguno de los *colleges*.

—¿Por qué no puso los hechos en conocimiento de la policía? El provocar abortos es ilegal y, cuando dan resultado de muerte, puede llevar al autor a la cárcel —le recriminó el inspector Wilding.

El doctor Davis se irguió y miró a ambos inspectores con valentía. La ocultación de aquellos hechos continuaba pesándole en la conciencia y asumiría las consecuencias de sus actos. Lo único que le aliviaba era creer que había hecho una buena acción.

—Le dije a Burton que debía informar del suceso y señalar a la persona que lo había practicado. La señora Burton quiso hablar, y su marido la silenció. Dijo que ellos no sabían que estaba encinta y a quién había acudido para que pusiera fin a ese embarazo. Me pidió el favor de ocultar tan vergonzosa acción, que perseguiría a la familia para siempre y, como no se iba a detener al culpable y la joven había muerto, me pareció una obra de caridad cristiana no mancillar su nombre y ahorrarle a los Burton esa mácula. Creo que obré en justicia.

Los padres de Grace sabían mucho más de lo que admitieron ante el doctor, se dijo Ulysses, pero vieron la forma de sacar tajada de ello y la aprovecharon. Miró a Wilding y, de mutuo acuerdo, optaron por solapar ese asunto. De nada valía arruinar la reputación del médico, sobre todo si la familia no lo había denunciado en su momento. Como bien decía, la joven estaba muerta y hurgar en ese tema no iba a procurarles ningún beneficio.

La declaración del médico había plantado en Ulysses una sospecha. Oliver Furlong estudiaba Medicina y bien podía haber sido el causante de aquella intervención con funesto resultado. Él debía de ser uno de los jóvenes que se hallaban en la casa cuando Davis llegó; ¿quiénes eran los otros?

—Está bien, doctor; si no es necesario, nada se removerá —le aseguró el inspector Wilding.

El rostro de Davis mostró un manifiesto alivio.

—¿Sabe por qué abandonó la familia Burton esta ciudad, doctor? Fue algo precipitado, según me han dicho —indagó Ulysses.

—La muerte de su hija les afectó mucho. Este lugar les recordaba a ella y decidieron marcharse.

La misma explicación que daba la mayoría. Ulysses, al igual que la esposa de Timothy Jones, sospechaba que les habían pagado para encubrir la implicación de los estudiantes y se habían marchado para disfrutar de las ganancias sin levantar sospechas.

Como ya no le quedaba nada que hacer allí, Ulysses decidió regresar a Londres en el primer

tren que saliera de Oxford. Le indicó al inspector Wilding que le telegrafiara si tenía alguna información sobre el paradero de alguno de los Burton.

Después de un almuerzo rápido en una fonda cercana a la estación, subió al tren con destino a Londres. Durante el trayecto, algo más prolongado al tomar la línea más cómoda y larga, repasó lo que había descubierto. Siempre llevaba una libreta en el bolsillo donde anotaba datos y pensamientos y que le servía para ordenar las ideas.

Estaba contento. Había conseguido valiosa información que le ponía sobre una importante pista: los motivos para asesinar a Palmieri y Furlong. En cuanto a la mano que perpetró las muertes, todo apuntaba a que era el hermano o el padre de Grace en su deseo de vengar la muerte y resarcir la ofensa que les habían causado. Ahora solo tenía que dar con ellos y hacerles confesar.

Esperaba que hubiera llegado la información de la policía de Belfast. Tenía que hablar con Cillian O'Kelly, uno de los dos que quedaban vivos del grupo *Los libertarios*, para escuchar su versión de lo sucedido con la joven muerta, si es que él podía aportar algún dato.

Ulysses llegó a Londres a última hora de la tarde y fue directo a Whitehall Place.

—No esperaba su regreso hasta mañana, señor —dijo Fergus, sorprendido de verle.

—No me quedaba nada más que hacer allí.

—¿Ha conseguido la información que buscaba?

—La suficiente para continuar la investigación —respondió, y le hizo un amplio resumen de lo que había averiguado.

Fergus fue tomando notas con las que elaboraría un informe que añadiría al expediente de ese caso, cada vez más complicado.

—¿Ha llegado alguna información sobre O'Kelly? —le preguntó Ulysses.

Fergus se alegró de tener buenas nuevas que darle.

—Hace un par de horas llegó un telegrama. Los agentes enviados a Lisburn preguntaron al reverendo y él les dio la última dirección conocida de su hijo, la iglesia de St. John en Bethnal Green, en la esquina de Cambridge Road con Green Street. —Fergus le alargó la hoja que tenía sobre la mesa.

—¿Es sacerdote?

—Eso parece. ¿Quiere que vaya a comprobarlo?

Ulysses miró la hora en el reloj de bolsillo heredado de su abuelo, como otras muchas cosas, y al que tenía un gran cariño. Calculó que tardaría casi una hora en llegar; demasiado tarde para importunarle en caso de encontrarlo allí. Pero le urgía interrogarle y advertirle de que un asesino sediento de venganza andaba suelto. Si quería matarle, unas horas resultarían cruciales para salvarle la vida.

—Iré yo. Si no le encuentro allí, mañana probaré suerte a primera hora. La prioridad es encontrar a los Burton. Quiero que comience la búsqueda del padre y del hijo. No podemos descartar a ninguno como probable asesino.

—¿Por dónde quiere que empiece?

—Tiene que comprobar que se encuentra fuera del país. Me han informado que John Burton se embarcó hacia América. Tendrá que indagar en el registro de la aduana americana de febrero a abril de 1858. Como puede que no atiendan su petición, con lo revuelto que está el país, puede revisar las listas del pasaje de alguno de los barcos que partieron para aquel país entre dichas fechas.

Fergus resopló.

—Un arduo trabajo. Le diré a Ramsay que le ayude. En cuanto al hijo, un conocido lo vio en Londres en diciembre pasado; puede que continúe aquí y hay que encontrarle. Pregunte en las comisarías del sur del río por si saben algo de él. Se mueve por esas zonas. Es probable que lo hayan detenido en alguna ocasión. Si es así, que le den la descripción y con ella enviaremos una nota a todas las comisarías de la ciudad para que estén alerta.

—De acuerdo, señor —aceptó Fergus resignado.

—Espero que O’Kelly me facilite más información, de momento hay que comenzar por ahí. Yo me encargaré de obtener el expediente militar de Adam Burton por si nos aporta alguna información que ayude a dar con él.

Si había servido en el ejército, era probable que alguien de su regimiento le facilitara su dirección actual o supiera darle algunas señas por las que comenzar a buscarle. Si lo solicitaba a los estamentos militares, tardarían días o incluso semanas en llegar, por eso pensaba tomar un atajo. Sabía que Gideon Knight, compañero durante su periodo militar y recientemente ascendido a mayor, estaba destinado en la Oficina de Guerra, que había trasladado su ubicación a Cumberland House. Él podía facilitárselo sin necesidad de solicitarlo por las vías legales.

—Eso será mañana, Graham. Márchese, que es tarde —sugirió al observar el cansancio en el rostro del joven agente.

El chico lo agradeció. Aún llegaba a tiempo de tomarse unas pintas con algunos compañeros en El León Rojo, la taberna junto al puente de Westminster donde algunos compañeros se solían reunir tras el trabajo.

Capítulo 20

Ulysses acabó de redactar el informe de la investigación en Oxford y se marchó poco después que su ayudante. Decidido a ir a Bethnal Green, cogió un cabriolé en la cercana Charing Cross para no perder tiempo esperando el ómnibus. Aun así, tardó más de media hora en llegar a su destino, en una de las zonas humildes de la ciudad, donde la pobreza era la seña de identidad de la mayoría de sus habitantes.

Ya había oscurecido cuando bajó del *cab* y se acercó al edificio de ladrillo pardo y frontal clásico de la iglesia de St. John. Debía de ser una construcción reciente por el diseño. La puerta de la cancela de hierro que la circundaba estaba abierta y entró. Se acercó a la entrada principal y la encontró cerrada. Decidió mirar en la parte trasera. Allí, en una construcción adosada a la iglesia que debía de ser la casa parroquial, se filtraba una luz por la estrecha ventana.

Llamó a la puerta de madera y aguardó. A los pocos minutos, y cuando pensaba que no había nadie, esta se abrió. El hombre, de mediana estatura y ancha constitución que apareció en ella, mostraba precaución en el rostro de colorados mofletes. Iba en mangas de camisa, con el rizado cabello oscuro despeinado y varios mechones cayéndole sobre la frente.

—La iglesia está cerrada, señor —dijo con voz suave.

—Disculpe la hora. No he venido a orar. Soy el inspector Ulysses McRae y busco a Cillian O’Kelly —se presentó. Intuía que estaba hablando con la persona que había venido a buscar. El suave acento de su voz denotaba una ascendencia irlandesa y la edad que le calculó, unos veinticinco años, concordaba con la de O’Kelly.

El rostro del hombre, desprovisto de vello, se relajó al saber que era un policía. Aquella zona era peligrosa y una iglesia guardaba tesoros apetitosos para manos codiciosas, ¿o había algo más? ¿Estaba al tanto de las muertes de sus compañeros y temía por su vida?

—Yo soy Cillian O’Kelly. Pase, por favor —invitó, y se hizo a un lado para dejarle entrar.

Ulysses se introdujo en una pequeña sala que debía de hacer las veces de sacristía y vivienda. En uno de los laterales se veía un fogón y un fregadero y en el otro una cama estrecha. Otra de las paredes estaba ocupada por un armario y una gran cómoda, sobre la que se apreciaban objetos litúrgicos. En el centro de la estancia había una mesa cuadrada y cuatro sillas.

—Iba a cenar. Si le apetece acompañarme... —ofreció. Sobre la mesa había un plato con un trozo de queso, unas rebanadas de pan y un vaso que, por el color rojo oscuro, debía de contener vino.

—Gracias, no le entretendré mucho.

—Siéntese, por favor. ¿En qué puedo ayudarle?

Ulysses no había dejado de observar a su interlocutor durante todo el tiempo. El rostro carnoso, en el que destacaban unos ojos oscuros de brillo afable, nariz corta y respingona, boca pequeña y cejas perfiladas, se asemejaba al de los angelotes que adornaban las postales que se intercambiaban los enamorados. La sonrisa cordial que mostró, una vez perdida la inicial precaución, completaban ese aspecto de niño grande y bonachón.

—¿Es usted el párroco de esta iglesia?

—Solo soy diácono. Ejerce como asistente del padre Drummond hasta que llegue el momento de mi ordenación. Él es el párroco de St. John. Si se trata de algún asunto relacionado con nuestra congregación, debería hablar con él. Lo encontrará la mayoría de los días por la mañana.

—No, el tema que me trae aquí está relacionado con usted. Deseo hacerle unas preguntas.

—Dígame —le animó.

—Tengo entendido que realizó estudios de Teología en Oxford y que, durante el periodo que pasó allí, perteneció a una fraternidad de estudiantes que se hacían llamar *Los libertarios*.

Cillian mostró un gesto de sorpresa antes de asentir.

—Acabé mis estudios en el Corpus Christi College hace dos años. En cuanto a *Los libertarios*, yo no lo llamaría fraternidad. Éramos solo unos cuantos amigos que nos reuníamos de vez en cuando en el estudio de uno de ellos —respondió. Su sonrisa se ensanchó propiciada por los recuerdos.

—¿Quiénes formaban ese grupo?

—Éramos cinco alumnos, cada uno con estudios diferentes, y todos pertenecíamos al mismo *college*. Estaban Oliver Furlong, Sidney Willmott, William Saunders, Giulio Palmieri y yo.

—¿Está seguro de que no había nadie más?

—Seguro. De vez en cuando se invitaba a algún compañero al apartamento de Furlong, no de forma permanente. Si lo hubo con anterioridad, lo desconozco. Cuando me uní a ellos el grupo ya llevaba dos años formado.

—Me han comentado que había una joven —dijo Ulysses sin dejar de observar con detenimiento sus reacciones.

El diácono frunció el ceño y movió la cabeza en un gesto afirmativo.

—Debe de referirse a Grace Burton, la hija del dueño de El Cisne Negro, una taberna que solíamos frecuentar, aunque no se trataba de una estudiante. Como debe saber, en ninguno de los *colleges* admiten alumnas. Era la modelo de Oliver y visitaba mucho el apartamento. Recuerdo que tenía una voz prodigiosa y amenizaba las reuniones con canciones, entre ellas algunas de las que yo componía. —Otra sonrisa ensoñadora curvó su boca.

—¿Continuó usted en el grupo hasta acabar sus estudios?

—No. Se disolvió en 1858, cuando Oliver, Sidney y William abandonaron Oxford. Giulio y yo continuamos, pero ya no volvimos a reunirnos. No sé si él acabó ingresando en otro, había varios más por los campus.

—¿Y qué ocurrió con la señorita Burton? ¿Se marchó con Furlong?

—No. Falleció a principios de 1858.

—¿Conoce la causa de ese fallecimiento?

—De unas fiebres, dijeron. Yo me había marchado esas Navidades y no regresé hasta bien entrado febrero. Solo quedaba Giulio, que acababa de regresar de Londres y me explicó lo que le habían contado.

—¿No sabe lo que ocurrió?

Ulysses observó que dudaba en responder. Algo debía de saber y estaba valorando la conveniencia de confesarlo.

—Verá, inspector. Nunca he hecho caso de rumores ni los he propagado, por eso no le di valor a lo que se murmuraba. Fui a ver a los Burton para averiguar si había algo de verdad en ellos y se habían marchado, al igual que los tres compañeros que le he mencionado.

—¿Y qué se murmuraba?

El diácono se revolvió inquieto en su asiento. Ulysses comprendió que, siendo un hombre de Iglesia, le costaba verbalizar lo que sospechaba o sabía.

—Que había fallecido de forma violenta y no de resultas de unas fiebres.

—¿En concreto? —insistió Ulysses.

Cillian desvió la mirada y su boca se torció en un gesto de pesar.

—Decían que le habían practicado un aborto que acabó mal —admitió con reparo.

—En efecto, así fue.

—Me entristece que se confirmen esos rumores —dijo con acento pesaroso, como si hasta ese momento hubiese guardado la esperanza de que no fueran ciertos. Cerró los ojos y movió los labios en una silenciosa plegaria por el alma de la desdichada joven.

—También me han comentado que en las reuniones del grupo había mucho libertinaje y que el alcohol y el opio eran asiduos invitados.

Cillian suspiró y se intensificó el rubor de sus mejillas.

—No le han mentado, inspector. Yo no compartía esos vicios y les instaba a que los abandonaran. No se centraban en los estudios ni asistían a las clases. No me extrañó cuando casi todos los abandonaron.

—¿Quién era el padre de la criatura que Grace Burton llevaba en el vientre?

—Oliver, imagino. Ella vivía en el estudio la mayor parte del tiempo. Pregúntele a él, que es quien mejor le puede informar; o a los otros tres, que eran los habituales a las reuniones. Yo no podía permitirme faltar a las clases y acabé acudiendo poco por el estudio de Oliver. No me gustaba lo que allí ocurría y, cuando comenzaban con los excesos, me marchaba.

—No va a ser posible corroborarlo, diácono. Furlong, Saunders y Palmieri han fallecido y Willmott está ilocalizable de momento.

El orondo rostro mostró una extrema incredulidad.

—¿Fallecidos? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Ulysses le explicó de forma breve lo ocurrido y las sospechas que tenía sobre las muertes de dos de ellos, sin entrar en detalles ni afirmar que alguno de los Burton fuese el asesino, cosa que no podía hacer hasta que no tuviera pruebas concluyentes o la confesión. Lo que sí hizo fue advertirle.

No cabía duda de que la noticia le había sorprendido y, conforme Ulysses le fue transmitiendo sus sospechas de que había una mano ejecutora detrás, la expresión fue cambiando al temor. Su rostro empalideció y las sombras de las dos velas que alumbraban la estancia proyectaron tétricos claroscuros en su asustado rostro.

—¿Por qué iban a querer asesinarme si yo no tuve nada que ver en la muerte de Grace?

—Puede que no sea así. Es mejor ser precavidos. ¿Conoce a los Burton?

—Sí, a todos. Como le he comentado, solíamos ir a la taberna. La señora Burton era una gran cocinera. Sus guisos me recordaban a los de mi madre —dijo con cierta nostalgia.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a John Burton y a su hijo Adam?

—No podría precisar una fecha. No he vuelto a verles desde hace años, cuando iba por El Cisne Negro.

—Hasta que la investigación concluya y logremos dar con la persona que acabó con la vida de Furlong y con la de Palmieri, le pido que lleve cuidado y esté vigilante por si alguno de los Burton se le acerca.

—Así lo haré, inspector.

Ulysses se marchó con la sensación de que el clérigo no le había contado todo lo que sabía. Había advertido cierta contención en él, pese a su predisposición a colaborar. Era probable que, lo que ocultaba, lo hubiese escuchado en confesión y estaba obligado a guardar el secreto. Con ello entorpecía la investigación, pero no podía obligarle a revelarlo.

Capítulo 21

A la mañana siguiente, antes de dirigirse a comisaría, Ulysses se personó en Cumberland House. Sabía dónde encontrar a Knight. Unos meses antes, a raíz de otra investigación en la que se vio involucrado un oficial de alto rango, acudió al regio edificio y encontró allí a su amigo.

Le mostró la identificación al sargento que custodiaba el acceso y le indicó a quién quería ver. Este indicó a un soldado que le guiara al despacho del mayor Knight y aguardara hasta que terminara la entrevista para acompañarle a la salida, si no lo hacía otro militar. Las medidas se habían incrementado tras haberse detectado algunos fallos en la seguridad de uno de los edificios más importantes del país.

Gideon estaba revisando unos documentos cuando la puerta se abrió y dejó pasar a Ulysses. Se levantó de inmediato y fue a saludarle con una gran sonrisa en el rostro de agradables rasgos. El brillo feliz de sus ojos claros denunciaba la alegría que sentía al ver a su antiguo camarada. La alta figura vestida con el uniforme del 11.º Regimiento de Húsares resultaba imponente. Gideon siempre había sido el seductor del grupo de soldados, y no solo por su gallardía. Tenía un carácter alegre y socarrón que hacía las delicias de las damas. Su lista de conquistas era muy larga y Ulysses no entendía cómo aún no estaba casado. Algún desengaño le habría vuelto escéptico en el amor y sin ganas de atarse al matrimonio.

Ambos habían servido juntos durante cuatro años en el 3.º Regimiento de Caballería Ligera de Bengala, hasta que Ulysses fue herido en una escaramuza con nativos rebeldes. Tras la convalecencia, decidió abandonar el ejército. La herida en la pierna, que casi le costó la vida, le dejó una leve secuela que le relegaba a labores de intendencia. Como no soportaba la inactividad, decidió ingresar en la policía y el ejército perdió a un valeroso soldado.

—¿Qué te trae por aquí, detective inspector McRae? ¿Necesitas de mi gran ingenio para resolver algún caso? —dijo Gideon en tono jocoso mientras estrechaba con energía la mano que Ulysses le había tendido.

—Aún no he perdido la capacidad detectivesca, camarada, pero sí me vendría bien tu ayuda —respondió con una mueca de medio lado que solía hacer pasar por sonrisa.

Knight le indicó una butaca junto a la ventana y él se sentó en la que había al lado.

—¿Te puedo ofrecer un té o algo más fuerte? —preguntó.

—No, gracias.

—Y dime, ¿para cuándo te harán superintendente?

—En la policía los ascensos no los regalan, como en el ejército —ironizó Ulysses.

—Eso es porque no valoran los méritos como aquí —continuó en el mismo tono burlón.

—Si tú lo dices...

—Lo afirmo. Y dime, ¿en qué puedo ayudarte? —ofreció, dejando para otro momento las pullas que tanto les gustaban a ambos.

—Estoy trabajando en un caso de doble asesinato y el sospechoso fue militar. Ya sabes que si pido el expediente por las vías reglamentarias lo retrasarán durante demasiado tiempo, y nos urge encontrarlo antes de que acabe con la vida de otra persona. Si me lo facilitas, puede que hallemos algo que nos indique dónde dar con él.

—Dime el nombre de esa persona y te lo haré llegar cuando lo encuentre. ¿Sigues en la comisaría de Whitehall Place?

—Allí sígo. Se trata de Adam Burton. No sé en qué regimiento sirvió. Estuvo algún tiempo

destinado en Irlanda y abandonó el servicio en otoño del 1861, antes de que enviaran a su regimiento a la India; parece ser que no le apetecía dejar la querida Inglaterra.

—Con el nombre y la fecha aproximada de renuncia al servicio debería bastarme para encontrar su expediente. Cuando sepa en qué regimiento sirvió y los años que estuvo, podré preguntar a alguno de sus compañeros si saben dónde encontrarlo.

—Te lo agradeceré. Y ya que te veo con ganas de colaborar, ¿podrías hacerme otro favor?

—¿Para qué quieres amigos si no pueden hacerte favores? —Sonrió y miró a Ulysses con genuino afecto.

Para Gideon, el hombre que tenía enfrente era más que un amigo. Había sido su compañero de armas, el hombre al que había confiado su vida consciente de que su valor y generosidad no iban a abandonarle. Gracias a él logró salir de aquella escaramuza con vida cuando lo tenía todo en su contra. El golpe en la cabeza a resultas de una explosión lo dejó sin conocimiento y Ulysses, herido de gravedad, lo sacó de allí y lo arrastró los metros suficientes para ponerlo a salvo de los ataques enemigos. Su amigo siempre decía que había sido la forma de devolverle el favor, ya que él evitó que cayera en una emboscada pocos meses antes.

—Es sobre otro soldado. El teniente William Saunders. De este sí te puedo dar más datos. Cuando murió, hace más de un año, servía en el 16.^o Regimiento de Dragones Ligeros cuando su regimiento estaba acuartelado en Doncaster. Según el padre, murió en acto de servicio, a causa de alguna herida fortuita. Me gustaría saber qué pone en el expediente. —Le había pedido a Graham que lo solicitara, pero sería más rápido si Gideon se lo facilitaba.

Gideon entrecerró los ojos en un gesto típico de concentración.

—Recuerdo a un teniente Saunders que estuvo un corto periodo en la India; puede que sea el que buscas. Era un chicarrón escocés taciturno y muy aguerrido. No sirvió en mi regimiento y solo coincidí con él en alguna ocasión. Revisaré el expediente para concretar cuándo y cómo murió. ¿Crees que Burton tuvo algo que ver con su muerte?

—No sería demasiada coincidencia que ambos estuvieran en el mismo lugar y al mismo tiempo. Si él es el asesino de los otros dos como recelo, también podría serlo de Saunders.

—Le indicaré a mi ayudante que los busque y yo mismo te los llevaré en cuanto los tenga. Así me devolverás el favor invitándome a un par de pintas.

—Será un placer, siempre que no insistas en recordar viejos tiempos. Ya sabes que no guardo un buen recuerdo de mi paso por el ejército de su Majestad.

—Como quieras, amigo. Te acompaño. No vayas a perderte por los pasillos y tenga que mandar un destacamento a buscarte —volvió a burlarse con una sonrisa guasona que contribuía a reforzar el atractivo de su rostro despejado de vello.

—No alardees. Te recuerdo que soy mejor detective que tú.

—Eso tendrías que demostrarlo, y aún no lo has hecho. —Gideon soltó una carcajada y le palmeó la espalda.

La sonrisa que Ulysses había iniciado se esfumó cuando se topó de frente con un hombre de uniforme que lo miraba con gesto de sorpresa y un brillo indescifrable en los ojos, muy parecidos a los suyos.

—¡General Blackwood! —exclamó Gideon, y se llevó la mano a la frente en un característico saludo militar.

El general correspondió al saludo y se dirigió a Ulysses.

—¿Qué le trae por aquí, McRae?

—Asuntos personales, señor. —No quiso implicar a Gideon. Sabía que la petición que le había hecho excedía los límites y podía verse en un aprieto.

—Si tiene unos minutos, me gustaría hablar con usted. Acompáñeme a mi despacho.

La petición le sonó a Ulysses como una orden y dudó durante unos segundos. Al final decidió que no merecía la pena un enfrentamiento. Le estrechó la mano a Gideon y siguió al general por el pasillo mientras le observaba.

Edward Blackwood, al que llevaba casi diez años sin ver, mantenía el porte marcial que le caracterizaba, aunque el paso del tiempo se apreciaba en la cabellera, ahora por entero canosa al igual que las largas patillas que se unían al poblado bigote y las numerosas arrugas que circundaban sus ojos.

¿Qué sentía al volver a ver a su padre, un padre que nunca lo había sido para él?, se preguntó Ulysses. Muy a su pesar, se había alegrado y, al mismo tiempo, había resurgido esa inquina que le embargaba desde que su madre le contó la verdad sobre su nacimiento.

Desde bien pequeño había creído que su padre había muerto como un héroe en alguna batalla. Esa fue la historia que su madre le contaba cuando se veía acosada por las preguntas de un niño curioso, y que mantuvo hasta poco antes de morir.

El hombre que lo engendró se llamaba Edward Blackwood, era un joven teniente del ejército inglés destinado en el acuartelamiento de Edimburgo y un gran aficionado a la lectura de los clásicos. Solía visitar la librería de la que su abuelo era propietario y, en una de las ocasiones que acudió en busca de un libro que aliviara el tedio de las largas guardias, conoció a su madre, una bella joven escocesa de diecisiete años. La atracción fue inmediata, según le contó ella, y comenzaron a verse a escondidas.

Su abuelo, muy estricto y protector con su única hija, no quería que frecuentara a los soldados, como muchas hacían; sabía que casi nunca salía nada bueno de ello. Pero Kirsten estaba enamorada y no pudo evitar que continuara viéndose con el apuesto teniente. A él lo destinaron a un cuartel en Gales y le pidió que lo esperara, que regresaría por ella. Cuando supo que estaba embarazada, le envió cartas contándole lo que ocurría. Nunca obtuvo respuesta. El joven teniente había olvidado la promesa que hizo.

Kirsten tuvo a su hijo y le puso por nombre Ulysses, como el héroe de la *Odisea*, aquel libro que él compró la tarde en que se conocieron, y aguardó; no perdía la esperanza de que él regresara. Cuando el niño tenía tres años, una breve nota de prensa cambió su vida. En ella se hacía referencia a la boda de la señorita Winifred Russell, hija del brigadier George Russell, con el capitán Edward Blackwood, celebrada dos meses antes en la India.

A partir de entonces, la historia que le contaron cuando el pequeño Ulysses preguntaba dónde estaba su padre, fue la del soldado muerto de forma heroica. Kirsten, con la ayuda de su padre, que nunca la culpó por haberse abandonado en los brazos de un seductor que acabó arruinándole la vida, criaron al niño y le ocultaron su verdadera procedencia.

Ocho años antes, en el lecho de muerte, su madre se decidió a contarle la verdad y revelarle el nombre de su verdadero padre. Él comprendió muchas cosas, sobre todo el interés que el coronel Blackwood se había tomado por su salud. Su madre le confesó que, cuando él decidió ingresar en el ejército, le envió una carta rogándole que le ayudara y velara por él, cosa que hizo. El saber que su padre seguía vivo y casado con otra mujer no fue agradable. El resentimiento fue creciendo y aún perduraba, pese a ser consciente de que le debía la vida o, al menos, el no haberse convertido en un tullido.

Cuando se debatía entre la vida y la muerte por una grave infección en la pierna, que llevó al médico a plantearse cortarla para evitar que la dolencia se extendiera, su padre apareció. Ordenó su traslado desde el sucio dispensario del acuartelamiento al bien equipado hospital de Calcuta. Allí los médicos trataron la septicemia y lograron salvarle la pierna, e incluso la vida.

El coronel Blackwood le visitó en varias ocasiones hasta que se embarcó de regreso a Inglaterra. Ulysses le agradeció el gesto sin pedir explicaciones, aunque presentía que allí había algo más que la simple preocupación por el bienestar de uno de sus hombres.

El rumor de la vinculación con Blackwood, corroborado con el parecido físico entre ellos, se extendió y, lejos de beneficiarle —cosa que no pretendía—, le perjudicó. Cuando su madre le confesó que él era su verdadero padre, se alegró de haber abandonado el ejército; no habría sido agradable que lo señalasen como un bastardo. Pero los rumores acabaron llegando a su nuevo destino y habían continuado, restando crédito a sus grandes logros y al rápido ascenso, que muchos achacaban a la influencia de su poderoso protector.

El soldado que custodiaba la puerta del despacho de Blackwood la abrió y ambos entraron. El general le indicó con un gesto uno de los sillones frente al amplio escritorio. Ulysses prefirió continuar de pie. Intuía que la conversación iba a ser corta.

—¿Cómo estás? ¿Alguna secuela de la herida en la pierna? —le preguntó. Se había dirigido a la ventana y se quedó parado frente a ella, mirando el exterior. Le dolía comprobar en el rostro de su hijo la animadversión que sentía hacia él.

—Nada importante, señor. —Se negaba a emplear la familiaridad con la que su padre le trataba.

Edward se giró y lo miró. No iba a comportarse como un cobarde.

—Necesitas algo. Si tienes algún problema, me gustaría ayudarte —ofreció. Sus ojos destilaban un brillo en el que se podía leer una multitud de sentimientos que ya no quería ocultar por más tiempo, porque necesitaba que él lo supiera.

—Me las arreglo bien, gracias.

—No lo dudo. Tu madre y tu abuelo hicieron una gran labor contigo. Tuvieron ese enorme privilegio. —El dolor matizaba sus palabras. Ulysses no lo advirtió, o no quiso hacerlo.

—Y todo el derecho. Eran mi familia.

Edward asintió con un gesto y su rostro se contrajo de dolor. Si él supiera... Era mejor callar. Inspiró con fuerza y continuó hablando.

—A mi esposa le gustaría conocerte. Me ha pedido en varias ocasiones que te invite a nuestra casa. ¿Querías acudir alguna noche a cenar?

A Ulysses le sorprendió la propuesta. ¿Qué interés podría tener la dama en conocer al bastardo de su esposo?

—No lo creo adecuado ni conveniente para nadie, señor —respondió con firmeza. Ya no era un soldado bajo sus órdenes y no podía obligarle—. Si me disculpa, me marchó. Tengo trabajo por hacer.

Ulysses salió sin mirar atrás. Mejor no intentar unir lazos que se habían roto mucho antes de su nacimiento. Ahora era demasiado tarde.

Capítulo 22

Ulysses abandonó el edificio de la Oficina de Guerra con un sentimiento agridulce. Por mucho rencor que le guardara a su padre, le admiraba y reconocía su valía como soldado. Había luchado en muchas batallas al frente de su regimiento y en todas se había distinguido por su valor. Gideon, conocedor del parentesco que los unía, le había hablado en alguna ocasión de sus grandes méritos, reconocidos con varias medallas, y su sobresaliente profesionalidad. Trataba con respeto a sus subordinados y siempre intentaba procurarles los mejores cuidados.

Ulysses admiraba al militar y detestaba a la persona. No podía olvidar que abandonó a su madre para casarse con una mujer de posición social. Su madre nunca se casó. Siempre fue fiel a ese amor no correspondido y continuó amándolo hasta el momento de exhalar el último aliento. No hizo falta que ella lo admitiese; se apreciaba cuando hablaba de él, en aquella versión del soldado muerto de forma heroica en el campo de batalla. El brillo de sus ojos al describirlo, la sonrisa ensoñadora cuando recordaba momentos felices a su lado, la entonación que daba a sus palabras... Su abuelo, en cambio, mostraba sin reserva el desprecio que sentía por el inglés que había arruinado la vida de su hija.

Con el ánimo algo hundido, la imagen de Beatrice se presentó ante él como un motivo de alegría y, de forma inadvertida, sus pasos se dirigieron hacia el Soho. Cuando llegó ante el 38 de Dean Street tuvo un momento de arrepentimiento. Había prometido a Arthur Leighton que la mantendría al margen de la investigación y pensaba cumplirlo, pero creía que se merecía saber que había avisado a Cillian O’Kelly del peligro que podía correr.

No se iba a engañar negándose a admitir que deseaba volver a verla, reconfortarse con su dulce sonrisa, deleitarse con su agudo ingenio. La invitaría a pasear mientras la ponía al tanto de lo que había averiguado en Oxford. Tampoco creía conveniente que se enterase de toda la verdad. No le haría ningún bien conocer el ambiente que rodeaba a su prometido; ¿o acaso lo sabía? Recordaba que la última vez que la vio le dio la impresión de que le ocultaba algo. Su hermano debía de estar al tanto, ya que se habría comentado entre los alumnos, otra cosa es que hubiese decidido ocultárselo a Beatrice.

La Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras, como rezaba en una placa visible en la fachada, ocupaba un antiguo taller de costura en la planta baja de un edificio de dos pisos. El superior albergaba varias habitaciones utilizadas como refugio temporal para mujeres que necesitaban un techo que las cobijara durante unos días.

Ulysses se había informado sobre las actividades que se realizaban allí. Las mujeres recogidas solían colaborar con su trabajo, ayudaban con la clasificación de las ropas donadas y su distribución entre los necesitados. En el local se impartían clases tres días a la semana y a ella podían acudir tanto niños como personas mayores que deseaban aprender a leer y escribir. Otra de las labores que realizaban las personas voluntarias era la de asesoramiento en la defensa de sus derechos ante las instituciones, cuando eran objeto de abuso por parte de los patronos para los que trabajaban o los dueños de las casas en las que vivían.

La puerta estaba abierta y Ulysses entró en una larga sala, bien iluminada por las varias ventanas ubicadas en las dos paredes que daban al exterior. En ella había tres largas mesas con sillas que ocupaban casi el total del espacio y, sentadas en ellas, había varias mujeres trabajando.

Una escalera al fondo daba acceso a la planta superior. Junto a ella se situaban un par de estancias cuyas puertas estaban abiertas. En una de ellas se veía a varios niños sentados en toscos

pupitres, afanados en escribir lo que una voz femenina les dictada. El ambiente era algo ruidoso, y se apreciaba entusiasmo y camaradería.

—¿En qué podemos ayudarle, señor? —preguntó una de las mujeres que, de pie junto a la mesa de costura, daba indicaciones a otras dos.

—Busco a la señorita Leighton.

—¿Y usted es...?

Ulysses advirtió cierta desconfianza en su interlocutora. La mujer joven, de aspecto agradable, culto acento y vestida con sobria elegancia, debía de ser otra de las colaboradoras de aquella asociación. Su mirada viva le indicó que era mejor no mentirle; por otra parte, no tenía nada que ocultar.

—Inspector Ulysses McRae, de la comisaría de Whitehall. La señorita Leighton me indicó que podría encontrarla aquí. Tengo un recado que darle.

La joven pareció perder parte de la desconfianza y se mostró más colaboradora.

—Soy Octavia Hill, inspector. Beatrice está impartiendo una clase en estos momentos. Puede esperar a que termine. No tardará mucho. Si le urge, la encontrará en el piso superior. —Le indicó con un gesto la escalera al fondo de la sala.

—Gracias. La esperaré, si no le importa.

—Aquí todos son bienvenidos, y mejor aún si desean colaborar. —Con una sonrisa pícara le indicó una caja cerrada que ostentaba el letrero *donativos*. Junto a ella, una bandeja con varios vasos y una jarra de limonada.

—Estaré encantado de hacer una donación, señorita Hill.

Ulysses sacó del bolsillo interior de su chaqueta una moneda de un chelín y la introdujo por la ranura superior de la caja.

—¿Le apetece tomar una taza de té o una limonada?

—No será necesario, gracias.

Octavia se alejó para continuar con sus ocupaciones y Ulysses se sentó en una de las sillas que había adosadas a la pared y observó el trabajo de las mujeres. Unas se dedicaban a coser y revisar las prendas que se amontonaban sobre las mesas y otras las doblaban y las colocaban en las largas estanterías que ocupaban la pared del fondo.

En pocos minutos, como Octavia había pronosticado, Beatrice apareció por las escaleras. Cuando reparó en la presencia de Ulysses, se dirigió a él con rapidez y con una sonrisa.

Él la vio acercarse y sintió un agradable calorillo extendiéndose por su cuerpo que nada tenía que ver con el buen tiempo que estaban disfrutando en los últimos días. ¿Era demasiado optimista al pensar que a Beatrice le complacía su presencia?

—Me alegra verle, Ulysses —dijo ella con sencillez. El brillo feliz de sus ojos le convenció de que no mentía.

Él respondió con una inclinación de cabeza mientras intentaba manejar las numerosas emociones que le habían asaltado.

—Disculpe que me inmiscuya en sus quehaceres. Solo quería comentarle lo que he averiguado.

—No se inmiscuye de ningún modo. Ya he terminado la clase y tengo un rato libre.

—¿Le apetece que demos un paseo por Soho Square mientras charlamos? —ofreció.

—Buena idea. Quería pasar por el Trotter's Bazaar. Siempre que puedo me acerco para hacer algunas compras —explicó. Se trataba de un mercado interior que ocupaba unos antiguos almacenes y en él se ofrecían artículos de artesanía confeccionados por viudas de soldados del ejército, con lo que contribuían a la precaria economía familiar.

—Como desee.

Beatrice se acercó a Octavia y estuvo charlando unos minutos con ella. Después, se dirigió a la puerta que permanecía cerrada y salió al poco con la capota, el parasol y el bolsito.

—Y bien, dígame, ¿qué ha averiguado en estos días? —preguntó Beatrice mientras caminaban por la atestada acera hacia la cercana Soho Square.

—Durante los dos últimos días estuve en Oxford. Como le comenté, deseaba investigar a la familia Burton, dueña de la taberna El Cisne Negro, y corroborar la causa de la muerte de Grace.

—¿Lo ha conseguido?

Ulysses asintió.

—La joven no murió a causa de unas fiebres como se hizo saber sino a consecuencia de practicarle un aborto —dijo sin dejar de observarla. Le hubiera gustado evitarle esa explicación, pero tenía derecho a conocer la verdad.

—¿Está seguro? —El rostro de Beatrice mostró pesar. Le entristecía el trágico final de la joven y las repercusiones que podía tener.

—Lo ha confirmado el médico que la atendió, no sin cierta presión por mi parte.

—¿Se sabe quién era el padre? —La desazón que sentía teñía sus palabras y le aportaba un tono más agudo a su voz.

—No con exactitud. Las personas a las que he preguntado estaban convencidas de que era Furlong. Parece que hacían vida de pareja. Ella pasaba la mayor parte del tiempo en el estudio del pintor.

—Es obvio que la familia Burton mintió sobre la causa de la muerte para evitar el escándalo.

—En parte. Es probable que Furlong, que estudiaba Medicina, le practicara la intervención. Su padre debió pagar a los Burton para que callaran la implicación y evitarle la cárcel —razonó Ulysses. Tendría que interrogar a sir Henry sobre ello, aunque dudaba que lo admitiera. Querría preservar el buen nombre de su hijo.

—¿Había alguien más implicado?

Ulysses volvió a detectar desasosiego en la voz de Beatrice, más intenso en esta ocasión. No tenía pruebas de que Sidney Willmott hubiese sido cómplice de Furlong, y prefería evitarle el dolor que le causaría el comentarle sus sospechas.

—No lo sabían.

Beatrice bajó la cabeza apesadumbrada. Sus peores temores se estaban cumpliendo. Estaba convencida de que Sidney había tenido que ver con la joven, y con el motivo que le causó la muerte, más de lo que deseaba admitir. Su actitud después de que ella falleciera era síntoma evidente de su culpabilidad. El Sidney que ella conoció, y al que quería, era una persona honrada, incapaz de acciones detestables.

Ulysses observó el decaimiento de Beatrice e intentó aliviarlo.

—Nada indica que su prometido o los otros miembros intervinieran. Solo Furlong sería responsable.

—No intente edulcorar los hechos, Ulysses. Presiento que Sidney tuvo algo que ver con el encubrimiento de esa muerte. Para mí, eso es un delito.

Él no se atrevió a negarlo porque era lo que pensaba. Grace debió revelar a sus compañeros de fraternidad que estaba embarazada. Puede que no deseara tener al niño o que la obligasen a deshacerse de él, y Furlong le provocó el aborto. Willmott y Saunders estuvieron presentes y lo secundaron. Las familias de los estudiantes aportaron la suma suficiente a los Burton para que callaran la implicación de sus hijos y se marcharan de allí. Por sed de venganza o por avaricia, al pretender continuar expoliándolos y estos negarse, uno de los Burton decidió eliminar a los

responsables de esa muerte.

—¿Quién cree que es el asesino de Oliver? ¿El padre de la joven? —preguntó Beatrice.

—Pienso que es un familiar, probablemente su hermano. Se le vio en Londres hace unos meses, antes de que muriera Palmieri. El padre se marchó a América, según me han comentado. Es algo que está por corroborar.

—¿Ha logrado dar con el otro miembro? Cillian O’Kelly, creo que se llamaba.

—Ayer estuve interrogándole. Es diácono en la iglesia de St. John en Bethnal Green.

—¿Y qué le dijo? —preguntó sin disimular su ansiedad.

Ulysses advirtió la ansiedad que matizaba su voz. Estaba preocupada por si había revelado algo que comprometiera a su prometido.

—No se encontraba presente cuando sucedió la muerte de la señorita Burton, estaba pasando unos días fuera de la ciudad. Regresó a Oxford varias semanas después de lo ocurrido, cuando la mayoría de los compañeros del grupo se habían marchado. El único que quedaba era Palmieri, y él le contó que la muerte de Grace Burton se debió a unas fiebres, la versión que corría por la localidad. Que supiese la verdad o no, creo que nunca lo sabremos.

—¿Estaba al tanto del embarazo de la joven?

—Escuchó rumores, a los que no dio crédito. Una vez que se lo confirmé, reconoció que no le extrañaba y atribuía a Furlong la paternidad del niño. No ha vuelto a ver a ninguno de sus compañeros ni ha sabido nada de ellos, excepto a Palmieri, que continuó en el Corpus Christi College durante unos meses más. Me dio la impresión de que era una especie de sirviente o colaborador al que toleraban porque les resultaba útil. —Ulysses no quiso hablarle del ambiente de libertinaje y los vicios a los que eran tan adeptos el resto del grupo, incluida la joven fallecida, aunque le haría bien saberlo. Willmott no era un hombre digno de ella.

Al conocer el paradero de O’Kelly, Beatrice pensó en hablar con él. Había tomado la decisión de romper el compromiso matrimonial con Sidney, y antes quería confirmar que no era el licencioso sin escrúpulos que estaba comenzando a imaginar para no romper la amistad que los unía desde hacía más de diez años. Pero prefería que Ulysses no lo supiera. No aprobaría esa intromisión en la investigación ni que hubiese quebrantado la confianza depositada en ella.

Aprovecharía que esa tarde iba a visitar un orfanato en Hoxton con Octavia para acercarse a la parroquia, que distaba a pocas manzanas, y hablar con el diácono. Le serviría para conocer la situación de las familias necesitadas de aquel barrio y ofrecer su ayuda por si era necesaria. No le llevaría mucho tiempo y estaría en casa para la cena. Lord Willmott y Matilda estaban invitados y no quería retrasarse; su madre le había insistido en que fuese puntual. No le apetecía, y más al haber resuelto cancelar el compromiso matrimonial, pero no podía faltar.

Había pensado en enviarle un telegrama a Sidney, si era posible hacerlo al otro lado del Atlántico. Quería hablarle sobre la muerte de Oliver, preguntarle si había recibido la carta que le envió en su nombre, advertirle que llevara cuidado y comunicarle que no iba a casarse con él. Se había dado cuenta de que no le amaba, al menos como debería hacerlo con un futuro esposo, y no deseaba continuar prolongando una decisión que debía de haber tomado cuando regresó de su primera expedición.

Después de casi una hora en la agradable compañía de Ulysses, recorriendo el Trotter’s Bazaar, donde realizó algunas compras, se dirigieron de vuelta al local de la asociación.

—He quedado en ayudar en el comedor para necesitados del barrio y no puedo faltar —le comunicó Beatrice con pesar.

—Disculpe por haberla entretenido.

—De ninguna manera. Le agradezco que me informe de los avances en la investigación y, si

no le importa, me gustaría continuar charlando con usted en otro momento.

—Cuando tenga alguna novedad, se lo comunicaré.

Beatrice no quería dejar pasar tanto tiempo.

—Mañana a las seis de la tarde acudiré a la librería Hatchard's, en el número 187 de Piccadilly Street. No sé si la conoce.

—Voy allí con frecuencia.

A Beatrice no le extrañó la respuesta viniendo de una familia de libreros y tras haber comprobado en su vivienda la cantidad de ejemplares que tenía. Presumía que era un gran lector y eso le agradaba.

—El autor Wilkie Collins hará una breve lectura de *La dama de blanco*, una de sus novelas. La ha publicado recientemente y quiero regalarle un ejemplar a mi madre, que es una gran admiradora suya —propuso con precaución. No deseaba mostrar todo el entusiasmo que esa posibilidad le causaba.

—Yo también soy un gran admirador del autor y seguí esa obra cuando fue publicada por entregas en la revista *All the Year Round*, que dirige Charles Dickens, cuyas obras no dudo que conocerá.

—El señor Dickens es uno de mis autores favoritos —reconoció con entusiasmo.

—Entonces, y si nada urgente me lo impide, allí estaré.

Ulysses sabía que no le convenía frecuentar su compañía. ¿De qué le serviría? Solo iba a conseguir que esos incipientes sentimientos aumentaran, y con ellos el sufrimiento. Beatrice no era una mujer para él, lo sabía y aun así no se decidía a ponerle fin a aquella insostenible relación. Era un estúpido. La esperanza en esta ocasión no le reportaría más que sufrimiento y decepción, y él ya había tenido suficiente ración de ambas cosas.

Capítulo 23

Después de visitar el orfanato en compañía de Octavia, donde hicieron entrega de donativos recaudados por los colaboradores de la asociación, Beatrice se despidió de ella y cogió un coche de alquiler que la llevó hasta la iglesia de St. John, en Bethnal Green.

Cuando llegó eran poco más de las cuatro de la tarde. Le dio una buena propina al cochero y le pidió que esperara. En ese barrio no debían abundar los coches de alquiler y así evitaría recorrer aquellas callejuelas en busca de alguno. De estar el diácono allí, la entrevista sería corta. Solo necesitaba hacerle algunas preguntas. Si no estaba, se marcharía de inmediato.

La iglesia de St. John se encontraba junto a una plazoleta de aspecto descuidado. Aquella zona de Bethnal Green no parecía tan deprimida como otras cercanas a las que había acudido con anterioridad para llevar ropa y alimentos a los necesitados.

Se dirigió a la puerta principal de la iglesia, empujó una de las dos grandes hojas de madera y esta se abrió con un chirrido de goznes metálicos que le erizó el vello. La larga nave aparecía iluminada por la luz que entraba por las vidrieras de la parte alta de los muros. Caminó por el pasillo hasta los bancos cercanos al altar y se sentó. Esperaría y, de no acudir nadie, miraría en la sacristía.

Llevaba allí pocos minutos cuando un hombre joven salió por una puerta lateral y se dirigió al altar.

—Disculpe, padre, estoy buscando al diácono O’Kelly —le interpeló Beatrice.

—Lo ha encontrado. ¿En qué puedo servirla, señora...?

La mirada de sus ojos oscuros era cálida y su rostro apacible.

—Señorita Leighton. Me gustaría hablar con usted.

—Si desea hacerlo en confesión, tendrá que esperar al padre Drummond. Yo no estoy autorizado —le advirtió.

—No quiero confesar mis pecados, solo hablar con usted de un tema personal.

—Adelante —la animó con una sonrisa alentadora.

A Beatrice le gustó la buena disposición que mostraba; le facilitaba la tarea. El tema sobre el que quería hablar era difícil y no sabía cómo encararlo.

—Tengo entendido que fue usted compañero de estudios de mi prometido, Sidney Willmott.

Cillian la observó con detenimiento antes de contestar.

—Coincidimos por un tiempo en Oxford. ¿Quién le ha hablado de esa relación?

Beatrice dudó. No quería implicar a Ulysses.

—Un conocido común del que, si me permite, evitaré dar el nombre.

—No tiene importancia —accedió—. ¿Cómo se encuentra Sidney? Hace años que no le veo.

—Está fuera del país, en una expedición que recorre el río Amazonas en dirección a su nacimiento. La última vez que supimos de él se encontraba bien; de eso hace unos cinco meses.

—Espero que no tenga ningún percance. Le incluiré en mis oraciones.

—Gracias. Lo que deseo saber es qué ocurrió hace cuatro años y por qué Sidney se marchó de Oxford sin terminar los estudios. Si usted conoce las verdaderas razones, le agradecería que fuese sincero conmigo.

Cillian la miró compasivo. Tomó aire y lo exhaló con lentitud antes de hablar.

—¿Está segura de lo que me pide, señorita Leighton? Con frecuencia he observado que la verdad acaba atormentando a quien persiste en descubrirla.

—Soy consciente, diácono, y le aseguro que estoy preparada para escucharla.

—Pues no le ocultaré lo que sé. En primer lugar, no fui testigo directo; en esas fechas me encontraba fuera de la ciudad. Solo le puedo hablar de lo que me contó una persona involucrada en el suceso que, a mi entender, fue la causa de que su prometido se marchara de forma tan intempestiva.

—Con eso será suficiente.

—Como desee —cedió no sin reservas—. Comenzaré diciendo que Sidney formaba parte, junto a cuatro estudiantes entre los que yo me contaba, de una especie de fraternidad, de las muchas que se formaban en los diferentes *colleges* por jóvenes con ganas de diversión y de saltarse algunas de las estrictas reglas que imperaban en las residencias donde nos alojábamos.

—Oí a mi prometido hablar de ello. Lo formaban él, Furlong, al que conocí, Saunders, Palmieri y usted. Se hacían llamar *Los libertarios*.

—Así era. Nos reuníamos en el apartamento que Oliver Furlong tenía alquilado fuera del campus. Rondaba siempre por allí una joven de la localidad, Grace Burton, hija del dueño de la taberna a la que solíamos acudir. Era la modelo de Furlong, un buen pintor. El grupo se había formado un par de años antes de que yo me incorporara, y creo que nunca me consideré un miembro pleno, si así podemos llamarlo. No compartía muchos de los principios por los que se regían, que para mí solo eran pretextos para cometer todo tipo de excesos.

—¿Cuáles?

Cillian se tensó. No eran temas que le gustase tratar con una dama.

—Me temo que es demasiado escabroso para sus oídos.

—No me voy a escandalizar, diácono —insistió Beatrice.

—Si insiste, seré sincero y espero que disculpe la franqueza. Como le he dicho, el grupo tenía su lugar de reunión en un apartamento de Oliver y allí se realizaban algunas... actividades que consideraba inmorales y, por supuesto, en las que no deseaba participar.

Beatrice contuvo la respiración. No quiso continuar indagando. No podía ser peor de lo que ya imaginaba. Rupert debió descubrirlo y no se lo quiso decir. Había advertido que no era totalmente sincero con ella.

—Si tanto le avergonzaba el comportamiento de sus compañeros, ¿por qué no abandonó el grupo? —preguntó con suspicacia.

—Por necesidad, señorita Leighton. Mi padre no es rico, como sí lo son los padres de los otros miembros, y tenía que pagarme los estudios con trabajos que realizaba para el *college* y para los otros alumnos. Más que un miembro del grupo, y no me avergüenza reconocerlo, era un asistente. Les hacía recados, limpiaba sus habitaciones, les redactaba algunos trabajos académicos..., cosas así. Fuera del ámbito universitario ocurría igual. En las reuniones en el estudio de Oliver yo les proveía de comida, bebida y les compraba el opio que consumían en abundancia. Cuando la cosa comenzaba a desmadrarse, me marchaba. Soy un religioso por convicción y aquello estaba en contra de mis principios.

Un intenso bochorno cubría el rostro de Beatrice. Aunque Cillian no había sido explícito, ella imaginaba a qué se refería.

—¿La joven modelo participaba?

—Era la amante de Oliver, pero ella no tenía reparos en yacer con otros, unas veces por dinero y otras por efecto de las drogas y el alcohol. Me apenaba ver cómo malgastaba su joven vida y los dones que la naturaleza le había concedido.

—¿A qué se refiere?

—Tenía una voz prodigiosa y habría sido una buena cantante. Interpretaba con maestría las

canciones que componía para ella —admitió con un leve bochorno, y sonrió ante los gratos recuerdos, que no eran muchos—. Llegué a apreciarla y me apenó conocer su triste destino.

—¿Qué le ocurrió? —Beatrice quería que él le corroborara la información que tenía.

—Murió a primeros de 1858, poco antes de que su prometido abandonara Oxford, y puede que esa sea la razón que usted está buscando.

—¿Puede referirme lo que ocurrió, por favor? Y no tema ser crudo en su relato. Se lo agradeceré —pidió.

—Como antes le he indicado, yo estaba ausente aquellos días y me enteré de la muerte de Grace a mi regreso. Acepté la versión que los Burton habían dado, de muerte repentina a causa de unas fiebres, y solo tiempo después uno de los implicados me confesó que había fallecido al intentar practicarle un aborto. Esos rumores corrían por la ciudad. Yo me había negado a creerlos hasta ese momento.

Beatrice perdió el color al confirmar la versión que Ulysses le había dado.

—Continúe, por favor.

—Oliver le practicó la intervención y salió mal. Debía de estar drogado, algo usual durante los últimos meses. Según me contó William, la chica no dejaba de sangrar y ninguno de ellos se decidió a llamar a un médico; se asustaron.

—¿Quiénes estaban presentes? —le interrumpió Beatrice y aguardó la respuesta con expectación.

—Oliver, Sidney y William. Giulio aún no había regresado de Londres, donde pasó las Navidades, o eso me dijo.

Beatrice apretó con fuerza el bolsito con adornos de cuentas de cristal. En su fuero interno había deseado que él le negase lo que ya sabía.

—Cuando vieron que no tenía solución, la llevaron a su casa —continuó Cillian al ver que ella no decía nada—. Sus padres llamaron a un médico, que no pudo hacer nada por salvarla. Decidieron callar la verdadera causa de la muerte de Grace para no deshonrarla y evitar problemas a los responsables en aquella nefasta intervención.

—Esa fue la causa de que Sidney desertara y no diera explicaciones —dijo Beatrice con una enorme tristeza. Debió de sentirse responsable de esa muerte y huyó en vez de afrontarla con valentía.

Cillian asintió en silencio. Era lo que él pensaba.

—Cuando yo regresé a las tres semanas del suceso, ya se había marchado, al igual que Oliver y William; incluso los Burton, que presionaron a las familias de los estudiantes para que pagaran su silencio. Todos accedieron de buena gana con la condición de que abandonaran la ciudad de inmediato.

Beatrice no necesitó saber nada más. Las tres versiones que había escuchado sobre ese asunto coincidían y cada una ampliaba la anterior. Sidney era uno de los responsables de la muerte de Grace Burton y había intentado borrar su implicación sobornando a la familia de la joven. Solo él podía explicar si lo había hecho por voluntad propia o presionado por su padre. También cabía la posibilidad de que, llevado por sus adicciones, no tuviera mucha conciencia de lo que ocurría, lo que no le eximía de la culpa.

Como no podía esperar a que regresara, si alguna vez lo hacía, le enviaría una carta en la que le pediría que le dijera la verdad y, al mismo tiempo, le informaría que cancelaba el compromiso. Esperaba que fuera sincero con ella y admitiera lo que había hecho; era la única forma de no cortar los lazos de amistad que pudieran quedar entre ellos.

—Gracias por su sinceridad, diácono O'Kelly.

—Es lo menos que puedo hacer por Grace. Si de mí hubiese dependido, habría contado la verdad. No se merecía morir de esa forma, pese a que la vida que llevaba no le auguraba nada bueno.

A Beatrice le pareció detectar en su tono de voz que los sentimientos que Grace le inspiraba iban más allá de la simple amistad y admiración. ¿Estuvo enamorado y su muerte aún le entristecía? Ella estaba consternada, y no solo por la joven que había visto segada su vida casi antes de comenzar a vivirla. Comprendía que ya nada sería igual con Sidney. Él había sido su mejor amigo, su apoyo cuando lo necesitó, su amor de juventud... Ahora lo veía como era en realidad: un cobarde.

Capítulo 24

Cuando Beatrice llegó a su residencia observó que el carruaje de los Willmott, con su llamativo escudo familiar pintado en las portezuelas, estaba aparcado frente a la puerta. Gimió. Seguro que su madre le recriminaría que no hubiese estado allí para recibirles. Se suponía que una joven comprometida no ocupaba su tiempo en otros quehaceres que los preparativos de su próxima boda y el que colaborase en aquella institución, aunque fuese una obra de caridad, no era del gusto del barón.

—¿Cuánto hace que han llegado los invitados, Rhys? —preguntó Beatrice al solemne mayordomo que se había apresurado a abrir la puerta. Esa era una función trivial que solía dejar a algún lacayo y solo ejercía cuando había invitados importantes, como en aquella ocasión.

—Llegaron hace quince minutos, señorita. Están reunidos con la señora en la sala de recibir —respondió con gesto serio y la mirada fija en algún punto lejano.

Beatrice suspiró. Como se temía, había llegado tarde. No quiso perder más tiempo subiendo a su habitación para cambiarse. En su familia solo seguían esa norma cuando tenían invitados. Se quitó los guantes y el *bonnet*, se los dio a Rhys junto con el bolso, y se apresuró por el corto pasillo hasta la estancia donde estaban los invitados sin darle tiempo al mayordomo para que la precediera y la anunciara, como era lo correcto. Abrió la puerta y entró en la amplia sala decorada con sobriedad y elegantes muebles y saludó con una leve reverencia.

Su madre le dirigió una mirada reprobatoria. El barón se levantó y Matilda, sentada junto a Clarisse en uno de los sofás, inclinó la cabeza; todos torcieron el gesto al observar que no se había cambiado para la cena y llevaba un vestido de paseo, con el que habría salido esa mañana.

—Siento el retraso. Me ha resultado muy difícil encontrar un coche de alquiler libre —se excusó, y se apresuró a sentarse en una butaca.

—Yo siempre utilizo el carruaje familiar. Es poco elegante esperar en la acera a que te recoja uno de esos sucios e incómodos vehículos —dijo Matilda con su habitual engreimiento.

—Pero muy práctico, y proporciona una gran libertad de movimientos. Es una de las ventajas de la evolución que nuestra sociedad está adoptando, por suerte —replicó Beatrice. Le irritaba la presunción de la joven aristócrata, pese a los apuros económicos por los que estaba pasando la familia. Si no fuera por la generosidad de su padre, no podría permitirse los lujos de los que hacía gala.

Clarisse, conociendo a su hija y para evitar un momento tenso entre ambas, se apresuró a cambiar de tema.

—Comentaba lord Willmott que en unos días se marchan a su residencia en el campo y pasarán allí los próximos tres meses.

—La temporada social está resultando muy aburrida y quedan pocos eventos de interés antes de que el Parlamento cierre sus sesiones y toda la gente importante abandona la ciudad para refugiarse en sus mansiones campestres. Además, Londres se está convirtiendo en una ciudad insufrible, con las calles intransitables por las obras y las aceras plagadas de pedigüños. Es imposible pasear con tranquilidad ni por Hyde Park. Unas semanas en la tranquila campiña serán muy saludables —comentó el barón con una expresión que nada tenía que ver con la alegría que sus palabras deseaban transmitir.

—Algo con lo que no estoy de acuerdo. Por muy aburrida y despoblada que se quede la ciudad siempre es mejor alternativa que el insufrible aislamiento del campo. ¿Qué pretendes que

haga allí, padre? —protestó Matilda.

—¿Con quién te relacionarías si no quedara nadie decente en Londres, querida? —cuestionó el barón. En el tono de su voz se apreciaba toda la repulsión que esa circunstancia le provocaba —. Y Harriet me dijo que tenía intención de pasar unos días allí este verano; podréis pasear por los alrededores.

—¡Qué divertido! —exclamó Matilda con ironía.

—Nosotros pasaremos la mayor parte del tiempo en Londres. Puede quedarse aquí si lo desea, Matilda. Estaremos encantados de contar con su compañía —ofreció Clarisse.

—No creo que esté cómoda en esta casa, madre. Nosotros no nos relacionamos con ninguna de sus amistades, aparte de que la habitación de invitados es demasiado pequeña para albergarla —señaló Beatrice. No quería aumentar la relación con los Willmott tras tomar la decisión de romper el compromiso.

Beatrice observó que su madre iba a contestar y se arrepentía en el último momento. Matilda, que había vislumbrado una buena salida para evitar el tedio del campo, mostró su enfado.

La entrada de Arthur en la sala evitó el tenso momento que se estaba viviendo.

—Disculpenme. Asuntos urgentes de última hora me han retenido en la oficina. Si no le importa, lord Willmott, trataremos el tema que me comentó después de la cena.

—Por supuesto, Leighton. No tengo ningún compromiso social esta noche.

El mayordomo anunció que la cena estaba servida y todos pasaron al comedor. Beatrice imaginó cuál era el tema que el barón quería tratar con su padre: una nueva petición de dinero a cuenta de la dote prometida. Tenía que evitarlo y para ello debía informarles de su intención. Le hubiera gustado hablarlo primero con sus padres, pero la ocasión no se pintaba mejor al estar reunidas las partes implicadas. Confiaba en que su familia —la que le importaba— comprendiera y aceptara su decisión.

Cuando se dirigían al comedor, Beatrice aprovechó para subir a su habitación; tenía algo que hacer allí antes de reunirse con los demás.

La cena transcurrió de forma distendida excepto por el enojo que Matilda mostraba. Cuando estaban acabando, y antes de que su padre y el barón se retiraran a la biblioteca, Beatrice se dispuso a hacer el anuncio.

—Les pido que me presten atención. Tengo algo importante que comunicarles.

Todos los presentes centraron la atención en ella, que mantenía la cabeza erguida y el gesto serio.

—Lord Willmott, he resuelto romper el compromiso que me une a su hijo.

Los rostros del barón y de Matilda mostraron sorpresa, al igual que los del resto de los comensales, e incredulidad mezclada con un inmenso rencor y un manifiesto desprecio.

Clarisse fue la primera en reaccionar.

—¿Estás segura, Beatrice? —preguntó sin rastros de decepción.

—Lo estoy. He postergado esta decisión desde que Sidney se marchó. Él me otorgó ese poder y me comunicó que estaría de acuerdo con lo que resolviera.

—Mi hijo no ha podido decirte eso. Me lo habría comunicado antes. Soy su padre y debo tomar ese tipo de decisiones por él.

—No creo que sea así, barón. Sidney tiene edad suficiente para hacerlo. En todo caso, si una de las partes, en este caso mi hija, ha resuelto romper el compromiso, no hay nada que objetar —intervino Arthur.

Beatrice lo miró con agradecimiento. Pensaba que iba a enfadarse e intentaría que desistiera. Sabía que ese enlace le beneficiaba de cara a sus negocios y, que la apoyara, era muy importante

para ella.

Clarisse miró a su marido con un mudo asentimiento.

—Es muy bajo por tu parte romper la palabra dada cuando mi hermano no está aquí para corroborarlo —profirió Matilda, roja de ira.

—En realidad, es como si lo estuviera. Antes de embarcarse en su última expedición me escribió esta carta en la que deja por escrito sus deseos.

Beatrice sacó del bolsillo de su vestido un papel doblado y se lo dio a su padre. Tras leerla, Arthur se la entregó al barón.

Querida Beatrice.

En vísperas de iniciar mi nueva aventura, y sin saber lo que me deparará, reitero la oferta que te hice cuando nos despedimos. Sabes que mantendré la palabra dada hace años, pero no quiero que tú la sostengas si no lo deseas.

Las cosas han cambiado y puede que los sentimientos también. No tengo derecho a obligarte a seguir unida a un compromiso que, tal vez, no pueda cumplir. Por ello, y porque deseo tu felicidad por encima de todo, si la posibilidad de casarte conmigo ya no te satisface, rompe el pacto y enfréntate a los que quieran impedirlo. Eres una mujer fuerte y valiente y tienes todo el derecho a tomar tus decisiones; yo aceptaré la que adoptes.

Mientras viva, mi cariño nunca te faltará.

Sidney Willmott

Lord Willmott se negaba a aceptar que fuese cierto lo que contenía la misiva. Ese matrimonio era necesario, la solución a sus acuciantes problemas, y no podía echarse atrás. ¿Cómo iba a devolverle a Leighton el dinero que le había adelantado de la dote?

—No creo que mi hijo tomara esa decisión sin consultarme —insistió con el rostro congestionado por la rabia que sentía.

—Esa es la letra de Sidney. No puede negarlo —señaló Beatrice.

—No lo pongo en duda. Debió de ser una enajenación momentánea y no está aquí para desdecirse. En ningún momento insinuó la posibilidad de romper el compromiso.

—Seamos realistas, barón, al igual que su hijo lo fue al ofrecerle a mi hija esa posibilidad. Se embarcaba en otra expedición igual de peligrosa que la anterior y temía no llegar a concluirla como la primera. Fue honrado y generoso en su proceder. Si mi hija desea cancelar la boda, está en su derecho. —Arthur se mantuvo firme en el apoyo a su hija.

—Sería un escándalo. Han transcurrido más de cinco años desde que se anunció. ¿Qué pensarán nuestras amistades y la buena sociedad? —Matilda, con su natural egoísmo, veía las negativas repercusiones que le acarrearía, aparte de la merma económica. Era consciente de las dificultades financieras por las que pasaban y de que el padre de Beatrice era quien proveía de liquidez a la familia gracias a la dote matrimonial.

—Seguro que lo entienden. Tenga en cuenta, Matilda, que su hermano lleva muchos años ausente y de esa forma no se puede mantener un compromiso —dijo Clarisse, defendiendo a su hija. Beatrice la miró con un mudo agradecimiento.

—Esto es una grave falta, impropia de gente honrada —manifestó lord Willmott. No admitía una derrota tan estrepitosa.

—No es la primera prometida que rompe el acuerdo matrimonial y no ha ocasionado una catástrofe social. Si no tiene inconveniente, barón, redactaremos una nota que aparecerá en breve en los principales diarios de la ciudad —propuso Arthur.

—Haga lo que crea pertinente, Leighton. —Se levantó y agarró del brazo a su hija, sentada a su lado, para que lo siguiera—. Vámonos, Matilda.

—Indudablemente. Ya hemos pasado demasiado tiempo entre gente desagradecida. Sepan que esto no quedará así. Toda la buena sociedad de Londres sabrá que no tienen la suficiente

dignidad para cumplir con su palabra.

El claro insulto no pareció molestar a los demás presentes.

—Es muy libre de hacer lo que desee, señorita Willmott. Apuesto a que esa buena sociedad de Londres estará interesada en conocer otros asuntos más mundanos, como que mi marido ha estado sufragando sus gastos en los últimos años porque ustedes están arruinados —dijo Clarisse con una disimulada sonrisa. Era obvio que estaba disfrutando. Nunca le gustó el barón ni su insufrible hija menor. Sería un alivio perderlos de vista.

—Gastos que tendrán que devolver, si bien no voy a cobrarle los intereses que el banco aplica en consideración al noble gesto de Sidney. —Arthur también se veía contento y no tenía intención de disimularlo como había hecho su esposa.

El rostro del barón empalideció de golpe.

—¿No se atrevería?

—Apueste por ello, Willmott; a menos que este tema se dé por zanjado, acepten de buen grado la decisión de mi hija y que de sus bocas solo salgan palabras de elogio hacia ella.

—Eso nunca. ¡Es un insulto! —exclamó Matilda, con voz ahogada por la serie de violentos sentimientos que la embargaban.

Su padre la miró con reprobación y la instó a callar. Si se filtraba el menor comentario sobre su ruina, los desahuciarían. El problema era cómo iban a sobrevivir a partir de ahora. Tendría que encontrar un buen marido para Matilda.

—Ya que es el deseo de Beatrice, aceptamos su decisión. Confío en que esta situación se lleve de la mejor manera y sin ningún perjuicio para ninguna de las dos familias. Ambas nos jugamos mucho.

—Sabia decisión, barón. El mayordomo los acompañará a la puerta.

Rhys, que había estado aguardando en uno de los rincones junto a los dos lacayos que servían la mesa, fue hacia la puerta y la abrió. Lord Willmott y su hija salieron de allí con rapidez y el resto de los comensales exhaló un suspiro.

—¿No te arrepentirás de lo que acabas de hacer? —preguntó Clarisse a su hija.

—No, madre. Debí acabar con ese compromiso en el mismo momento que Sidney me comunicó que se marchaba a otro viaje exploratorio del que no sabía cuándo iba a regresar.

—¿Quieres que redacte la nota o prefieres hacerlo tú, Beatrice? —propuso Arthur, y le dirigió una mirada alentadora. Admiraba su valor al adoptar esa sabia decisión. No creía que Sidney la hubiese hecho feliz, y eso era lo que más le importaba.

—Yo me encargaré. Aunque agradecería que la enviaras a los diarios que creas oportunos —propuso ella. Por primera vez en mucho tiempo se sintió liberada del peso que llevaba cargando sobre sus hombros.

Beatrice subió a su habitación. No deseaba demorar la decisión que había tomado. Cuando acabó de redactar la nota bajó a la biblioteca, donde sabía que encontraría a su padre, y se la entregó.

—Mañana enviaré una copia a *The Times* y a *The Morning Chronicle*; con esos dos será suficiente. Pediré que la incluyan en la tirada del día siguiente.

—Gracias, padre; y gracias a los dos por el apoyo que he recibido de vuestra parte.

—Si te soy sincero, has tardado demasiado en decidirte. Sidney es un gran muchacho, pero ha cambiado en los últimos años y no creo que sea el esposo adecuado para ti. Si su deseo es llevar esa vida nómada, deberá cargar con las consecuencias, y una de ellas es carecer de una familia propia. Aun así, y si lo deseas, el banco continuará sufragando sus viajes.

—No, padre. Sidney tiene que asumir sus decisiones y aprender a valerse por sí mismo. Si el

barón se dedicara a explotar la finca como debería y moderara sus suntuosos gastos, podría mantener a su familia y hasta sufragar los viajes de su hijo; de no ser así, les auguro un difícil futuro.

Contenta de cómo se había resuelto el conflicto, Beatrice se acostó. Antes de que el sueño la venciera, una sonrisa apareció en los labios al recordar que al día siguiente había quedado con Ulysses. Una cita, se dijo, y esperaba que fuera la primera de muchas.

Capítulo 25

Ulysses no estaba de buen humor esa mañana. El asesinato de Palmieri no avanzaba y el superintendente le había llamado a primera hora a su despacho para interesarse por la causa del retraso. Él le explicó en qué punto estaba y que hacían todo lo posible por encontrar a Adam Burton, al que creía responsable de las muertes, tanto del conde como de Oliver Furlong. Le habían confirmado que John Burton se embarcó rumbo a América un mes después de abandonar Oxford y no había registro alguno de su regreso, lo que le inclinaba a excluirle de la lista de sospechosos.

Cushing le recordó las presiones que estaba recibiendo del comisario, que a su vez las recibía del Gobierno y ellos de la embajada italiana, para que se resolviera de forma rápida y le autorizó a dedicar todos los medios que creyese necesarios para encontrar a Burton.

Ulysses se marchó irritado del despacho de su superior. No le gustaba que le presionaran para que resolviera los casos con prontitud. Él llevaba su propio ritmo, que le daba buenos resultados, pero entendía la postura del superintendente.

Cuando llegó a su oficina, el diácono O’Kelly le estaba esperando. Su semblante le indicó que algo le asustaba.

—¿Qué ocurre, diácono?

Cillian sacó un papel del bolsillo, lo desplegó y lo lanzó encima de la mesa como si le quemara.

Ulysses lo cogió y leyó su contenido. En la nota solo aparecían dos líneas y estaban escritas en letras grandes. *Tú eres el siguiente. VI Oxford.*

—¿Cuándo la ha recibido?

—No lo sé. La encontré esta mañana dentro de la caja de donativos, después de la celebración de la ceremonia.

—¿Y por qué no ha venido antes?

—Estaba ocupado con mis obligaciones, inspector; no he podido hasta ahora.

—¿Cuándo revisó esa caja la última vez y dónde está colocada?

—La caja suele estar sobre una mesa junto a la puerta principal para que cualquiera pueda dejar su donativo cuando entra o sale de la iglesia. Y la revisé ayer como suelo hacer después de cada celebración.

Cualquiera que hubiese entrado en la iglesia durante el último día pudo haberla dejado, dedujo Ulysses. El asesino había estado vigilando a O’Kelly y esperaba el mejor momento para ejecutar su venganza.

—Debe marcharse de la ciudad hasta que detengamos al asesino —indicó Ulysses.

—No puedo hacerlo en estos momentos; el padre Drummond me necesita —comentó Cillian con angustia. Su voluntad se dividía entre el deber y su seguridad.

—Seguro que pueden enviarle a alguien que le sustituya durante un tiempo. Si se queda, no podré garantizarle su seguridad.

—Lo entiendo, inspector, pero no voy a salir huyendo como un cobarde. Extremaré las precauciones y, si algo ocurre, asumiré toda la responsabilidad —le aseguró con voz firme—. Lo que no comprendo es qué pueden tener los Burton contra mí. No he hecho nada para justificar esa aversión; siempre respeté a Grace.

—Acabaremos dando con él, aunque nos llevará algún tiempo. Si tiene algo que añadir a su

anterior declaración que nos sea útil, sería de agradecer. No se guarde nada por miedo a confesarlo o por lealtad hacia sus compañeros de fraternidad, puede estar arriesgando su vida.

—Le dije lo que sabía. Nunca tuve problemas con ninguno de ellos, solo me limitaba a ayudar —afirmó en tono ofendido.

—Está bien, no se preocupe. Vuelvo a aconsejarle que se aleje de la ciudad lo antes posible; mientras, y si lo desea, le haré acompañar por un agente.

—Gracias, inspector; no será necesario. Hablaré con el padre Drummond y le comunicaré lo que ocurre. En cuanto manden a un ayudante, me marcharé a Lisburn y permaneceré allí hasta que pase el peligro. Hace meses que no veo a mis padres.

Cuando Cillian se marchó, Ulysses comunicó a Fergus sus intenciones.

—Voy a desplazarme hasta la comisaría de la división M, en Southwark, al sur de la ciudad, para supervisar la búsqueda de Adam Burton.

—¿Le acompaño, señor?

—De momento, no. Le avisaré si es necesario.

Al agente Archer, de la comisaría de Southwark, le habían encargado la tarea de buscar a Burton por el barrio de Bermondsey, que conocía bien. Cuando Ulysses llegó le informó que estuvo preguntando por la zona indicada hasta dar con la pensión donde se hospedaba. El casero le confirmó que un joven llamado Adam Burton estuvo allí desde el anterior mes de diciembre y que se había marchado unas cuatro semanas antes, sin indicar dónde iba. No lo había vuelto a ver.

Ulysses no quedó satisfecho con aquella explicación y decidió interrogar al casero por si descubría algún dato que le permitiera seguirle la pista. Este acabó admitiendo que Burton se había marchado sin avisarle, dejando en el cuarto sus pertenencias. Cuando transcurrió una semana, desalojó la habitación y se quedó con lo que encontró en ella en pago de lo adeudado. Algunas cosas las había vendido, como la ropa, de calidad y poco usada, y unas botas en buen estado; otras las conservaba. Se las mostró a Ulysses.

Una maleta bastante ajada que contenía una navaja de afeitar, una brocha y un cepillo para el pelo, algunas cartas y dos fotografías. En una de ellas aparecían varias personas: una pareja de mediana edad sentados en sendas sillas y, tras ellos, un muchacho espigado y una jovencita muy bella, de cabello y piel clara. En el reverso solo aparecía una fecha: 20 de mayo de 1854. Al mostrársela al casero, este identificó a Adam Burton en el joven que aparecía de pie junto a la silla ocupada por el hombre maduro, de similares rasgos, lo que le llevó a pensar que era el padre. Una imagen para el recuerdo de la familia Burton al completo.

En la otra fotografía solo aparecía la hermosa joven de cabello claro, que debía de ser la difunta Grace. Iba vestida con una túnica blanca que dejaba uno de sus hombros al descubierto y llevaba una corona de flores en la cabeza. Parecía una diosa pagana de seductora mirada y sensual sonrisa, difícil de olvidar.

Las siete cartas eran de la madre de Burton. Correspondían a diferentes fechas entre enero de 1859 y agosto de 1861, cuando Adam aún se hallaba en el ejército, ya que iban dirigidas al cuartel. En ellas le expresaba su deseo de que pronto fuera a verla y le hablaba del trabajo, de los problemas con la vivienda que tenía alquilada y de hechos cotidianos. En la última se centraba en su precario estado de salud, que le había obligado a dejar el trabajo, y en que apenas le quedaban ahorros para pagar las minutas del doctor y los medicamentos que tomaba. Le expresaba su deseo de que abandonara el ejército y le sugería que recurriera a los que habían causado la desgracia de su hermana para que los ayudaran económicamente, como habían hecho con

anterioridad.

Del registro de la habitación de Burton no obtuvo nada más y regresó a su oficina en Whitehall Place. En ella se encontraba Fergus y alguien más ocupando su mesa.

—Al fin llegas, McRae; estaba por pensar que te habías perdido en tu propia ciudad —dijo Gideon con su familiar socarronería, que provocó una sonrisa en Ulysses.

—Imposible. Soy capaz de recorrerla con los ojos vendados —respondió. Con una mirada a su ayudante le indicó que los dejara solos.

Fergus obedeció no sin reticencia. Parecía impresionado por el aspecto del militar, con el vistoso uniforme de húsar y el sable en la cintura. Una vez solos, Ulysses ocupó el lugar que había dejado su ayudante y miró a su amigo.

—Imagino que no te has desplazado hasta aquí solo por el gusto de saludarme.

—Así es, amigo, y de paso para traerte en persona la información que me pediste. —Gideon abrió un par de botones de su casaca y extrajo del interior dos pliegos de papel—. Como no puedo sacar los expedientes sin exponerme a una fuerte sanción, he copiado lo que ponía en ellos, que no es mucho.

Le entregó el informe a Ulysses y este lo leyó.

Ambos habían pertenecido a regimientos diferentes, que estaban destinados en lugares alejados uno del otro. Durante los poco más de tres años que Burton sirvió en el ejército, estuvo destinado en Irlanda. Saunders pasó la mayor parte de su vida militar en la India y regresó a Inglaterra en otoño de 1860, un año antes de que Burton abandonase el ejército. Su muerte se produjo en el hospital a causa de las heridas que recibió durante un entrenamiento, tal y como su padre les había dicho.

—Nada indica que Burton fuese el autor de la muerte de Saunders, como esperaba —dijo Ulysses con acento desolado. Miró a Gideon y descubrió la sonrisita de suficiencia que tenía plantada en el rostro y que conocía bien—. Por la satisfacción que muestras, intuyo que tienes información que desconozco. ¿Voy a tener que torturarte para conseguirla?

—Nada de eso. Me conformo con que me invites a un par de pintas.

—Desembucha.

—Desde que ayer leí el informe de Saunders algo me extrañó y, como conozco a un soldado que sirvió en su regimiento durante ese periodo, antes de venir le he hecho una visita. Ahora es capitán y está destinado en la guardia real.

—¿Y...?

—Reginald Burnaby me ha explicado lo que le comentó Forrest, el ayudante de Saunders, que descubrió el cuerpo cuando fue a buscarle tras no haber aparecido por el cuartel en todo el día. Saunders tenía alquilada una casita a las afueras del pueblo, donde pasaba casi todas las noches en compañía de alguna moza del lugar. El hombre estaba sentado a la mesa, con la cabeza mirando al techo y un orificio de bala en la barbilla; tenía el arma en la mano. Todo indicaba que se había disparado de forma intencionada, aunque pudo ser un accidente. Forrest dio aviso a sus superiores y estos a su padre. El juez movió hilos para que prevaleciera la versión de un desafortunado accidente mientras limpiaba el arma; incluso lo llevaron al hospital para justificar esa explicación, algo innecesario porque llevaba varias horas muerto.

—Por el lugar del disparo, me inclino por el suicidio y no por un accidente. En ambos casos, parece descartar a Burton como el ejecutor de su muerte.

—No está tan claro. Cabe la posibilidad de que una persona estuviese implicada, ya fuera de forma directa o induciéndole a dispararse —añadió Gideon en tono enigmático.

La curiosidad de Ulysses se despertó de inmediato.

—¿Qué insinúas?

—Burnaby dice que esa noche, cuando acudió a una taberna del pueblo que suelen frecuentar la mayoría de los soldados del regimiento, lo vio en la puerta hablando con una persona. Al poco Saunders entró y se sentó solo en una mesa apartada, parecía muy alterado. Estuvo bebiendo durante un buen rato, algo que no era habitual en él. Al marcharse estaba muy borracho y Forrest, que estaba en el grupo de Burnaby, se ofreció a acompañarle. Todos dudaban de que lograra llegar a su casa en ese estado. Saunders se negó de malos modos y el soldado desistió; aun así, salió detrás de él para ayudarlo si era necesario. Al poco regresó y contó que lo había visto caminar junto a alguien en dirección a la casa de Saunders.

—¿Te describió el aspecto de la persona con la que hablaba en la puerta de la taberna? ¿Era la misma con la que Forrest lo vio marcharse?

—No pudo verla. Ni siquiera puede afirmar que fuese un hombre o una mujer. Estaba de espaldas y el capote encapuchado lo cubría por entero. Forrest coincidió con esa descripción.

—Pudo tratarse de su asesino. Si estaba tan borracho como aseguran, no le resultaría difícil simular un suicidio —dijo Ulysses con desaliento.

—O pudo tratarse de un conocido que no tuvo nada que ver con su muerte. Si se puso a trastear el arma en esas condiciones, hubiese sido un milagro que no se disparara. Otra posibilidad es que la conversación que mantuvo con ese individuo le alterase tanto que decidiese poner fin a su vida.

—Todas las hipótesis son válidas. Comprobaré dónde estuvo Adam Burton esa noche.

—En esas fechas aún permanecía en el ejército, lo que no sé es si se ausentó de su regimiento, que continuaba en Irlanda. Intentaré averiguarlo, aunque puede que tarde —ofreció Gideon.

—Te lo agradezco.

—Siempre es un placer ayudar a un camarada; pero antes debes cumplir tu promesa de invitarme a esa cerveza.

Capítulo 26

Cuando Ulysses regresó una hora más tarde, Fergus estaba en la oficina. Había leído el escrito de Gideon y esperaba para comentarlo con su jefe. Ulysses le informó de lo que su amigo le había comentado sobre la versión extraoficial de la muerte de Saunders, que tenía más sentido que lo que ponía en el informe oficial.

—¿Ha descubierto algún indicio de dónde está Burton? —preguntó Fergus esperanzado. Sabía que esa mañana había pasado por la comisaría del distrito para indagar.

—Fui a la última dirección conocida. Desde hace un mes no ha dado señales de vida. El casero que le tenía un cuarto alquilado dice que se marchó sin avisar y dejando todas sus pertenencias. —Le mostró las cartas y la fotografía que había guardado en un cajón de su mesa antes de marcharse—. Pídale al dibujante que realice un retrato de Adam Burton basándose en la fotografía. Nos servirá para identificarle.

—Debió permanecer oculto después de matar a Palmieri y, tras acabar con la vida de Furlong, habrá huido por temor a que lo descubran. No creo que se arriesgue a esperar que Willmott regrese de su viaje. Debe confiar en que fallezca en aquellas lejanas tierras, lo que no sería de extrañar —dijo Fergus, satisfecho con sus deducciones.

—Me resulta extraño que una persona que no nada en la abundancia abandone lo poco que tiene; si lo hizo, tuvo que ser por alguna poderosa razón. —Ulysses no encontraba sentido a esa huida, tal como su ayudante defendía.

—Le debía el alquiler y quiso evitar pagarle. Puede que sus pertenencias no valieran la pena.

—Si había guardado las cartas de su madre y los retratos durante tantos años es porque tenían un gran valor sentimental. De haber decidido marcharse, se los habría llevado. Si salió huyendo fue porque se sintió en peligro. Presionó demasiado a la persona equivocada para que continuara pagando su silencio y esa persona le amenazó. Con frecuencia, los chantajes resultan peligrosos para el extorsionador.

—¿En quién está pensando, señor? ¿En Furlong?

—Tal vez.

—Si Burton no lo hizo, ¿quién mató a Furlong?

La imagen de Beatrice cruzó fugaz por su mente y la desechó de inmediato. Ella no era la responsable de esa muerte sino una posible víctima del asesino que, al no poder eliminar a Willmott por encontrarse fuera del país, decidió vengarse de la prometida. Pero ¿quién podía tener, aparte de los Burton, interés en eliminar a los causantes directos o indirectos de la muerte de Grace Burton? ¿Había alguien más relacionado con la joven fallecida que deseara vengarla, o se trataba de algo diferente que no tenía que ver con ella?

Ulysses no se había encontrado con un caso tan enrevesado, ¿o era porque tenía sus pensamientos puestos en otro lugar y no razonaba con coherencia? Emitió un sonoro bufido. Tenía que dejar de pensar en Beatrice y centrarse en su trabajo. Nada bueno saldría si persistía en sus fantasías.

—Hay que encontrar a Adam Burton —sentenció.

Conforme avanzaba la tarde Ulysses estaba de peor humor, y por dos razones: no encontraba indicios de Adam Burton y le abrumaba su conciencia culpable. Había prometido acudir a la cita con Beatrice en la librería Hatchard's y no se decidía. Su corazón le dictaba que acudiese y la

razón le ponía freno por considerar inadecuado que continuase una relación que solo le causaría pesares. Él que siempre había seguido los dictados de la razón, comprobaba que, en este caso, le resultaba difícil. El ver a Beatrice y pasar unos minutos a su lado se estaba convirtiendo en algo necesario, y ese era otro de los argumentos que su razón alegaba para desalentarlo.

No había dependido de nadie desde que abandonó Edimburgo con diecisiete años y se alistó en el ejército; ahora sentía que estaba creando una dependencia hacia ella. Se recreaba con demasiada frecuencia en la imagen de su bonito rostro. Casi escuchaba su melodiosa voz, rememoraba los gestos, la viveza de sus ojos. Se encontraba preguntándose qué opinaría Beatrice de esto o de aquello, y buscaba excusas para intentar coincidir con ella.

No podía permitirse ese anhelo que crecía en él de forma arrolladora, y no solo porque era una loca idea que ella, una dama de la alta sociedad con un padre adinerado, se fijase en él y existiese la menor posibilidad de llegar a crear un vínculo; sin olvidar que estaba prometida al hijo de un aristócrata. También porque había visto lo que su profesión hacía con los policías que tenían familia. Era un trabajo peligroso, mortal con frecuencia, y él no quería dejar una viuda llorosa y unos hijos que le añorasen como él añoró la presencia de un padre.

El matrimonio no era para él y menos con Beatrice. Debía cortar esa fascinación que le subyugaba y la mejor forma era no volver a verla, como ya se había prometido en ocasiones anteriores y no había sido capaz de cumplir. Lo conseguiría al igual que había conseguido superar los numerosos obstáculos que se le habían cruzado en su camino desde niño, cuando tenía que enfrentarse a golpes con los que le llamaban bastardo.

No acudir a la cita esa tarde sería un primer paso. Tampoco podía abandonar la investigación. Llevaba varias horas recorriendo las calles de Bermondsey junto a Fergus. Ambos se habían dividido el barrio para abarcar más territorio. Esperaba que ese esfuerzo diese resultado. Alguien lo habría visto y se acordaría, pese a que las gentes de esas calles eran poco colaboradoras. Casi todos tenían algo que ocultar y los policías no eran de su agrado, ni los que no llevaban el uniforme azul.

Estaba oscureciendo cuando entró en uno de los burdeles, el cuarto en esa tarde, que proliferaban en aquellos barrios deprimidos, en los que el vender su cuerpo era el único medio de sustento para muchas mujeres y sus familias. El hombretón malcarado que estaba apostado en la puerta se hizo a un lado y Ulysses pasó al destartado y oscuro salón. En una mesa, tres mujeres ligeras de ropa se entretenían jugando a las cartas. Aún era pronto para que los clientes acudieran en masa. Otra, de mayor edad, apoyada en un corto mostrador tras el que había varias botellas, se acercó a él moviendo las anchas caderas y sonriéndole de forma seductora.

—Hola, cariño, ¿quieres un poco de diversión?

—Solo información, señora. —Ulysses le enseñó su acreditación. El ajado rostro de la mujer se tornó hosco y perdió la animación de momentos antes.

—No hemos hecho nada malo y todo está en regla. Pagamos nuestra cuota todas las semanas; pregunte a su jefe —dijo en tono beligerante.

Ulysses imaginó que, como en muchos negocios, y el de la prostitución era uno de los más lucrativos, policías sin escrúpulos sacaban buenos beneficios a cambio de mirar para otro lado e ignorar la normativa en vigor sobre este tipo de establecimientos.

—No me interesan esos asuntos, solo deseo saber si este individuo ha estado por aquí y cuándo. —Le enseñó el dibujo realizado a partir de la fotografía que se encontraba en el cuarto que Burton había abandonado.

Ella observó la imagen que aparecía en el papel. Por la expresión de su rostro, Ulysses dedujo que lo había reconocido.

—Puede ser. ¿Qué ha hecho?

—Eso no le interesa. Dígame si lo ha visto y cuándo. ¿O prefiere que la lleve a comisaría para interrogarla?

La mujer recapacitó. No era conveniente para el negocio hablar sobre los clientes, pero si la llevaban a comisaría podía pasar allí varios días en los que dejaría de trabajar y tendría que dejar la casa en manos de sus pupilas, que le robarían.

—Hace casi un mes que no le veo por aquí. Solía venir un par de veces a la semana, más si había conseguido dinero con algún trabajo. Se había encaprichado de Lizzy, una de las chicas.

—¿Puedo hablar con Lizzy?

—Enfermó y tuve que echarla. No sé dónde andará.

Ulysses torció el gesto. Otro revés.

—¿No se habrá marchado con él? —aventuró.

—No lo creo. Él dejó de venir antes de que ella enfermara. Creo que eso influyó; se había hecho ilusiones. No dejaba de repetir que le había prometido casarse con ella cuando recibiera una herencia que estaba esperando y pusiera un negocio.

—¿Sabe qué tipo de negocio y dónde pensaba montarlo?

—No. Puede que se lo contara a alguna de las otras —indicó sin comprometerse.

Ulysses repitió la pregunta a las otras tres mujeres sentadas en la mesa. Una de ellas, una pelirroja con leve acento de las Highlands, tenía más información.

—Lizzy me comentó que quería alquilar barcazas para transporte de mercancías en Limehouse, en un almacén abandonado junto a la entrada del Regent's Canal. Dijo que una vez la había llevado allí. Tenía dos plantas y en la superior estaría la vivienda.

Satisfecho con la información recabada, Ulysses se dirigió al lugar que le había indicado. Con un poco de suerte, encontraría a Burton.

La oscuridad ya se había apoderado de las calles cuando Ulysses se adentró por un estrecho y solitario pasadizo que llevaba a las orillas del Regent's Canal, una zona deshabitada y peligrosa, en especial de noche, cuando disminuía el trasiego de barcazas que transportaban material de los barcos fondeados en el río. No obstante, se arriesgó. Era la mejor baza que tenía y no quería desaprovecharla. Antes de adentrarse en ella había preguntado en una taberna cercana y el tabernero le indicó el lugar exacto. Reconoció a Burton como asiduo cliente y admitió que llevaba tiempo sin verle.

Llegó al final de la callejuela con la sensación de que le seguían. No le extrañó. En aquellos barrios siempre merodeaban maleantes en busca de algún despistado al que saquear. Extremó las precauciones y empuñó el revólver, que en esta ocasión no había olvidado.

Una solitaria farola aportaba una luz mortecina, suficiente para reconocer el almacén que le habían indicado, de dos plantas y que presentaba un aspecto ruinoso debido a su abandono. Se acercó a la puerta y la empujó. No le sorprendió que estuviera abierta y se asomó al oscuro interior, iluminado por la luz que se filtraba por las dos ventanas que ocupaban las fachadas frontal y lateral.

Decidido a entrar, agarró con la mano el revólver que llevaba en una funda sujeta al costado izquierdo y lo empuñó. Con suma precaución, para no alertar a nadie que pudiera haber allí, se adentró en el amplio espacio que aparecía desierto.

No supo determinar si fue algún leve ruido a su espalda o solo su instinto de supervivencia lo que le advirtió del peligro. Se giró con brusquedad al tiempo que levantaba el brazo izquierdo en un acto reflejo de defensa. Esa rápida acción cogió desprevenido al agresor y la daga, que iba destinada a clavarse en la espalda de Ulysses, solo le ocasionó un corte en el antebrazo. El brillo

metálico del revólver acabó por disuadir al atacante, que se alejó a la carrera y se perdió en las sombras.

Ulysses no hizo intención de perseguirlo. Debía conocer muy bien aquellas calles y sabía que no conseguiría atraparlo. Sintió escozor en el brazo y se palpó. Notó algo de humedad; el corte había traspasado el paño de la chaqueta y le había herido. Maldijo por lo bajo y regresó al almacén. De estar allí Burton, se habría marchado alertado por el alboroto; aun así, extremó las precauciones.

Cerca de la puerta vio una mesa sobre la que reposaba un quinqué de aceite. Prendió la mecha con una de las cerillas de la caja que había junto a él y la estancia se iluminó lo suficiente para distinguir lo que había en su interior. Remos y cuerdas se amontonaban en un rincón, un camastro con una manta deshilachada y una silla junto a él, cajas de diferentes tamaños... Todo estaba cubierto de polvo, lo que indicaba que nadie había estado allí recientemente.

Una revisión más detallada le llevó a descubrir en un rincón semioculto tras unas cajas de gran tamaño una gruesa tela encerada que parecía cubrir un bulto. Se acercó temiendo encontrarse con la persona que imaginaba. No se equivocaba. Al retirar la tela apareció un cuerpo sobre lo que parecía sangre seca. Al girarlo no le extraño encontrarse con el rostro macilento de Adam Burton, al que reconoció pese al gesto de estupor que deformaba sus rasgos. Había visto muchos muertos, la mayoría de forma violenta como aquel, y seguía impresionándole el rictus que mostraban sus rostros cuando comprendían que la vida se les iba al compás de la sangre que manaba de sus heridas. Por suerte, el sufrimiento no debió durar mucho. El corte que presentaba en la garganta ocasionó que se desangrara en pocos minutos.

Por el aspecto del cadáver, Ulysses dedujo que llevaba muerto unas cuatro semanas, el tiempo que el casero dijo que hacía que no le veía. La tela había protegido el cuerpo del ataque de las ratas y disimulado el fuerte hedor producido por la descomposición. Pasó una mano sobre los ojos para cerrar los párpados, en un gesto respetuoso, y salió de allí.

Se dirigió a la comisaría más cercana y alertó del hallazgo. Pidió que llevaran el cuerpo a la morgue para su estudio y que cerraran el almacén para proceder a una inspección pormenorizada al día siguiente. Cogió un coche de alquiler y se dirigió a Whitehall Place para presentar un informe y alertar a Fergus de que no siguiese buscando.

El corte no era preocupante. Se quitó la chaqueta y enrolló el pañuelo en el brazo para cortar la leve hemorragia. Desinfectaría la herida cuando llegara a su casa, ahora no tenía tiempo. Lo peor era que le había arruinado una buena chaqueta, hecha a medida, así como la camisa, comprada en una sastrería de Savile Row la semana anterior.

Después de permanecer en la comisaría el tiempo justo para redactar el informe y dejarle una nota a Fergus explicándole lo sucedido, se marchó. Estaba hambriento y pensó en comprar una empanada de carne en alguno de los puestos callejeros que había en Charing Cross. Desistió. La señora Cooke siempre tenía un plato de comida casera para él cuando regresaba pronto por la noche; era su forma de agradecerle que le hubiese encontrado el empleo. Esperaba que en esta ocasión fuera algo caliente y jugoso. Necesitaba reponer fuerzas.

Capítulo 27

Cuando Ulysses llegó a Fitzroy Street la señora Cooke le esperaba con una sonrisa enigmática en su afable rostro.

—Tiene una visita. Lleva esperando casi una hora. Le he servido té y unas galletas de jengibre, las que a usted tanto le gustan. Creo que a ella también le han gustado —dijo en voz baja y con orgulloso acento.

Ulysses, intrigado, entró en la salita adjunta al vestíbulo. Su sorpresa fue evidente cuando vio a Beatrice sentada en el sofá y acariciando a Puzzy, el temperamental gato del inquilino del ático, que se había acomodado sobre sus piernas. Se esforzó en ocultar el alborozo que le causaba su presencia.

—Señorita Leighton... —saludó con una leve inclinación de cabeza.

—Disculpe el atrevimiento, inspector. Le esperaba en Hatchard's y, como no ha acudido, he decidido venir. Tengo algo importante que hablar con usted —dijo con aplomo.

—Subamos a mi apartamento, si no le importa —invitó Ulysses con cierta aspereza que denotaba su preocupación. ¿Es que no se daba cuenta de que estaba poniendo su reputación en entredicho al visitar sin acompañante a un hombre soltero que vivía solo?

Notaba la presencia de la señora Cooke en su espalda pendiente de todo lo que hablaban y preguntándose qué estaba haciendo Beatrice allí, de visita por segunda vez en tan poco tiempo.

Beatrice hizo una leve caricia al gato, lo dejó en el sofá y se levantó.

—Gracias por su amabilidad, señora Cooke. Pasaré otro día para recoger la ropa que se ha ofrecido a donar.

—Cuando usted desee, señorita. Seguro que a mi pobre Mathias le agradecería saber que ha servido para ayudar a algún necesitado.

Beatrice enfiló la escalera seguida por Ulysses. Cuando llegó al primer piso, él abrió la puerta con la llave que llevaba en el bolsillo interior de la chaqueta, entró y encendió los faroles de la pared. Ella observó que el piso estaba tan limpio y ordenado como la vez anterior.

Durante el tiempo que estuvo esperando, la señora Cooke no dejó de ponderar las virtudes de Ulysses, cosa que a Beatrice no le sorprendió y que solo confirmaba lo que ya había descubierto: que era una persona generosa, honrada y valiente.

—Siento no haber asistido al evento como le prometí. No he podido abandonar el trabajo —se excusó Ulysses, y evitó mirarla. No le agradaba mentir y menos a ella.

—No importa. Comprendo que tiene quehaceres urgentes. Ha estado muy entretenido y he conseguido que el señor Collins me firmara el ejemplar que he adquirido. Mi madre se alegrará —dijo complacida. Estaba muy ilusionada con la adquisición y ya vislumbraba el rostro emocionado de su madre cuando le entregara el libro.

—Espero tener la oportunidad de acudir en otra ocasión —se forzó a decir Ulysses, e indicó con un gesto una de las butacas frente a la chimenea, en una clara invitación a que se sentara.

Estaba inquieto por la intimidad que la situación les propiciaba, y que había intentado evitar al eludir la cita de horas antes. Los buenos propósitos que se había obligado a cumplir se estaban derrumbando como un castillo de naipes, y las emociones que Beatrice le inspiraba brotaban con fuerza. Debía esforzarse en ocultarlos, pero temía que la falta de experiencia y la natural torpeza en el trato con las damas se lo impidiera. No podía permitir que ella acabara descubriendo lo que le hacía sentir.

Superada la decepción que su ausencia le causó, Beatrice no se arrepentía del impulso que la había llevado hasta allí y estaba feliz de volver a verle. Se sentó en la butaca mientras él encendía un par de lámparas más. Ella aprovechó para mirarle a placer. Estaba tan apuesto como siempre, pese a la tensión que mostraba su rostro. Debía molestarle que se hubiese presentado en su hogar cuando le había advertido que no era apropiado hacerlo. A ella no le importaban las arcaicas reglas de conducta por las que se regía la sociedad, que constreñían la libertad de las mujeres, y quería demostrárselo.

Observó que Ulysses se agarraba el brazo izquierdo de forma inadvertida y su rostro formaba un leve gesto de dolor. Fue cuando advirtió que la chaqueta presentaba un corte en la manga y una mancha oscura se había formado a su alrededor.

—¿Está herido? —preguntó con alarma, y se acercó a él para corroborarlo.

—No tiene importancia. Si me permite, me cambiaré —se excusó y caminó hacia su cuarto. No le había dado tiempo de cambiarse la chaqueta y le molestaba que ella hubiese reparado en el desgarrón.

Beatrice se levantó y le cortó el paso.

—Antes deje que revise la herida.

—No es necesario. Es un rasguño.

—Insisto. Permítame, por favor. Tengo experiencia en todo tipo de rasguños. Durante los años que viví en Greenwell Farm me encargaba de atender a los heridos, y le puedo asegurar que raro era el día que no aparecía alguno; mi hermano, la mayoría de las veces.

Él no quiso desairarla y se quitó la chaqueta. Beatrice mostró un gesto de preocupación al ver el pañuelo anudado en el antebrazo. Presentaba una gran mancha roja que se extendía por buena parte de la camisa.

—Esta herida puede revestir más importancia de lo que aparenta. Hay que limpiarla bien para apreciar su profundidad. La revisaré. —Le indicó con un gesto la cercana cocina.

Ulysses obedeció. Estaba acostumbrado a curar sus propias heridas desde bien joven, pero le agradaba la idea de que ella le cuidara. Se sentó en una de las sillas y colocó el brazo sobre la mesa. Beatrice desanudó el pañuelo y le remangó la manga de la camisa dejando al descubierto el musculoso antebrazo. Una larga incisión aparecía en él.

—El corte no es profundo y creo que no requerirá más atención que lavar la herida, un chorro de brandy para desinfectarla y cubrirla para que se mantenga limpia, si bien no le perjudicaría que lo viera un médico. ¿Me indica dónde encontrar lo necesario?

—En la alacena hay cuencos y trapos limpios. En cuanto al brandy, no suelo tener. Le servirá el contenido de la botella que encontrará en ese lugar.

Beatrice siguió sus indicaciones. Llenó el cuenco con agua de una jarra y cogió unos paños blancos y la botella de líquido ambarino. Lo dejó todo sobre la mesa y se sentó frente a él. Humedeció uno de los lienzos en el agua de la palangana y limpió con sumo cuidado la sangre seca del largo corte. Después, hizo que colocara el brazo sobre la palangana y vertió un buen chorro de la botella sobre la herida.

Ulysses emitió un leve gruñido y ella lo miró preocupada.

—No se preocupe. No me molesta el escozor de la herida sino el uso que le está dando a ese *escocés* —dijo en tono resignado. Le dolía desperdiciar un buen trago de aquel *whiskey* de genuina malta que reservaba para ocasiones especiales. Procedía de una de las últimas destilerías ilegales de las Highlands, que siempre había proveído a su abuelo del valioso licor.

—¿Es lo que ustedes llaman *whiskey* escocés?

—Exacto, y este es de los mejores. Me haré con algunas botellas más cuando vaya por las

Tierras Altas.

Beatrice rasgó uno de los lienzos, cubrió la herida con un trozo estrecho y largo y lo aseguró anudando los extremos.

—Debería cambiarse el lienzo todos los días y aplicarse un ungüento desinfectante. Si ve que la herida no cicatriza bien y enrojece, acuda a un doctor.

—Creo que no será necesario. Me he visto en trances peores; además, el *escocés* obra milagros, de ahí que lo llamen «agua de vida» —comentó con una mueca que era lo más parecido a una sonrisa que Beatrice le había visto. —¿Puedo ofrecerle una copa de oporto?

—No, gracias. Sí me gustaría probar esa bebida milagrosa —dijo señalando la botella de *whiskey*.

Ulysses cogió un par de vasos y echó en cada uno una pequeña ración. La graduación alcohólica era muy alta y no quería que acabase ebria.

A Beatrice le agradó el olor que desprendía el contenido del vaso. Se lo acercó a la boca y le dio un buen trago. Cuando el fuerte líquido discurrió por la garganta, sintió que le quemaba y tosió.

—Disculpe. Se me ha olvidado decirle que debe tomarse a pequeños sorbos —comentó Ulysses con los ojos brillantes de diversión... y de algo más. Ella presentaba una preciosa imagen, con las mejillas sonrojadas y la expresión de asombro en su bonito rostro.

—Debió hacerlo, sin duda —respondió Beatrice cuando recuperó el aliento.

Volvió a beber y en esta ocasión lo paladeó con placer. Era un sabor diferente al del oporto o al brandy que había probado en alguna ocasión y no le desagradó.

—¿Cómo se ha herido? ¿Le han atacado? —Sabía que su profesión era peligrosa, que estaba diariamente en contacto con delincuentes, y esa debía de ser una prueba del riesgo que corría.

—Cuando investigaba el paradero de Adam Burton.

Beatrice contuvo el aliento.

—¿Lo ha encontrado? ¿Ha sido él? —Intentó ocultar la creciente angustia que sentía. No quería que él advirtiera cuánto le preocupaba.

—No he visto al atacante. Debió de ser un ladrón de los muchos que rondan por esos barrios. De lo que estoy seguro es de que no era Burton. Le he encontrado y llevaba tiempo muerto. Presentaba un corte en la garganta con pérdida de sangre en abundancia, que debió de ser lo que le causó la muerte.

Ese hallazgo desmontaba la teoría que habían manejado desde el principio.

—Eso quiere decir...

—Que no es posible que Adam Burton matara a Furlong ni se ha demostrado que empujara a Palmieri bajo las ruedas del carruaje o disparara a Saunders.

—¿William Saunders? Creí que la causa de su muerte habían sido las heridas que sufrió en un accidente. —Se extrañó Beatrice.

—Eso es lo que su padre nos hizo creer y lo que aparece en el informe de su fallecimiento, según hemos constatado. Indagaciones posteriores han puesto de manifiesto que no reflejaba la realidad y que murió de un disparo en su propia casa. No está claro si fue intencionado, se trató de un accidente mientras limpiaba el arma o alguien le disparó y lo hizo pasar por un accidente o suicidio.

—Explíquese, por favor.

Ulysses le relató lo que Gideon le había contado, que lo vieron conversando esa noche con un desconocido, el estado de embriaguez que presentaba, que su ayudante descubrió el cadáver, que el juez Saunders ocultó el suceso...

—Es lógico que los Burton quisieran vengarse de los culpables de la muerte de Grace. Adam comenzó por Saunders, el más accesible, ya que Sidney y Palmieri habían abandonado el país y Oliver se encontraba en un sanatorio la mayor parte del tiempo; después, y al enterarse de que Palmieri había regresado, acabó con su vida. En cuanto a Oliver, pudo ser John Burton, que ha regresado de América, o su esposa —razonó Beatrice.

—Que sepamos, John Burton continua allí. En cuanto a la señora Burton, murió meses antes que Palmieri y Furlong. Debemos excluirla de esos dos, al igual que no creo que disparase a Saunders. Y está la nota amenazadora que O’Kelly ha recibido esta mañana, y que no pudo escribir Adam Burton ni su madre.

—¿Han amenazado al diácono? ¿Qué ponía en la nota?

—«Tú eres el siguiente» e iba firmada por VI Oxford, texto y firma similar a la que recibió Palmieri días antes de morir, según su viuda, lo que nos indica que ambas las escribió la misma mano y nos lleva a pensar que hay más personas, aparte de los Burton, que tienen interés en vengar esa muerte.

—¿Un pariente o un enamorado? Era una joven muy bella.

—Es una posibilidad, o puede que estemos llevando la investigación por caminos equivocados.

—¿A qué se refiere? —preguntó extrañada. No se le ocurrían otras razones para asesinar a esas personas que vengar la muerte de Grace Burton.

Ulysses no quería exponerle la teoría que estaba dando vueltas en su cabeza hasta que tuviera indicios fiables; la perturbaría. Aunque, si su prometido tenía parte activa en todas aquellas muertes, aparte de su vena libertina y viciosa, era mejor que lo supiera antes de unirse a él de por vida.

—Este es un caso más complejo de lo que parece, que plantea muchas incógnitas y en el que no se puede descartar a nadie. Debemos valorar todas las posibles razones que pudiera tener el asesino, o asesinos, para silenciar a los miembros del grupo y a Adam Burton.

—No comprendo qué pueden tener en contra del diácono O’Kelly. Si él ni siquiera estaba allí. Me dijo que se enteró de lo sucedido por Saunders.

—¿Ha hablado con O’Kelly? —preguntó asombrado. Se inclinó sobre la mesa para acortar la distancia entre ellos y la miró con gesto de censura, como solía hacer en los interrogatorios.

Beatrice comprendió que había cometido un error. Había ido a ver al religioso sin habérselo comunicado y traicionado su confianza al aprovecharse de una información para beneficio propio.

—Cuando me dijo dónde se encontraba decidí ir a hablar con él. Quería preguntarle sobre ciertas cuestiones de índole personal que atañen a Sidney —admitió con el rostro arrebolado, y sin apartar la mirada.

—Eso ha sido una tremenda imprudencia, Beatrice. Su padre le exigió que se mantuviera apartada, ¿recuerda? Y yo le prometí tenerla informada. Debió conformarse con ello.

Ella acusó la reprimenda, que se merecía; aun así, quiso defenderse.

—No creo que el hecho de visitar al diácono en la iglesia represente un peligro, Ulysses. Es más arriesgado cruzar una calle del centro de la ciudad. Y si lo que teme es que mi padre tome represalias contra usted, no debe preocuparse. No le haré responsable de mis arriesgadas decisiones —dijo en tono ofendido.

—Lo que su padre pueda o no hacerme no me preocupa. Es usted, su seguridad, lo que me inquieta. Ya estuvo en peligro, ¿o es que no recuerda que el asesino le envió una nota para atraerla hacia una trampa? —El tono grave y comedido en su voz decían mucho de su enfado.

Beatrice, que aún no le conocía bien, no supo interpretar esas señales.

—Nítidamente, inspector. De igual forma recuerdo que soy mayor para tomar decisiones al margen de mi padre y de usted mismo. No soy su responsabilidad. Deje de preocuparse por mi seguridad.

—¿Cómo no voy a preocuparme por su seguridad? ¿No se da cuenta de que no podría soportar que algo le ocurriera por mi culpa? —admitió con el rostro muy cerca de ella.

Beatrice contuvo el aliento ante ese arrebato apasionado y se quedó prendida de aquellos ojos que lanzaban destellos de fuego. Un delicioso calor se extendió por su interior y se levantó con lentitud para acercarse a él.

Ulysses se levantó y acortó más la distancia entre ellos. Cuando estuvo a escasos centímetros de su cuerpo inclinó la cabeza hacia el rostro de ella, que había levantado para continuar mirándole. Dudó solo una fracción de segundo antes de posar sus labios sobre aquella boca que aguardaba anhelante.

Beatrice emitió un leve gemido y se pegó a él. El contacto con aquel cuerpo grande y cálido aumentó su euforia y levantó los brazos para enroscarlos en su cuello.

Ulysses rompió el hechizo que los había envuelto y se retiró un paso, dándole la espalda.

—Lo siento, me he dejado llevar por mis emociones. Perdone este atrevimiento, impropio de mí. Le aseguro que no volverá a ocurrir —dijo avergonzado y sin atreverse a mirarla. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué no lograba controlar sus emociones cuanto estaba a su lado? Se había distinguido siempre por su temple, que le salvó de serios peligros, y ahora temblaba como un adolescente ante esa mujer.

Beatrice se acercó y apoyó una mano en la amplia espalda.

—¿Y si yo deseo que vuelva a ocurrir? Su deber como caballero es complacer los deseos de una dama —insinuó con voz suave y un tono de euforia que le añadía un timbre musical a sus palabras.

Ulysses se tensó ante el contacto y la inesperada propuesta. Era muy tentador, demasiado, pero debía mantenerse firme. Él era un caballero.

—No debería desearlo. No es prudente ni adecuado.

—¿Y quién dice que no lo sea?

—Usted está prometida y no sería...

—¡Ah, eso! Siento haberme olvidado de decirle que he roto el compromiso con Sidney. Se lo comuniqué a su familia ayer —lo interrumpió.

Ulysses se giró y la miró con sorpresa e incredulidad. ¡Ya no estaba prometida! No importaba. Muchas otras cosas se interponían entre ellos.

Beatrice se acercó un poco más, volvió a enroscar los brazos en el cuello de él y lo miró con un brillo esperanzado. Sentía el latido del corazón masculino, que golpeaba con fuerza aquel amplio tórax, y supo que estaba ganando la partida.

—Así que, puesto que ambos somos libres y lo deseamos, creo que lo más adecuado en estos momentos es que vuelva a besarme.

Los ojos de Beatrice mostraban un brillo hechicero y su boca se curvaba en una tenue sonrisa ilusionada. Estaba tan bella que quitaba el aliento. Nadie, ni el más valiente de los hombres, podría resistirse a ese ruego, y él no se consideraba ningún héroe.

Capítulo 28

Casi una hora después, y por exigencia de Ulysses, ambos abandonaron el apartamento y cogieron un coche de alquiler en la cercana Fitzroy Square. Él no quiso que Beatrice regresara sola a su residencia y ella no se opuso porque eso significaba que pasaría unos minutos más junto a él.

Sentada a su lado en el estrecho habitáculo, con la cabeza apoyada en el hombro de Ulysses y las manos entrelazadas, Beatrice se sentía tan dichosa que no podía impedir que su boca se curvara en una amplia sonrisa. Esos momentos transcurridos en el apartamento de Ulysses habían sido maravillosos. Había conocido a un hombre tierno y generoso, apasionado y caballeroso. Había sentido su contención, amarrando la pasión con fuerza para que no se desbocara pese a que ella no se lo habría impedido.

Lo que había sentido en los brazos de Sidney era un tenue reflejo de la dicha experimentada con las caricias de Ulysses, y eso le llevaba a plantearse si alguna vez había amado a su prometido o solo lo había querido como a un amigo entrañable. No sabía si lo que sentía por Ulysses era solo una intensa atracción o intervenían otros sentimientos. Lo que sí sabía era que no iba a desistir hasta comprobarlo.

—¿Me prometes que no volverás a tomar iniciativas por tu cuenta en esta investigación? Recuerda que hay uno o varios asesinos sueltos y que han intentado comprometerte —dijo él con voz queda. No había querido encender el farolillo de la berlina y el pequeño recinto estaba en penumbra, solo iluminado por la luz que entraba por los dos ventanucos con las cortinas descorridas.

—Prometido. Reconozco que ha sido una estupidez.

Ulysses sonrió y depositó un casto beso en la tersa frente. Beatrice levantó el rostro y le ofreció sus labios, que él no rehusó. El anhelo que vio en sus ojos encendió los rescoldos de la hoguera que había ardido en su interior momentos antes. La sofocó con esfuerzo. Ese no era el momento ni el lugar para dar rienda suelta a la pasión por mucho que lo deseara, y se limitó a posar sus labios con suavidad en los de ella.

—Sin embargo, no he corrido ningún peligro. Es al diácono al que han amenazado, y no entiendo la razón. Él no fue responsable de la muerte de Grace —continuó Beatrice, que se esforzaba por someter el deseo que había nacido en su interior. No se cansaba de sus besos. Se estaba convirtiendo en una adicta a ellos.

—Hemos comprobado que en las fechas en las que se produjeron los hechos en Oxford él estaba en Irlanda, como había dicho. Contrajo unas fiebres y fue tratado por el médico de Lisburn, la población en la que su padre es párroco. Pero pueden existir otras razones que no sean la venganza.

—¿Cuáles? No se me ocurren otras que el deseo de castigar a los implicados en la muerte de Grace. Solo hay que demostrarlo —dijo convencida.

—Él sabe lo que ocurrió y ese puede ser el motivo por el que quieren silenciarlo, al igual que ocurrió con Palmieri.

Beatrice mostró perplejidad y Ulysses se decidió a exponerle sus teorías.

—Sabemos que Adam Burton no pudo matar a Furlong ni enviar la nota a O’Kelly, y estoy convencido de que no intervino en las muertes de Saunders y Palmieri. Con el primero, las posibilidades eran escasas ya que, en teoría, se encontraba a muchas millas de allí cuando se

produjo. Y su muerte, aparte de ejecutar su plan de venganza, le resultaba poco productiva y muy arriesgada.

—¿Te parece una razón insignificante? —cuestionó Beatrice. Su rostro mostraba un total desconcierto.

—Tengo la impresión de que los Burton eran más prácticos. Habían sacado una buena tajada con aquella muerte y lo lógico era que continuaran aprovechando esa fuente de ingresos, no acabar con ella. Eso es lo que Adam Burton hizo cuanto tuvo necesidad.

—Explícate, por favor —pidió Beatrice.

—Mientras estuvo en el ejército, tuvo sus necesidades cubiertas y pocas posibilidades de desplazarse al estar destinado en Irlanda. Fue al abandonarlo para cuidar de su madre enferma, y acuciado por la necesidad de dinero que los gastos médicos generaban, cuando comenzó a concebir el plan que debió poner en marcha una vez que pudo trasladarse a Londres o a Glasgow, donde vive el padre de Saunders. Buscó a los que consideraba responsables de la muerte de su hermana, o a sus familiares, y volvió a pedirles dinero por su silencio.

—Palmieri se negó y por ello lo mató —dijo Beatrice convencida.

—No creo que participara en aquel suceso. O'Kelly me dijo que Palmieri se encontraba fuera de Oxford cuando sucedió, aunque no lo hemos confirmado.

—Si Adam Burton no es el autor de las tres muertes, ¿de quién sospechas? ¿Y quién lo asesinó a él?

—Si Saunders y Palmieri no murieron a causa de un accidente o suicidio, puede que alguien tuviera interés en eliminarlos por otras razones que no fueran vengar la muerte de Grace Burton; en cambio, la de Adam sí tiene relación con la de su hermana y me parece evidente.

—Lo mató uno de los que estaba chantajeando —repuso Beatrice.

—Exacto. Del comentario que Burton hizo a la prostituta que frecuentaba, sobre que estaba esperando una herencia para montar el negocio de barcazas de alquiler, se desprende que pensaba recibir un pago importante, mucho mayor que los anteriores y que le había permitido costearse la vida cómoda que llevaba. En esta ocasión, los chantajeados no estaban dispuestos a continuar pagando y alguno de ellos decidió acabar con sus exigencias. Esa sería una buena razón para la muerte de Burton.

—De ser así, el único que tuvo ocasión de hacerlo fue Oliver, ya que los otros estaban muertos o fuera del país —dijo Beatrice con gesto de espanto. No podía creer que su amigo fuese capaz de esa atrocidad.

—No solo él, Beatrice. El círculo de sospechosos se amplía con los familiares de los tres implicados en aquella muerte: el doctor Furlong, el juez Saunders y el barón Willmott; incluso la viuda o los padres de Palmieri, si llegó a intervenir de alguna forma que desconocían. Cualquiera podría desear su muerte para que no siguiera extorsionándolos; también Sidney Willmott —dijo al fin sin apartar la mirada de su rostro, que manifestaba todo el horror que esa posibilidad le ofrecía.

Sin nuevas pruebas que lo descartasen, para él era uno de los principales sospechosos de esas muertes, al menos de las tres últimas, ya que Saunders murió meses antes de que él regresara de su primer viaje, o eso se creía, y las razones estaban claras: quería eliminar testigos que pudieran incriminarle si se decidían a hablar de lo ocurrido.

No se había confirmado que hubiese abandonado el país, solo que había embarcado en el Sapphire con rumbo a las costas brasileñas. ¿Y si desembarcó en algún puerto de escala y regresó a Inglaterra? Podía estar escondido con otra identidad. Sabía que era algo casi imposible de comprobar y que nunca lo atraparía si no confesaba ser el autor de los crímenes.

—No puedes pensar que Sidney es responsable de la muerte de Burton o de cualquier otra. — El rechazo a esas conjeturas era absoluto—. Lo conozco bien y sé que es incapaz de una acción tan atroz, ni siendo presionado por amenazas; y olvidas que había abandonado Inglaterra en el momento que se produjeron. En cuanto a su padre, no niego que sea capaz de muchas cosas por evitar el escándalo, pero de asesinar...

—Solo es una hipótesis que tendré que investigar, Beatrice. No puedo descartar a nadie, como he dicho. Y no sabemos a ciencia cierta dónde está Willmott. Solo se comprobó que había embarcado. Pudo regresar desde algún puerto de escala con otro nombre.

—Imposible. Recibimos un correo suyo desde Manaos hace unos meses. Nos comentaba que iban a remontar el curso del Amazonas y no sabía cuándo volvería a contactar con nosotros. Si llevas razón y él, o alguien de su familia, hubiese matado a Burton para evitar que continuara chantajeándolos, ¿qué razones tendrían para asesinar a los otros?

—Puede haber muchas: disputas o rencores entre los miembros del grupo, secretos que no interesa que vean la luz, deudas en las que las familias se han visto involucradas... Es probable que haya más de un asesino y los motivos no tienen que ser los mismo para cada uno. Hay claras diferencias entre las cuatro muertes.

Beatrice no se atrevía a verbalizar lo que la explicación de Ulysses le llevaba a pensar porque era demasiado horrible. La lista de sospechosos era corta y en ella aparecía Sidney.

—Cabe la posibilidad de que se trate de una persona que desconocemos, ese admirador secreto de Grace en quien hemos pensado —dijo Ulysses con el fin de aliviar la tensión que veía en ella—. Regresaré a Oxford si es preciso e investigaré las relaciones de Grace fuera del círculo de *Los libertarios*.

Antes de eso, Ulysses quería averiguar si Sidney Willmott había regresado a Inglaterra y dónde estaba el barón cuando se produjeron las muertes recientes. Pensaba interrogar al doctor Furlong y al juez Saunders para corroborar sus coartadas y confirmar si pagaron a los Burton para que no hablaran sobre la implicación de sus hijos en la muerte de Grace Burton.

—Creo que deberías centrar los esfuerzos en buscar a esa persona y no perder el tiempo en investigar a los Willmott o los familiares de los fallecidos —opinó Beatrice sin animosidad. Por mucho que Sidney hubiese cambiado, no le creía capaz de asesinar a sangre fría a uno de sus mejores amigos.

En su fuero interno, Ulysses coincidía con ella. No veía al relamido barón empuñando un cuchillo y rebanándole el cuello a un hombre, ni al doctor Furlong, por mucho que deseara librarse de los problemas que su hijo le creaba. En cuanto a Sidney, ya le planteaba más dudas, igual que el juez Saunders. Un hombre tan preocupado por su reputación, que le había llevado a presionar para que se falsease el expediente militar de su hijo, decía mucho de su carácter enérgico y del deseo de silenciar a todo aquel que pudiera contar lo que sucedió cuatro años antes.

Como no tenía intención de desplazarse hasta Glasgow, le encargaría al inspector Buchanan, del que le habían hablado en términos elogiosos por la cantidad de casos que había resuelto, que lo hiciera y que investigara si el juez había viajado a Londres en las fechas de los asesinatos.

El coche de alquiler paró en Cavendish Square, en el extremo opuesto de la residencia Leighton. Así lo había pedido Beatrice, que no deseaba alterar más a sus padres después del anuncio de la ruptura del compromiso con Sidney. Lo habían asimilado y mostraban una actitud positiva, aunque ella sabía que habían puesto grandes esperanzas en emparentar con la aristocracia.

—¿Cuándo piensas ir a Oxford?

—En un par de días, si no consigo nada provechoso antes. Esperaré el informe del médico por si revela algún dato que me ayude a avanzar en la investigación. En cuanto lo tenga, me marcharé.

—Me gustaría acompañarte. Podemos alojarnos en Greenwell Farm. Desde allí es una hora a caballo hasta Oxford. A Georgia y Clement les gustará conocerte —sugirió con tono ilusionado.

La posibilidad de gozar de su compañía era tan tentadora que Ulysses se vio aceptando. Reprimió el impulso.

—No sería prudente, Beatrice; no sin la autorización de tus padres. —Se sentía mal. Le había prometido al padre de ella que la mantendría al margen y no lo estaba cumpliendo. Era la primera vez que faltaba a su palabra y no se sentía orgulloso, ni le agradaba defraudar las expectativas que veía en ella.

Pese a la decepción, Beatrice entendió que no era el momento. Ya habría tiempo. Deseaba que la relación que habían iniciado esa noche continuase y se formalizase. Esperaba que les pidiese a sus padres permiso para cortejarla, que ella aceptaría encantada.

Ulysses la sentó en sus rodillas y sus cuerpos se fundieron en un abrazo que culminó en un beso apasionado. No sabía cuánto tiempo iba a estar sin verla y deseaba atesorar esos momentos para rememorarlos cuando estuviese lejos.

Cuando Beatrice bajó, él regresó a su apartamento. Durante el trayecto tuvo la sensación de que algo se le escapaba, sin lograr dar con ello. Al día siguiente, cuando pensara con más claridad y el sabor de los besos de Beatrice no estuviera tan presente, podría dar con lo que buscaba.

Capítulo 29

A primera hora de la mañana siguiente, Ulysses se personó en la morgue. No esperaba que el doctor Hogarth le revelara ningún dato crucial para que la investigación avanzara, pero era un paso que no podía dejar de lado.

Cuando entró en la sala ubicada en los sótanos del edificio, sintió un escalofrío recorriéndole la espina dorsal. No llegaba a acostumbrarse al frío y la humedad inherentes a aquel lugar y mucho menos a los peculiares olores que inundaban sus fosas nasales.

Samuel Hogarth estaba frente a una mesa de piedra en la que había un cuerpo desnudo de mujer. Presentaba una abertura en el torso por el que se veían las vísceras y un fuerte golpe en la cabeza que le había hundido parte del cráneo. Ulysses no pudo evitar una ligera náusea y, sobre todo, un hondo pesar por aquella desgraciada cuya muerte probablemente no merecía.

—Doctor, ¿tiene algo para mí sobre el cadáver que le trajeron ayer?

El hombre alto y delgado lo miró por encima de las gafas de marco dorado y volvió de inmediato su atención al cuerpo que estaba diseccionando.

—Poca cosa —dijo mientras extraía el hígado al cadáver y lo depositaba en una balanza. Anotó el peso en un libro e indicó a su ayudante que cosiera la abertura. Fue a una palangana con agua limpia y se lavó las manos con esmero, luego las secó con un paño y se dirigió a una mesa ubicada en un rincón de la amplia estancia de paredes de piedra sin enlucir. Cogió uno de los papeles que allí tenía y repasó lo que había escrito con pulcra letra.

—La causa de la muerte fue debida a una pérdida masiva de sangre provocada por la herida en el cuello que le seccionó la arteria carótida derecha. El corte es una herida limpia, sin vacilación y, según la dirección que presenta, fue realizada por una persona zurda. El arma utilizada era afilada, como una daga o una navaja de afeitar.

—¿Se puede saber la altura y constitución del asesino?

—No. Las manchas de sangre que había en el lugar del crimen, así como el ángulo del corte, indican que el sujeto estaba sentado y fue atacado por detrás; después lo llevaron al lugar donde se encontró su cadáver. También presenta marcas de ligaduras en muñecas y tobillos, lo que indica que estuvo maniatado.

—¿Y la fecha de la muerte?

—En eso no puedo ser tan preciso. Calculo que entre cuatro y cinco semanas. El cuerpo presentaba descomposición interna moderada para el tiempo transcurrido debido a las condiciones en las que se había conservado. La lona que lo cubría lo protegió de las inclemencias climáticas y de las alimañas, que hubieran acelerado el proceso y destruido las pruebas que el asesino pudo dejar en el cuerpo, si bien no he encontrado ninguna.

—¿Cree que es el mismo que mató a Furlong?

—No podría afirmarlo. Las heridas mortales y los escenarios son diferentes. En aquel había rastros de lucha o, al menos, signos que parecen indicar que no fue predeterminado; este fue una ejecución limpia.

—Poco me ayuda todo eso, doctor —se lamentó Ulysses.

—Es lo que ocurre cuando tratamos con un asesino inteligente y metódico, me atrevería a decir que parece profesional.

—¿Se refiere a un soldado o sicario?

—No necesariamente. El asesino sabe dónde iniciar el corte para que el sangrado sea rápido e

inmovilice a la víctima. Podría tratarse de un barbero, un carnicero, un médico o sanitario.

Ulysses pensó de inmediato en Henry Furlong, al que no había descartado pese a que le parecía improbable que fuese el asesino de Burton. Volvería a interrogarle y comprobaría dónde se encontraba en la fecha probable de su muerte. Apostaba más por un asesino a sueldo pagado por alguno de los familiares de los implicados; de ser así, le resultaría muy difícil dar con él. Esa gente sabía borrar muy bien sus huellas. Resopló. Ese caso se complicaba cada vez más y se volvía muy peligroso. Debía evitar que Beatrice continuase involucrada o podría resultar herida.

Hogarth cogió una caja de madera que había en una estantería junto a otras y la dejó sobre la mesa. En uno de sus laterales había pegada una etiqueta en la que ponía *Adam Burton* y la fecha en la que fue hallado su cuerpo sin vida.

—Estas son las pertenencias que llevaba el cadáver cuando lo trajeron. No he encontrado nada significativo, aparte de polvo y suciedad en las ropas y algunos objetos; puede que a usted le sean útiles.

Ulysses revisó la ropa que le habían quitado al cadáver, doblada y colocada con pulcritud en la caja: pantalón y chaqueta en *tweed* de lana ligera y tonos marrones con chaleco del mismo tejido, camisa de algodón y un pañuelo para el cuello en seda oscura. El calzón interior de algodón, calcetines de lana y unos tirantes de tela bordada completaban la vestimenta. Eran prendas de calidad y buena hechura, como demostraba la etiqueta con el nombre de la sastrería donde las había comprado, aunque estaban bastante desgastadas. El cuello de la camisa y el corbatín estaban deteriorados, los pantalones y la ropa interior llevaban remiendos y a la chaqueta le habían puesto coderas. Los zapatos eran de buen cuero y, al igual que toda la ropa, estaban muy usados. Ulysses dedujo que esas prendas habían sido compradas en una época de bonanza, cuando estaba recibiendo el dinero de los sobornos. Según las cartas de la madre, John Burton se había apropiado de la mayor parte del dinero que le dieron tras la muerte de Grace y, con la escasa paga del ejército, no pudo haberlas adquirido. Cuando los extorsionados se negaron a pagar, o los gastos aumentaron, no tuvo ocasión de reponerlas.

En el fondo de la caja encontró algunos objetos que el finado llevaba en los bolsillos: una bolsa de cuero pequeña que contenía picadura de tabaco, un paquetito de papel de fumar, un pañuelo de bolsillo y un total de dos peniques en varias monedas de medio y cuarto de penique. Ulysses pensó que estaba necesitado de dinero o el asesino le había robado. Nada de ello reforzaba la idea de que estaba extorsionando a alguno de los responsables de la muerte de su hermana.

—Llevaba esto en uno de los bolsillos interiores de la chaqueta —dijo Hogarth, y le entregó un sobre pequeño.

Ulysses lo abrió. Contenía un trozo de periódico doblado y con manchas de aceite, que debió envolver alimentos de algún vendedor callejero. En una cara se leía parte de publicidad de una loción para dar color al cabello que comenzaba a encanecer. Intuyó que no lo había guardado por eso y sí por lo que aparecía en la otra cara. Allí, en un espacio en blanco entre dos noticias locales de la sección de sucesos, aparecía una dirección escrita con grandes letras.

—Gracias, doctor.

Ulysses abandonó la morgue con alivio y se dirigió a Scotland Yard. Tenía una larga jornada de trabajo por delante y no quería demorarse.

Encontró a Fergus sentado en el escritorio leyendo los diarios de la mañana, como era su costumbre.

—Ya veo que ha pasado por la morgue; ¿alguna pista esclarecedora? —preguntó al ver que llevaba una de las cajas en las que solían guardar los efectos de los fallecidos.

—No lo sé; hay que investigarla —indicó sin andarse con rodeos. Dejó la caja de madera encima de la mesa, cogió el sobre que contenía el papel con la dirección escrita, el 8 de Victoria Park Square, y se lo dio a su ayudante.

Fergus dobló los diarios y se apresuró a revisarlo.

—En el cadáver de Adam Burton se ha encontrado ese papel en el que aparece una dirección manuscrita. Tiene que averiguar quién vive en esas señas, si es que la vivienda está habitada, y las posibles relaciones que existan con el resto de los implicados en la investigación. No sé dónde se encuentra la calle. Pregunte al sargento Morris o búsquelo en el plano de la ciudad.

—Hecho. Me pondré en camino, si no ordena nada más —dijo mientras anotaba en un papel la dirección.

—Eso es todo de momento. Cuando tenga la información, redacte un informe y déjelo sobre mi mesa. Es probable que pase el día fuera. A la vista de los nuevos datos que tenemos, voy a volver a interrogar al barón Willmott y al doctor Furlong. Quiero saber dónde se encontraban cuando se produjeron las últimas muertes.

—¿Piensa que el doctor pudo matar a su propio hijo? —preguntó Fergus con asombro.

—En este trabajo nunca se da nada por sentado, Graham, todo se investiga. Enviaré un telegrama a Glasgow para que averigüen dónde estuvo el juez Saunders en esas fechas y lo que sabe sobre el posible pago a los Burton para que mantuvieran la boca cerrada. Cuando tenga toda la información, y si no aclara nada, tendré que regresar a Oxford. Puede que allí encuentre la respuesta.

Ulysses se puso a redactar el telegrama con la información que necesitaba, y Fergus fue a averiguar dónde se encontraba la dirección que le había pedido. Cuando descubrió que estaba en Bethnal Green, partió de inmediato. Le esperaba una buena caminata hasta el alejado suburbio al este de la ciudad y quería estar de regreso para el almuerzo. Había quedado con el sargento Morris y con Taylor en El Pez Dorado, la taberna donde, según el sargento, hacían el mejor pastel de carne de todo Londres.

Casi dos horas después llegó a Victoria Park Square. La calle estaba cerrada por el otro extremo y no circulaban vehículos por ella. Se veía solitaria y tranquila y le pareció menos peligrosa que otras de aquella zona, donde te podían asaltar en cualquier esquina. Al otro lado, en la esquina y tras unos altos macizos de adelfas blancas y algunos árboles, se vislumbraba la alta torre de una iglesia.

El número 8 correspondía a una casita de una planta, bastante deteriorada, con un pequeño y yermo jardín delantero y separada de las contiguas por estrechas franjas de terreno en las que se acumulaban los hierbajos y la suciedad. Le pareció que estaba deshabitada; aun así, se acercó a la puerta y llamó. Repitió la llamada varias veces y nadie acudió. Decidió probar por la parte trasera, que daba a un estrecho callejón. Allí había una valla de madera de baja altura, que cedió al empujarla y le dio acceso a un patio descuidado donde los matojos crecían sin control.

Dudó durante unos breves minutos sobre si debía entrar o marcharse de allí y regresar con algún agente. Pensó en lo que el inspector McRae haría y las dudas se desvanecieron. Con la porra reglamentaria que siempre llevaba encima en la mano, empujó la puerta y entró con sigilo en una pequeña y lóbrega cocina con una mesa en el centro y una puerta abierta por la que se vislumbraba un oscuro pasillo. Volvió a plantearse continuar. Era la primera vez que realizaba una inspección en solitario. Siempre había ido acompañado de algún agente con más experiencia o del inspector.

—Soy policía. ¿Hay alguien en la casa? —dijo con voz potente. No le parecía noble entrar en el hogar de unas personas que no le habían invitado a hacerlo, si bien todo indicaba que no había

nadie en él.

Tras una rápida inspección de la vivienda y de confirmar que no había sido habitada en fechas recientes, decidió preguntar en las casas vecinas. En una apareció una anciana que se ayudaba con un bastón. Le dijo que la casa era propiedad de la parroquia de St. John y allí habían vivido los anteriores sacristanes con sus familias. Llevaba meses cerrada, aunque había visto en alguna ocasión luces en ella. Debían de utilizarla para acoger a visitantes esporádicos. En las siguientes, o no consiguió dar con nadie o le dijeron lo mismo.

Se dirigió a la iglesia vecina para que le confirmaran ese hecho. Imaginaba que si Burton tenía la dirección era porque conocía a O'Kelly y él le había facilitado albergue en alguna ocasión. Como las puertas estaban cerradas y nadie respondió a su llamada, se marchó con la intención de regresar al día siguiente.

Miró el reloj. Se había entretenido tanto con las averiguaciones que era casi la hora del almuerzo. No llegaría a tiempo de acompañar al sargento Morris a El Pez Dorado y decidió comer por el camino. Recordó una taberna en Holborn Hill a la que había ido en un par de ocasiones con Curtis, uno de los agentes veteranos. La hija del dueño era una joven muy bonita y la cerveza era de las mejores que había probado en todo el tiempo que llevaba en Londres.

Ulysses terminó de redactar el telegrama y lo entregó al sargento de guardia para que lo enviara con urgencia. Cuanto antes acabara con la investigación de los familiares, antes se centraría en indagar otros posibles sospechosos.

Salió de Whitehall Place y se dirigió al 29 de Harley Street, donde el doctor Furlong tenía su consulta. Imaginaba que lo encontraría allí a esas horas de la mañana. Como no estaba demasiado lejos, prefirió ir caminando. Durante el trayecto pasó cerca de Dean Street. Imaginó que Beatrice estaría en la asociación y sintió la tentación de verla. Nada le apetecía más que recrearse en su bonito rostro y, si era posible, disfrutar del calor de su cuerpo. Se recriminó con contundencia. Esa no era la cuestión que debería obsesionarle en esos momentos.

No se arrepentía de lo que había ocurrido la noche anterior en su apartamento y esperaba que ella tampoco lo hiciera. Sabía que no podía esperar más que algún encuentro de ese tipo y se conformaba con ello. Hasta ahora no había deseado formar una familia. Su profesión, al igual que la de soldado, era complicada y solitaria. Al conocer a Beatrice su determinación flaqueaba y reconocía que no le importaría unir su vida a ella; algo imposible. Beatrice no era mujer para él. Era una dama y su familia se opondría al matrimonio con un simple policía que la condenaría a la exclusión social.

El doctor se encontraba en la consulta, atendiendo a un paciente, y Ulysses tuvo que esperar a que acabara para que le atendiera.

—Si lo que en realidad desea preguntarme es si asesiné a mi hijo sepa que ni en los peores momentos de su enfermedad ese pensamiento me rondó la cabeza. Oliver siempre fue un alma atormentada y sentía por él una inmensa pena, aparte de amor. Pagamos una cantidad de dinero a los Burton para que se silenciara el asunto, y no por el escándalo que supondría. Oliver ya cargaba con un gran sufrimiento sobre sus hombros al sentirse responsable de la muerte de la chica. Habría ido a la cárcel si se hubiese sabido la verdad; no lo podía permitir. Al final acabó en un sanatorio mental, que es otra cárcel igual de penosa —se lamentó.

—¿Quién más pagó a los Burton?

—Cuando Oliver me envió un mensaje explicándome lo ocurrido, empecé de inmediato viaje a Oxford. Acudió también el padre de Saunders y el barón Willmott envió a su abogado. Hablamos con los Burton y comprendimos que aquello no debía salir a la luz. No se podía hacer

nada por la pobre chica, así que decidimos darles una compensación. Reunimos el dinero y se les impuso la condición de que se marcharan a otro lugar donde nadie les conociera para evitar que acabara sabiéndose.

—Aparte de su hijo, Sidney Willmott y William Saunders ¿había otros estudiantes implicados?

—No. Cuando ocurrió, solo estaban allí ellos tres. Había otros dos alumnos de su *college*, compañeros de hermandad, como les llamaban, que en esos momentos se encontraban fuera de Oxford.

—¿Alguno de los Burton le pidió más pagos?

—A finales de noviembre pasado recibí la visita del hijo. Pretendía dinero para continuar en silencio y no accedí. Oliver estaba en un sanatorio para enfermos mentales, condenado en vida, y el que se supiese su intervención en aquella tragedia no iba a redimirle ni a devolverle la cordura. Le hice ver que no tenía pruebas y que nadie le creería. No he vuelto a verle ni a saber de ninguno de los Burton. Si se puso en contacto con alguno de los otros, no estoy al tanto.

Ulysses no quiso aumentar la pena del hombre con más preguntas. Estaba convencido de que no tenía nada que ver con las muertes relacionadas con aquel suceso; no así el resto de los sospechosos. Le había pedido a Buchanan que investigara al juez Saunders y a su familia cercana. Igual ocurría con los Willmott. Aquí el candidato sobre el que recaían sus sospechas era Sidney, y no debido al sentimiento de rechazo que le provocaba el que Beatrice hubiese sentido por él un cariño especial.

Decidió dejar para la tarde la visita a la residencia Willmott. Era una tarea desagradable interrogar al pomposo barón; como muchas otras que esa profesión conllevaba y de lo que era consciente cuando la eligió. La presencia de Beatrice, como la vez anterior, le habría aliviado la tarea, pero se había prometido no implicarla e iba a cumplirlo.

Capítulo 30

Beatrice no lograba concentrarse en lo que estaba haciendo. Recreaba la imagen de Ulysses a cada momento y le provocaba una espontánea sonrisa difícil de justificar ante los demás, de ahí que se hubiese refugiado en la oficina para recrearse a placer y, de paso, pensar con tranquilidad en el dilema que le creaba.

Un suspiro se escapó de sus labios al rememorar los momentos de pasión vividos en su apartamento. Ya tenía constancia de que era inteligente, ingenioso y audaz; la tarde anterior había descubierto a un hombre apasionado, respetuoso, atento, generoso...

Recordaba las caricias de Sidney. insulsas y faltas de calor, como un pálido reflejo de las de Ulysses. Sidney se mostraba cohibido, como si se avergonzara de lo que estaba haciendo. Sus besos no eran tan intensos y voraces ni sus manos tan osadas y placenteras. Ahora reparaba en que la había tratado como a una amiga, no como la prometida que era. Él nunca logró desatar en ella esa pasión irrefrenable que le hacía olvidarse de todo y de todos, y no quería renunciar a ella.

Se regañó por permitir que su imaginación se desbocara. Con un gran esfuerzo de voluntad, relegó la agradable visión de unos ojos leoninos y se obligó a centrarse en lo que estaba haciendo.

Le escribía una extensa carta a Sidney en la que le notificaba su decisión de romper el compromiso, que ya había comunicado a ambas familias, le explicaba lo que había averiguado sobre la trágica muerte de Grace Burton y le pedía explicaciones de su intervención en los hechos. No sabía cuándo le llegaría ni si tendría una respuesta por su parte, solo confiaba en que fuese sincero con ella. En contra de la opinión de Ulysses, no le creía responsable de ninguna de las muertes, y menos de la de Oliver, que era su gran amigo.

Había pensado visitar a Harriet por si estaba enterada de algo más. Quería comentar con ella la información que poseía sin desvelar nada que pudiera comprometer la investigación. Si su padre había sido objeto de extorsión, ella estaría al tanto.

Unos suaves golpes en la puerta volvieron a distraerla. Respondió con un enérgico «adelante», imaginando que era alguna colaboradora de la asociación. La puerta se abrió y en ella apareció una dama mayor de elegante presencia a la que no conocía. Detrás entró Octavia, con una sonrisa complacida en su vivaz rostro.

Beatrice se levantó y rodeó el escritorio para acercarse a saludarla. Debía de ser una nueva benefactora o colaboradora y eso siempre era de agradecer, en especial si disponía de medios y voluntad para gastarlos en los más necesitados.

—Te presento a la señora Winifred Blackwood. Está interesada en la labor que realizamos y ha prometido ayudar en lo posible. Les dejo para que hablen —dijo Octavia, y salió a continuar con sus quehaceres. Intuía que el principal interés de la dama era conocer a Beatrice ya que había preguntado por ella.

—Señora Blackwood. Es un placer dar la bienvenida a personas tan altruistas —dijo con sinceridad, y estrechó la mano enguantada de la dama.

En el rostro anguloso y pálido de la dama apareció una amplia sonrisa que formó amplios surcos en torno a la boca e hizo destacar su prominente nariz. No cabía duda de que nunca había sido una belleza, pero la afabilidad que mostraba suplía la falta de atractivo.

—Me reconforta ayudar a los necesitados, señorita Leighton. Mi esposo es militar y yo colaboro con las viudas y las huérfanas de militares que ponen sus puestos en el Trotter's Bazaar; de hecho, es allí donde la vi, cuando acudió hace días en compañía de un caballero. Se mostró

tan amable y generosa con algunas de las damas que exponen sus artículos, que me atreví a preguntar quién era. Al decirme que ayuda en esta institución, me despertó el deseo de conocerla. Y tenemos algo en común: el caballero que la acompañaba, el señor McRae —dijo con un destello de alegría en los oscuros y pequeños ojos.

—¿Conoce a Ulysses?

—No en persona. He oído hablar mucho de él porque es hijo de mi marido. Antes de conocernos, mantuvo una relación con la madre del inspector McRae.

Beatrice mostró la sorpresa que esa revelación le causaba y Winifred, que no era persona de andarse con rodeos, fue directa al tema que la había llevado allí. Por la información que había recabado sobre ella, albergaba grandes esperanzas de que no se negaría a secundar el proyecto que quería emprender.

—Desconozco la naturaleza de la relación que los une, aunque me pareció que existía entre ustedes una buena amistad y esa es la razón que me anima a pedirle su ayuda para un proyecto relacionado con esta cuestión, si decide concedérmela —continuó Winifred.

A Beatrice le intrigó la petición y no le molestó su franqueza. Ella quiso corresponder de igual modo.

—No sé si podré ayudarle. Le conocí a raíz de una investigación que lleva a cabo y de la que me mantiene informada. —No iba a admitir el grado de intimidad al que habían llegado ante una desconocida.

—Gracias por contestar. ¿Le importa que nos sentemos? —pidió Winifred.

—Disculpe. ¿Desea tomar un té o una limonada?

—Nada, gracias.

Winifred se sentó en una de las dos butacas que había frente a la mesa escritorio y Beatrice lo hizo en la otra.

—Voy a ser muy franca, señorita Leighton: mi marido y su hijo están distanciados y yo quiero solucionar ese problema. —No consideraba que fuera la indicada para dar las explicaciones de algo que solo competía a los interesados, pero la ocasión lo requería—. Edward no se casó con la madre de McRae y nunca lo reconoció, de ahí que lleve el apellido de ella. La conoció cuando era un joven teniente destinado en Edimburgo, intimaron y ella quedó embarazada. Él no supo nada de su hijo hasta más de quince años después. En una carta, Kirsten le comunicaba que Ulysses había ingresado en el ejército y le pedía que le cuidara; al verle se convenció de que era cierto. Ambos son muy parecidos.

Winifred hizo una leve pausa. Le gustaba creer que ese podría haber sido el hijo que nunca tuvo.

—Mi marido lo protegió y, cuando Ulysses se enteró de que era su padre, no quiso saber nada de él. Debe creer que engañó a su madre, la dejó embarazada y la abandonó. Edward afirma que eso no es lo que sucedió y yo le creo. No sabía que estaba embarazada cuando su regimiento se marchó de Edimburgo. Le escribió varias cartas pidiéndole que le esperara, que iría por ella y se casarían; no recibió respuesta a ninguna. Cuando después de varios meses fue a buscarla, no la encontró. El padre de Kirsten le dijo que se había casado y vivía feliz en algún pueblecito de las Highland; no quiso darle su paradero y le hizo prometer que no la molestaría. Ese hecho le afectó. Estaba enamorado y se sintió traicionado por ella. Pidió el traslado a la India y allí nos conocimos.

—Una historia muy triste —reconoció Beatrice. Le sobrevino una gran congoja al imaginar lo que Ulysses habría sufrido, y aún estaría sufriendo, por esa causa.

—Y para ambos. A Edward le gustaría reconocerle como hijo o, al menos, tener un trato

cercano con él. Ha intentado en varias ocasiones un acercamiento y Ulysses se ha negado. La aversión que le guarda es grande, tal vez porque desconoce la verdad o está mal informado. Esa situación hace sufrir a mi marido y ambas podemos evitarlo.

—No creo que esté en mi mano hacerlo, señora Blackwood. Hasta este mismo momento desconocía su pasado y dudo que Ulysses me creyera si le cuento la versión de su marido.

—No le estoy pidiendo que sirva de mensajera, señorita Leighton.

—¿Cómo podría ayudar?

—Me gustaría que propicie un encuentro entre ellos en un marco distendido en el que puedan charlar. Si Ulysses tiene la oportunidad de escuchar a su padre, puede que acabe variando el concepto que tiene de él. Me haría feliz que se reconciliaran. Amo a mi esposo y me duele verle tan desgraciado. ¿Me ayudará?

Beatrice no tuvo que pensarlo mucho. No quería inmiscuirse en los asuntos de Ulysses, pero si su intervención contribuía a limar asperezas entre él y su padre, lo intentaría.

—De acuerdo. ¿Qué debo hacer?

—Edward y yo acudiremos la semana próxima a un baile benéfico organizado por Charlotte Broughton, una persona altruista y buena amiga, para recaudar fondos destinados a la *Escuela de Adiestramiento de Enfermeras*, creada por la señorita Nightingale en el hospital St. Thomas. Usted, que es generosa y caritativa, podría asistir y pedirle a Ulysses que la acompañara. Nos saludaríamos, charlaríamos... Sería un comienzo, ¿no le parece?

—Es una idea excelente, señora Blackwood; sin embargo, creo que me concede más mérito del que tengo.

—No sea modesta. Estoy convencida de que mi hijastro sería capaz de hacer cualquier cosa que usted le pidiera —dijo convencida. Había observado la forma en que Ulysses la miraba cuando los vio en el Trotter's Bazaar, con los sentimientos desbordando de sus ojos atigrados, idénticos a los de su padre.

Beatrice se sonrojó y bajó la mirada a sus manos, que se revolvían en el regazo.

—Lo intentaré. Dígame dónde y cuándo se celebrará el evento y procuraré llevar a Ulysses conmigo.

—Gracias. Sabía que no me equivocaba con usted. Le pediré a Charlotte que le envíe una invitación para usted y un acompañante. —Winifred mostró una sonrisa satisfecha y, en un gesto espontáneo, se acercó a ella y la abrazó. Beatrice correspondió al gesto. Le agradaba la señora Blackwood, una mujer con la que coincidía en muchas cosas, y no solo en que ambas querían lo mejor para Ulysses.

Una vez sola, Beatrice volvió a centrarse en la redacción de la carta para Sidney. Cuando acabó de escribirla, se marchó. Quería hablar con Harriet y comunicarle en persona la decisión que había tomado de romper el compromiso con su hermano, de la que ya debía estar al tanto por su familia. Confiaba en que la entendería y la aceptaría cuando le explicara las razones. Su opinión era la única que le importaba, no la del barón ni la de Matilda.

Cogió un coche de alquiler y pronto se presentó en Grosvenor Square. Harriet se encontraba en casa y la recibió con agrado.

—Me han informado y no te voy a negar que solo me ha sorprendido que no lo hicieras antes. Si te soy sincera, no creía que un matrimonio entre vosotros os hiciera felices a ambos. Veía amor fraternal, no apasionado. Además, el rumbo que Sidney ha dado a su vida no es el más adecuado para formar una familia. No digo que sería un mal esposo y padre, solo que estaría ausente la mayor parte del tiempo, y eso es incompatible con mantener un hogar feliz.

—Me alegra que lo entiendas, Harriet. Debí tomar antes esta decisión, pero me sentía muy

cómoda, no tenía presiones por parte de mis padres para encontrar un marido y, el hecho de estar prometida, me otorgaba una libertad que no hubiera tenido de otra forma. Fue a raíz de que Sidney cambiara cuando comprendí que no iba a ser feliz casándome con él. Aun así, decidí esperar a que regresara de su segundo viaje para plantearle la cuestión. Si me he precipitado, pese al gran cariño que siento por él, ha sido el enterarme de los sucesos ocurridos hace cuatro años, que motivaron el cambio de carácter que sufrió y que no puedo aceptar. Todos lo observamos sin dar con la causa menos tú; ¿me equivoco? —No iba a desvelar la información que poseía hasta que Ulysses le autorizase; lo que sí podía hacer era averiguar qué sabía ella.

Harriet bajó la cabeza abochornada. Debió de haberse sincerado con Beatrice mucho antes.

—No conozco la historia al completo, solo sé que Sidney y sus amigos del grupo *Los libertarios* se vieron involucrados en alguna fechoría que podía llevarles a prisión. Para evitarlo, mi padre pagó una buena cantidad de dinero. El padre de Thomas accedió a prestársela, imagino que a cambio de formalizar el compromiso entre su hijo y yo.

Los ojos de Harriet se humedecieron y su rostro mostró todo el resentimiento que sentía hacia su hermano, que la había abocado a un matrimonio no deseado con un hombre quince años mayor que ella y al que apenas conocía. Si no hubiese sido por esa causa, su padre nunca habría aceptado emparentar con un comerciante enriquecido. Antes de continuar, sacó del bolsillo de su vestido un pañuelo de fino algodón blanco bordeado de primoroso encaje y secó una lágrima que comenzaba a discurrir por su mejilla.

—Me enteré de ello un año después, cuando ya estaba casada. Le pregunté a mi padre y no quiso confesarme toda la historia, solo me dijo que mi hermano había cometido una estupidez que, de saberse, afectaría a toda la familia y culpaba a Oliver de ello, de la mala influencia que ejercía sobre Sidney.

—¿Tu marido sabe lo que ocurrió?

—No he querido preguntarle. Cualquier tema relacionado con Oliver le disgusta y prefiero no tocarlo, de ahí que le haya ocultado mis visitas al sanatorio y a su casa. Tampoco deseo saber lo que mi hermano y Oliver hicieron. No debe de ser agradable y, por patético que parezca, quiero conservar un buen recuerdo de Oliver. Era un ser torturado y marcado desde su nacimiento por la enfermedad de su madre. Si hizo algo punible, lo ha pagado con su muerte.

Beatrice lo entendía. Harriet siempre estuvo enamorada de Oliver y ese amor no había desaparecido después de casada.

Capítulo 31

Ulysses tomó un almuerzo rápido de camino a comisaría y a primera hora de la tarde iría a la residencia Willmott.

Mientras Fergus llegaba, estuvo repasando sus notas. Ese caso se complicaba cada vez más y no lograba ver una solución. O había más de un asesino o eran varios los motivos que este tenía. Si descartaba a los Burton y a los dos miembros del grupo que quedaban vivos la idea de alguien externo a ese círculo tomaba peso, o su intuición le fallaba y esas muertes no tenían nada que ver con la joven fallecida. Si ese era el caso, aún estaba lejos de determinar las poderosas razones que se ocultaban detrás de esos crímenes.

Se había centrado tanto en la muerte de Grace Burton y el deseo de venganza del asesino que había dejado de lado otras posibilidades que incrementaban el círculo de sospechosos y la investigación en medios y tiempo. Con medios no contaba, aparte de un par de agentes más que pudiera reclutar; en cuanto a tiempo, el superintendente se estaba impacientando y eso no era bueno.

Tendría que volver a viajar a la ciudad universitaria. Quizá allí encontraría la clave que le faltaba para resolver ese complicado caso. Antes seguiría el plan trazado e interrogaría al barón Willmott.

Cuando pasó una hora y Fergus no apareció por allí, le preguntó al sargento Morris. Este le comunicó que habían quedado para comer juntos y no se había presentado. Ulysses imaginó que se había entretenido con las indagaciones y había comido en alguna taberna cercana. Dejó una nota en el escritorio de su ayudante indicándole que esperara allí hasta que él regresara. Tenía interés en conocer lo que había averiguado sobre la dirección escrita en el papel que Adam Burton llevaba en el bolsillo. Podía suponer un dato valioso o tratarse solo de una pista inútil, pero todo se debía investigar por insignificante que pareciera. Era la premisa que debía seguir todo buen detective y que le enseñó su mentor, el superintendente Moore.

Decidió ir caminando hasta Belgrave Square. La lluvia que había caído durante buena parte de la mañana había cesado y la temperatura era agradable. Al cruzar St. James Park, observó a muchas parejas pasear por los caminos y disfrutar de la templada tarde. Imaginó lo agradable que resultaría pasear con Beatrice del brazo, como una pareja más, y una sonrisa se insinuó en su rostro. La borró de inmediato. Era un sueño, solo eso. Ella nunca aceptaría una relación pública; las grandes diferencias sociales entre ambos se lo impedían. Era una mujer sensata y se comportaría como le exigía la elevada posición de su familia.

En poco tiempo llegó a la residencia Willmott y llamó a la puerta. El mismo mayordomo de la vez anterior acudió a abrir. Mostró un gesto de desagrado en el orondo rostro, enmarcado por unas pobladas patillas que le llegaban al mentón. En esta ocasión no le envió a la puerta del semisótano. Sabía quién era y no deseaba problemas.

—Inspector Ulysses McRae. Vengo a ver al barón Willmott. Anúnciame, por favor.

Roper se hizo a un lado y le dejó pasar.

—Espere aquí. Veré si puede recibirle —indicó, y se perdió por un pasillo a la izquierda del lujoso vestíbulo.

Ulysses aguardó. Tras una corta espera, el mayordomo regresó.

—Acompañeme.

Ulysses le siguió hasta llegar a una puerta cerrada al final del corredor en cuyas paredes

aparecían colgados retratos de los antepasados del barón, todos con el mismo aire de prepotencia que ostentaba el actual. Roper abrió y anunció al visitante.

El barón se encontraba sentado en una butaca enfrente de la apagada chimenea degustando una copa de oporto. Levantó la vista cuando Ulysses entró y no hizo intención de saludarle ni le indicó que se sentase.

—¿Qué desea ahora, inspector? —preguntó con voz desabrida. Era obvio que no le agradaba la presencia del policía.

Ulysses observó la seriedad de su rostro, acentuada con un rictus de preocupación que le marcaba profundas arrugas en la frente y alrededor de la boca, un aspecto muy alejado del que mostraba la última vez que lo vio. Robert Bentinck le comentó que la estabilidad económica de los Willmott dependía en gran medida del dinero que la boda de su hijo con Beatrice le aportaría, luego la ruptura del compromiso era un golpe que le costaba asimilar. Carente de esos fondos y con pocos ingresos, las deudas debían de acumularse. Si no conseguía un ventajoso matrimonio de su hija pequeña, los acreedores no tardarían en llamar a su puerta.

—Tengo que hacerle algunas preguntas, barón, si tiene a bien contestarme.

El hombre asintió cabizbajo.

—Usted dirá...

—En primer lugar, tengo interés en saber si se ausentó de la ciudad en algún momento de estas últimas cinco semanas.

—No. He permanecido aquí desde primeros de año, cuando regresamos de una breve estancia en Willmott Park —contestó en tono apagado.

Acabó el contenido de la copa de un largo trago y se levantó para servirse otra. Con la copa en la mano, se dirigió a la ventana que daba a la concurrida calle y permaneció de espaldas mirando el exterior.

No le ofreció a Ulysses, ni él lo esperaba. De haberlo hecho, habría rehusado el ofrecimiento. Tenía por costumbre no tomar alcohol mientras estaba trabajando para mantenerse alerta.

—Desde la última vez que hablamos he recibido información que deseo comentar con usted.

—¿Acaso cree que puede interesarme? —dijo con tono despectivo.

—Debería, barón. No es nada halagüeña.

Francis se giró y mostró una actitud arrogante con la que intentaba enmascarar el desasosiego que sentía. La situación por la que atravesaba ya era demasiado desafortunada como para que se tornara más adversa.

—¿De qué se trata?

—De la muerte de una joven llamada Grace Burton, sucedida hace más de cuatro años en Oxford.

El semblante del barón se demudó. Ulysses no mostró la menor compasión por él.

—No veo que tenga que ver conmigo. —Su voz tembló y Ulysses supo que estaba mintiendo.

—Lo tiene y mucho, así como con su hijo. Parece ser que se vio implicado en esa muerte, que usted intentó ocultar pagando a la familia por su silencio.

—¿Cómo se atreve?! —exclamó ofendido, sacando los restos de orgullo que aún le quedaban.

—Con la autoridad que me concede mi cargo y la confesión de una persona que está implicada en dicho soborno.

El barón maldijo por lo bajo. No dudaba de que había sido Furlong. Ese hombre era un débil. Siempre supo que acabaría confesando.

—¿Lo niega? —le apremió Ulysses.

El barón volvió a sentarse en la butaca. Sería una estupidez negar los hechos si alguien ya lo había admitido.

—Mi hijo no es responsable de la muerte de esa chica. Intentó evitar que Furlong le practicara el aborto. Yo solo quería acallar el escándalo que supondría y evitar problemas a mi hijo, lo que no considero un delito.

Los argumentos de Willmott eran razonables; cualquier padre lo haría. Y Ulysses sabía que no podría probar que Sidney intervino una vez que los testigos estaban muertos.

—¿Ha recibido nuevas demandas de dinero por parte de alguno de los Burton después de esa retribución inicial?

—No —contestó con firmeza.

—¿Sabe si se pusieron en contacto con su hijo?

Ulysses observó que el barón daba un largo trago a su bebida e imaginó que estaba ganando tiempo para pensar en la respuesta.

—No estoy al tanto de los asuntos de Sidney. La comunicación entre nosotros es muy reducida desde hace años.

La vacilación de Willmott le indicó a Ulysses que sabía algo, otra cuestión era que lo admitiera. Debía desentenderse de las cuestiones que le resultasen molestas.

—¿Conoce el paradero actual de su hijo?

—Lo ignoro. Debe de andar por algún lugar de la selva amazónica, si no ha perecido en ella. —Sus palabras no mostraban pesar y sí una enorme acritud.

Sidney le había defraudado desde niño. En nada se parecía a él ni sentía el orgullo de su clase que llevaba guiando a los Willmott varias generaciones, desde que su bisabuelo recibió la baronía de manos de Jorge III en agradecimiento a su valentía frente a los rebeldes americanos y sus pretensiones de independencia. Era una persona débil e inútil que siempre se había dejado llevar por la indolencia y las bajas pasiones, lo que le había labrado su propia desgracia y puesto en riesgo la honorabilidad de los Willmott; y en vez de plantar cara a sus errores y tratar de enmendarlos, había huido como el cobarde que era, dejando a su familia para que los solucionase.

Era un inútil que había destruido lo único provechoso que habría hecho en su vida: casarse con Beatrice, que les habría solucionado los agobios financieros por los que pasaban. Tras la ruptura de ese compromiso se veían abocados a la ruina y solo le quedaba la esperanza de que Matilda consiguiese una propuesta de matrimonio ventajosa en el mes escaso que quedaba de temporada social. De no ser así, tendrían que vender esa casa, que llevaba en la familia desde hacía un siglo, y mudarse al campo, lo que conllevaría su ruina social. ¿Cómo podría vivir en aquel inundo agujero sin poder asistir a ningún club de caballeros, a la ópera o a los bailes en las mansiones de lo más granado de la alta sociedad?

—¿Está seguro de que no ha regresado? Si lo oculta, puede tener problemas.

El barón giró la cabeza con rapidez y le dirigió una mirada feroz, impropia del carácter flemático que había mostrado hasta el momento.

—No me amenace, inspector. Tengo amigos influyentes en la policía que no estarían de acuerdo con sus métodos. Si le digo que no sé dónde se encuentra mi hijo, no debería cuestionar mis palabras.

Ulysses le mantuvo la mirada. No se iba a dejar amedrentar por su alta posición o los contactos que tuviera dentro del cuerpo, pero le creyó; al igual que no creía que hubiese tenido nada que ver con la muerte de Adam Burton, que debía desconocer. Era demasiado pusilánime para implicarse en algo tan arriesgado y sabía que, si se descubría, no quedaría sin castigo. Una

cosa era el descrédito social por la falta cometida por su hijo y otra la complicidad en un asesinato.

—Si recibe noticias de él, le agradecería que me tuviese al tanto.

Ulysses dejó una de las tarjetas sobre la mesita junto a la butaca en la que el barón se sentaba y se marchó. No escuchó ninguna respuesta.

Cuando abandonó Belgrave Square, se dirigió a la comisaría con paso rápido. Confiaba en que Fergus ya hubiese llegado y aportase alguna pista para continuar con la investigación, que en esos momentos estaba muy estancada. A la espera de la respuesta de Buchanan desde Glasgow, se estaba quedando sin sospechosos. Ni el doctor Furlong o el barón Willmott eran la mano que había empuñado el arma asesina y no abrigaba grandes esperanzas de que el juez Saunders fuese el hábil y despiadado asesino que buscaba. En cuanto a Sidney Willmott, era poco probable que hubiese regresado al país de forma subrepticia. ¿Quién quedaba?

Si se guiaba por su experiencia y las evidencias que mostraban las muertes, no se trataba de un solo asesino. Había dos, al menos, y debía encontrarlos antes de que continuasen matando.

Capítulo 32

Tras la visita a Harriet, Beatrice regresó a su hogar. Estaba decidida a cumplir la promesa hecha a la señora Blackwood porque acabaría beneficiando a Ulysses. Por mucho que desaprobaba la forma de proceder del general, era su padre y no debía guardarle rencor después de tanto tiempo. Debía escucharle y contrastar lo que le explicase con lo que su madre y su abuelo le habían contado.

Tenía que idear algún plan para que Ulysses la acompañara sin sospechar que era una trampa. Sabía que no podía ir sola con él al evento o se arriesgaba a desatar la ira de su padre, en cambio, no pondría reparos si conseguía que su madre la acompañara y para ello tenía que confesarle la verdad, incluso lo que sentía por Ulysses. Él no le había hecho ninguna oferta, ni la esperaba. Se conformaría con los momentos de felicidad que pudieran compartir mientras ambos lo deseasen.

Siempre había intentado ser sincera con sus padres y ahora no les iba a mentir. El problema era cómo iba a decírselo. Hacía pocos días que había roto el compromiso con Sidney. Les costaría aceptar este cambio de rumbo, que no era lo que habían proyectado para ella, pero aceptarían lo que decidiera porque, por encima de todo, deseaban su felicidad.

Era la hora del almuerzo y sabía que encontraría a su madre en casa. No solía concertar compromisos para esa hora, que reservaba para estar con Evangeline. Su padre rara vez almorzaba allí y ella estaba tan ocupada con sus compromisos en la asociación o con los viajes a Greenwell Farm que se había acostumbrado a su ausencia. Seguro que se llevaría una agradable sorpresa.

—¿Dónde se encuentra mi madre, Rhys? —preguntó al mayordomo.

—En el comedor, señorita. La señora está almorzando en compañía de la señorita Evangeline.

—Las acompañaré. Ordene que añadan un servicio —indicó Beatrice.

Se encaminó hacia el comedor cuando la campanilla de la puerta sonó. Se detuvo mientras Rhys iba a abrir. Esperaba que fuera su padre. Hacía tiempo que no se reunían todos a comer, aunque faltaba Rupert.

Un chicuelo de la calle apareció en ella. Portaba una nota lacrada.

—Para la señorita Beatrice Leighton. Me han indicado que espere la respuesta, si está en la casa. —Le entregó la nota a Rhys y este le hizo pasar.

Beatrice se acercó y tomó el papel de manos del mayordomo. No llevaba remitente y la abrió. Le sorprendió leer al pie del corto escrito la firma del diácono O’Kelly.

Estimada señorita Leighton.

Disculpe el atrevimiento que supone escribirle esta nota y, sobre todo, con la intención de abusar de su generosidad para hacerle una petición. ¿Sería tan amable de concederme unos minutos? Necesito hablar con usted sobre un tema importante y de gran interés para su futuro.

Si esta tarde no tiene ningún compromiso, indíqueme el lugar y la hora de su preferencia y allí estaré.

Atentamente,

Cillian O’Kelly

Beatrice se preguntó qué tema desearía tratar con ella. Por si era algo relacionado con Sidney, prefería hablar con él fuera de casa y en un lugar discreto y tranquilo. Decidió que lo mejor era acudir a la parroquia, como la vez anterior. Indicó al chico que esperase y fue a la biblioteca a escribir la respuesta.

El almuerzo resultó muy entretenido y Beatrice aprovechó para comentar con su madre que

había sido invitada a un baile y le gustaría que la acompañara. Sabía que tratándose de un evento benéfico no se iba a negar, e insistiría a su padre para que asistiera. Pospuso la explicación sobre las verdaderas razones que la motivaban para una ocasión más propicia. Su madre le exigiría que le refiriera todo con detalle y eso le llevaría más tiempo del que disponía; ni lo deseaba estando su hermana presente.

Se despidió de ellas con el pretexto de acudir a la asociación y pidió un coche de alquiler. A las cuatro de la tarde, la hora indicada en la nota, Beatrice bajó frente a la iglesia de St. John y se dirigió a la puerta trasera, que daba a la sacristía.

—Gracias por atender mi petición, señorita Leighton. No era necesario que se molestase en desplazarse hasta aquí; yo habría acudido donde me indicara —comentó Cillian.

—No me ha representado molestia alguna, diácono. Tenía que entregar unas prendas donadas a una familia que vive a unas manzanas —mintió Beatrice para no hacerle sentir mal—. ¿Qué deseaba comunicarme? —añadió. No quiso preguntarle por la nota amenazante que había recibido para no comprometer a Ulysses.

Cillian sintió una inusitada timidez, y no solo por el tema que iba a tratar. Una de las razones que le habían llevado a concertar esa cita era el deseo de volver a verla. Beatrice le había causado una grata impresión cuando vino a visitarle la primera vez. Se apreciaba en ella una nobleza y elegancia que le habían cautivado. Y, pese a no ser hermosa como Grace, tenía unas cualidades que eran más valiosas que la simple belleza vacía de la joven que le enamoró cuando era un incauto estudiante. Por desgracia, pronto descubrió su verdadero carácter, sórdido y voluble, y la decepción casi le destruyó.

—Es un tema... escandaloso e impropio para ser escuchado por los oídos de una dama, pero no puedo dejar de advertirla. Creo que es una persona excelente, señorita Leighton, compasiva y generosa, que no se merece el destino que le espera si acaba casándose con Sidney.

Beatrice se tensó. Prefirió ocultarle que ya no estaba comprometida con él por si aportaba nuevos testimonios.

Cillian interpretó su silencio como una invitación a hablar y prosiguió.

—Verá, Beatrice; ¿me permite que la llame por su precioso nombre?

—Por supuesto, diácono —consintió, sin ceder a la implícita invitación para que ella hiciera lo mismo. No le agradaba la forma que tenía de mirarla, con un brillo licencioso que la molestaba, ni el leve tono insolente que apreciaba en su voz y que no había detectado la vez anterior.

—Gracias, Beatrice —dijo con una sonrisa satisfecha. Había perdido el nerviosismo inicial al comprender que era receptiva. Hasta se atrevía a afirmar que se sentía cómoda en su presencia—. Como le digo, me apena tener que sincerarme con usted y desvelar secretos de un amigo; sin embargo, después de conocerla lo considero mi deber. Usted se merece alguien mejor que ese licencioso. Sidney tiene muy buenas cualidades, aunque su naturaleza inmoral predomina y se deja llevar por las bajas pasiones. Ha de saber que no solo intimaba con mujeres, las muchas que pasaron por el estudio de Oliver, Grace incluida, también...

Cillian calló. Le resultaba muy violento hablar de ese tema con ella. Superó su bochorno. Beatrice no podía casarse con un depravado como Sidney Willmott.

—No me oculte nada, por favor —pidió ella con voz contenida. Por muy grande que fuese la decepción que le causara y muy escabroso que resultase el relato, debía conocer toda la verdad.

Cillian bajó la cabeza. No se atrevía a mirarla a los ojos.

—Sidney mantuvo relaciones íntimas con algunos... estudiantes, entre ellos Oliver Furlong y William Saunders.

Beatrice jadeó ante esa acusación y su rostro adquirió una expresión de completo asombro.

—¿Está... seguro de ello?

—No estaba presente en esas reuniones, en las que se cometían tantos excesos. Fue William quien me lo confesó tiempo después, ayudado por los efluvios del alcohol y el sentimiento de culpa que le provocaba su implicación en la muerte de Grace, imagino. Cargaba con mucha amargura y necesitaba liberarla. Al final, decidió acabar con su sufrimiento y se disparó un tiro en la cabeza.

Cillian hizo un gesto de pesar, cerró los ojos y sus labios se movieron en una breve plegaria, lo que le impidió advertir el sobresalto que Beatrice experimentó al escuchar sus últimas palabras. ¿Cómo sabía que se había disparado si, según Ulysses, su padre lo ocultó y solo algunas personas estaban al tanto de ese hecho? ¿Por qué le dijo a Ulysses que no había vuelto a ver a Saunders tras la muerte de Grace y ahora afirmaba que habían hablado mucho después de abandonar Oxford?

Desde la primera vez que habló con él, Beatrice sentía que había escuchado algunas notas discordantes y no acertaba a dar con ellas, camufladas en el resto de la melodía. Ahora sí, allí estaban las incoherencias que no logró ver antes y esa revelación la asustó. Tenía que marcharse de inmediato y hablar con Ulysses.

Se levantó del asiento con presteza, lo que provocó un sobresalto en Cillian.

—He recordado que tengo un compromiso y debo marcharme de inmediato —le comunicó de forma atropellada.

—¿No puede posponerlo? Me gustaría continuar charlando con usted.

—Lo siento, diácono, en otra ocasión. Gracias por informarme. —Se dirigió a la puerta con pasos rápidos, la abrió y salió al exterior. Las sombras comenzaban a ganar la batalla a la luz y aquella zona despoblada y cubierta de altos setos no contribuía a serenar su alterado pulso.

A Cillian le decepcionó la actitud de Beatrice. Había pasado a su lado unos pocos minutos, insuficientes para expresarle la admiración que sentía por ella. No era lo que esperaba ni lo que había planeado. Debía de estarle agradecida por haberla advertido sobre los vicios de su prometido, no huir despavorida como una niña asustada cuando se enteró de su verdadera naturaleza... A no ser que la razón de su precipitada marcha fuese otra.

Beatrice enfiló el estrecho camino que llevaba a la fachada principal de la iglesia. Se recriminaba por no haber pedido al cochero que la esperase; ahora tendría que buscar uno y no le iba a resultar fácil. En Bethnal Green Road, una calle más concurrida, tendría la oportunidad de encontrarlo, pensó, y aceleró el paso.

Antes de llegar a la esquina, en una zona donde los setos de adelfas alcanzaban buena altura, escuchó un crujido a su espalda y se giró temerosa. No tuvo tiempo de reaccionar antes de recibir el contundente golpe en la cabeza y de que la negrura se extendiera por su mente.

Tras la visita al barón Willmott, Ulysses regresó a Whitehall Place con la esperanza de que Fergus tuviese alguna información valiosa. Una buena pista que seguir era lo que necesitaba en esos momentos, ya que todas las vías de investigación parecían cerrarse.

Fergus estaba sentado a la mesa redactando el informe de las pesquisas de esa mañana. Lo miró con el rostro sonrojado. Se sentía culpable por la tardanza. Se había entretenido más de la cuenta en la taberna y sabía que había hecho mal. En horas de servicio no se podía dedicar a cortejar a una chica, por mucho que la encantadora Alice estuviese bien dispuesta a que lo hiciera.

—¿Alguna buena noticia, señor? —preguntó con su natural simpatía y un leve tono aprensivo

en la voz. Esperaba que su superior no estuviese enfadado.

—Nada destacable. ¿Qué ha averiguado en la dirección que aparecía en el papel?

—La vivienda estaba deshabitada, como comprobé. Es propiedad de la parroquia de St. John, en Bethnal Green, y en ella solían vivir los sacristanes con sus familias; ahora solo se utiliza para albergar a visitantes eventuales, según me comentaron algunos de los vecinos. La iglesia estaba cerrada y no logre encontrar a nadie que lo confirmara. Volveré mañana.

Ulysses lo miró con el gesto fruncido, signo de concentración.

—¿La vivienda está cerca de la iglesia de St. John?

—Sí, señor, en su parte trasera. Está separada por Victoria Park Square, una calle estrecha. Burton debía tener esas señas porque pernoctó allí en alguna ocasión, ya que conocía al diácono O’Kelly.

Las deducciones de Ulysses no iban por ese camino y le preocupaban. Si O’Kelly le había dicho que no sabía nada de los Burton desde que abandonaron Oxford, ¿por qué Adam guardaba esa dirección? ¿Vio entrar al diácono en la casa y anotó las señas por si lo necesitaba o se las dio el propio O’Kelly? Si se trataba de esto último, le había mentido y debía averiguar la razón.

Capítulo 33

Beatrice abrió los ojos con esfuerzo e intentó enfocar la visión. No pudo, una espesa neblina parecía haberse instalado delante de ellos. Parpadeó varias veces y sintió fuertes pinchazos detrás de la oreja izquierda. Gimió y su rostro se contrajo en una mueca de dolor. Lo ignoró y persistió. Volvió a abrir los ojos y comprobó que la visión se aclaraba. Los entrecerró para enfocar mejor y descubrió que se encontraba en un cuarto desprovisto de muebles, excepto por un camastro en un rincón, e iluminado con unas velas. No reconoció la sacristía de la iglesia de St. John, en la que recordaba haber estado.

Oyó un ruido a su derecha y se giró. Por una puerta al fondo de la habitación apareció la figura de O'Kelly con su habitual vestimenta negra y el corbatín blanco. Intentó levantarse y comprobó que unas cuerdas la tenían sujeta a la silla en la que estaba sentada. Todo se aclaró en ese momento: la conversación con el diácono en la sacristía, las palabras que pronunció y que le advirtieron del peligro que corría, el improvisado pretexto, la huida, el golpe en la cabeza...

—Siento haber llegado a esta situación, Beatrice. Tenga la seguridad de que no era mi intención dañarla de ningún modo —se excusó. Se paseaba de un lado a otro de la reducida estancia con notoria inquietud y gesto arrepentido.

El tono dolorido que se apreciaba en su voz parecía sincero y Beatrice llegó a dudar de que fueran ciertas sus suposiciones.

—No tiene derecho a retenerme. ¡Suélteme! —le increpó con severidad. Intentaba mantener una entereza que estaba lejos de poseer. ¡Podía estar ante el asesino que Ulysses buscaba!

—¿Qué he dicho para incomodarla? Solo quería advertirla sobre Sidney. No es el hombre adecuado para usted. ¿Por qué ha huido? —Había advertido su temor y debía averiguar lo que sabía o sospechaba.

—No se trata de Sidney; dígame, ¿cómo sabe que William Saunders murió de un disparo en la cabeza?

—Lo... lo oí decir, no... no recuerdo a quién. —Cillian comenzó a tartamudear, como siempre que estaba sometido a una fuerte tensión.

—Dudo que lo oyera; su padre se cuidó de ocultarlo. Muy pocas personas lo sabían, solo algunos compañeros de regimiento... o quien lo presencié.

La sorpresa que mostró O'Kelly le confirmó a Beatrice sus sospechas. El silencio también era revelador. Debía de estar buscando alguna excusa creíble con la que salir airoso. Al advertir su desconcierto, continuó hablando.

—Mintió al inspector McRae al decirle que no había vuelto a ver a Saunders desde que abandonó Oxford tras la muerte de Grace Burton; en cambio, acaba de decirme que lo vio tiempo después de esas fechas. ¿Fue el día que murió? ¡Usted le mató!

—¡No! —exclamó Cillian indignado; más tranquilo, continuó—: Deseaba hacerlo. Lo merecía, pero no fue necesario; él mismo comprendió que estaba sentenciado y se impuso el castigo —admitió con rabia. Ya no tenía sentido fingir ante ella.

Beatrice percibió el cambio de actitud y un estremecimiento la sacudió. Ahora mostraba su verdadera cara, la de un hombre vengativo.

—Lo vi el día que murió. —Se sentó frente a ella en una butaca y la miró con un brillo desafiante en los ojos—. Me encontré con Adam Burton en Belfast un mes antes. Estaba destinado en un acuartelamiento cercano y me dijo dónde podría encontrar a William. Quería

saber cómo había muerto Grace. Palmieri me dijo que fueron unas fiebres y por la ciudad corrían rumores de que estaba embarazada y quiso deshacerse del niño. Tenía que salir de dudas.

—¿Burton no le contó la verdad? —le extrañó.

—Él no conocía los detalles, que era lo que yo quería averiguar. Si la habían dejado morir por miedo al escándalo o solo fue un fatal accidente.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Beatrice. No solo la movía el interés por conocer la verdad; quería ganar tiempo para encontrar una salida a su difícil situación.

—Fui a verle al pueblo donde su regimiento estaba acuartelado y me explicó lo ocurrido. Ellos tres la mataron. Oliver no estaba en condiciones de practicarle el aborto. Había bebido y fumado opio. Le costaba mantenerse despierto. Los otros dos tuvieron gran parte de culpa al no avisar de inmediato al médico. Tardaron en tomar la decisión y, cuando lo hicieron, era demasiado tarde; después quisieron eludir su responsabilidad pagando a los Burton para que callaran, como siempre habían hecho. Las familias se encargaban de tapar los pecados con dinero y coacciones.

Sus palabras rezumaban despecho hacia los tres causantes de aquella muerte, que pudo haberse evitado, y hacia una clase social superior, rica y privilegiada, a la que él nunca pertenecería. Un odio que se había alimentado con los años de servilismo en la universidad, ejerciendo de lacayo de sus compañeros, siendo menospreciado y humillado por jóvenes ociosos e inmorales a los que, en el fondo, consideraba inferiores a él.

—¿Cómo supo que Saunders se había disparado?

—Dejé a William en la taberna. Necesitaba calmarme tras escuchar su confesión. Al rato lo vi salir y lo seguí. No sé qué intención tenía en ese momento, increparle, golpearle... Iba muy borracho y le acompañé hasta su casa, que se encontraba a corta distancia de la población. Fui a entrar con él para ayudarlo y me dijo que no me necesitaba, que me marchara. Cuando me alejaba escuché un disparo e imaginé lo que había ocurrido. Volví a la casa. No había echado el cerrojo y entré. William estaba sentado a la mesa, con la pistola aún humeante en la mano y sangre por todos lados. —Hizo una mueca de desagrado al rememorar la desagradable visión—. Me marché para no verme implicado en la investigación.

—¿Qué le sucedió a Palmieri?

Cillian valoró durante unos segundos la conveniencia de confesarle la verdad. Si lo hacía, tendría problemas. Decidió seguir adelante. Antes o después el inspector McRae lo descubriría. Parecía una persona inteligente y tenaz, que no cejaba hasta atrapar al autor de un delito; el tipo de persona que él respetaba. Lástima que estuvieran en lados opuestos de la balanza.

—Giulio me mintió. Sabía lo que le había ocurrido a Grace y lo ocultó para proteger a sus amigos, los de su clase. Era el peor de todos, un individuo arrogante, depravado y cruel. Disfrutaba humillándome, en especial ante Grace. Sabía lo que sentía por ella y me ridiculizaba. Cuando el grupo se disolvió, no quiso saber nada de mí. Me enteré por la prensa de que había acudido a Londres como representante de su país en la Exposición Universal y fui a verle a la embajada. Solo quería hablar con él como antiguos compañeros de estudios, no como su sirviente, que era como me trató siempre. Había acabado los estudios, pronto me ordenaría sacerdote... Merecía su respeto, no su repulsa. No quiso recibirme. Me disgusté y decidí atormentarlo. Le envié una nota intimidatoria y le seguí durante días. Comprobé que llevaba la misma vida licenciosa que años atrás: frecuentaba burdeles, consumía opio, acudía a tugurios ilegales donde jugaba y apostaba. Sentí lástima por su esposa, una joven de aspecto similar a Grace. No se merecía el destino que le aguardaba si su esposo continuaba con su vida licenciosa. El día que murió, le seguí y me decidí a hablarle. Quería amonestarle por su comportamiento,

recordarle que le debía respeto a su esposa, echarle en cara su comportamiento... Él se mostró despectivo, insultante y la ira me cegó. Cuando vi llegar el carromato le empujé en un acto del que no me arrepiento —concluyó con voz firme.

Beatrice contuvo el aliento ante aquella confesión de culpabilidad.

—Por muy despreciable que fuera ese individuo, no tenía derecho a ajusticiarlo —le acusó.

—Al contrario. Considero que he hecho una buena obra al librar a este mundo de un miserable como él.

De lo único que Cillian se arrepentía era de las consecuencias que dicha acción ocasionó. Bette Meade, la vieja florista, era feligresa de la Christ Church en Spitalfields, la parroquia a la que acudía para tocar el órgano en fechas señaladas. Bette le reconoció. Lo vio en sus ojos cuando pasó a su lado. La siguió para saber dónde vivía y esa noche fue a su casa, forzó una ventana y entró. Estaba dormida y la asfixió con una almohada. Esa muerte pesaba sobre su conciencia mucho más de lo que pudo imaginar.

Beatrice temía que, si había admitido que era el responsable de una muerte, ella correría la misma suerte. No podía dejarla con vida; sabía que lo denunciaría. Solo le quedaba la opción de razonar con él y ganar tiempo. Alguien la echaría de menos y comenzarían a buscarla.

—¿Mató a Oliver Furlong y Adam Burton?

El gesto de sorpresa que mostró Cillian le indicó a Beatrice que ignoraba la muerte de Burton.

—¿Adam Burton está muerto? ¿Cómo lo sabe?

—El inspector McRae es un buen amigo y me mantiene informada de todo lo relacionado con este caso, en el que mi prometido se ha visto involucrado. —Beatrice pretendía asustarle al mencionar a Ulysses y, por la inquietud que mostró, dedujo que lo había conseguido.

—Yo... yo no tuve nada que ver en su muerte, no tenía motivos; y no volví a verlo desde la última vez que estuve en Belfast, hace dos Navidades.

—¿Sospecha quién lo hizo?

—Desconozco cómo llevó su vida. Puede que se juntara con personas poco recomendables y corriera riesgos, o se volvió ambicioso y quiso obtener más dinero de los que se lo habían proporcionado con anterioridad, entre ellos su futuro suegro.

—¿Está diciendo que el barón Willmott asesinó a Burton? —cuestionó indignada. Ulysses lo había insinuado, luego la idea no debía de ser tan descabellada.

—Es una posibilidad. Aunque no lo haría en persona, como no se manchó las manos en aquella ocasión y envió a su secretario.

—¿Cómo lo sabe?

—Me lo dijo el mismo Burton. Tras la muerte de Grace, acudieron los padres de Oliver y de William, no el de Sidney. En su lugar lo hizo un individuo estirado, según sus palabras, que se encargó de negociar con su padre el pago acordado y le hizo firmar un documento por el que toda la familia se comprometía a no divulgar la implicación que los tres tuvieron en la muerte de su hija.

Cillian se levantó y comenzó a caminar por el cuarto evitando mirar a Beatrice. El dilema que se le presentaba era enorme y su tribulación iba en aumento. No quería matarla, no se lo merecía; tampoco podía dejarla con vida o le delataría, como ocurrió con Bette.

Beatrice advirtió la agitación del diácono y su temor aumentó. Tenía que convencerle de que la dejara en libertad.

—Cillian, debe pensar en lo que está haciendo. No tiene ninguna justificación el que me mantenga retenida. Solo añade un delito más al que ya ha cometido, y que se puede justificar como un acto desafortunado en un momento de perturbación. Si deja que me marche, hablaré en

su favor ante el inspector McRae. Es un hombre justo y comprensivo —dijo aportando a su voz una serenidad que no sentía.

Él se detuvo y la miró. Su rostro mostraba vacilación mezclada con angustia. Beatrice vislumbró un rayo de esperanza. Le sonrió con dulzura y advirtió que él se tranquilizaba.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron a ambos. El corazón de Beatrice se aceleró eufórico. Fue a proferir un grito de auxilio y Cillian se adelantó. Le tapó la boca con la mano y le susurró al oído:

—Si emite el menor sonido me obligará a golpearla de nuevo.

Capítulo 34

Ulysses llamó de nuevo a la puerta del número 8 de Victoria Park Square, un nombre demasiado vistoso para aquella estrecha calle de los suburbios.

Cuando un rato antes Fergus le había dicho que la dirección encontrada en el cadáver de Adam Burton pertenecía a una vivienda propiedad de la parroquia de St. John, la sospecha de que O’Kelly le había mentado comenzó a crecer y se apresuró a averiguarlo. Cogió un coche de alquiler y, en poco más de media hora, se plantó frente a la iglesia. Había oscurecido y el magno edificio tenía cerradas sus puertas. Fue a la parte trasera y llamó a la puerta de la sacristía; no obtuvo respuesta ni se veía luz en el interior. Dedujo que el diácono se había marchado.

Como no estaba dispuesto a abandonar sin obtener una respuesta, decidió esperar hasta que regresara. Mientras, inspeccionaría la casa del sacristán que, según Fergus, estaba al otro lado de la sombría y solitaria calle.

La vivienda apenas se vislumbraba a la luz de la farola situada a pocos metros de ella. Se acercó a la puerta y llamó. No se detectaban signos de que hubiese alguien dentro. Al no obtener respuesta, rodeó la casa y se dirigió a la parte trasera. En una de las ventanas laterales le pareció vislumbrar un leve resplandor que se filtraba por alguna rendija de la contraventana. Volvió a la puerta delantera e insistió. Su intuición le decía que el diácono estaba allí, y no se marcharía hasta que hubiese hablado con él.

—Soy el inspector Ulysses McRae. ¡Abran la puerta! —exclamó en voz alta.

Tras una corta espera, Ulysses escuchó descorrerse la cerradura. La puerta se abrió con lentitud y Cillian apareció en ella; en su mano portaba una lámpara de aceite. No llevaba la chaqueta puesta, tenía el pelo revuelto y entornaba los párpados, como si acabase de levantarse de la cama. Parecía intranquilo.

—Inspector, ¿qué hace aquí? —Un fuerte recelo se apreciaba en su voz, el mismo que mostraba la expresión de su rostro junto a la sorpresa que aún persistía en él.

—Tengo que hablar con usted. ¿Puedo entrar?

Cillian tardó en responder. Parecía reacio a dejarle entrar en la vivienda. Ulysses imaginó que estaría acompañado y su llegada resultaba inoportuna. Tras unos segundos, el diácono se hizo a un lado y le permitió la entrada a una pequeña sala que olía a humedad.

Cillian dejó la lámpara que portaba encima de una mesa y fue a encender otra, que aumentó la visibilidad. La chimenea que ocupaba una de las paredes estaba apagada y la sala estaba fría.

—Siéntese, inspector —dijo Cillian. Señaló una de las cuatro sillas colocadas junto a una mesa en el centro de la estancia—. ¿De qué desea hablar?

Ulysses permaneció de pie y se movió por la sala inspeccionándola. Una capa de polvo cubría los escasos muebles que contenía. Dedujo que no había sido habitada en semanas y que el diácono la utilizaba para sus encuentros clandestinos.

—¿Cuándo ha visto a Adam Burton por última vez? —inquirió con gesto serio y sin dejar de observarlo con fijeza.

A Cillian le sorprendió que le hiciera esa pregunta; ¿sospecharía que él lo había matado?

—No he vuelto a ver a ninguno de los Burton desde que acudí por última vez a su taberna en Oxford. —Cillian se esforzó para no evidenciar que estaba mintiendo. No podía admitir que había visto a Adam con posterioridad porque ese sagaz policía podía acabar sospechando que tenía algo que ver con la muerte de William. Y aunque él no disparó la pistola, no dudaba de que

sus acusaciones influyeron en su ánimo torturado.

—Si lleva años sin verle, ¿cómo es posible que, cuando descubrimos su cadáver, llevase encima un trozo de papel con esta dirección escrita en él?

El rostro de Cillian mostró sorpresa. ¿Cómo tenía las señas de ese lugar?

—¿Adam Burton ha muerto? —No podía dejar entrever que estaba enterado de su fallecimiento.

—Le encontramos ayer. Llevaba más de un mes muerto.

—No tengo una explicación, inspector. Yo no se la di, por si es lo que está pensando. —Intentaba ocultar la alarma que sentía. Cuando coincidieron en Belfast le comentó que iba a prestar servicio en la parroquia de St. John de Londres. Debió ir por allí en alguna ocasión y le vio entrar o salir de esa casa.

—¿Se le ocurre alguna razón para que la tuviera?

—No, aparte de que aquí se suele albergar a personas que necesitan cobijo temporal. Si estuvo algún conocido de Burton, le hablaría del lugar y él apuntó las señas. Muchas parroquias de estas zonas deprimidas tienen refugios como este para gentes necesitadas.

La explicación tenía lógica, si bien Ulysses pensaba que Adam Burton se enteró de que el diácono estaba en Londres y lo buscó para extorsionarlo, pese a que él insistía en que no había mediado en la muerte de Grace. Estuvo vigilándolo, lo vio entrar en este lugar y anotó las señas... O cabía la posibilidad de que estuviese mintiendo, y si lo hacía en esta ocasión podía haberlo hecho en otras.

—¿Cuándo piensa marcharse, diácono?

—No he tenido oportunidad de comentárselo al padre Drummond. Mañana lo haré y, si no tiene inconveniente, me marcharé ese mismo día o al siguiente. —No tenía intención de marcharse, pero las cosas se habían descontrolado con la intromisión de Beatrice. ¿Qué iba a hacer con ella? Era incapaz de pensar en asesinarla. Tampoco podía llevarla con él cuando huyera, que era la única salida que le quedaba antes de que McRae acabara atando cabos y lo relacionara con la muerte de Giulio y Bette.

A Ulysses le sorprendió esa urgencia repentina cuando dos días antes no tenía prisa por marcharse.

—Cuando se marche, no olvide indicar dónde podemos encontrarle, por si necesitamos ponernos en contacto con usted.

—Así lo hare, inspector.

Ulysses caminó hacia la puerta cuando sus ojos repararon en algo que brillaba en el suelo. Se agachó para cogerlo. Se trataba de una pequeña peineta de carey con cristales incrustados, de las que las mujeres llevaban en el pelo. Pertenecería a la mujer con la que el diácono se había citado allí.

La mano de Cillian tembló de forma ostensible al coger el objeto que el inspector le alargaba y cerró la puerta con prisas. ¿Cómo había sido tan descuidado?

Ulysses lo advirtió y sonrió para sí. El diácono no era tan santo como pretendía aparentar y le avergonzaba que descubrieran sus flaquezas humanas. Una vez en la calle comprendió que tendría que ir hasta otra más concurrida para encontrar un coche de alquiler. El trayecto hasta su casa era largo y no le apetecía hacerlo caminando. Una sonrisa iluminó su rostro al pensar en lo agradable que sería que Beatrice estuviese esperándole, como la tarde anterior. Anhelaba disfrutar del calor de su cuerpo y del dulce sabor de sus labios. Era una delicia enterrar el rostro en su abundante cabello azabache, tan suave y...

Ulysses se detuvo en seco. Aquella peineta era idéntica a las que Beatrice llevaba en el

cabello y que él le había quitado en un arrebato de pasión. Si descartaba que la cita del diácono utilizara la misma, cosa que le parecía demasiada coincidencia, ¿qué hacía en el suelo de aquella casa?

No se detuvo en conjeturas y desanduvo con rapidez los pasos que acababa de dar. El corazón galopaba en su pecho más veloz que corrían sus piernas espoleado por un terrible presentimiento. No se detuvo en llamar a la puerta y cargó sobre ella con su cuerpo hasta que cedió con un estruendo.

—¡Beatrice! —llamó desesperado. Atravesó la sala en la que había estado momentos antes. Estaba vacía—. ¡Beatrice! —volvió a llamar mientras abría una puerta que daba a un largo y oscuro pasillo.

Ulysses vislumbró movimiento al final y corrió hacia el bulto que se escabullía por una puerta. Lo alcanzó cuando ya se encontraba en un pequeño y destartado patio trasero bañado por la luz de la luna. Lo derribó y lo inmovilizó con su cuerpo contra el suelo. No le sorprendió encontrarse con el rostro del diácono.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho con ella? —No necesitó decir su nombre. La expresión de pánico mezclada con culpabilidad que mostraba su rostro era suficiente.

—En la casa... —empezó a decir con voz ahogada. La rodilla de Ulysses en el pecho le dificultaba la respiración.

Ulysses no lo dejó terminar. Lo golpeó con el puño y lo dejó inconsciente. Se precipitó al interior de la casa, hasta una puerta semiabierta por la que se filtraba una luz mortecina. En el centro de la pequeña estancia, atada a una silla y amordazada, Beatrice lo miraba con los ojos anegados de lágrimas de júbilo.

—¡Malnacido! —exclamó Ulysses con furia y se precipitó hacia ella.

Le quitó la mordaza con toda la delicadeza que pudo reunir y la abrazó. Después la separó y la miró con avidez no exenta de temor. Si el diácono le había puesto la mano encima no iba a salir ileso de allí.

—¿Te ha hecho daño?

Ella hizo un gesto de negación, incapaz de hablar. Las emociones la ahogaban y no se molestó en contener el llanto que le sobrevino; llanto de alegría al verle, de saberse a salvo, de sentir su manto protector sobre ella.

Ulysses, más tranquilo, la desató y la puso en pie.

—¿Te encuentras bien? ¿Estás segura?

—Sí, lo estoy —confirmó con una gran sonrisa mientras le acariciaba el rostro con manos temblorosas.

Él la abrazó con fuerza y su cuerpo tembló de alivio. No recordaba haber sentido tanto miedo; ni siquiera cuando, estando de servicio en la India, se vio rodeado por un grupo de rebeldes *marathas* y pensó que no saldría vivo.

—Acompáñame —le pidió. Tenía que detener a O’Kelly y no quería dejarla sola y correr el riesgo de que hubiese alguien más.

Fueron hasta el patio. El diácono continuaba tendido en el suelo, inconsciente. Le ató las manos a la espalda y lo arrastró hasta el interior de la casa. Lo introdujo en la misma habitación en la que había retenido a Beatrice y le inmovilizó los pies; la mordaza en la boca le aseguró que no iba a pedir auxilio cuando recobrara el conocimiento. Tenía que buscar un coche de alquiler para que llevara a Beatrice a su casa; después lo enviaría a Whitehall Place con un mensaje para Fergus, al que había pedido que aguardara allí hasta su regreso.

Mientras buscaban el coche de alquiler, Beatrice le explicó todo lo que O’Kelly le había

contado.

—¿Ha admitido haber matado a Palmieri y no a los otros?

—Sí. Creo que estaba enamorado de Grace y hacía responsable de su muerte a los cuatro, incluso a Palmieri, que conocía la verdad de lo sucedido y le mintió. No obstante, la inquina venía de mucho antes. Siempre lo despreció y el rencor creció con los años. No pudo contener la rabia acumulada por tantas humillaciones y le empujó. Debí justificarlo como un acto de caridad hacia su esposa, que no se merecía un marido depravado que acabaría contagiándole alguna enfermedad; y con ello no intento excusar lo que ha hecho.

—Creo que no solo ha cometido ese delito, Beatrice.

—¿Sospechas que miente al decir que no mató a Saunders, Oliver o Burton?

—No creo que sea responsable de esas muertes, aunque es probable que lo hubiera hecho de presentársele la ocasión. Me refiero a otra persona. Un testigo del atropello de Palmieri. Bette Meade, una anciana florista que tenía su puesto enfrente de donde ocurrió. Apareció muerta en su casa pocos días después. El asunto se cerró como muerte natural, pero me pareció sospechoso. Le interrogaré y confesará —dijo convencido.

—Creo que no te costará conseguir que confiese sus crímenes. Está arrepentido de lo que ha hecho. Sabe que ha pecado y debe temer más el castigo divino que el humano. Oculta un fuerte carácter bajo su aspecto bonachón. Se deja llevar por sus impulsos y no olvida las afrentas.

—Puede que la ira le cegase cuando empujó al conde bajo las ruedas del carromato, pero el asesinato de Bette, una mujer que no le había causado ningún mal, fue a sangre fría. —Ulysses no iba a admitir las razones que O’Kelly pudiera esgrimir para justificar sus actos. Ninguna persona tenía la potestad de quitar una vida, y él debía saberlo mejor que nadie.

Pese al miedo que había sentido momentos antes, a Beatrice le provocaba cierta lástima el diácono. Desde muy joven debió sentir el menosprecio de los demás por sus orígenes humildes y su aspecto poco atractivo, lo que justificaba que debiera cumplir su castigo.

El carruaje llegó y Ulysses se despidió de Beatrice.

—No puedo prometerle que tu nombre no se vea envuelto en esta investigación. Lo que sí hare es hablar con tu padre y explicarle lo que ha ocurrido.

—No es necesario. Mi padre no te va a hacer responsable de nada cuando he sido yo la que ha acudido en dos ocasiones a visitar al diácono.

—No importa. No pienso eludir mi culpa, Beatrice.

Ella bufó de forma poco elegante. No compartía esos estrictos criterios morales que Ulysses defendía a ultranza. Sin importarle que estuvieran en plena calle, se acercó a él y levantó el rostro en una clara invitación para que la besara.

Ulysses no rehusó el espontáneo gesto. La estrechó con fuerza y degustó a placer el dulce manjar de sus labios. Tras el pánico experimentado al saber que estaba en peligro, aceptaba emocionado aquella compensación.

Cuando el carruaje partió, Ulysses regresó a la casa donde tenía retenido al diácono. No dejaba de recriminarse su ineptitud. ¿Cómo no había detectado antes algunas incoherencias en las que ahora reparaba? No había prestado la suficiente atención cuando Beatrice le comentó que O’Kelly había sabido por Saunders lo que ocurrió la noche que Grace Burton murió, cuando a él le dijo que no volvió a ver a sus compañeros excepto a Palmieri. Esa debió de ser una de las pistas que le señalaba como el ejecutor. Que no lo descubriera en su momento pudo acarrear nefastas consecuencias. Si por su incompetencia le hubiera ocurrido algo a Beatrice, nunca se lo habría perdonado.

Capítulo 35

El interrogatorio a O'Kelly esa noche no aportó nada nuevo a lo que Ulysses ya sabía por Beatrice, aunque le sirvió para completar lagunas y entender sus motivos.

Cillian admitió ser responsable de las muertes de Palmieri y de la señora Meade, algo que Ulysses no esperaba que resultase tan sencillo; sin duda, y como Beatrice afirmaba, el hombre estaba arrepentido de sus acciones y quería limpiar su alma de culpa para, al menos, obtener el perdón divino. Se envió la nota amenazante en un intento de desviar las sospechas que Ulysses pudiera tener. También admitió que había hablado con Adam Burton cuando estaba destinado en Belfast y él le informó de dónde podía encontrar a Saunders. Poco después, se desplazó hasta Doncaster y habló con su antiguo compañero de estudios.

—Tuve ocasión de matarle y no lo hice; lo que no me sorprendió fue que decidiese acabar con su vida. Si influí en esa decisión, no me arrepiento. Me confesó lo que había ocurrido esa noche. A Oliver le temblaba el pulso y apenas podía abrir los ojos por el opio consumido; debieron impedirle que le practicara el aborto a Grace. Y eso no fue lo peor. Cuando vieron que no dejaba de sangrar, ninguno de los tres se decidió a llamar a un médico por si podía hacer algo por ella. Solo cuando la vieron agonizando y les rogó que la llevaran con su madre, se decidieron a cargarla entre los tres y llevarla a la taberna envuelta en una manta raída, como si hubiese sido un perro atropellado.

Imaginar a la hermosa Grace con el rostro macilento y el cuerpo ensangrentado fue demasiado para Cillian, que prorrumpió en sollozos. Cuando se calmó, continuó con su confesión.

—Merecía morir y así lo comprendió. No podía seguir viviendo con aquella culpa royéndole las entrañas, me confesó; como Oliver, que acabó perdiendo la razón. En cuanto a Sidney, imagino que estará buscando redención a su manera. Espero que la encuentre.

—¿Por qué mató a Palmieri, si él no tuvo nada que ver con la muerte de la joven?

—Según William, Grace afirmaba que Giulio era el padre del niño que llevaba en su vientre. Cuando ella supo que estaba encinta, le pidió ayuda. Él se desentendió y se vio obligada a tomar la decisión de desprenderse del bebé. Era responsable de su muerte, al igual que los otros tres.

—¿Era necesario matar a Bette Meade, diácono? —No creía que la anciana mereciera pagar con su vida por algo que no había hecho.

—Me reconoció y vi la censura en su mirada. Supe que me delataría a la menor ocasión.

A la mañana siguiente, Cillian fue enviado a la prisión en espera de ser juzgado por sus crímenes y Ulysses se personó en la residencia del superintendente para informarle de lo ocurrido. Sabía que estaba deseoso de que el caso se resolviera y le agradecería recibir buenas noticias, aunque alterase su descanso dominical. Cushing se mostró muy satisfecho y accedió a la petición de Ulysses de no incluir los cargos de asalto y retención de Beatrice y de ocultar su presencia en la casa donde el diácono fue detenido. Decidió que su declaración no era necesaria para acusar a O'Kelly. Ya tenía al asesino del conde Di Pontia y se apresuró a ponerlo en conocimiento de su superior, convencido de que este no tardaría en informar a las personas que le estaban presionando.

Ulysses no estaba tan satisfecho. Las muertes de Oliver Furlong y Adam Burton seguían sin resolverse. Eso quería decir que había uno o más asesinos que atrapar y no sabía por dónde comenzar a hacerlo.

La certeza de que esas muertes estaban relacionadas con la muerte de Grace Burton le llevaba

a continuar investigando a los implicados y a sus familias, algo que no gustó al superintendente cuando se lo comentó.

—No veo clara esa relación, McRae. Todas son personas influyentes, con alta posición en la sociedad, y no iban a ponerla en peligro por silenciar a un extorsionador. Lo denunciarían o le pagarían —repuso Cushing.

Ulysses defendió su postura.

—No lo denunciarían si con ello se veían abocados a un escándalo. No olvide que cometieron un delito.

—No creo que un juez le hubiese dado crédito a la palabra del hermano de la fallecida si ellos lo negaban. No había pruebas que los incriminasen, solo habladurías y, tras la muerte de Burton, el relato del diácono O'Kelly, un homicida confeso.

El superintendente tenía razón. Los rumores de la implicación en aquel delito no eran motivo suficiente para matar a una persona, a no ser que tuvieran pruebas. ¿Qué podía tener Adam Burton que le confiriese tanto poder sobre su asesino? ¿Una confesión? Y si ese era el caso, ¿de quién? Apostaba por Oliver Furlong.

Recordaba que, cuando fue a visitar el sanatorio donde estuvo recluido, el director le comentó el cambio que había sufrido en los dos últimos meses antes de que huyera de allí. ¿Y si Burton había ido a visitarle y consiguió que firmara una declaración de culpabilidad implicando a los demás? No le habría resultado difícil convencer a un demente de que debía hacer lo correcto para lavar su conciencia con la excusa de que llevaría la confesión ante un juez, cuando lo que quería era una prueba para que su padre pagara. Al negarse este, debió recurrir a los demás.

En el informe que el inspector Buchanan le había remitido desde Glasgow, el juez Saunders admitía que su hijo se vio envuelto en el suceso de cuatro años antes sin haber sido partícipe, lo que no constituía un delito. No obstante, decidió contribuir con una gratificación a la familia de la fallecida para ayudarles a superar su pena. Con posterioridad, no había recibido ninguna solicitud de pago ni había vuelto a saber de los Burton ni de ninguno de los compañeros de su hijo. Buchanan creía que decía la verdad, y él estaba de acuerdo.

Si los otros dos no habían sido extorsionados por Adam Burton, y el barón no le había mentado al afirmar que nunca se había puesto en contacto con él, solo le quedaba un candidato: Sidney Willmott, al que debía descartar porque, en teoría, estaba ausente del país en las fechas en las que Burton fue asesinado. En ese caso, se quedaba sin sospechosos. O uno de ellos mentía o había alguien más implicado que no lograba concretar; alguien que le estuvo proporcionando dinero durante meses hasta que las exigencias fueron excesivas y quiso acabar con el problema de forma radical. ¿Quién era esa persona y cuáles sus motivos?

Le hubiera gustado comentarlo con Beatrice. Al ser domingo no estaría en la asociación, y no creía adecuado presentarse en su casa. No quería avergonzarla por mucho que deseara saber cómo se encontraba y si el trauma sufrido el día anterior le había dejado secuelas. Resignado, decidió esperar hasta el día siguiente para verla. Iría a la asociación y la invitaría a almorzar.

Beatrice no podía olvidar las palabras del diácono. Cillian le había dicho que lord Willmott no se había presentado en Oxford y había enviado a su secretario. A ella le sorprendió esa información; no porque no lo tuviera sino porque no creía que le hubiese encargado un asunto tan delicado a un simple sirviente que podía acabar aireándolo con el consiguiente escándalo. Si él no acudió a Oxford para hablar con los Burton, tuvo que delegar en alguien de total confianza, algún pariente o su abogado, que estaba obligado a guardar en secreto las gestiones que hiciera.

Thomas Buckland era abogado y se le ocurrió que él pudo ser esa persona de confianza que el

barón envió en su lugar para negociar la exculpación de su hijo, acallar el escándalo y sobornar a los padres de la fallecida; además, lo de «un tipo estirado» definía bastante bien al marido de Harriet, con su figura ascética, el impasible rostro y su frío carácter.

Tal vez no representaba ninguna pista, pero creía que Ulysses debía saberlo por si él podía proporcionarle alguna información valiosa; antes de ello, tenía que confirmarlo. De no ser cierto, podía causarle a Thomas molestias innecesarias y hasta perjudicarle en su carrera política. El partido al que pertenecía no toleraría la menor tacha en la persona que aspiraba a ostentar un importante cargo público, según se rumoreaba. Decidió visitar a Harriet. Si ella no lo sabía, lo averiguaría de forma discreta. Esperaría al día siguiente para no encontrarse con el marido de su amiga en la casa. Los domingos se solían reservar para estar en familia, y las visitas no estaban bien vistas.

Cuando regresó a casa poco antes del almuerzo, después de pasar dos horas paseando por Hyde Park con Evangeline, encontró en la bandeja del correo la invitación que la señora Blackwood le había prometido.

—¿A qué evento te han invitado? —se interesó su madre, que cruzaba el vestíbulo para dirigirse al despacho de su marido.

Beatrice dudó durante unos segundos si debía ponerla al tanto de lo que ocurría. Nunca les había mentado a sus padres y no deseaba comenzar a hacerlo ahora. Al final, decidió que era mejor sincerarse y pedirle su opinión, que siempre le vendría bien.

—Es un baile que ha organizado la señora Broughton para recaudar fondos en beneficio de la Escuela de Enfermeras de la señorita Nightingale.

—Nosotros hemos recibido una invitación que incluye a la familia. Me extraña que te haya enviado una personalmente —comentó sin dejar de observarla. No se le escapó el nerviosismo con el que giraba la invitación en sus manos y el leve rubor que subió a las mejillas. ¿Qué le estaba ocultando su hija?

—¿Puedo hablar contigo en un lugar más privado, madre?

—Vamos al saloncito violeta —aceptó, y forzó una sonrisa con la que intentó ocultar a los perspicaces ojos de su hija el desasosiego que sentía. Esas palabras hacían saltar la alarma en cualquier madre.

—Rhys, si el señor pregunta, díglele que el almuerzo se retrasará. Ya le avisaré cuándo puede servirlo —indicó al mayordomo, que aguardaba a una prudencial distancia.

Clarisse se dirigió hacia su estancia favorita seguida por Beatrice. Una vez dentro, se sentó en el sofá y palmeó en el asiento para que su hija se sentara a su lado.

—¿Qué ocurre, cariño? —la animó.

—Nada de lo que debas preocuparte, madre. El hecho de querer asistir a ese evento es para hacer un favor a una persona, que me lo ha pedido.

—Eso es muy generoso de tu parte. Puedes acompañarnos. Siendo una dama soltera no sería correcto que fueras sola.

—No iré sola, madre; de hecho, el favor es doble: para la persona que me lo ha pedido y para la que me acompañaría, aunque no sé si él lo vería de ese modo. —Beatrice no acababa de convencerse de la utilidad de aquella farsa, pero había dado su palabra y no iba a echarse atrás.

—¿Él?

Beatrice supo que tenía que sincerarse con su madre y sobrellevar su enfado, algo lógico ya que, tanto ella como su padre, le habían pedido que no se relacionase con Ulysses y no les había obedecido.

—Se trata de Ulysses McRae, el inspector de policía que investiga el caso del asesinato de

Oliver Furlong y del que ya has oído hablar —aclaró con tiento.

Clarisse se relajó en parte. Había imaginado que su temperamental hija se había metido en algún serio problema. Tratándose de McRae, no sería tan grave. Según Arthur, el inspector parecía una persona seria y cabal, que no comprometería a su hija. Y a Beatrice le gustaba el policía, era algo que no podía ocultar.

—¿Podrías ser más explícita?

Beatrice le explicó la historia de Ulysses tal y como la señora Blackwood se la había contado y lo que pretendía conseguir con aquel ardid que ella secundaría; que lo lograra, era otra cuestión.

Clarisse se sorprendió al conocer el rango militar que ostentaba el padre del inspector. No dudaba de que el general Blackwood era una persona importante y la reputación de McRae subiría si era reconocido como su legítimo hijo.

—Espero que el plan tenga éxito. Nosotros no nos inmiscuiremos. Tendré a tu padre controlado —prometió con una risita.

Capítulo 36

Ulysses estaba decidido a cumplir con la obligación que se había impuesto de explicarle al padre de Beatrice lo ocurrido y asumir su responsabilidad. Si presentaba una queja contra él, lo vería justo. Había sido un irresponsable permitiendo que ella se implicara en aquella peligrosa investigación y merecía pagar por ello.

No quiso demorarlo más y, a primera hora de la mañana, acudió al banco del que Arthur Leighton era socio.

El West Indies Bank se ubicaba en un elegante edificio de cuatro plantas y sobrias líneas en Lombard Street, en el corazón de la City, una zona que estaba perdiendo su carácter residencial de décadas pasadas para acumular oficinas y negocios de todo tipo.

El ancho vestíbulo de entrada estaba muy concurrido de personas a esa hora, que ultimaban los trámites antes del almuerzo. Preguntó por el despacho del señor Leighton a uno de los ujieres uniformados que custodiaban la puerta y este fue a consultar a un empleado que ocupaba una mesa cercana.

—¿En qué podemos ayudarle, señor...?

—Inspector McRae, y deseo hablar con el señor Leighton.

—Si hace el favor de aguardar, veré si puede recibirle.

El hombre se encaminó a unas amplias escaleras y Ulysses se dedicó a observar el trasiego de personas que circulaban por allí. Al poco regresó y le pidió que le siguiera. Subieron hasta el segundo piso. Tocó en una puerta, la abrió y se hizo a un lado para que Ulysses entrara. La estancia era modesta y en ella aguardaba otro empleado, que abrió una puerta al fondo y le invitó con un gesto a pasar.

—Inspector McRae, ¿a qué debo el honor de la visita? ¿He cometido un delito que ignoro? —ironizó Arthur.

Ulysses no era de andarse con rodeos y fue directo al asunto que le había llevado allí.

—Quería hablar con usted de un tema que atañe a Bea... la señorita Leighton.

—Usted dirá —le animó, y le invitó a sentarse con un gesto de la mano.

No le sorprendía la razón de su visita; es más, la esperaba. Dos noches antes, cuando Beatrice llegó a casa, observó su inquietud y una expresión extraña en el rostro. No tuvo oportunidad de preguntarle qué le ocurría porque los saludó y subió directa a su cuarto. A la hora de la cena excusó su ausencia aduciendo que estaba agotada y prefería tomar algo rápido en su habitación. No se le había pasado por alto la familiaridad con la que el hombre que tenía delante se había referido a su hija. Sospechaba que, contraviniendo sus indicaciones, habían seguido viéndose y no solo a causa de la investigación que el inspector realizaba y en la que Beatrice se había visto involucrada.

—No sé si su hija les ha informado de los hechos ocurridos el sábado por la tarde que acabó con la detención de una persona que la tenía retenida.

Arthur se levantó del sillón, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia su interlocutor con gesto amenazante.

—¿Qué le ha ocurrido a mi hija? —exigió con voz contenida y un brillo peligroso en los ojos.

Ulysses le sostuvo la mirada. Dedujo que Beatrice había silenciado su aventura y comprendía su enfado, propio de la preocupación de todo padre que amaba a sus hijos.

—En primer lugar, me disculpo por no haber conseguido apartarla de la investigación que

llevo a cabo.

—Le pedí que lo hiciera —dijo resentido. Le enojaba que no hubiese velado más por Beatrice.

—Sí, y asumo mi responsabilidad por no haberlo conseguido. Debí negarme a proporcionarle información que la llevó a querer investigar por su cuenta, si bien sus indagaciones han sido de gran ayuda.

—Explíqueme lo que ocurrió y las repercusiones que pueda tener para mi hija.

Ulysses lo tranquilizó sobre el estado de Beatrice y le hizo un resumen pormenorizado de lo ocurrido.

—Como en nuestra anterior conversación, no puedo garantizarle que el nombre de la señorita Leighton no salga a relucir en el informe judicial. No dude de que haré todo lo que esté en mi mano para que así sea y mi superior, el superintendente Cushing, está de acuerdo.

El rostro serio y la mirada firme de Ulysses le demostró a Arthur que mantendría su palabra y eso lo tranquilizó.

—Según he entendido, falta por resolver el asesinato de Furlong y del otro individuo...

—Adam Burton. Aún no hemos dado con los responsables.

—¿Es consciente de que mi hija querrá continuar metiendo las narices en la investigación? — Fue una afirmación más que una pregunta.

Ulysses contuvo un suspiro de resignación. Le iba a costar convencerla de que se apartara, por eso debía dejar de verla hasta que el caso se resolviera; era la mejor opción para mantenerla a salvo.

—Sí, y en esta ocasión no voy a permitir que vuelva a correr riesgos.

Arthur pensó que McRae no conocía lo suficiente a Beatrice. Pocas cosas la hacían desistir cuando algo despertaba su interés, ni representando un peligro para ella. Tendría que tomar las riendas del asunto y vigilarla de cerca.

A Beatrice le suponía un enorme esfuerzo esperar para hablar con Harriet, y pensó en visitarla antes de acudir a la asociación. Decidió dejarlo para unas horas más tarde porque sabía que a su amiga no le agradaba madrugar.

Acabó pronto sus tareas y aprovechó la hora del almuerzo para dirigirse a pie a Grosvenor Square. No dudaba de que, como en ocasiones anteriores, encontraría a Harriet allí; no así a su marido, que estaría en el Palacio de Westminster, donde solía pasar la mayor parte del día.

—Espero no causarte ninguna molestia con mi visita a esta hora tan inopinada —se excusó Beatrice entrando en el saloncito privado de Harriet.

—De ninguna manera. Sabes que siempre eres bien recibida en mi casa, a la hora que sea. ¿Te apetece almorzar conmigo? Ya sabes que Thomas no suele venir hasta bien entrada la noche y los días se hacen muy largos y monótonos.

No tenía sentido ocultarle su malestar a Beatrice. Era su amiga desde hacía años, la única a la que podía confiar sus pesares e ilusiones. Matilda estaba demasiado preocupada por sí misma como para hacerlo por su hermana, ni ella lo deseaba. Y su padre siempre había mantenido la distancia porque nunca cumplió con las altas expectativas que había depositado en ella.

—Me encantará.

Harriet sonrió agradecida. Se levantó, fue hacia la puerta y la abrió.

—Jones, la señorita Leighton se quedará a almorzar. Preparen el comedor con dos servicios.

El mayordomo se apresuró a cumplir la orden. La señora no utilizaba el comedor excepto cuando tenía invitados, lo que era muy poco usual. Comía en el saloncito o en su habitación los días que no le apetecía salir de ella.

Harriet se sentó junto a Beatrice en el sofá y le apretó las manos en un gesto cariñoso.

—¿A qué debo el placer de verte de nuevo en tan poco tiempo? —le preguntó. No le importaba que Beatrice fuese a visitarla solo cuando necesitaba su ayuda. Era una persona muy ocupada con su trabajo en la asociación como para dedicar tiempo a visitas sociales.

Beatrice sintió apuro de explicarle a Harriet el motivo que la había llevado allí. No quería alarmarla, en caso de estar equivocada, ni deseaba ocultarle la verdad, que tenía derecho a saber.

—¿Recuerdas que hablamos la última vez del motivo por el que Sidney abandonó los estudios?

—Lo recuerdo, y te dije que no sabía lo que ocurrió.

—No te preocupes, ya lo he averiguado. Pero esa no es la razón de mi visita. Quería preguntarte si sabes el nombre del bufete que llevaba los temas legales de tu padre en aquella época. ¿Es el mismo que tiene ahora?

—Puedo enterarme. Sé que Thomas ha sido su abogado durante años, hasta que abandonó el ejercicio de la abogacía cuando ganó el escaño en la Cámara de los Comunes. Al acabar los estudios comenzó a trabajar en el bufete Caswall & Clifden, que asesoraba a mi padre. Recuerdo que venía por casa en alguna ocasión. A Matilda y a mí nos divertía su aspecto serio; le llamábamos la esfinge. —Un gesto de desagrado se formó en su rostro ante aquellos recuerdos—. Pronto instaló su propio bufete y le ofreció sus servicios. Imagino que la oferta fue muy ventajosa para que mi padre aceptase a un letrado inexperto. A partir de entonces comenzó a frecuentar mucho la casa y poco tiempo después pidió mi mano. ¿Por qué razón quieres saberlo?

Beatrice se temía esa pregunta.

—Para completar la información que poseo sobre el suceso que te he mencionado.

Harriet tardó en contestar. Estaba valorando la conveniencia de preguntarle qué había averiguado. No quería que la imagen de Sidney se deteriorase ni cerrar los ojos a la evidencia. Si su hermano había cometido algún acto tan infame que había llevado a Beatrice a decidirse a romper el compromiso, ella debía saberlo.

—Quiero que me expliques lo que has averiguado.

—¿Estás segura? Puede que no te guste —le advirtió.

—Lo estoy.

Beatrice le reveló lo que sabía sobre la muerte de Grace Burton y la implicación de Sidney y Oliver en ella. Mientras hablaba el rostro de Harriet se iba ensombreciendo. Sus ojos se llenaron de lágrimas que acabaron discurriendo por sus mejillas. Lágrimas de pena por las dos vidas que se habían perdido, la de la joven madre y la de aquel niño al que no le dieron la oportunidad de nacer. Que su hermano y el hombre al que había amado hubiesen sido cómplices de aquellas muertes era algo que superaba las peores conjeturas que se hubiese hecho. No volvería a verlos de la misma forma; tampoco dejaría de quererlos. En cuanto a su padre, no le sorprendía que hubiese querido evitar el escándalo aun a costa de cometer un delito.

—¿Cómo intervino el abogado de mi padre en ello?

—Creo que fue la persona que acudió en su representación y quien llevó la negociación para concretar el pago a los Burton con el fin de que no divulgaran la implicación de los tres estudiantes, y creo que fue Thomas.

Harriet se tensó. Las posibilidades de que así fuera eran muchas. Sabía que el señor Buckland le había prestado el dinero a su padre para que sacara a Sidney de aquel aprieto, y Thomas debió de encargarse de las gestiones.

—Lo averiguaré —accedió. Le avergonzaba que su esposo se hubiese implicado en ese delito.

—Solo si no te ocasiona ningún conflicto con tu padre o tu marido, Harriet. No quiero que

tengas problemas por mi causa. Sé que no soy persona grata para tu familia debido a la ruptura del compromiso. Te agradecería que no divulgaras lo que acabo de contarte.

—No lo haré. Y no temas por mí, Beatrice. Si Thomas participó en aquel encubrimiento, dice muy poco de su dignidad pese a ser su abogado. Quiero saber la verdad, aunque me suponga una terrible decepción —dijo con firmeza.

No amaba a su esposo, era algo que él sabía y aceptaba, pero le respetaba por el carácter honesto y la integridad moral que le adjudicaba. Si todo eso era falso, ¿cómo podría continuar viviendo a su lado?

Capítulo 37

Después de la entrevista con Arthur Leighton, Ulysses pasó por la Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras para ver a Beatrice. Sabía que era fuerte y valiente, pero deseaba comprobar por sí mismo que se encontraba bien, sin desagradables secuelas por los momentos de angustia que había vivido. Quería informarle de que O’Kelly ya estaba en prisión y le pediría, le exigiría si era necesario, que se abstuviese de indagar y dejase que él resolviera el caso.

Beatrice no estaba en el local. Se había marchado poco antes y no había dicho cuándo regresaría. Decepcionado, tomó un almuerzo rápido en una taberna y regresó a comisaría. Fergus no estaba ni había dejado ninguna nota sobre la mesa con el resultado de las pesquisas que le había encargado esa mañana.

Volvió a repasar sus notas y advirtió que sir Henry Furlong le había comentado que el barón Willmott no había acudido a Oxford cuando se produjo la muerte de Grace Burton y que en su lugar envió a su abogado. Decidió que debía averiguar quién era e interrogarle sobre aquel asunto. Era probable que no sacara nada en claro, pero no le gustaba dejar ningún detalle por investigar. Lo que no le garantizaba que el letrado le diese una respuesta. Conocía a los de su profesión y el derecho que les asistía a guardar silencio sobre los asuntos de sus clientes si no era obligado por un mandato judicial.

La mejor forma de averiguarlo era visitar al barón y preguntarle. No dejó pasar más tiempo y así lo hizo. El barón Willmott no estaba en casa, le informó el grueso mayordomo que le abrió la puerta. Al preguntarle si conocía al abogado del barón, dijo ignorarlo. Se le ocurrió que debía tener un secretario y preguntó por él. En efecto, Benson, el ayuda de cámara, hacía las veces de secretario. Ulysses pidió hablar con él.

Roper dudó unos segundos en los que sopesó la conveniencia de acceder a la petición del inspector sin consultar con el barón. Por otro lado, a él no le interesaba tener problemas con la policía y que se pusiesen a investigar los trapicheos que llevaba con la cocinera. Y si hacía caso a los rumores que corrían por la casa, las finanzas del barón habían sufrido un buen descalabro después de que la prometida de su hijo rompiera el compromiso y todos se preguntaban quién sufragaría el coste de aquella mansión y sus sueldos. Se temía que la familia se trasladaría a la finca del campo y el servicio acabaría en la calle más pronto que tarde.

No lo pensó más y le indicó a Ulysses que le siguiera hasta la zona de servicio. En la cocina, que estaba despejada después del almuerzo del personal, aguardó hasta que, a los pocos minutos, se personó en ella el secretario del barón. Benson, que debía rondar los cincuenta años, era de complexión delgada y baja estatura, que parecía disminuir debido a la pronunciada inclinación de su espalda.

—¿Deseaba hablar conmigo? —preguntó con timidez. Sus ojos, tras unas gruesas lentes, se posaron por unos segundos en la alta figura de Ulysses para desviarse de inmediato a un punto de la pared.

—Quiero que me responda a algunas preguntas. Siéntese, por favor. —Le indicó una silla junto a la mesa donde él estaba sentado.

El hombre obedeció. Parecía nervioso. Ulysses no supo determinar si era por su carácter retraído o porque escondía algo.

—¿Desde cuándo ejerce usted de secretario del barón?

—Desde que entré a su servicio, hace unos seis años. Al principio solo desempeñaba ese

trabajo. Cuando el antiguo ayuda de cámara se marchó, yo ocupé su puesto y realizo ambos trabajos.

—Debe saber quién es su abogado.

—Hasta donde yo sé, los temas legales de lord Willmott los lleva su yerno, el señor Buckland.

—¿Cuánto tiempo lleva siendo su abogado?

—Ya lo era cuando yo entré al servicio de lord Willmott. Trabajaba para el bufete Caswall & Clifden. Cuando se independizó, continuó trabajando para esta casa.

—¿En enero de 1858 el señor Buckland representaba al barón?

—Así es.

Ulysses supuso que Buckland era el abogado al que Furlong se había referido y se le ocurrió que, si después de aquella ocasión, Adam Burton quiso ponerse en contacto con alguno de los Willmott, debió de buscar al abogado que le había representado. Tenía que cerciorarse antes de hablar con él.

—¿Estuvo usted en Oxford en la fecha que antes le he indicado?

—Nunca he estado en Oxford, señor —respondió con gesto de extrañeza.

Ulysses le creyó. El barón no habría puesto un asunto de esa importancia en manos de su ayuda de cámara.

—Una cosa más, ¿sabe si vino a esta casa un hombre llamado Adam Burton?

—No podría decirle; yo no suelo recibir a las visitas. Ese es cometido del mayordomo o de los lacayos.

—Puede que no dijera su nombre. Querría ver al barón o a su abogado.

Benson quedó pensativo unos segundos. La expresión de concentración en el rostro le indicó a Ulysses que había acertado con la pregunta.

—Recuerdo que Roper me preguntó hace unos meses por el nombre del abogado de lord Willmott. Se había presentado un hombre preguntando por el honorable señor Willmott, al que decía conocer de su época de estudiante en Oxford, y al informarle de que estaba fuera del país y que tardaría en regresar, se interesó por el abogado de la familia y dónde podía encontrarle; según parece, se trataba de un tema urgente. Le di el nombre del señor Buckland y que podía encontrarle en el Palacio de Westminster; no me pareció oportuno darle la dirección de su residencia.

Tras la conversación con el ayuda de cámara del barón, Ulysses se dirigió al Palacio de Westminster. Thomas Buckland era diputado electo y miembro de la Cámara de los Comunes; a esa hora debía de encontrarse allí. Sospechaba que tenía mucho que contarle y algo que ocultar.

Cuando llegó al majestuoso edificio, que aún se encontraba en obras después del pavoroso incendio de 1834 que destruyó buena parte de las dependencias, un ujier le acompañó hasta el despacho de Buckland.

—Hoy hay sesión en la Cámara Baja y el diputado se encuentra debatiendo en ella. Si lo desea, puede esperarle —le informó el secretario de Buckland, y le señaló una butaca en un rincón de la reducida estancia.

Ulysses prefirió subir hasta la galería de visitantes de la sala y presenciar el debate. Había estado en otras ocasiones y siempre le pareció entretenido. Se sentó junto a un serio caballero que presenciaba la sesión.

—¿Sabe quién es el diputado Buckland? —le preguntó.

El caballero se quitó el monóculo que llevaba en el ojo derecho y le dirigió una mirada reprobatoria antes de contestar.

—El que tiene la palabra en estos momentos, señor.

Ulysses miró al orador que, puesto en pie en la segunda fila de la grada, se dirigía a los asistentes con una voz clara y gestos comedidos. No le sorprendió su aspecto, que resultaba acorde con lo que había oído decir de él. De elevada estatura y atlética constitución, su porte era sobrio y elegante. La calvicie estaba muy avanzada y dejaba ver una amplia frente. En el alargado rostro destacaban los ojos de inteligente brillo y una nariz aguileña. Una cuidada barba cubría la parte inferior del rostro y contribuía a acentuar ese aire de severidad que desprendía toda su persona.

Debía de estar próximo a cumplir los cuarenta años y su trayectoria había sido brillante desde que acabó sus estudios de leyes en Cambridge. Ejerció la abogacía durante años hasta que fue elegido diputado dos años antes. Robert Bentinck, que estaba al tanto de los cotilleos tanto políticos como sociales de la ciudad, le había comentado que era un orador brillante y de mente lúcida, justo lo que el primer ministro estaba buscando para renovar el Gobierno. No le extrañaría que acabara al frente de algún ministerio más pronto que tarde.

Ulysses escuchó con interés la intervención de Buckland, la última de ese día, que fue aplaudida por parte de los miembros de su partido y la mayoría de los visitantes de las gradas. Concluida la sesión, los diputados comenzaron a abandonar la Cámara. Ulysses se apresuró. Quería hablar con Buckland antes de que se marchara. Cuando llegó al gran vestíbulo central donde se reunían los asistentes para comentar las incidencias de la sesión, lo divisó charlando con otros caballeros.

—Señor Buckland, ¿podría hablar con usted? —dijo al acercarse.

Thomas lo miró. Reparó en su vestimenta poco refinada y se preparó para responder con alguna excusa que le permitiera continuar con la tertulia que estaba manteniendo con algunos compañeros de escaño.

Ulysses adivinó su intención y le mostró la credencial de policía. El rostro de Thomas se mantuvo impávido. Se excusó con sus colegas y le indicó que le siguiera con un gesto de la mano. Se encaminaron en silencio hacia el despacho de Buckland, en el que Ulysses había estado un rato antes, y entraron en él.

—Usted dirá en qué puedo servirle, inspector... —dijo mientras se sentaba detrás de la amplia mesa.

—McRae.

—Inspector McRae; siéntese, por favor.

Ulysses ocupó una cómoda butaca frente a él y calibró el estado de ánimo de Buckland antes de formular sus preguntas. No cabía duda de que era un hombre importante y con influencias, y lo sería aún más si se cumplían los pronósticos de Bentinck. Debía ser comedido o se crearía un poderoso enemigo.

—Estoy investigando la muerte de Adam Burton, al que creo que usted conoce —dijo, y observó su reacción.

Un destello de sorpresa brilló en los ojos de Thomas, que desapareció con rapidez cuando los entrecerró en un gesto de concentración.

—Si es tan amable de darme más datos. Como comprenderá, conozco a muchas personas.

—Adam era hermano de Grace Burton, que falleció en enero de 1858 en Oxford como consecuencia de un aborto que le practicó Oliver Furlong y en el que su cuñado, Sidney Willmott, se vio implicado.

—Recuerdo a los Burton y la triste tragedia de su hija —reconoció.

En esta ocasión, el rostro de Thomas no ocultó el pesar que le provocaba la mención de aquel luctuoso suceso; lo que constituyó una sorpresa para Ulysses, que le creía incapaz de expresar

ninguna emoción.

—Tengo entendido que usted llevó la negociación para que el asunto no trascendiera.

—En esa época me encargaba de los asuntos legales de mi suegro y, en su nombre, me personé en Oxford. De haber aireado un asunto tan deshonesto, solo se hubiese conseguido manchar el nombre de la joven y de los estudiantes. La ayuda económica que se ofreció a los padres alivió los gastos que les supuso la muerte de su hija, no así su pena —se justificó.

Ulysses no observó rastro de inquietud en él. En realidad, no se le podía inculpar de ningún delito. Estaba ejerciendo su labor como abogado y Buckland lo sabía; lo que no impediría que, si el suceso se divulgaba, saliese mal parado ya que afectaba a un miembro de la familia de su esposa. ¿Era eso lo que temía?

—¿Ha vuelto a ver a alguno de los Burton?

—No, que recuerde. Una vez cumplido mi cometido no tenía razones para ello.

Nada en la expresión o en el tono de voz indicaba que estuviese mintiendo... o sabía disimular muy bien; no obstante, tendría que preguntarle a su secretario si Adam Burton había aparecido por allí.

—¿Dice que ha muerto? Deduzco que no ha sido de forma natural, o no estaría investigando —se interesó Thomas.

—Fue asesinado hace más de un mes.

—Un triste final —se lamentó. En esta ocasión no mostró ninguna emoción.

—El destino se está cebando con los implicados en aquel suceso. No sé si tiene conocimiento de que Oliver Furlong y William Saunders, a quienes debe conocer, han fallecido, ambos de forma violenta; Saunders parece que fue por su propia mano.

A Ulysses le pareció percibir cierta alarma en su interlocutor ante esa información, pero fue tan rápido que no terminó de creerlo.

—Desconocía que hubiesen fallecido.

—¿Tenía relación con ellos, en especial con Oliver Furlong?

—Solo con mi cuñado. Al resto los vi en Oxford en aquella ocasión.

La respuesta fue pronta y parecía sincera. Tampoco se le ocurría a Ulysses ningún motivo para que Buckland deseara la muerte del compañero de estudios de su cuñado.

—¿Sabe dónde se encuentra Sidney Willmott? Me gustaría hablar con él.

—Embarcó hace meses hacia algún lugar del continente americano. No conozco su paradero actual.

—Y usted, ¿ha permanecido en Londres durante el último mes y medio?

—Sí, inspector. Mis obligaciones me impiden ausentarme mientras la Cámara continúe abierta. Hay mucho trabajo y paso aquí la mayor parte del día.

Al no conocer la fecha exacta de las muertes de Burton y Furlong, Ulysses no podía comprobar si Buckland había tenido oportunidad de cometer esos crímenes. Parecía poco probable que fuera el responsable material de las muertes. Pese a su carácter resolutivo y el frío temple, no lo imaginaba acechando a su presa, entrando en casas ajenas por ventanas o manchándose las manos de sangre. Era un hombre inteligente y conocía los riesgos.

El hecho era que a Adam Burton alguien le sufragaba los gastos y los candidatos se estaba agotando. No le extrañaría que, para ayudar a la familia de su esposa, hubiese realizado los pagos y, cansado de la extorsión, decidiese librarse de él. En cuanto a Furlong, seguía sin encontrar un sospechoso con motivos suficientes para querer acabar con su vida.

—Si no tiene nada más que preguntar, le ruego que me excuse; tengo compromisos que atender —indicó Thomas. Se puso de pie dando a entender que concluía la entrevista.

—De momento, nada más. Gracias por concederme estos minutos, señor Buckland.

—Es mi deber como ciudadano colaborar con el cuerpo de Policía, inspector.

Ulysses salió del despacho, aunque no abandonó el edificio. Camuflado tras una de las grandes columnas que sostenían el techo abovedado del vestíbulo, aguardó hasta que vio a Buckland salir del edificio y regresó al despacho del diputado. Middleton, el secretario que le había atendido con anterioridad, se estaba preparando para marcharse y no le agradó la interrupción; al identificarse como policía, cambió el gesto de enfado por otro de resignación y se aprestó a colaborar.

—No sé cómo se llama este individuo —dijo al mostrarle Ulysses la imagen de Adam Burton—, solo recuerdo que estuvo aquí a primeros de año y pidió ver al diputado Buckland. Le indiqué que estaba reunido con otros miembros de su partido y no se le podía molestar. En esas fechas las comisiones de revisión legislativa estaban muy activas y las reuniones se solían prolongar hasta media noche. Le sugerí que regresara en unos días, cuando hubiese acabado la tramitación de las leyes. Parece que tenía urgencia en verle porque insistió en que le proporcionara la dirección de su residencia. No lo hice, desde luego; no estamos autorizados a dar esa información.

—¿Sabe si consiguió entrevistarse con Buckland?

—Es probable. Le vi esperando en el vestíbulo. Puede que se encontrara con el diputado una vez concluida la reunión.

—Una cosa más, ¿habría alguna forma de saber si Buckland ha venido a diario a este edificio durante los últimos cuarenta días y cuánto tiempo ha permanecido aquí?

Middleton lo miró con desdén y alzó la puntiaguda barbilla en un gesto de orgullo ofendido.

—Por supuesto. Llevo un registro detallado de todas las actividades del diputado, como hice con los anteriores que han estado a mi cargo —dijo con marcado disgusto. No toleraba que cuestionaran su profesionalidad—. Los domingos y la mayoría de los sábados no hay sesiones en la Cámara ni reuniones con las comisiones de las que es miembro, excepto si están debatiendo un tema urgente, lo que no ha ocurrido en este último mes. Del resto de los días, puedo consultar el registro.

—Hágalo, por favor.

El hombre se colocó los anteojos, que llevaba en el bolsillo de la chaqueta sujetos por un fino cordón, y abrió un libro de grandes proporciones que descansaba sobre la mesa. Buscó las fechas que Ulysses le había pedido y repasó los datos con detenimiento.

—Durante el último mes y medio, el diputado ha acudido de lunes a viernes a este despacho. Suele llegar sobre las diez de la mañana. La hora en la que se marcha es diferente y depende de cuando acaban las sesiones o reuniones... salvo el día 26 de mayo. Llegó a las tres de la tarde. Era un lunes y no asistió a la habitual reunión con los miembros de su partido.

—¿Dijo a qué se debía ese retraso?

—No, y no pregunté; tendría sus razones. No suelo inmiscuirme en los asuntos privados de los parlamentarios.

Ulysses hizo un rápido cálculo. El día que Buckland llegó tarde coincidía con el anterior a la fecha que aparecía en la nota que Beatrice había recibido. Desde que el profesor Rice le confirmó que Furlong no la había escrito, la teoría de que la envió su asesino para atraer a Beatrice hasta el lugar del crimen era la que predominaba; ¿y si lo que el asesino quería era proporcionarse una coartada?

Tenía que interrogar de nuevo a Thomas Buckland.

Capítulo 38

—¿Es esto lo que buscas?

La voz de Harriet a su espalda sobresaltó a Thomas. Se giró con rapidez y sus oscuros ojos la miraron con estupefacción, el único y fugaz sentimiento que mostró su pálido rostro.

Harriet, plantada en medio de la estancia, portaba una hoja de papel en la mano. Thomas no necesitó leer lo que ponía en ella; el gesto reprobatorio de su esposa le daba la respuesta.

Tras la entrevista con Ulysses, Thomas había regresado a su residencia. Durante el interrogatorio al que el inspector lo había sometido, advirtió suspicacia en él; también que era una persona inteligente y tenaz. Lo que no imaginó al abandonar apresuradamente el Palacio de Westminster era que Harriet se convertiría en su mayor adversario.

Thomas se rehízo y la usual impasibilidad regresó a su rostro.

—No te he oído entrar, querida. ¿A qué te refieres? —preguntó mientras se acercaba a ella con lentitud.

Harriet dio un paso atrás y comenzó a leer el contenido de la nota.

Querida Harriet.

Te he enviado varios mensajes y no has respondido. Sé que la última vez que nos vimos te marchaste alterada. Si te ofendí de alguna forma, te ruego que me perdones. Hace años que llevo un peso sobre mi conciencia y debo deshacerme de él para vivir con relativa paz los años que me queden de vida. Estoy dispuesto a confesar mi pecado, pero antes quiero hablar contigo. Tu familia se vería involucrada en el escándalo que estallará tras la confesión pública y, créeme, lo último que deseo es perjudicarte. Solo si tú accedes a que se desvele el secreto que guardo, me entregaré a la justicia.

Te espero en Huntington House. No faltes en esta ocasión, por favor.

Siempre tuyo,

Oliver Furlong

—Y bien, ¿puedes decirme por qué me has ocultado esta nota y el resto de las que me envió? —se encaró con su esposo, que permanecía impasible a pocos pasos de ella.

—Por tu bien, Harriet, que es la finalidad que persigo con todas mis acciones.

—¿Ocultarme mensajes dirigidos a mí es velar por mi bienestar? —replicó ella con incredulidad.

—En este caso, sí. Furlong era un pobre demente y sus maquinaciones podían causarnos mucho daño.

—¿Qué sabía Oliver que tanto temes? ¿Que te prestaste a silenciar un delito? —Y ante la expresión de sorpresa en el rostro de su esposo, continuó—: Sí, lo sé todo. Sé que Oliver, Sidney y otros estudiantes fueron responsables de la muerte de una joven llamada Grace Burton. Sé que tú acudiste a Oxford para solucionar el problema y negociaste con la familia de la víctima su silencio a cambio de una compensación económica. Al no denunciarlo fuiste tan culpable como ellos —le increpó con los ojos humedecidos.

Thomas recibió el impacto de las acusaciones de Harriet como una puñalada en el pecho, aunque le dolió más el desprecio que rezumaban. Su esposa no le amaba. Era un hecho evidente pese a los esfuerzos que había realizado durante esos tres años, y que le costaba aceptar. Al menos, se atrevía a afirmar que sentía por él cierta admiración derivada de la labor que desarrollaba; un pequeño punto de sutura para su corazón herido que se desangraba por el desamor de su amada.

Estaba enamorado de Harriet desde el primer día que la vio, casi diez años antes. Ella era solo una jovencita alegre y vivaracha y él se quedó prendido de aquellos ojos tan claros como la miel de azahar; desde ese momento solo deseó casarse con ella. Sabía que su padre nunca accedería y por ello, cuando surgió el problema con su hermano vio la oportunidad. Realizó las gestiones y proporcionó la suma necesaria para exculpar a Sidney, después pidió la mano de Harriet. El barón accedió. No podía devolverle el dinero y le estaba agradecido por haber salvado a su hijo y a la familia de un escándalo.

—Estaba haciendo mi trabajo. Actuaba como el representante legal de tu padre y tu hermano. El delito era grave y podía acabar con ellos en prisión. Esa fue la razón de que se ocultara. A los Burton no les interesaba que se aireara ese hecho para preservar la dignidad de su hija, y se avinieron a ocultarlo; en compensación, se les ofreció un incentivo. Yo me encargué de las negociaciones, y no solo porque era el abogado de tu padre. Quería protegerte del escándalo que se cernía sobre tu familia. Sabía que te haría sufrir y me pareció la mejor opción. Nada de lo que se hiciera le devolvería la vida a Grace Burton y, en cambio, si se silenciaba la verdadera causa de la muerte, muchas personas saldrían beneficiadas —dijo con tono persuasivo, el que solía emplear en las sesiones de la Cámara Baja para exponer sus argumentos.

—Los responsables merecían castigo, ¿no te parece injusto?

—Claro que me costó un gran esfuerzo silenciar a mi conciencia. Sabes que soy una persona recta, que no acepta imposiciones. Este caso era diferente. Te afectaba a ti y a tu familia; ¿puedes entenderlo?

—No. Nunca debiste prestarte a esa infamia —le acusó, temblando de indignación.

—¿Y qué podía hacer? ¿Querías ver a Sidney en la cárcel y el nombre de los Willmott salpicado por la inmundicia? Y todo porque tu adorado Oliver, ese despojo de persona dado a todos los vicios, decidió practicar un aborto estando borracho y los otros dos lo secundaron. ¿Sabes que dejaron que la pobre chica se desangrara hasta morir por miedo a llamar a un médico y que se descubriera lo que habían hecho?

Harriet ahogó un sollozo. Era muy doloroso confirmar la clase de persona en la que Oliver, el hombre en el que había depositado su amor durante tantos años, se había convertido.

—Mi hermano merecía pagar por lo que hizo. Habría sido doloroso, pero honorable. No te creía capaz de una injusticia semejante —repuso Harriet con la voz empañada de pena.

—No podía consentir que el escándalo envolviera a tu familia; te amo demasiado para verte sufrir por el menosprecio y el ostracismo al que os habría sometido la clase social a la que perteneces —confesó en un arrebato impropio de él. Al reparar en ello, se avergonzó de haber mostrado sus sentimientos. ¿Para qué, si sabía que no era correspondido? Así se ahorra la humillación.

Harriet se quedó impactada por la confesión de su esposo. Nunca le había dicho que la amaba. Siempre creyó que se había casado con ella para obtener prestigio social y el respaldo de la sociedad poderosa, la misma que le había encumbrado a la posición que ahora ostentaba.

—No me habría importado. Yo no soy como mi padre y mi hermana; no necesito la aprobación de la alta sociedad para ser feliz. ¿Acaso me ves feliz? ¿Crees que disfruto encerrada en esta casa, en esta ciudad lúgubre, cuando siempre he preferido vivir en Willmott Park, alejada de los convencionalismos y respirando el aire limpio del campo? —le reprochó con voz desolada.

Thomas se encogió ante la amargura que su esposa mostraba. Sus esfuerzos habían estado encaminados a procurarle la felicidad y para que se sintiese orgulloso de él. Había fracasado.

—Lo siento, Harriet. Creía que eras feliz rodeada de tus iguales y todo lo que he hecho ha

sido para que conserves esa posición; compruebo que estaba equivocado y solo he conseguido hacerte desgraciada. He cometido muchos errores y no merezco tu perdón, aunque me gustaría que no me odiasen por ello —pidió con humildad.

A Harriet le impactó la expresión abatida de su marido, con el rostro contraído por el arrepentimiento y la espalda encorvada por el peso de los remordimientos. Ya no se mostraba como la persona segura de sí misma, el hombre de éxito al que todos elogiaban. Por primera vez le veía sin su máscara de impasibilidad, asumiendo su derrota, y un funesto presentimiento le oprimió el pecho.

—¿Qué has hecho? —No aguardó la respuesta y exclamó con espanto—: ¡Has asesinado a Oliver! ¡Has sido tú!

Thomas dio un paso hacia Harriet y ella retrocedió espantada. Ese gesto de su esposa le dolió como una puñalada en el pecho y se llevó las manos al rostro para ocultar su desolación.

—Fue un accidente. Yo no quería... —murmuró. No se estaba justificando ante ella, solo intentaba convencerse de que no había deseado matar a Furlong, el hombre del que Harriet estaba enamorada.

Ella no le escuchó. Salió corriendo del despacho sumida en un desgarrador llanto. Thomas supo que la había perdido, que él había ganado aun después de estar muerto.

Fue hacia la puerta y echó el cerrojo; tenía que redactar una confesión y no quería que nadie le interrumpiera. Se sirvió una generosa ración de brandy, se sentó tras el gran escritorio de caoba y comenzó a escribir.

Ulysses no quería dejar para el día siguiente el nuevo interrogatorio a Buckland y decidió acudir a su residencia. Su intuición le decía que ocultaba mucho más de lo que le había contado y tenía que averiguarlo.

Como la distancia entre el Palacio de Westminster y Grosvenor Square era grande y estaba anocheciendo, Ulysses cogió un coche de alquiler y, en poco más de media hora se encontraba en su destino. Faltaban pocos minutos para las siete, hora de la cena en muchos hogares, e imaginó que no iba a ser bien recibido. No le importó. Sabía que su trabajo provocaba hostilidad entre las clases pudientes, que se creían por encima de las leyes.

Llamó a la puerta y, casi al momento, esta se abrió.

—Soy el inspector Ulysses McRae y deseo hablar con el señor Buckland. —Presentó su identificación al lacayo de sobrio uniforme que le abrió la puerta.

Como siempre ocurría, el sirviente dudó entre hacerle pasar y enviarle por la puerta de servicio. La voz del mayordomo, que se personó en el anchuroso vestíbulo, salvó la situación.

—Si es tan amable de esperar, veré si el señor Buckland puede recibirle —dijo Jones, intentando abrocharse la chaqueta sobre el abultado vientre.

Ulysses traspasó el umbral y aguardó como le habían pedido. Aprovechó para admirar el magnífico artesonado de los altos techos y la riqueza en obras de arte que ocupaban las paredes.

Tras unos minutos de espera, el mayordomo regresó.

—Lo siento, inspector; el señor Buckland no va a poder recibirle —dijo visiblemente inquieto.

Era la mejor explicación que se le ocurría, ya que no había podido hablar con el dueño de la casa. Había llamado a la puerta de su despacho, donde sabía que se encontraba desde que llegó casi una hora antes, y no había recibido contestación alguna; algo extraño en él, que se caracterizaba por su exquisita cortesía con la servidumbre.

Ulysses se mostró imperturbable. Estaría cenando y no deseaba que le molestase; aun así, no

pensaba marcharse hasta que hablara con Buckland.

—No me importa esperar hasta que pueda atenderme.

La inquietud de Jones pareció acentuarse. Fue a contestar cuando se escuchó con claridad un fuerte sonido que Ulysses identificó de inmediato: era un disparo y procedía de algún lugar a su izquierda.

Dirigió una mirada interrogante al mayordomo, cuyo rostro mofletudo había perdido el color, y no necesitó más respuesta.

—Lléveme; ¡rápido!

El hombre se dirigió al pasillo que se abría a la izquierda del vestíbulo con toda la rapidez que sus cortas piernas y sus muchos kilos le permitían, hasta detenerse en la última de las dos puertas que allí había. No hizo intento de abrirla ni de llamar.

—Es el despacho del señor Buckland. Creo que procede de ahí dentro.

Ulysses giró la manilla y la puerta no se abrió. Llamó con voz potente y golpeó la puerta con energía repetidas veces sin obtener respuesta.

—¿Tiene la llave? —preguntó a Jones y, ante su gesto negativo, indicó—: Retírese; voy a derribarla.

Cargó con todas sus fuerzas sobre una de las alas de la alta puerta de roble que daba acceso a la estancia. Le costó tres intentos y la ayuda de uno de los lacayos, que acudió alarmado por el estrépito, antes de que esta cediera. Cuando entró en la amplia estancia la mirada se dirigió hacia el sillón de cuero negro situado frente a la ventana y delante del gran escritorio. Buckland estaba sentado en él con la cabeza sobre el oscuro tablero. En su mano derecha llevaba una pistola, y del orificio que tenía en la sien derecha manaba la sangre como un manso riachuelo.

Ulysses se acercó para comprobar si aún vivía, pese a que la mirada fija y sin brillo de sus ojos le indicaba lo contrario. Le tomó el pulso en el cuello y comprobó que no latía. Miró a su alrededor para descartar un posible intruso; no lo había. La ventana estaba cerrada y no había más puertas que la que había forzado para abrir y que tenía el cerrojo echado por dentro.

No cabía duda de que el diputado se había quitado la vida, lo que le convencía de que había tenido algún tipo de responsabilidad en las muertes de Adam Burton y Oliver Furlong. Como William Saunders, había elegido el camino fácil en vez de responder de sus actos ante la sociedad y la justicia.

Un grito desgarrador rompió el silencio de aquel momento. Harriet, alarmada por el sonido del disparo y los golpes, bajó para comprobar qué ocurría. La imagen que se presentó ante sus ojos al acceder al despacho casi le hizo perder el sentido.

—¡Sáquenla de aquí! —ordenó Ulysses.

Harriet se dejó conducir fuera del despacho sin oponer resistencia. Se negaba a procesar lo que había visto. La llevaron a su saloncito privado y Jones mandó llamar a su doncella. Cuando su señora estuvo atendida, regresó al despacho.

—Necesito enviar este mensaje a comisaría, en el número 4 de Whitehall Place; es urgente. — Ulysses le dio al mayordomo un papel doblado que había arrancado de su cuaderno de notas.

—Lo haré llegar de inmediato.

—Y sería conveniente enviar aviso a los familiares de la señora Buckland y a su doctor, por si es necesario; y a la familia del señor Buckland, si la tiene.

El mayordomo se aprestó a cumplir con las órdenes. Al quedar solo, Ulysses reparó en dos sobres lacrados que descansaban en un extremo del escritorio. Uno de ellos, el que estaba dirigido a la policía, tenía salpicaduras de sangre, el otro era para su esposa. No necesitó leer el escrito dirigido a la policía para saber que era una confesión. ¿Habría confesado la autoría de las

muertes de Adam Burton y Oliver Furlong o solo su complicidad?

Capítulo 39

Beatrice ardía de impaciencia por varias razones, la principal era por volver a encontrarse con Ulysses después de varios días sin verle y porque necesitaba hablar con él. El baile benéfico al que asistiría el general Blackwood y su esposa era en tres días; poco tiempo para convencerle de que la acompañara.

Octavia le había dicho que fue el día anterior a la asociación y preguntó por ella. Se arrepintió de haberse quedado a almorzar con Harriet; de no haberlo hecho, se habrían visto. Estuvo tentada de ir a comisaría, pero le había prometido a Ulysses no hacerlo y desistió. Esperaría hasta la noche e iría a su casa, así tendrían unos momentos de deliciosa intimidad a los que se había vuelto adicta.

La impaciencia se incrementó cuando, a primera hora de la tarde, su padre llegó a casa y les informó del fallecimiento de Thomas Buckland la noche anterior y de forma repentina. Según se comentaba, el diputado se encontraba en su domicilio cuando le sobrevino la muerte por algún problema cardíaco; aún no había cumplido los treinta y nueve años.

La noticia le impactó y su primera intención fue ir junto a Harriet. Desistió cuando sus padres le hicieron comprender que la familia estaría allí y la relación con ellos, tras la ruptura del compromiso con Sidney, no pasaba por su mejor momento. Esperaría un par de días para visitar a su amiga y ofrecerle consuelo. Estaría pasando por momentos angustiosos.

Le inquietaba que la última conversación que había mantenido con ella hubiese ocasionado una discusión con su marido que le acabara provocando de alguna forma la muerte. Si, como pensaba, Thomas fue partícipe en la ocultación de un delito y se lo confesó a Harriet, una mujer de recios principios morales, ella debió indignarse. Necesitaba hablar con Ulysses por si él le podía dar más datos sobre esa muerte repentina; a cambio, ella le comentaría lo que había descubierto por si le era de utilidad.

Le costó esperar hasta la tarde. Aprovechó que sus padres asistían a una representación en el Palacio Real de la Ópera, para salir sin dar explicaciones. Calculaba que Ulysses aún no habría llegado a su casa y tendría que esperarle.

Ulysses llegó ya anochecido y se llevó la grata sorpresa de encontrarse a Beatrice en animada charla con la señora Cooke y con Puzzy en sus rodillas. A ella se le iluminó el rostro al verle y se apresuró a levantarse, lo que ocasionó la airada protesta del felino que, al verse privado del cómodo refugio, se marchó ofendido hacia su rincón favorito.

—Señor McRae, al fin ha llegado —saludó con tono efusivo.

Ulysses le dedicó una encendida mirada.

—¿Desea hablar conmigo, señorita Leighton?

—Le agradecería que me dedicase unos minutos, si no está ocupado.

—Acompáñeme, por favor.

Beatrice se demoró el tiempo justo para despedirse de la señora Cooke.

—Gracias por la agradable charla y el delicioso té.

—Es un placer, señorita. Venga cuando lo desee —dijo Rhoda con una gran sonrisa. No dudaba de que así sería. La joven dama estaba entusiasmada con el inspector, y no había que ser un gran detective para deducir que él le correspondía de igual manera.

Beatrice y Ulysses salieron del saloncito de la viuda y subieron las escaleras hacia el primer piso. Cuando entraron, él la atrajo de inmediato a sus brazos y la besó con ardor. Beatrice

respondió con todo el anhelo que había estado conteniendo durante esos días.

—Te he echado tanto de menos —susurró ella agitada mientras Ulysses deslizaba las manos por la espalda y la estrechaba contra su excitado cuerpo.

—Apuesto que no tanto como yo a ti —respondió con voz enronquecida, y jadeó al sentir los ardientes labios de ella en su cuello.

Tras largos minutos de pasión compartida, Ulysses fue el primero en reaccionar. Le costaba desprenderse de aquellos tiernos brazos, pero tenía noticas que darle.

—Tenemos que hablar. Hay algo muy importante que debes saber.

Beatrice levantó la cabeza que tenía apoyada en su pecho y lo miró con expectación.

—¿Tienes nuevas pistas sobre el asesino de Oliver?

—Mejor, tenemos su confesión.

Beatrice ahogó un grito de júbilo. No podía creer que en tan poco tiempo se hubiese resuelto.

—¿Quién es? ¿Cómo lo has descubierto? —inquirió, y en su voz se apreciaba un matiz de decepción por no haber participado.

Ulysses la llevó de la mano hasta el sofá y ambos se sentaron.

—Siento tener que comunicártelo. Se trata de una persona cercana a ti, alguien en quien no habíamos pensado...

—¿Quién?! —exclamó ella impaciente.

—Thomas Buckland, el marido de lady Harriet, una de las hijas del barón Willmott. Ha dejado escrita su confesión antes de morir.

El rostro de Beatrice evidenció la enorme impresión que esa noticia le causaba. Sospechaba que era un encubridor, no que fuese un asesino.

—¿Lo sabe Harriet? —De ser así, imaginaba el tormento que debía padecer al saber que su esposo había asesinado al único hombre que había amado.

—Sí, y pocas personas más. Es un tema delicado por tratarse de una figura pública y ese hecho no se va a desvelar. Los altos mandos policiales, en connivencia con personas influyentes del Gobierno, han decidido silenciar el contenido de la carta en la que Buckland confiesa sus crímenes. Si se supiera que un insigne diputado es un criminal, perjudicaría a la credibilidad de la clase política. También se ocultará la forma en la que ha muerto para evitar la deshonra a su familia y al partido al que representaba. Te lo he contado porque confío en que no lo divulgarás.

La tarde anterior, tras descubrir el cadáver de Buckland en el despacho de su residencia, Ulysses había enviado un mensaje a comisaría. En él pedía que se informase al superintendente Cushing de lo ocurrido e indicaba que permanecería en el lugar del suceso hasta que recibiera instrucciones. Sabía que la muerte de una figura política importante en aquellas circunstancias era algo que se debía debatir en las altas esferas antes de realizar cualquier movimiento.

Y así fue. En poco menos de una hora, Cushing se personó en la residencia de los Buckland y se hizo cargo de la situación. Tras leer la carta dirigida a la policía, dejó a Ulysses a cargo de la custodia del cuerpo y le ordenó que reuniese a todo el personal de servicio y les advirtiese de los problemas que surgirían si divulgaban lo que había ocurrido esa noche.

Se entrevistó con la viuda y le habló de la conveniencia de ocultar cómo había muerto su esposo hasta que tuviera la oportunidad de hablar con sus superiores. Harriet, horrorizada, le habló de lo que él le había confesado: que mató a Oliver. Que fuera un accidente, como afirmó, o intencionado le era indiferente. Lo que a ella le importaba era el hecho, y eso no se podía cambiar.

—No temas. No pienso traicionar tu confianza ni perjudicar a mi amiga —respondió Beatrice con sinceridad—. ¿Cómo ha muerto Thomas?

—Se ha suicidado. Escuché el disparo. Estaba allí cuando se produjo y no pude evitarlo —se lamentó. Como policía, uno de sus cometidos era evitar la muerte de cualquier persona, fuese culpable o inocente.

—¿Sospechabas que era él y fuiste a interrogarle?

—Ya le había interrogado un rato antes. Fui a verle a las Casas del Parlamento y sus respuestas me hicieron recelar que mentía, o que no me contaba todo lo que sabía. No quise dejarlo para el día siguiente y me personé en su residencia.

—¿Harriet estaba allí? ¿Lo presenció?

Ulysses asintió. Recordaba la cara de horror de la esposa de Buckland cuando descubrió a su marido sobre un charco de su propia sangre.

—Habían tenido una discusión un rato antes, cuando él llegó. La señora Buckland había descubierto una nota que Furlong le envió y que él le había ocultado. Le acusó de estar involucrado en la muerte de Grace Burton. Imagino que se lo dirías tú —inquirió sin dejar de mirarla con atención.

—Ayer la visité. Me interesaba saber quién era el abogado de su padre por aquella fecha, ya que fue quien representó al barón. Suponía que era él, pero quería asegurarme antes de comentártelo por si ese dato era de utilidad para la investigación. —Beatrice se sentía en parte responsable de haber propiciado esa disputa entre los esposos que desembocara en la confesión y el suicidio de Thomas—. ¿Por qué sospechaste de él?

—El ayuda de cámara del barón Willmott me comentó que unos meses antes, un individuo que coincidía con Adam Burton había preguntado por Sidney y, al no encontrarle, por su abogado. Estaba intentando sacarle dinero. Buckland negó haberse entrevistado con él y su secretario me contó lo contrario. Me dijo también que Buckland había llegado tarde un día, algo muy inusual en él. Ese día coincidía con la fecha probable del asesinato de Furlong. Fue cuando decidí interrogarle otra vez y acudí a su residencia. Acababa de llegar cuando escuchamos el disparo. Se había encerrado en su despacho y tuvimos que derribar la puerta. Había dejado dos cartas, una para la policía con su confesión, y otra para su esposa.

—¿Explicaba cómo cometió los asesinatos y por qué lo hizo?

—Solo el de Furlong. Admite que fue a verlo para advertirle que dejase de enviarle notas a su esposa. Creo que sentía celos de él. Parece ser que discutieron, Furlong lo echó y él, en un arrebató, le golpeó con el bastón. No era su intención matarle, asegura. La fuerza que imprimió fue tanta que le fracturó el cráneo. Al darse cuenta de lo que había hecho, intentó simular un robo. Volvió a salir de la casa y forzó la ventana que descubrimos con huellas.

—¿Fue él quien escribió la nota que me llegó?

—No lo dice en la carta de confesión. Imagino que leyó la que tú le enviaste cuando buscaba alguna prueba que nos llevase a relacionarlo con el suceso de Oxford. Al fecharla al día siguiente, se proporcionaba una coartada para esa mañana que, según su secretario, llegó más tarde de su hora.

—Él no tenía ninguna responsabilidad en la muerte de Grace Burton. Actuaba como el abogado del barón —comentó Beatrice.

—Ningún tribunal podría imputarle, no así la opinión pública si llegaba a saberse que había encubierto ese delito. Buckland tenía grandes expectativas políticas, y un escándalo así acabaría con ellas.

—Y deseaba proteger a Harriet del repudio social. La amaba —comentó convencida. La forma en la que Thomas miraba a su esposa delataba el amor que sentía por ella—. ¿Qué ocurrió con Adam Burton?

—Admite que fue chantajeado por él y estuvo pagándole varios meses, hasta que la extorsión se hizo tan abusiva que se negó. Burton lo presionaba con una confesión de Furlong sobre la autoría de la muerte de Grace y la implicación de los demás, él incluido. Concertó una cita con él en el almacén abandonado y envió a un matón. La intención, según asegura, era que le amenazara y le arrebatara el escrito, no que le asesinase. Le creo cuando asegura que no sabía que estaba muerto. Puede que al sicario se le fuese de las manos y acabó matando a Burton.

—¿Da el nombre del homicida?

—No, y va a ser imposible encontrarle. No ha dejado huellas.

Beatrice suspiró. Lamentaba el triste final de Thomas Buckland, pero quien más le preocupaba era Harriet. Su amiga estaría pasando por unos difíciles momentos y ella no podía ayudarla.

Tras pasar un rato juntos, Ulysses acompañó a Beatrice a su casa. Durante el trayecto, sentada sobre sus rodillas y apoyada en el generoso torso masculino, decidió que era el mejor momento para realizar la propuesta que llevaba postergando toda la noche.

—El viernes próximo asistiré a un baile; ¿te apetecería acompañarme? —sugirió con voz invitadora.

A Ulysses, que estaba entretenido imaginando lo placentero que sería acariciar el cuerpo de Beatrice sin el impedimento de las ropas, le sorprendió la pregunta.

—No creo que sea un lugar adecuado para mí, y menos como tu acompañante. —A Ulysses le dolía defraudarla, en especial porque había detectado un acento ilusionado al formular la invitación, pero sabía que sus padres no aprobarían que se mostrara en público con alguien que estaba muy por debajo de su categoría social.

—No veo la razón. Es un evento benéfico, para recaudar fondos, y todos son bienvenidos. Seguro que los organizadores agradecen cualquier aportación por pequeña que sea.

—No he dicho que no lo desee, Beatrice, solo que no te conviene relacionarte tan abiertamente conmigo; ¿qué pensarían tus padres?

—Que he elegido a un gallardo acompañante. Se lo he comentado a mi madre y le ha parecido una idea excelente.

Ulysses le giró el rostro para mirarla a la cara. Ella mostraba una sonrisa ilusionada.

—No creo que tu padre piense lo mismo. —Le había parecido que Arthur Leighton no aprobaba el trato de su hija con un policía, y menos que alardeara de esa relación ante la buena sociedad.

—Mi padre solo desea que sea feliz —dijo rotunda, y acalló con sus labios las posibles protestas de Ulysses. Esperaba que, si llegaba a enterarse de que había secundado el plan de su madrastra, no la odiase por ello.

Capítulo 40

El coche de alquiler se detuvo frente al 19 de Cavendish Square a las nueve en punto de la noche. Ulysses bajó de él y subió la corta escalinata. Rhys abrió la puerta antes de que él llamara y le invitó a pasar.

—La señorita Leighton le ruega que la espere —dijo el mayordomo, e indicó la puerta abierta a su derecha. El elegante salón de recibir estaba solitario y Ulysses lo agradeció. Esperaba encontrar a los padres de Beatrice y, aunque no le molestaba la posible inspección a la que sería sometido, prefería que no se produjera esa noche, en la que por primera vez se iba a relacionar con miembros de la alta sociedad y no por razones de su trabajo. No le inquietaba ese hecho, solo que no quería que Beatrice se sintiese incómoda a su lado.

Tras unos minutos de espera, la puerta se abrió y Beatrice entró. Los ojos de Ulysses chispearon de admiración al verla. Estaba muy bella con el elegante vestido de noche en tono violeta, que armonizaba con el color de sus ojos y dejaba al descubierto los hombros y la parte alta de los pechos. El sedoso cabello lo llevaba peinado con un favorecedor recogido que le despejaba el rostro y hacía destacar sus altos pómulos.

—Disculpa por hacerte esperar. Maud ha insistido en rizarme el cabello, y eso lleva su tiempo.

—Sin duda, ha merecido la pena —dijo él. Se acercó, le cogió la mano y se la llevó a los labios mientras le dirigía una mirada llena de devoción.

Beatrice se ruborizó a su pesar y estuvo tentada de echarse en sus brazos. Él estaba arrebatador con el elegante frac negro contrastando con la pechera de la camisa y el chaleco blanco. En el blanco corbatín llevaba prendido un alfiler con un granate. El cabello, peinado hacia atrás como era usual en él, brillaba a la luz de las lámparas y su rasurado rostro mostraba una sonrisa radiante que le añadía atractivo.

—Debemos marcharnos —dijo Beatrice con pesar. Nada le apetecía más que pasar unas horas de intimidad con Ulysses, pero había dado su palabra y debía cumplirla.

Montaron en el carruaje que esperaba y partieron. El amplio ruedo de la falda de Beatrice, ensalzado por la generosa crinolina, añadía elegancia al vestido y restaba comodidad. Acostumbrado a los sencillos atuendos que solía llevar, que le permitían sentarla en sus rodillas, Ulysses tuvo que resignarse a ocupar el asiento frente a ella.

Llegaron en poco tiempo a la residencia de los señores Broughton, en Park Lane, donde se celebraba el baile. Se trataba de un evento importante que nadie quería perderse y el salón estaba muy concurrido cuando entraron en él. Beatrice divisó a sus padres y se dirigió hacia ellos. Le había comentado que asistirían y a Ulysses no le sorprendió verlos allí. Conocía a Arthur Leighton, no así a la madre de Beatrice; lo que no impedía que la reconociera como tal por la vitalidad que desprendía su alta y delgada figura, muy parecida a la de su hija.

—Me alegara conocerle al fin, señor McRae; tanto mi hija como mi esposo me han hablado mucho y bien de usted. Le felicito por el éxito en la resolución del asesinato del pobre Oliver Furlong. Era un chico muy agradable, aunque su cabeza no estaba todo lo ordenada que cabía desear —comentó Clarisse mientras observaba a Ulysses con agrado. Su rostro reflejaba inteligencia y un sutil sentido del humor. Su porte y sus maneras revelaban confianza en sí mismo, sin rastro de engreimiento, y se advertía que había recibido una correcta educación, pese a no gozar de una posición privilegiada, como le había explicado Beatrice.

—Gracias, señora Leighton. He de admitir que el mérito no es todo mío. Su hija ha sido una pieza importante para la resolución del caso —respondió sin ocultar el orgullo que sentía, y que no pasó desapercibido para ninguno de los tres.

—Eso tengo entendido. Hasta convenció a su hermano para que investigara —añadió Clarisse, y miró a Beatrice con reprobación—. ¿Tiene otro caso interesante entre manos?

—Varios. Los delincuentes no descansan, señora.

—Espero que Beatrice se mantenga al margen. Ya tiene suficiente actividad con su trabajo en la asociación —apuntó Arthur. Estaba orgulloso de la labor que su hija realizaba en beneficio de los desfavorecidos y la apoyaba en lo que necesitaba, lo que no aprobaba era que se hubiese involucrado en tareas peligrosas. Estaba al tanto del riesgo que había corrido y no quería que sucediera otra vez. Esperaba que su esposa no llegase a enterarse del alcance de aquella colaboración con McRae o estallaría un conflicto familiar.

—Y yo espero que no siga tu consejo, querido. Si tiene la oportunidad de colaborar con el inspector, no debe desaprovecharla; seguro que se divertirá —apostilló Clarisse con sonrisa traviesa.

No había dejado de advertir la complicidad que existía entre ellos y que denotaba un alto grado de intimidad. El policía le agradaba. Tenía buena planta, modales correctos y, según le había contado Beatrice, tenía un progenitor influyente y de aceptable fortuna. Como toda madre preocupada por el futuro de su descendencia, había indagado sobre el hombre por el que su hija sentía esa fascinación que le desbordaba la mirada. El general Blackwood era un militar admirado y respetado, con una buena posición económica y sin hijos reconocidos. Si reconocía a McRae, como parecía ser su intención, este pasaría a ser su heredero y un buen partido para su hija.

—Si nos disculpáis, vamos a saludar a unos conocidos —dijo Clarisse y, ante el desconcierto de Arthur, le agarró el brazo y lo apremió a marcharse. Sabía a lo que Beatrice había venido y quería facilitarle la tarea. Ya le daría explicaciones a su reticente marido cuando tuviera ocasión.

Beatrice sugirió a Ulysses buscar a los anfitriones para agradecerles el gesto cuando una voz a sus espaldas los detuvo.

—Beatrice, ¡qué alegría encontrarla aquí! —exclamó Winifred.

Beatrice, que esperaba ese encuentro, se giró con naturalidad. No así Ulysses que, al advertir la presencia de su padre junto a la dama, se tensó y su rostro perdió la expresión relajada que había mostrado hasta el momento. El general, que acompañaba a su esposa, acusó la sorpresa, agradable en su caso.

—Es un placer saludarla de nuevo, Winifred —respondió Beatrice, y pasó a las presentaciones—. ¿Conocen al inspector Ulysses McRae?

—No he tenido el gusto, aunque mi esposo me ha hablado mucho de usted, Ulysses —contestó. La familiaridad con la que se dirigió a él no sorprendió al resto.

Winifred no dejaba de maravillarse por el gran parecido con Edward. Era la versión más joven del hombre con el que llevaba conviviendo los últimos treinta años.

Ulysses se limitó a inclinar la cabeza. Estaba desconcertado a la par que molesto. Lo que menos esperaba era encontrarse con su padre y la esposa de este. Eran los inconvenientes de frecuentar esos ambientes, que solía eludir siempre que tenía ocasión.

—Señorita Leighton... —saludó Edward con una rígida inclinación, para dirigirse a continuación a su hijo—. Me alegra encontrarte en un evento de este tipo, Ulysses; imagino que es mérito de la señorita Leighton.

Beatrice se apresuró a contestar. Sentía la incomodidad de Ulysses y quiso aliviar el momento

de tensión.

—Se prestó de buena gana, general Blackwood, pese a que desearía estar persiguiendo delincuentes.

—No lo dudo. Siempre ha sido un hombre de acción. —A Edward le destellaron los ojos al contemplar a su hijo. El orgullo que sentía era difícil de ocultar, ni deseaba hacerlo.

Winifred quería propiciar una charla entre su esposo y su hijo y no perdió tiempo en proponerlo.

—Si tiene unos minutos, Beatrice, me gustaría hablar con usted sobre el tema que tratamos el otro día. Tengo algunas ideas que me gustaría proponerle. Mientras, los caballeros pueden traernos alguna bebida —comentó, y miró a su esposo con candidez.

—Será un honor servir a las damas. ¿Me acompañas, Ulysses? —sugirió Edward con una sonrisa. Comprendía la intención de Winifred, al igual que habría hecho su hijo, y temió que no quisiera acompañarle.

Ulysses inclinó la cabeza en una muda aceptación y ambos se dirigieron hacia la mesa donde se servía el refrigerio. A su paso, varios invitados le miraron, sorprendidos por el parecido de ambos, y los comentarios comenzaron a circular.

—No se sienta obligado a confraternizar conmigo, señor. Entiendo que no le beneficia que le vean con un don nadie como yo.

—No te menosprecies, Ulysses, eres una persona muy valiosa por méritos propios; además, eres mi hijo y nunca te rechazaría. Deberías haberlo comprendido hace tiempo.

—Permítame que lo dude, señor. Si así fuera, habría frecuentado mi compañía.

—¿Me lo has permitido? —inquirió con pesadumbre—. Solo he cumplido tus deseos, y me ha requerido un gran esfuerzo.

—¿Mis deseos o los de su esposa?

Edward suspiró. Era tan tozudo como su madre.

—La juzgas mal. Como has podido comprobar, a Winifred le agradecería que tuviéramos una relación más estrecha. Me pidió que te invitara y rehusaste. No es la arpía que crees, o que te han hecho creer. Sospecho que te han contado una parte tergiversada de la historia que hubo entre tu madre y yo.

—¡No se atreva a tachar a mi abuelo de mentiroso! —exclamó con voz amenazadora. Al advertir que varias personas cercanas se giraban para mirarlos, bajó el tono—. Él me cuidó desde niño, ¿dónde estaba usted?

—Apartado. Nunca me dejaron verte. Ni llegué a saber de tu existencia hasta que ingresaste en el ejército. Tu madre me escribió para que cuidara de ti y me reveló que eras hijo mío; también me pidió que no desvelara el secreto para no herirte. Te habían hecho creer que tenías un padre que murió antes de nacer, al que venerabas. No la culpo. Quería protegerte, aunque me privara de mis derechos.

—Es fácil acusar a personas que no pueden hablar en su defensa. Yo solo sé que usted se desentendió de mi madre una vez que supo que estaba encinta. Tenía un compromiso matrimonial y no iba a deshacerlo, sobre todo porque era muy conveniente para su carrera —repuso Ulysses con la voz teñida del despecho que había albergado en su corazón desde el momento en que supo su verdadera procedencia.

—Eso no es lo que ocurrió y tengo pruebas —se defendió Edward—. Trasladaron a mi regimiento y tuve que ausentarme de Edimburgo. Le pedí a tu madre que me esperara y nos casáramos. Cuando regresé tras unos meses, tu abuelo me dijo que Kirsten se había casado y vivía en el norte de Escocia. No quiso darme más datos, solo me pidió que no la molestara, que

era feliz. Me quedé deshecho. Pensaba que me amaba y fue un duro golpe descubrir que solo se había divertido conmigo.

—Mi madre no era la fulana que describe, señor. No la insulte —Ulysses volvió a alterarse. Por suerte, se habían alejado hacia la balconada que daba al jardín y estaban protegidos de oídos indiscretos.

—Fue lo que me hicieron creer, y que me negaba a aceptar. Regresé a mi regimiento en Gales y le escribí varias cartas con la esperanza de que le llegaran; nunca recibí respuesta. Al año trasladaron a mi regimiento a la India. Me alegré. El poner tierra por medio era la mejor fórmula para intentar olvidarla —defendió con calor. La tristeza que esos recuerdos le provocaban era evidente en el rictus amargo de su boca—. Sé que tengo parte de culpa. Debí luchar por recuperar el amor de tu madre y no conformarme con llorar en silencio mi derrota y recoger los restos de mi orgullo herido. Al cabo del tiempo conocí a Winifred. Era una joven dulce y comprensiva. Sabía que algo ocurría, que mi corazón no estaba libre, y lo aceptó. Tardé años en superar ese desconsuelo. Con el tiempo aprendí a valorar lo que tenía a mi lado: una mujer generosa y paciente a la que he llegado a amar como se merece.

—¿Ha dicho que tiene pruebas de lo que me acaba de contar? —El instinto detectivesco de Ulysses salió a relucir. Estaba dispuesto a creer a su padre si le demostraba que decía la verdad.

—Tu madre me envió una carta antes de morir. En ella expresaba su arrepentimiento por haberme ocultado tu existencia y por haberse dejado convencer por su padre para mantenerme alejado de ella y de ti. Al saber que estaba embarazada, y creyendo que yo no volvería, se marchó a casa de unos parientes y simularon un casamiento. Al año regresó a Edimburgo como viuda de un soldado. Su padre acabó confesándole que fui a buscarla y que destruyó las cartas que le escribí.

Edward movió la cabeza consternado; pudo haber sido todo tan diferente... Tras unos minutos de silencio, que Ulysses no quiso interrumpir, prosiguió.

—No le reprocho a tu abuelo lo que hizo. Quería a su hija e intentaba protegerla a su manera, pensando que era lo mejor para ella. Él tenía grandes prejuicios contra los ingleses y nunca aceptó la relación entre nosotros. En la carta me decía que te había revelado parte de la verdad; no toda para que no acabaras odiando a tu abuelo. Si ahora te cuento esto es porque él ya ha fallecido. Puedes comprobarlo cuando desees.

Ulysses no necesitaba leer esa carta para saber que su padre no mentía. Si de algo estaba convencido era de su rectitud. No culpaba a su abuelo por intentar evitar que le hicieran daño, y menos a su madre, como no lo hizo en su día cuando en el lecho de muerte le contó lo que le había estado ocultando tantos años. Solo sentía una gran pena por una vida destrozada. Siempre supo que no era feliz, se advertía en su mirada. Antes de conocer la verdad de su nacimiento pensaba que se debía a la añoranza por el esposo fallecido, después comprendió que hasta el último suspiro estuvo amando al hombre que tenía ante él; también que ella hubiera querido que lo aceptara y que reparara en su nombre el perjuicio que, tanto ella como su abuelo, le hubieran causado.

—No es necesario, le creo —admitió Ulysses con voz cargada de emoción. Era el momento de olvidar resentimientos del pasado y mirar al futuro con ilusión.

La imagen de Beatrice se presentó ante sus ojos de forma inmediata y comprendió que no debía cometer el mismo error que sus padres. La amaba, quería pasar el resto de la vida a su lado y lucharía por su amor contra todos los inconvenientes que le pusieran en el camino.

Edward miró a su hijo con los ojos empañados de felicidad.

—Quiero que tengas esa carta, hijo. Te pertenece más que a mí.

Capítulo 41

Cinco meses después.

Al invierno aún le quedaba un mes para llegar, pero el frío se sentía con fuerza en las brumosas calles, en las que el sol se ocultaba tras las espesas nubes. Ulysses se subió las solapas del abrigo y se encaminó hacia la cercana Dean Street. Había quedado en comer con Beatrice y ese día quería llevarla a Wiltons, un restaurante que el superintendente le había recomendado. Tenía una importante noticia que darle y estaba impaciente.

Cushing le había llamado a su despacho esa mañana y le había ofrecido un nuevo puesto. Ante el rápido aumento de población que la ciudad estaba experimentando —se había triplicado en los últimos cincuenta años—, y con él la criminalidad, se iban a crear en el próximo año más divisiones policiales y había pensado recomendarle para que ocupara una de ellas si estaba dispuesto a asumirlo. Cushing le había asegurado que en esa decisión pesaban sus grandes méritos profesionales y no su parentesco con una persona influyente como el general Blackwood.

Pese al tiempo destemplado, su boca esbozó una sonrisa al recordar los muchos e importantes cambios que había experimentado en los últimos meses, y los que estaban por venir. No cabía duda de que el principal había sido la entrada de Beatrice en su vida. Desde que se conocieron solo se habían separado unos días, y la mayoría de las veces por causa de su trabajo, que seguía demandando mucho de su tiempo.

La relación entre ambos, aceptada por los padres de ella, ya era oficial. Estaban comprometidos y habían fijado la fecha de la boda para la próxima primavera. Antes debían buscar una casa adecuada para formar la familia que deseaban, y eso requería tiempo y un buen desembolso. Tanto su padre como el de Beatrice les habían ofrecido ayuda, pero Ulysses deseaba conseguirlo por sus propios medios y ella estaba de acuerdo. Era consciente de que se convertiría en la esposa de un policía y sus ingresos no serían excesivos. No le importaba, le aseguraba, y él la creía.

Cuánto más la conocía más se enamoraba de ella, al descubrir nuevas cualidades que la hacían más valiosa. Lo peor era la escasa intimidad de la que disponían, y aprovechaban los momentos en los que estaban a solas, cuando Beatrice iba a visitarle a su apartamento varias noches a la semana. Cenaban juntos, compartían ratos de pasión y ternura y él la llevaba a su residencia. Sin embargo, esos encuentros furtivos resultaban insuficientes y ambos contaban los días que quedaban hasta la ansiada celebración.

—Señorita Hill... —saludó Ulysses al entrar en el local de la asociación que, como era habitual, bullía de actividad.

Varias de las mujeres que allí trabajaban lo saludaron con agrado. Se había convertido en una figura popular y colaboraba a su modo con la asociación. Muchas de ellas aprovechaban las visitas para exponerle sus problemas, y Ulysses no dudaba en asesorarlas y en prestarse a resolverlos si estaba en su mano hacerlo.

—Beatrice aún no ha acabado la clase, inspector McRae —le informó Octavia, contenta de verle.

—No importa. Esperaré. —Se sirvió un té, dejó unos peniques en la caja de los donativos y ocupó uno de los asientos junto a la ventana para esperar a que acabara.

Beatrice continuaba con su labor en la asociación, que no pensaba abandonar una vez casados, y con las visitas a Greenwell Farm para ayudar en la administración de la finca. Ulysses la

acompañó en una ocasión. Conoció a lady Georgia y a sir Clement; también a Rupert, al que agradeció su ayuda con la investigación de *Los libertarios*.

Ese caso les había unido a Beatrice y a él y, aunque no concluyó como le hubiese gustado, estaba bastante satisfecho. El asesino de Adam Burton continuaba en libertad. Thomas Buckland no mencionó en ninguna de las cartas que dejó escritas antes de suicidarse el nombre de la persona que envió para amedrentar a Burton y fue imposible dar con él. Tampoco le gustó que el asesinato de Oliver Furlong se justificase como un robo violento por autor desconocido.

Las presiones políticas pudieron más que la verdad. La intervención de Buckland se silenció y su muerte se atribuyó a un problema de salud. Su honorabilidad quedó a salvo, así como la de las familias implicadas. Los Willmott no sufrieron el escarnio público de ver juzgar por un delito de sangre a uno de sus miembros; no obstante, la ruina económica que sufrían les obligó a abandonar la ciudad y trasladarse al campo, donde reducirían gastos. Tanto el barón como Matilda no perdían la esperanza de encontrar, en la siguiente temporada social, un esposo adecuado para ella que los rescatase de la mediocridad en la que habían caído.

La única que se benefició de ese cambio fue Harriet. Beatrice fue a visitarla una semana después de la muerte de Buckland. Estaba muy afectada por la terrible conducta de su esposo y le llevaría tiempo perdonarle, tal y como él le pedía en la carta que dejó para ella. En esa carta le explicaba las razones que había tenido para actuar de forma tan violenta, algo opuesto a su carácter, que no eran otras que el amor que sentía por ella y los celos que Furlong le originaba. Al menos, había tenido la posibilidad de abandonar Londres y trasladarse a Willmott Park, donde siempre quiso estar.

Beatrice vio a Ulysses sentado en uno de los bancos pegados a la pared y se apresuró a terminar con la clase de escritura que estaba impartiendo a varias mujeres del barrio. Un familiar calorillo se extendió por su interior al contemplarlo, tan apuesto como siempre. Ulysses la miró y le dedicó una de sus medias sonrisas, las que reservaba solo para ella. A los pocos minutos, apareció preparada para salir. Se despidió de Octavia y del resto de las mujeres y se acercó a él con los ojos brillantes de dicha.

—¿Está hambriento, inspector?

—Famélico —respondió él con una cálida entonación.

A Beatrice no se le escapó ese doble sentido y un leve rubor cubrió sus mejillas.

—Pues no nos demoremos. —Le enlazó el brazo y salieron a la calle.

Ulysses tomó la dirección contraria a la que solían y ella se sorprendió.

—Hoy almorzaremos en otro lugar. Está cerca de St. James Square; ¿te molesta el largo paseo?

—Claro que no, y menos si es en tu compañía. —La sonrisa brillante que le dirigió no dejaba dudas de la veracidad de sus palabras.

A Beatrice le había costado convencer a Ulysses de que no le importaba la diferencia de clase social entre ellos, algo que a él le provocaba al principio de su relación un sentimiento de inferioridad que intentaba esconder. El que ella fuese la hija de un rico banquero y él un policía con un sueldo de poco más de cien libras al año no representaba ningún impedimento para un feliz matrimonio, y así se lo hizo comprender. Sus padres estuvieron de acuerdo, y más cuando el general Blackwood le reconoció públicamente como su hijo y heredero.

Ulysses no se opuso al deseo de su padre, que tan feliz le hacía, y al de su madrastra. Solo había impuesto una condición para aceptar, a la que ellos no pusieron objeción: continuaría manteniendo el apellido McRae, el que llevaba su madre y su abuelo.

Había sido muy importante para Ulysses hacer las paces con su pasado. Al conocer la versión

de su padre, corroborada por la carta que su madre le envió antes de morir y que había aceptado guardar, comprendió las razones que tuvo para permanecer ausente de su vida durante tantos años. También perdonó a su abuelo y a su madre por mantenerlo en la ignorancia ese tiempo. Tenían sus razones, que para ellos eran importantes, y las respetaba. Beatrice le había hecho comprender que no merecía la pena continuar albergando odio en su corazón y, como casi siempre, ella tenía razón.

—Winifred nos ha invitado a cenar mañana, si no tienes ningún compromiso —dijo Ulysses con tono ilusionado.

Su madrastra era una dama encantadora y la promotora del acercamiento entre padre e hijo al tramar, junto con Beatrice, ese encuentro en el baile benéfico al que asistieron. Al no haber podido tener hijos, volcaba en él todo el cariño que hubiese dedicado a los propios y a Ulysses no le importaba admitir que le gustaba.

—Asistiré con gusto. Será una grata velada.

Beatrice sentía un gran aprecio por Winifred, a la que veía con frecuencia ya que colaboraba en los eventos benéficos que organizaba la asociación, y le agradaba el general Blackwood, un hombre amable que ocultaba un gran sentido del humor bajo la severa apariencia.

—¿Tienes noticias de O’Kelly? —se interesó Beatrice.

Ulysses le había prometido enterarse de cómo se encontraba el diácono. Pese a que la retuvo y en algunos momentos temió por su vida, Beatrice se compadecía de él, un alma torturada que necesitaba expiar sus pecados. Como Sidney, del que no se tenían noticias desde hacía casi un año cuando inició la travesía por el río Amazonas hasta su nacimiento; una loca aventura que era más una huida para ahuyentar los demonios que le perseguían. Esperaba que, allí donde estuviese, lograra acallar su conciencia culpable.

—Continúa en prisión a espera de su deportación a Tierra de Van Deimen, en las colonias australes. Las autoridades eclesiásticas le han impedido ordenarse sacerdote, pero continúa conservando su condición de diácono y está autorizado a ejercer una labor evangelizadora.

—Me alegra que tenga la oportunidad de redimir en parte su culpa. Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, no habría acabado cometiendo esos crímenes.

—Todos tenemos el poder de decidir sobre nuestros actos, Beatrice. Él pudo evitar matar a dos personas por mucho rencor que guardara en su interior.

—Creo que, como a Thomas, le guio el amor. O’Kelly quiso vengar a la mujer que amaba, y a Buckland le empujó el miedo a perder a Harriet, de la que estaba muy enamorado.

Ulysses estuvo de acuerdo con ese razonamiento. El amor era un sentimiento extraño y muy poderoso, que podía convertir en villanos a hombres nobles y en osados a los cobardes, que provocaba una gran alegría y, al mismo tiempo, un terrible temor. Emociones contradictorias que sacudían con fuerza a quienes las experimentaban y sin cuya existencia la vida resultaba vacía e insípida. Él las conocía bien y no quería dejar de sentirlas.

Ambos se miraron con idéntico brillo de adoración, que era más elocuente que cualquier palabra que hubiesen pronunciado, y siguieron caminando cogidos del brazo hacia un futuro que se les presentaba prometedor.

Nota de la autora

Como lectora me gusta encontrar datos reales documentados en las obras de ficción, y extendiendo esa preferencia a mis propias obras, convencida de que aportan credibilidad a la historia. Os detallo a continuación algunos de los que habéis encontrado en esta novela.

Octavia Hill (1838-1912), la compañera de Beatrice en la Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras, fue una reformadora social y pionera del trabajo social británica. En 1861 fundó un colegio para mujeres trabajadoras en un barrio marginal de Londres, al que sucedieron muchos más a lo largo de los años. Escritora y profesora, centró su interés en la educación del proletariado.

La Exposición Universal de Londres de 1862 se inauguró el 1 de mayo en los jardines de la Real Sociedad de Horticultura. En ella participaron 39 países que aportaron tanto adelantos tecnológicos de la industria como obras de arte. Durante los seis meses que estuvo abierta recibió más de seis millones de visitantes.

El Asilo para enfermos mentales del condado de Middlesex en Hanwell, fue el primero en ser construido siguiendo los principios del sistema de tratamiento ético del paciente. Los internos realizaban actividades al aire libre, se ocupaban de huertos y jardines, talleres para la elaboración de cerveza, lavanderías y otros espacios pensados para el trabajo, cuyos beneficios terapéuticos eran notables.

The Morning Chronicle y *The Times* eran dos de los periódicos más importantes en aquellos años y con mayor tirada. *The Morning Chronicle* se editó en Londres desde 1769 hasta su desaparición definitiva en 1865. En él escribieron firmas notables como Charles Dickens, William Hazlitt o Henry Mayhew. En cuanto a *The Times*, el diario más longevo de los publicados en Reino Unido, fue fundado por John Walter en 1785 con el nombre inicial de *The Daily Universal Register* y, a día de hoy, se continúa editando diariamente.

Charles Dickens, aparte de un prolífico escritor, fue un reputado editor y periodista. En 1846 fundó *The Daily News*, diario que se estuvo publicando hasta 1930, y en 1859 la revista literaria semanal *All the Year Round*, donde a lo largo de los años fueron apareciendo por entregas varias de sus obras y de otros importantes escritores de la época como Wilkie Collins o Anthony Trollope.

Hatchard's, en el número 187 de Piccadilly Street, es la librería más antigua de Londres. Fue fundada en 1797 por John Hatchard y aún continúa abierta en su ubicación original.

Henry Poole & Co es una sastrería de prestigio fundada en 1806 por James Poole. Desde 1846 abre sus puertas en Savile Row.

La London General Omnibus Company se fundó en 1855 y, hasta 1933, fue la principal compañía de transporte público en Londres.

La taberna El León Rojo (The Red Lion) fue fundada en 1733 en el 48 Parliament Street, el mismo lugar en el que se encuentra en la actualidad, muy cerca del Palacio de Westminster, y por ella han pasado muchas figuras importantes de la política británica.

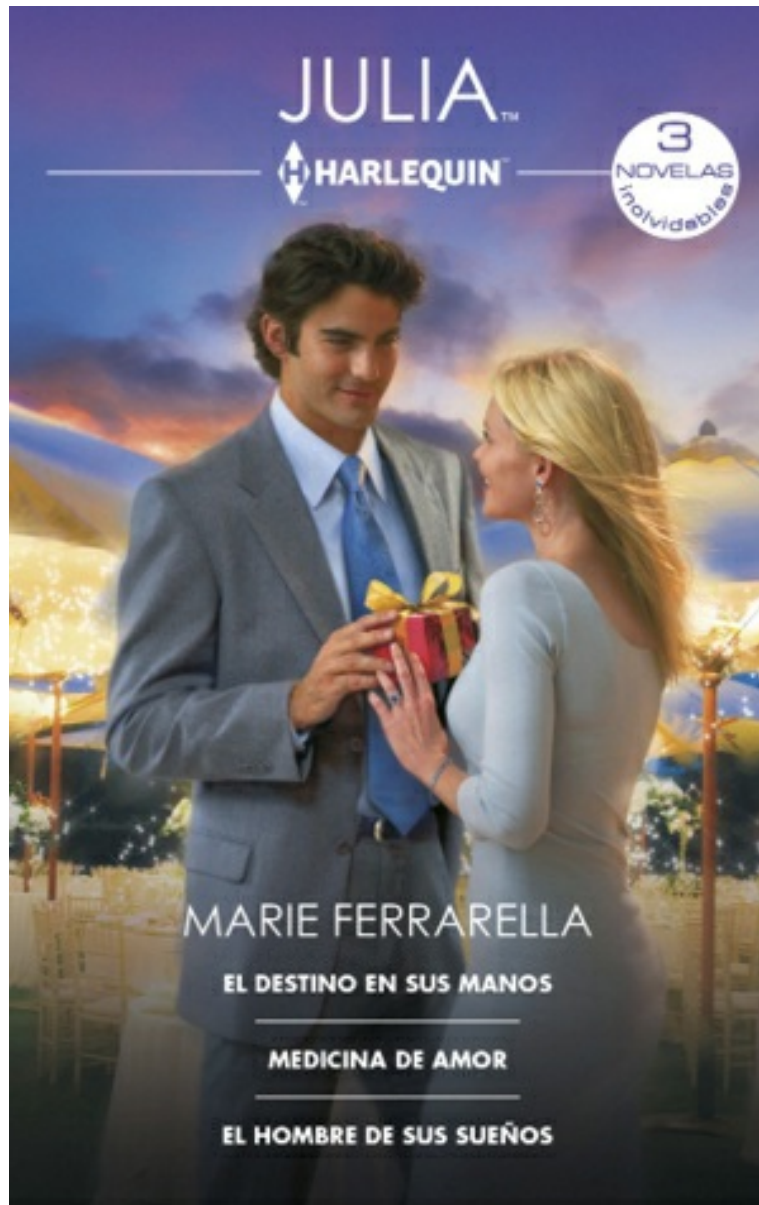
El Reino de Italia, nombre del nuevo país surgido en Europa el 17 de marzo de 1861 y al que Giulio Palmieri representa en la Exposición Universal de Londres, fue el resultado de la unificación de los diferentes estados que formaban la península itálica, dividida desde la caída del Imperio romano de Occidente casi catorce siglos antes. Dicha unificación, o Risorgimento, fue liderada por Víctor Manuel II, que se coronó rey.

En esta novela también me he tomado algunas licencias literarias; espero que me disculpéis el atrevimiento.

Por ejemplo, la ubicación de la escuela de la Asociación de Ayuda a Mujeres Trabajadoras en la que Beatrice colabora, el 28 de Dean Street en el Soho, no es otra que la vivienda en la que Karl Marx vivió durante algunos años y donde escribió *El capital*, su obra más famosa.

Tampoco está documentado que Wilkie Collins presentara en la librería Hatchard's su novela *La dama de blanco*, pionera de los actuales *thrillers* y una de las mejores obras del subgénero inglés llamado *sensation novel*, que tanto éxito tuvo en la época victoriana.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



El manifiesto por los finales felices

Grey, Arwen

9788410627819

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

¿Cómo convencerías a un negacionista de la novela romántica de que merece la pena

y robar, de paso, su corazón?

Julieta Flores, presidenta de una asociación de amantes de la novela romántica, está harta del menosprecio de los medios de comunicación hacia el género que adora. La gota que colma el vaso es un artículo en la elitista revista literaria *Lee Bien*, que hace que decida tomar cartas en el asunto. Es hora de que esos esnobs se traguen sus palabras: quiere que escriban una rectificación y que pidan perdón por su menosprecio tras conocer desde dentro el mundo de la novela romántica.

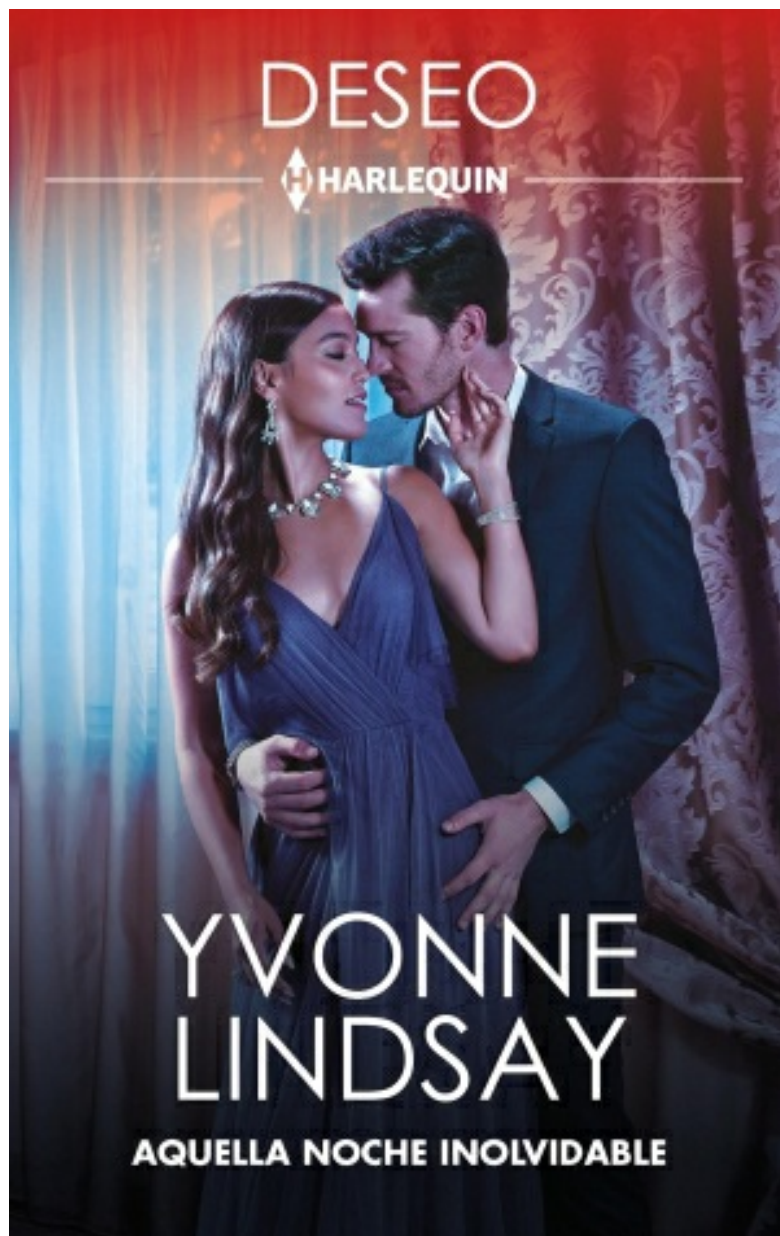
Román de Borja no está en el mejor momento de su carrera. Como reportero de guerra, está convencido de que lo ha visto todo, pero nada lo ha preparado para el mundo de la novela romántica.

Julieta cree que Román es un cretino de mente cerrada que piensa que los autores y lectores de novela romántica son poco menos que idiotas. Román, a su vez, está convencido de que Julieta está chalada y, si escribe esa rectificación, es solo porque necesita el dinero para regresar a sus aventuras.

Lo que ninguno de los dos se imagina es que el roce hace el cariño, y que hasta un negacionista de la romántica será capaz de entender que es un género donde es peligroso fiarse de las dulces apariencias.

- Una defensa contundente y muy divertida de la novela romántica.
- Una historia llena de locuras que arrancan carcajadas.
- Una novela de enemies-to-lovers, tierna y muy ocurrente.
- Las mejores novelas románticas de autores de habla hispana.
- En HQÑ puedes disfrutar de autoras consagradas y descubrir nuevos talentos.
- Contemporáneo, histórico, policiaco, fantasía... ¡Elige tu romance favorito!
- ¿Dispuesta a vivir y sentir con cada una de estas historias? ¡HQÑ es tu colección!

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Aquella noche inolvidable

Lindsay, Yvonne

9788410628533

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Una visita inesperada acabó con una sorpresa que sacudiría su mundo...

Tras haber quedado viuda de un hombre controlador y egocéntrico, la hotelera Stevie Nickerson no iba a permitir que nadie le arrebatara la independencia que tanto le había costado lograr. Por eso cuando Fletcher Richmond, director de una constructora y mejor amigo de su difunto marido, llegó de forma inesperada a su hotel-boutique para tomarse un pequeño descanso, Stevie se mostró algo recelosa. Sin embargo, un inocente flirteo derivó en insinuaciones que rozaban lo prohibido, y ella acabó en la cama de él..., esperando un bebé.

Con Fletcher insistiendo en que se casaran y en ayudarla a propulsar su negocio, ¿lo rechazaría Stevie o bajaría la guardia y le permitiría derretirle el corazón?

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Dos extraños y el amor

Crosby, Susan

9788410628595

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

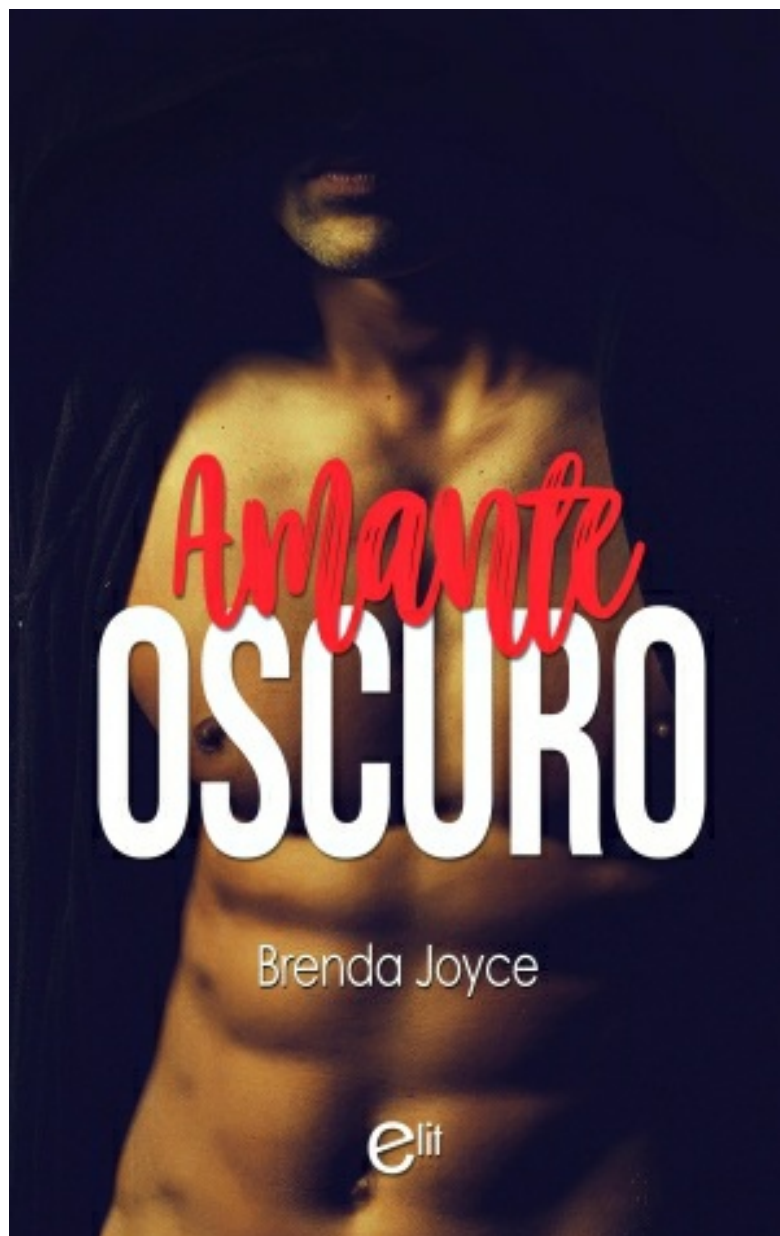
Hacía casi veinte años, James Paladin había accedido a donar esperma para la mujer

de su mejor amigo... Pero había puesto tres condiciones:

1. Caryn Brenley nunca sabría quién era realmente el padre de su hijo.
2. Él jamás se pondría en contacto con su hijo.
3. Cuando el muchacho cumpliera los dieciocho años, saldrían a la luz todos los secretos.

Ahora que Caryn acababa de quedarse viuda, había descubierto la increíble verdad. Y el duro investigador privado podría reclamar lo que era suyo...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Amante oscuro

Joyce, Brenda
9788410628397
192 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Ian Maclean escondía un terrible secreto: durante décadas había sido prisionero del

mal. No pasaba ni un solo día sin que temiera verse de nuevo indefenso, pero, a pesar de todo, había robado una página del Libro del Poder e iba a venderla al mejor postor... si Sam Rose no se lo impedía.

Samantha Rose quería recuperar la página robada y vengarse del único hombre que la había rechazado. No contaba, sin embargo, con que entre ellos surgiera una atracción irresistible. Mientras el poder del mal acechaba de nuevo, Sam haría todo lo posible por ayudar a Ian, aunque ello significara seguirlo a otra época y afrontar junto a él sus peores pesadillas.

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)



Novio de emergencia

Hart, Jessica

9788410628557

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)

Se necesita novio urgentemente

Phoebe estaba a punto de vivir una auténtica pesadilla: la boda de su ex prometido. Cuando había decidido acudir sola y fingiendo que su vida era perfecta, su mejor amiga le propuso una idea genial: podía contratar a su nuevo compañero de piso, Gib, para que se hiciera pasar por su novio.

Parecía el plan perfecto... hasta que Phoebe y Gib se conocieron. Con la idea de demostrar que podía ser sólo amigo de una mujer, Gib se dio cuenta de que iba a tener que poner a prueba su autocontrol; mientras, Phoebe se esforzaba en recordar que sólo estaban fingiendo estar enamorados. Parecía que iba a ser una boda de las que no se olvidan...

[Cómpralo y empieza a leer \(Publicidad\)](#)